

SARAY GALLARDO

*Todos los
besos
que no nos
damos*

*Serie Magna
2*





*Todos los
besos que no
nos dimos*

SARAY GALLARDO

Título: Todos los besos que no nos dimos

© 2024, Saray Gallardo.

De la maquetación: 2024, Saray Gallardo.

De la cubierta: 2024, Saray Gallardo.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mi padre; mi ángel

A mi madre; mi vida

La banda sonora de Mitxel y Carol

Antes de empezar a leer, me gustaría informarte de que en esta novela hay música. Canciones que aparecen a lo largo de los capítulos y canciones que me han acompañado durante los meses de escritura.

Si las quieres ir escuchando, tan solo has de unirte a la *play list* que he creado para ellos.

Puedes buscar en Spotify la lista por las siglas del libro «MyC», de Saray Gallardo, o, si te es más cómodo, escanea este código QR con tu móvil o tableta y te llevará directamente a la lista de reproducción.



¡Espero que la disfrutes y haga que te sumerjas aún más en la historia!

índice

PRÓLOGO

1

Las cartas sobre la mesa

2

La confesión

3

Roces circunstanciales

4

Piedras en el estómago

5

Una sonrisa apenada

6

Contener el aliento

7

El hombre misterioso

8

Nos hemos visto por dentro

9

Jugar como es debido

10

Cuatro gramos

11

Me matas y me revives

12

Recorriéndonos la piel

13

La singularidad de un domingo

14

La luz de los focos

15

Tu nombre como si fuera un mantra

16

Intensa, alocada y sin filtro

17

[Un fuego crepitar dentro de mí](#)

[18](#)

[Saltar al vacío](#)

[19](#)

[Desprendiendo pavesas](#)

[20](#)

[Huir de esto](#)

[21](#)

[Mi alma en mil pedazos](#)

[22](#)

[Asumir que todo está roto](#)

[23](#)

[Lo que era obvio](#)

[24](#)

[¿Puede el alma estar enferma?](#)

[25](#)

[Eso no es arte, es crueldad](#)

[26](#)

[El cuerpo también recuerda](#)

[27](#)

[Controlar la ira](#)

[28](#)

[La confesión en bandeja](#)

[29](#)

[La melodía de Carol](#)

[30](#)

[Todos los besos que no nos dimos](#)

[31](#)

[El punto que cierra el círculo](#)

[EPÍLOGO 1](#)

[EPÍLOGO 2](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre mí](#)

[OTRAS PUBLICACIONES](#)

PRÓLOGO



Mitxel

Cuando la puerta se cerró tras ella, entré en un túnel oscuro de donde no he logrado salir; donde las voces me llegan amortiguadas y miro a la gente sin verla. Ando por la vida sin darme cuenta de lo que hago ni hacia dónde me dirijo, como si fuera un puñetero fantasma.

Sin hacer caso a mi estómago, que protesta desde hace tres días y no precisamente de hambre, doy otro sorbo al quinto café de hoy. Si Txema ha controlado las veces que me he tomado la licencia para un descanso, me va a dar un toque. Aunque a mí solo me importa que la cafeína, junto a los dos ibuprofenos que me he tomado al levantarme, me hagan efecto y eliminen esta resaca que arrastro desde hace setenta y dos horas. Sí, llevo todos estos días alimentándome de vodka, ha sido imposible que algo sólido me entrara.

Me voy a provocar una úlcera, eso por lo menos, y ya ni pienso en mi hígado o en las neuronas que habré perdido por el camino. Son un mal menor ahora mismo y mucho menos doloroso que lo que siento en el pecho.

Tengo que aguantar como sea esta jornada y luego..., luego cogeré las riendas de mi vida de una vez por todas. Voy a deshacerme de esta losa que me pesa toneladas y voy a volver a sentirme libre, por fin.

A veces maldigo haber nacido con este «don» y llevar hasta el fin las promesas que voy soltando. No es que vaya jurando por ahí sin ton ni son, pero cuando lo hago, el poder de la lealtad hacia la otra persona hace que lleve mi palabra hasta su última consecuencia. Y en esta ocasión el valor a pagar es demasiado alto. Me ha costado parte de mi vida, de mi alma y de mi cordura.

Estoy enamorado de Carol, es un hecho, como también lo es que me será imposible verla y controlar las ganas de su piel, las ganas de esnifarla y, por encima de todo, las ganas de estar dentro de ella, aunque aún no sepa qué se siente al hacerlo por culpa de mi puta promesa. Llevo un año deseando notar cómo las paredes de su vagina abrazan mi miembro. Tengo el corazón lleno de su ser, pero mi piel me reclama ese poco que le falta para tenerla entera.

Estoy enamorado de ella, es un hecho, como también lo es que me será imposible verla y controlar las ganas de su piel, las ganas de esnifarla y, por encima de todo, las ganas de estar dentro de ella, aunque aún no sepa qué se siente al hacerlo por culpa de mi puta promesa. Llevo un año deseando notar cómo las paredes de su vagina abrazan mi miembro. Tengo el corazón lleno de ella, pero mi piel me reclama ese poco que le falta para tenerla entera.

«Cuando te decidas, llámame», esas son las palabras que me dijo antes de dejarme plantado en mitad del salón. Cuatro palabras que me han roto por dentro.

Soy un capullo por no haber apostado por ella y tiene toda la razón en echármelo en cara.

Recuerdo con anhelo aquel día en la Playa del Duque, donde hicimos las paces tras nuestra

segunda bronca del día.

—Abrázame más fuerte —le pedí—. Quiero sentirte en todas partes, para cuando ya no estés. Y qué pronto llegó el momento, qué premonitorio ese instante.

Ahora la piedra está sobre mi tejado, soy yo el que debe actuar, el que debe decidir nuestro futuro. Tengo claro que quiero que esté en mi vida o yo quiero ser la suya entera, aunque, para que eso sea posible, debo dejar salir a mis demonios; los mismos que llevo tanto enterrando por el bien de mi salud mental.

De ahí que sea urgente que tenga que volver a Lyon. Tengo que ser capaz de mirarla a los ojos y cortar con el hilo de acero que me une, inexplicablemente, a mi particular infierno.

Debo volver a mi pasado y romper con él de una maldita vez para poder seguir con mi vida, para poder regresar aquí de nuevo, ir en su busca y que ya nada pueda retenerme.

«¡Ja!», me río de mí mismo. Porque qué fácil es decirlo y qué difícil me es hacerlo.



Las cartas sobre la mesa

Carol

El despertador me da un susto de muerte. Levanto la cabeza para volver a reposarla de nuevo en la almohada. No puedo reprimir un quejido mientras me aprieto las sienes con las palmas de las manos. «Bien por ti, universo, no has tenido suficiente con querer que infarte con la maldita alarma, que encima me regalas esta condenada resaca». Aunque pensándolo bien, lo de la resaca no es cosa suya, es solo mía y de la intensa noche de ayer en Menhir. Y de lo que vino después, sobre todo de eso, sí. No puedo echarle la culpa absoluta al alcohol en este caso, puesto que la rayada antes de caer dormida fue importante y seguro que mis neuronas hoy tienen agujetas de tanto ejercitarlas a la par que, no voy a negarlo, destilan ginebra por los poros de su piel —si es que tienen de eso—.

Abro los ojos como puedo, estoy sola en la cama y eso me alivia. Suspiro y me quedo contemplando el techo, aún somnolienta. ¿Qué narices está pasando conmigo? ¿Qué estoy haciendo con mi vida? En un año, he pasado de ser alguien que se consideraba monógama a admitir una relación abierta con mi mejor amiga y el hombre que me tenía el seso sorbido desde que casi llegamos a Logroño. No obstante, lo de ayer por la noche... Lo de ayer ya me hace explotar la cabeza. ¿Yo buscando emoción a través de experiencias sexuales que escapan a mi razón? ¿En quién me he convertido?

No temo por Ander, porque, al fin y al cabo, él es mi pareja, sin embargo, con Mitxel... Con él la cosa cambia. «¿Qué pensará de mí? ¿Que soy una fresca que aprovecha que su mejor amiga está enferma para salir y montárselo con su novio y con él?» Y otra vez está ahí, ese pensamiento moralista. Ahí está lo que creía haber superado con la relación abierta que ahora mantengo. Por lo visto, la aceptación de mi nueva visión de la sexualidad solo engloba a Cris y a Ander, a nadie más. Si me salgo de ellos, vuelvo al disco rayado de que lo que hago está mal y sobre el qué dirán de mí. No de Ander o Mitxel, solo de mí. Una vuelta de tuerca más al remordimiento que me encoge el estómago. Porque ellos pueden hacer y deshacer, se admite que quieran acostarse con una misma chica a la vez, en cambio, la cosa cambia cuando es ella la que se acuesta con dos tíos. Ellos pueden explotar su sexualidad como quieran, nosotras tenemos que ser éticamente castas.

Estoy harta de este discurso y estoy harta de mí. Cuando me pongo así, no me aguanto. Luego se me cruza Mitxel otra vez por la mente, y vuelta a empezar. Hace un año que nuestra relación es muy estrecha, aunque nunca habíamos llegado al punto de ayer, en que todo se nos fue de las manos, sin negar que, más de una vez, había fantaseado con ello. Pero eran solo eso, fantasías que ayer se hicieron realidad y hoy hacen trastabillar la mentalidad poliamorosa que casi recién estreno.

Tanto liberalismo del que intentamos hacer gala, y yo soy un claro ejemplo del largo camino que aún nos queda por recorrer, y eso que considero que he avanzado un montón en este último año en el que he normalizado mi relación a tres.

Sonrío al recordar cómo empezó todo; nos dormimos en uno de los espacios privados de

Magna en los que habíamos cenado por primera vez. La organización del evento los había modificado; quitaron la mesa central y la sustituyeron por futones.

Fui la primera en abrir los ojos:

—¡Ay, madre! —exclamé al ver que estaba enmarañada entre las piernas de Ander y los brazos de Cris —. ¡¿Qué demonios hemos hecho?!

Mi voz despertó a mis compañeros de cama, que se desperezaron sin ser todavía conscientes de dónde se encontraban.

—¿Qué pasa? —Cris enmudeció cuando se dio cuenta de dónde y cómo habíamos amanecido; completamente desnudos y enredados, todavía en el calao.

—Buenos días mis nenas... —dijo Ander. Nos abrazó a ambas y nos atrajo hacia su pecho —. ¡Qué gran noche! Llevaba siglos deseando esto.

—¡Qué estás haciendo, pedazo de idiota! ¡Suéltame! —le espetó Cris apartando el brazo de su cintura a manotazos a la vez que intentaba levantarse.

—Tranquila bebé. Ayer no tenías ninguna objeción en que te tocara... —susurró, meloso, al mismo tiempo que subía la mano por su pierna en una caricia que me erizó la piel hasta a mí. La escena ya era extraña, pero todavía lo fue más el rubor de las mejillas de Cris, aunque mucho temía que no era a causa de la vergüenza.

—¿Acabas de llamarme «bebé»? ¿En serio? —Cris echaba chispas por los ojos y lo que yo menos necesitaba en ese momento era tener que calmar a la fiera de mi amiga. Solo podía pensar en largarme de allí.

—Quiero irme, llegar a casa, darme una ducha y olvidar todo lo que estoy recordando. Ay, madre... ¡¿Qué nos pasó anoche?!

—Estaba a punto de un ataque de ansiedad.

—Ey, ey, ey... Calma Carol —intentó tranquilizarme Ander—Los tres estuvimos de acuerdo en hacerlo. No hay nada malo en ello. ¿O acaso piensas que sí?

—¡Yo qué sé! Nunca había hecho un trío. ¡Y encima con mis amigos! Dios, qué mal... —Escondí la cara entre mis manos.

—A ver —Ander intentaba apaciguar nuestro ánimo. Me cogió de las manos y, en su línea, intentó razonar—: ¿Mal por qué?

—No sé... —No podía ni mirarlo a los ojos. Cada vez que lo hacía, un escalofrío me recorría entera y no distinguía si era de pavor o de placer.

—A mí me da mucha vergüenza... —confesó Cris —Tía, ¡que nos hemos acostado con el mismo tío a la vez! Era lo único que nos faltaba por hacer juntas. —Se carcajeaba, creo que de puro nerviosismo.

—Sí, tú encima riéte. Quiero morir... —dije tapándome la cara de nuevo.

—Chicas, ha sido solo sexo, y del bueno. Hemos disfrutado juntos y ya. No hay nada vergonzoso en ello.

—Lo que tú digas, pimpollo. Joder... Tengo que procesar esto —murmuró Cris apretándose los ojos con el pulgar y el índice de la mano derecha.

—Yo también —la secundé con la mirada perdida en las cortinas que hacían la vez de paredes.

Nos vestimos con prisas y, sin hablar, nos dirigimos a casa. Ander nos acompañó, como cualquier día más, aunque en esa ocasión se me hizo raro que nuestro amigo quisiera alargar la compañía. Por las miradas que me profería Cris, ella estaba en la misma tesitura; «¿por qué viene

con nosotras cuando lo que necesitamos es distancia?».

Nuestra cara hablaba por sí sola, tengo clarísimo que mi gesto se tornaba cada vez más sorprendido al ver a Ander tan... ¿cómodo? ¿Feliz? No podía dar crédito a su buen humor, puesto que todo lo acontecido esa noche me parecía bochornoso.

Entramos en casa y nos encontramos con la estancia vacía. Abril aún no había llegado.

—¿Dónde se habrá metido esta? —pregunté algo preocupada. Hasta ese momento no había pensado en ella.

—Se fue con Unai —nos explicó Ander—. Los vi marcharse juntos mientras nosotros...

—¡No lo digas! —lo interrumpí veloz.

—¿Y cómo pudiste verlos con lo «entretenidos» que estábamos? —le preguntó Cris, poniendo énfasis al dibujar comillas en el aire con los dedos.

—Porque, a pesar de ser un hombre, puedo hacer más de dos cosas a la vez. —Elevó las cejas un par de veces, sugerente, aunque a Cris no le gustó demasiado el gesto.

—Madre mía, a ti se te han subido mucho los humos, ¿no? —Mi amiga tenía una especie de relación amor-odio con Ander y no perdía oportunidad para meter cizaña.

Nos quedamos los tres en silencio, sentados en el sofá, sin saber qué decir. Era evidente que nosotras nos sentíamos incómodas con la situación, por lo que había pasado con él y por lo que habíamos hecho entre nosotras. Fue Ander quien rompió el mutismo que nos asolaba.

—Mirad, chicas, no soy monógamo. Mi mayor apuesta no es la exclusividad sexual, sino la fidelidad a los acuerdos establecidos con las personas con las que mantengo una relación íntima. Nunca me he planteado tener una sola pareja. —Cris y yo nos miramos con los ojos como platos. En la vida me había planteado que Ander fuera poliamoroso. Hacía tiempo que lo conocíamos y era cierto que no lo habíamos visto con novia alguna, pero de ahí a lo que nos estaba contando...

—Bueno, si es lo que quieres, es tan respetable como cualquier otra forma de amar —comentó Cris, de repente muy interesada en lo que nos estaba contando nuestro amigo.

—Aún no he terminado —soltó Ander levantando una mano para hacerla callar.

—¡Ah! Perdón, sigue, sigue.

—Me gustáis, las dos. Cada una de vosotras despierta en mí un sentimiento distinto que, al unirlos, me llena. Mucho. —Mis ojos se iban abriendo cada vez más, igual que los de Cris. No dábamos crédito a lo que nos estaba contando—. Sé que nunca habíamos hablado del tema. No os he dicho nada hasta ahora, ni tan siquiera insinuado algo porque jamás me habéis mostrado indicios de que os decantarais por un amor más libre y menos tradicional. Y esta noche... Esta noche no ha sido solo sexo como he querido hacer ver cuando nos hemos levantado. He visto cumplido el sueño que hace más de tres años que me acompaña y no me arrepiento en absoluto de lo que ha pasado, al contrario. Lo repetiría ahora mismo. Estoy enamorado de las dos y si por mí fuera, tendríamos una relación los tres desde ya.

Cris y yo nos miramos. La tez de mi amiga estaba lívida, igual que seguro estaba la mía. No se nos había pasado por la cabeza que Ander, nuestro trabajador, el que se había convertido en uno más de las *Masqueperras*, albergara todos esos sentimientos que acababa de relatarnos.

Como bien había advertido Ander, nunca habíamos tenido una relación con más de una persona; nada más allá de las que se consideraban convencionales. Bueno, ni siquiera habíamos tenido novio «formal» ninguna de las dos. Siempre picábamos de aquí y de allá, sin alargar mucho los noviazgos, por así decirlo. Nos cansábamos enseguida del amante de turno. No nos

llegaban a llenar lo suficiente como para darles la oportunidad de permanecer a nuestro lado. Era algo de lo que habíamos hablado largo y tendido muchas veces, sin embargo, no nos preocupaba en absoluto. No nos comíamos la cabeza pensando en cuándo nos llegaría «el hombre», simplemente disfrutábamos del momento. Las dos éramos felices así, estando juntas, también con Abril, aunque esta sí que había intentado buscar una pareja más seria.

Jamás me había planteado una relación a tres, y estaba segura de que Cris, aun con sus locuras, tampoco lo había hecho. Nunca, hasta esa noche, nos habíamos besado, bueno, sin contar las veces que habíamos sucumbido a la exaltación de la amistad en cualquier noche de fiesta.

—Ander, yo... —empecé a decir. Necesitaba dar alguna respuesta a su confesión—, tengo imágenes muy vívidas y claras de lo que hicimos ayer. Lo recuerdo a la perfección y me muero de vergüenza, sin embargo, para ser sincera, también he de reconocer que no tengo un sentimiento de rechazo a lo acontecido. Creo hablar por las dos cuando digo que nunca habíamos hecho algo similar. —Cris aseveró con la cabeza—. Y aunque, como tú has dicho, esto no es nada malo, lo tengo que digerir. Estoy por completo desbordada y necesito procesar todo esto.

—Ander, estoy muy halagada con lo que nos has dicho —siguió Cris—, pero ahora mismo, estoy con Carol. Necesito asumirlo.

—Claro que sí, chicas. Entiendo que para vosotras sea algo nuevo e impactante. Voy a irme y os dejo solas para que penséis en ello. No obstante, por favor, llamadme, hablemos sobre todo esto. Si necesitáis saber el qué, el cómo... lo que sea, recurrid a mí. Estaré encantado de resolver todas vuestras dudas.

Tras decir esto, se levantó, se acercó a nosotras y nos dio un beso en los labios a cada una que, para mi sorpresa, ambas aceptamos.

Cuando nos quedamos a solas, estuvimos un largo rato en silencio, las dos ensimismadas en nuestros propios pensamientos. Las dos intentando asimilar lo que nos había supuesto la noche anterior.

—¿Qué piensas, Carol? —Fue Cris la primera en romper el silencio.

—Se me está haciendo bola. Nunca me había sentido atraída por una mujer. Siempre me he fijado en hombres, y tampoco es que tuviéramos mucha interacción anoche entre las dos. Algún roce, alguna metida de mano o lengüetazo, pero lo poco que hicimos, me gustó.

Me tapé la cara, me daba mucha vergüenza lo que Cris pudiera pensar de mi confesión, si más no, lo tenía que decir porque siempre habíamos sido sinceras entre nosotras. Nos conocíamos desde hacía muchísimos años y jamás nos habíamos mentido. Aunque el tema que teníamos entre manos era algo delicado, aposté por hablar claro y ver si podíamos desencallar el asunto.

—Joder Carol... —me quitó las manos de la cara para que la mirase—. A mí tampoco me disgustó. Disfruté mucho, para ser sincera, aunque es raro de cojones.

—Mucho... ¿Y Ander? Estoy alucinado con lo que nos ha confesado.

—Ya te digo... Nunca había notado nada. Aunque, *neni...*, seamos realistas. Nos mola a las dos. —Ladeó la cabeza y levantó las cejas en señal de advertencia para que no negara lo evidente.

—Joder... sí, me gusta —confesé—. Aunque, ¿qué vamos a hacer? ¿Ser un trío? ¿Cómo se gestiona eso? Estar con vosotros ayer fue alucinante, no obstante, no me veo

durmiendo todas las noches contigo, la verdad.

—¿Te imaginas? ¡Tendríamos que comprar una cama *king size* para caber los tres juntos!

Las dos empezamos a reír, liberando, de alguna manera, toda la tensión que habíamos acumulado esas últimas horas.

—En serio, Cris. Yo no entiendo de poliamor, tengo mil preguntas en la cabeza. No quiero competir contigo ni que nuestra relación cambie en ningún sentido. Supongo que lo de anoche no tiene por qué ser una práctica habitual, ¿no? Quizá se pueda dar en determinadas ocasiones, y no siempre. Me refiero a que, podemos compartirlo a él sin necesidad de que entre tú y yo pase nada más.

—¿De verdad te estás planteando una relación a tres? —inquirió sorprendida, incluso se echó hacia atrás por el asombro de mi declaración.

—¿Tú no? Joder... ¡no me hagas sentir mal! Tú eres siempre la valiente del grupo. ¿Estoy fatal por tan solo plantearlo?

—Es que estoy muy perdida, Carol. Yo tampoco quiero que nuestra relación cambie, y no sé si esto me va a venir grande. También tengo mil preguntas en la cabeza; ¿Nos turnaremos los días para estar con él? ¿Estaremos siempre los tres juntos? Bufff... ¡Qué lío! —exclamó con la mano en la frente, como si le bullera el cerebro de tanto darle vueltas al tema.

—Sí... Sin embargo, ¿sabes qué? Que en ningún momento hemos desechado la idea de ser un trío. Si en realidad no lo consideráramos una opción válida, ni nos lo estaríamos planteando, ¿no crees? —Parecía que el vino de la noche anterior hizo que fuera la que más razonaba con elocuencia los hechos.

—No sé... quizá tengas razón. Ahora mismo no puedo pensar más. Estoy saturada. Me voy a la cama a echarme una siesta prematura —respondió con voz cansada, tumbándose en el sofá.

—Yo también. No sé si conseguiré dormir demasiado, aunque estoy agotada. —La imité y me eché hacia el lado contrario del sillón.

—¿Mucha marcha sexual anoche? —dijo Cris con pitorreo. Levantó un poco la cabeza para mirarme y elevó repetidas veces las cejas.

—¡Cállate, idiota! —Le lancé un cojín que se estampó directo en su cara.

Cris es especialista en bajar la intensidad de cualquier conversación que se torna demasiado intensa para su salud mental, así que terminamos a *cojinazo* limpio.

Tras unos días de meditar sobre la declaración de Ander y reconocernos a nosotras mismas que no nos parecía mal compartir novio, aceptamos su propuesta.

Ha sido difícil establecer los límites, encontrar la fórmula en la que los tres nos sintamos a gusto. Gestionar los celos ha sido una tarea espinosa, y eso que «la tercera en discordia» es mi mejor amiga. No me llego a plantear que Ander nos proponga añadir a alguien más a la ecuación. Aunque, siendo sincera, quizá la fórmula va a cambiar por mi culpa, ¿no? Bufff, no tengo nada claro, no quiero pensar más allá del desayuno que me espera. Tengo que confesarle a Cris que me he acostado con Ander y con Mitxel y, tratándose de ella, puedo esperar cualquier reacción por su parte. «Universo, apiádate por lo menos en esto de mí y haz que la intensidad de mi amiga sea lo más moderada posible».



La confesión

Carol

—Hola, bonita. ¿Has descansado? —pregunta Cris tras darme un beso en la mejilla.

Rodea la mesa y se sienta, casi con hastío, frente a mí. Se acaba de levantar y ya parece estar agotada. Cuando he conseguido salir de la cama, he visto que aún dormía y encontrándose como se encuentra, no la he querido despertar.

—Sí, ¿y tú? ¿Cómo va ese trancazo?

—Estoy de los mocos hasta las narices y nunca mejor dicho. Tengo un dolor de cabeza impresionante y la garganta me arde de tanto toser. Hazte una idea.

—Ya veo, ya. ¿Te has tomado la medicación? —me intereso. Doy un sorbo al café con leche. Soy muy consciente de que estoy haciendo tiempo para retrasar el momento. Sé que tengo que contárselo, es mi alma gemela y nunca, jamás de los jamases, le he ocultado nada.

La miro por encima de la taza. Cris sorbe por la nariz, que tiene irritada de tanto sonarse, los ojos llorosos, medio cerrados, y la boca abierta con la cabeza algo inclinada hacia atrás, preparándose para un estornudo que no tarda en llegar.

—Salud. —Espero a que se vuelva a sonar con el pañuelo de papel que se ha sacado del puño del pijama. «Venga, Carol, cuando termine se lo sueltas».

—Carol —ganguea mientras se termina de limpiar la nariz.

—Dime. ¿Te hago una infusión? —Me ofrezco más que dispuesta a preparársela para poder aplazar la confesión.

—No. Quiero que lo sueltes ya. —Me quedo congelada a medio camino de levantarme del taburete.

—¿Soltar el qué? —Me hago la despistada, no sé si estoy preparada para decírselo.

—Lo que tienes atascado en la garganta. Te leo como si fueras un libro abierto, amiga. —Suspiro profundo, todavía sin soltar prenda—. Pese a que no sé si será porque estoy en estado febril o qué, pero no consigo saber qué es lo que te ronda. Si se trata de Ander...

—No es solo Ander —dejo ir de repente, interrumpiendo su discurso y dejándome caer de nuevo sobre la banqueta.

—Ah... ¿No? Ayer salisteis. ¿Ha pasado algo? —«Demasiado», pienso.

—Mixel también vino con nosotros —le explico como si nada.

—¿Os jodió la velada? Menudo sujetavelas... —Pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—No, no es eso. —La saco de su error en un murmullo. Me muerdo el labio, sin saber cómo decírselo. «Carol, es Cris, no se va a escandalizar, venga».

—¿Entonces? —inquieta con mucho interés.

—Me acosté con los dos. —Hale, ya lo he dicho. Cierro los ojos para no ver la cara de mi amiga, que no dice nada, no emite ningún sonido ni suelta ninguna de sus expresiones que me haga dilucidar qué opina del bombazo. No me queda más remedio que abrir poco a poco un solo ojo para mirarla.

Su cara es un poema; ojos como platos, boca abierta y palmas apoyadas en la mesa, para ayudar a inclinarse hacia mí.

—¡Hija de fruta! —exclama por fin—. ¿Cómo no me lo has contado cuando habéis llegado a casa de madrugada? ¡Serás mamona!

—Perdona, Cris, de verdad que es algo que no entraba ni en mis planes ni en mi imaginación siquiera. Llegamos tarde y fuimos directos a dormir. Cuando me he despertado, Ander ya no estaba, supongo que habrá ido al gimnasio.

—Ufff, no puedo entender tanta energía. No me cabe en la cabeza que entre las dos no lo tengamos agotado —se ríe—. Y no me hagas la de la tres catorce; ya puedes explicarme con pelos y señales absolutamente todo. ¿Cómo es tener dos pollas dentro a la vez? —Acerca más el taburete a la mesa, y apoya un codo para sujetarse la cabeza, muy atenta a mis explicaciones.

La madre que la parió. Si en el fondo sabía que no se lo iba a tomar mal, es más mi mente boicoteadora la que hace que piense que la gente se va a escandalizar. Me he olvidado por completo de quién es mi compañera.

—No te lo puedo decir.

—¿Cómo que no? ¿Salís dejándome medio moribunda en casa y encima no me cuentas los pormenores de tu noche entre dos tíos? Qué digo tíos..., «LOS TÍOS», porque nuestro Ander ya sabemos que está para lamerlo de arriba abajo, y, *neni*, Mitxel está como un queso. ¡No puedes dejarme así!

—No me has entendido. No te lo puedo decir porque a Mitxel lo sentí en todas partes, sin embargo, no me penetró.

—Ah... ¿no? ¿Y eso? ¿Fue por algún límite de nuestro chico? La verdad es que no nos hemos encontrado nunca en esta situación, supongo que lo tendremos que hablar para saber a qué atenernos en futuras ocasiones —desvaría sin freno.

—Cris, céntrate que te embalas y te pierdes. No fue ningún límite, de hecho, Ander «me brindó» a él, con mi permiso previo, claro, y Mitxel declinó la oferta. Se dedicó a toquetearme y a masturbarme de la mejor manera que nunca me han hecho, aunque no follamos. Solo lo hice con Ander mientras él se empleaba a fondo en lamerme entera por donde podía.

—Vaya, tampoco está mal la cosa. —Casi se relame, Cris.

—No, nada mal. —Y a mí me suben los colores, los calores y el hormigueo en el bajo vientre, solo de recordarlo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Por qué tenías esa cara de constreñida al verme? ¿Estabas acongojada por lo que pudiera decir? —indaga sin entender muy bien mi reticencia a que le cuente lo ocurrido.

—¿Qué quieres que te diga? Sí. Llevamos un año viviendo esta relación tan...

—Poliamorosa —termina por mí.

—Eso es. Y es la primera vez que salgo sin ti y me acuesto con Ander y con alguien más que no seas tú. Siempre somos los tres o tú o yo con Ander. Nunca con nadie externo y encima te dejamos aquí, malita...

—Cuántas patrañas, Carol. ¿Te gustó? —me pregunta con ese tono de voz que ya quiere quitar importancia a mis rayadas mentales.

—Sssí. —Arrastro la respuesta titubeante.

—¿Sí o no? —insiste para que dé una respuesta firme.

—Sí, creo que sí —ratifico ahora más segura.

—Entonces, ¿cuál es el problema?! Te los tiraste, bueno, a uno no del todo, y lo gozaste. Fin de la historia y a seguir, nena. No te rayes.

—Joder, es que lo ves tan fácil. Cuando me metí en la cama me comí la cabeza por ti, y esta mañana no paraba de darle vueltas a lo que estaría pensando Mitxel de mí —confieso con la vista clavada en la taza de café que remuevo, aunque ya no hay nada dentro.

—¿En serio? Estás fatal. ¿Pues qué va a pensar? ¡Qué ojalá te la hubiera metido! —se carcajea—. Estoy convencida de que se tiene que estar dando de cabezazos por haber desaprovechado la oportunidad. Después de tanto tiempo mareando la perdiz.

—Qué bruta eres, leches —protesto al negar con la cabeza y rodar los ojos—. No creo que esté arrepentido, la verdad. Ander insistió y él estaba seguro de que no quería, aunque no me quitó las manos de encima.

—Espero que por lo menos te lo comiera bien...

—¡Cris! —vuelvo a amonestarla.

—¿Qué? Yo en tu lugar le hubiera saltado encima. Tenerlos a los dos dentro debe ser la hostia. —Apoya la barbilla en la palma de la mano y pone cara de estar fantaseando con lo que acaba de confesar.

No sé qué decirle. ¿Me quedé con las ganas? Por supuesto. Aunque en mi fuero interno, después de estos meses en que hemos pelado la pava en las ocasiones en las que nos hemos visto, algo dentro de mí se alegra de no haberlo hecho con él ayer—no del todo al menos—. Si soy sincera conmigo misma, me gustaría que ese momento, si llega a darse, fuera a solas, sin nadie más en la ecuación. Y ahora, recapacitando, ¿en qué lugar deja este pensamiento a mi relación? Ni idea.

—Hola, nenas. ¡Ya estoy en casa! —Ander avisa de su llegada justo antes de que escuchemos la puerta cerrarse y el característico ruido de las llaves al caer en el pequeño baúl de madera que tenemos en el recibidor.

Hace muy poco que nos hemos mudado de piso y, yo, por lo menos, aún no me he hecho a la vivienda al cien por cien. Tengo la sensación de estar viviendo en un apartamento de esos que alquilas por Airbnb en vacaciones.

Fue el propio Ander el que nos propuso ir a vivir juntos, nos lo soltó como siempre hace las cosas, en plan bomba atómica.

Pasó hace dos meses, salió de la ducha del piso que compartíamos Cris, Abril y yo. Aprovechamos la ocasión de que nuestra amiga y Unai se habían ido de viaje a California para que Ander se instalara con nosotras esos días. Cuando Abril estaba en casa, respetábamos el espacio y solo lo dejábamos pernoctar cuando ella se quedaba en el piso de Unai o por causas de fuerza mayor.

—¡Cariños! ¿Sabéis dónde hay calzoncillos míos por aquí? —gritó desde el pasillo.

—Ni idea, ¿has mirado en mi cajón de las bragas? —sugirió Cris en el mismo tono, sin levantar la vista del ordenador.

—¡Por Dios, Cris! ¡He mirado en todos los putos cajones! ¿Crees que, de no ser así, os lo estaría preguntando?

Nos extrañamos mucho por el mal humor de Ander. Pronto Cris reaccionó:

—¡Oye! A mí no me grites, ¿vale? Que, si jugamos a alzar la voz, ¡te aseguro que gano yo!

—exclamó Cris alzando muchísimo su tono.

Ander entró en el comedor, donde nos encontrábamos, subiéndose el pantalón, sin haberse puesto ropa interior.

—¿Qué te pasa, nene? —pregunté con tiento para que se calmara un poco.

—¿Qué me pasa? Me pasa que estoy hasta las narices de no encontrar nunca nada, ni aquí ni en mi propia casa. Estoy harto de no saber dónde está mi ropa, si en vuestra lavadora o en la mía... No puedo más.

Nos miramos aterrorizadas, nunca habíamos visto a Ander tan enfadado.

—Bueno, pues ponemos un poco de orden, tampoco es para exaltarse de esta manera... —Tragué saliva, no sabía cómo me habían salido las palabras porque temblaba de arriba abajo, temiéndome lo peor.

—No, Carol, ya he tenido bastante de esta manera de vivir.

A las dos se nos fue el color de la cara. Pensábamos que ya se había hartado de nosotras y ninguna de las dos estábamos preparadas para recibir un golpe como el que preveíamos.

—¿Qué nos quieres decir, Ander? —preguntó Cris en un acto de valentía, aunque con voz trémula.

—Ni más ni menos que lo que ya he dicho: estoy harto de esta situación.

—¿Por no encontrar ropa? —cuestionó Cris.

—¡Por todo! —volvió a gritar con los puños apretados.

—Joder, ¡¿por qué estás tan nervioso?! —chilló mi amiga. Yo estaba tan fuera de juego que solo me limitaba a mirarlos como si estuviera en un partido de tenis.

—¡Porque quiero que vivamos juntos! —terminó por decir, expectante a nuestra reacción.

Ahí nos quedamos estupefactas, completamente pasmadas. No nos esperábamos esa proposición por parte del que era nuestro novio.

—¿Quieres que vivamos juntos porque no encuentras unos calzoncillos? —Cris no daba crédito a su propuesta, aun así, su particular razonamiento salió a flote.

—Joder, Cris, cariño..., solo tú podrías llegar a una conclusión tan extrema —dijo aguantándose la risa—. ¿Aún no me conoces? ¿De verdad crees que me pondría así por unos calzoncillos? Quiero que vivamos juntos porque os quiero. Los calzoncillos son una puñetera excusa. No sabía cómo planteároslo sin que os agobiárais, como cuando os confesé que os quería.

—La madre que..., Carol, ¡que se nos acaban de declarar! —Me cogió por los hombros y me zarandeó para que saliera del estado de *shock* en el que me encontraba. De pronto me empecé a reír sin control alguno.

—¡¡Sí!! ¡Yo digo sí! —exclamé fuera de mí dando saltitos y aplaudiendo como una cría.

—Pues yo no voy a quedarme aquí sola. ¡Yo también acepto!

Las dos saltamos encima de Ander, haciéndolo caer de espaldas al sofá, exultante de felicidad, abrazando a sus dos chicas.

Los labios de Ander sobre los míos me hacen volver al presente.

—Se os ve muy animadas conversando. ¿Ya se lo has contado? —me pregunta a la vez que se sienta al lado de Cris, que le pone la cara para que la bese—. ¿La cara Cris? ¿En serio?

—Tengo mocos, y estoy griposa. No quiero partarte nada.

Ander la coge de la barbilla y hace que lo mire para luego plantarle un beso en los morros.

—Yo de ti lo quiero todo, ¿me oyes? —¿Puede ser más perfecto este hombre? Si es que nos tiene a las dos enamoraditas perdidas...

—Estás fatal —responde Cris—. Y sí, ya me ha contado la juerga de anoche. Me muero de envidia.

—¿A ti también te gustaría disfrutar con Mitxel?

—¿Estás de coña? ¡Pues claro! ¿A quién le amarga un dulce? Estaría la mar de encantada si se diera la oportunidad. Supongo que a ti no te importaría, ¿no? —le pregunta a Ander, más por formalismo que por el hecho de que él le dé su «su visto bueno». Las dos lo conocemos de sobra y sabemos que no se opondrá a ello.

—Ya sabéis que esto son límites que poner entre todos. Lo hemos hablado largo y tendido y lo haremos las veces que haga falta. Desde que decidimos empezar nuestra relación, hemos ido «negociando» los términos de esta. —Las dos afirmamos con seguridad con la cabeza sin interrumpir su discurso—. Si a vosotras os apetece que, puntualmente, ampliemos nuestro círculo, por mí no hay problema. —Levanta la palma de las manos para dar énfasis a sus palabras—. Y me alegro de que te lo hayas tomado así de bien, Cris. Es la primera vez que practicamos sexo fuera de nuestro círculo.

—¡Y soy yo la que me he quedado sin! —se queja Cris con sorna.

—La próxima vez, bebé —Ander la abraza por los hombros y le deja un beso en el pelo—. Tiene que haber *feeling* con la otra persona. Carol estuvo muy cómoda y dispuesta anoche. En un momento dado fue clave para que Mitxel no se echara para atrás. Al final, todos disfrutamos mucho. —Le dedico una sonrisa tímida e, inconscientemente, me muerdo el labio recordando alguna que otra escena—. Aunque, cuando volvimos a casa, nuestra pequeña se comió la cabeza más de la cuenta. No paró de dar vueltas en la cama.

—Ya lo he notado, ya. Le ha costado horrores contarme lo sucedido —le explica Cris en tono de reproche.

Mi cabeza sigue la conversación en un segundo plano. No dejo de darle vueltas al hecho de que Cris esté dispuesta a tener algún tipo de relación íntima con Mitxel. Que lo haya confesado tan convencida ha provocado que se me agarre un pellizquito en el estómago que no sé cómo tomar. Imágenes de ellos, dos retozando juntos, me pasan por la mente y tengo que desecharlas porque... ¿duele? ¿Cómo puede doler? Quizá es el hecho de que no haya consumado, propiamente, con él, y quiera hacerlo antes que mi amiga. Sí, será eso, será el «yo lo vi primero» que me quema por dentro. La cumbre, por así decirlo, de un año tonteando con él. Un año sumando pequeños momentos, gestos y bromas que nos han llevado al ahora. A este momento en el que, por fin, hemos dado un paso más y nos hemos lanzado el uno al otro —estando Ander, ahí, claro—. Aunque ahora que lo pienso y recordando la pasada noche, no solo no lo hicimos todo. Mitxel me lamió entera y yo a él, claro, pero no probé sus labios. Sé cómo sabe su piel, sin embargo, no sé a qué sabe su boca.



Roces circunstanciales

Mitxel

No me he molestado ni en meterme otra vez en la cama. Estoy en el sofá, con la televisión encendida sin verla en realidad. Necesito el sonido de su emisión para que el silencio no me reviente los tímpanos.

La única película que veo en bucle es lo que ha sucedido esta noche; Ander me llamó para que saliera con ellos. Sabía que Unai no estaba y, últimamente, siempre cuentan conmigo, así que para no quedarme encerrado en casa acepté la propuesta. Me sorprendió que solo apareciera con Carol.

Ella, ella y la confusión que me provoca. Soy muy consciente de lo que hemos ido avivando desde aquella noche en Magna en la que, al loco del ex de Abril, se le terminó de ir la olla. Dicen que las experiencias traumáticas unen, y aquella lo fue sin duda alguna. De algún modo, vivir juntos aquel suceso hizo que formáramos una pequeña familia.

Acabamos todos en el piso de las chicas. Yo dormí con Carol, aunque no cerramos los ojos más de dos horas. Ella había bebido Magna y le dio por hablar, por indagar sobre mi vida. La que vivo a medias desde hace años. También le dio por tocarme, aunque no con ningún fin sexual; me acariciaba la cara, las cejas, los labios... Sin darme cuenta, terminé haciendo lo mismo con ella, hasta que nos dormimos cada uno con la mano del otro en la mejilla.

Esa madrugada, ya sea por el suceso o porque fue la primera vez que nos miramos de verdad a los ojos, algo cambió entre nosotros. Cuando nos hemos visto, una atracción cada vez más poderosa ha ido creciendo y creciendo hasta que ayer no lo pudimos controlar más. No sé si el hecho de la relación que tiene con Ander y Cris favoreció el momento o no. Eso, las ganas, sus piernas, sus pecas o el carmín rojo que me costó no borrar con mis labios.

Ya no recuerdo cuantos *gin-tonics* llevaban nuestros cuerpos, solo que el mío, empezaba a sentirse libre, sin nada en lo que pensar; solo oía su voz serena, hablándome de todo y de nada.

Nuestros rostros cada vez se acercaban más y más, poniendo como pretexto el no oírnos por el exceso de ruido que había en Menhir, aunque la realidad es que, al calor de las copas, el deseo de nuestros labios empezaba a confirmar lo que sentíamos y deseábamos. A ello súmale el roce de las manos de Ander sobre su cuerpo. Caricias que parecían casuales, sin ninguna intención más allá de la de sentir a su pareja cerca, pero las miradas que cruzábamos los dos, me decían que esos roces circunstanciales escondían un gran propósito detrás.

Ander había sido testigo de nuestro acercamiento. En más de una ocasión me había dicho que Carol no era de su propiedad, solo era su novia y si a ella le apetecía, tenía el camino libre para ser feliz y disfrutar con quien ella quisiera. Supongo que viendo lo que estaba germinando entre los dos, Ander, aprovechaba alguna que otra ocasión para dejarme claro que la relación que mantenía con sus chicas estaba abierta a lo que ellas quisieran. No se había dado el caso, aún, de que ampliaran su círculo, porque él tenía suficiente con Carol y Cris, que eran primerizas en las relaciones poliamorosas, con lo que de momento no se habían soltado a más idilios, aunque, como bien habían establecido desde un inicio, no habría problemas cuando sucediera.

Poco conocía que era yo el que reprimía ese impulso. Era evidente que, si hubiera dado el

paso, Carol me habría seguido, porque la conexión que tenemos es inconfundible y tenía clarísimo que el nudo en el estómago que me tiraba hacia ella era bidireccional. Estas cosas se saben, se sienten; como un palpito en el alma, como un reconocimiento en la piel.

Ayer por la noche me olvidé de todo; de mi entereza, de mi honradez, de mi promesa. Por unas horas pude liberarme de Gisèle.

Poco a poco el ambiente fue distendiéndose, estábamos rodeados de gente, aunque parecía que solo quedáramos los tres en nuestro rincón habitual. Las conversaciones banales de una noche de sábado empezaron a volverse sutilmente seductoras. Hasta que, en un baile a tres, al ritmo de *I'm not here to take friends* de Sam Smith, Ander me la acercó. Carol se quedó entre los dos, frente a mí. Alzó los brazos y los apoyó en mis hombros. Cruzamos la mirada, apresó con los dientes su labio inferior para, un instante después, pegarse a mí y lamerme el cuello. Ahí perdí la batalla conmigo mismo.

Miré a Ander y hablamos en silencio. Solo le hizo falta asentir para que me lanzara a buscar la piel de Carol, era imposible no corresponderla, aunque mis manos temblaban, un incendio interior se avivaba a cada contacto de sus labios sobre mí, con cada pequeña mordida, al notar su saliva caliente, en cada movimiento de su lengua en mi yugular.

Ander se posicionó al otro lado de su cuello y los dos la saboreamos. Ellos terminaron enrollándose, y ese era un paso que yo no podía dar. Mi liberación no llegaba a tanto.

Antes de que la situación se nos fuera de las manos, Ander propuso que nos marcháramos a un lugar con más intimidad. Nunca esconde su relación a tres, sin embargo, hoy en día aún han de lidiar con miradas cargadas de sorpresa y rechazo al besar públicamente a sus dos chicas.

Las cuida mucho y lo que menos quiere es que estén en boca de nadie, por eso prefería irse de allí. Sugerí que fuéramos a mi casa, ir a la suya con Cris enferma no me pareció adecuado. Aceptaron encantados.

Cuando llegamos necesité pararme y respirar, afrontar lo que estaba a punto de hacer, ser consciente de hasta dónde podía llegar. La situación me estaba sobrepasando y mi mente empezaba a boicotearme. Los dejé solos y me refugié en el baño mientras ellos se hacían con mi habitación sin dejar que el ambiente se enfriara.

Estaba enjuagándome la cara cuando sentí su cuerpo semidesnudo pegado al mío. Me giró, me dedicó una caricia tierna que correspondí intentando apresar su mano entre mi mejilla y mi hombro para alargar el contacto. El sonido rasposo de los dedos de Carol al enterrarlos en mi barba me hizo estremecer. Sonrió sin dejar de mirarme, se acercó a mi oreja para besarla muy suave. Al sentir su aliento y su excitada respiración, mi cuerpo protestó por no poder dejarse ir a su antojo.

—Mitxel, no va a pasar nada que no desees —susurró entre beso y beso—. Date la opción. Creo no equivocarme al pensar que sientes lo mismo que yo cuando estamos cerca. Así que tu cuerpo debe de arder con tanta intensidad como el mío. Yo no quiero dejar de vivir la experiencia de sentirte. —Y mientras sus palabras retumbaban dentro de mi pecho, la cabeza me bullía con mil y una razones para lanzarme a por ella. O no.

Quiso besarme en la boca y me aparté. Otra vez mi bloqueo. Carol se extrañó y para que no pensara que había decidido no seguir con aquello, fui yo en esa ocasión el que se arrimó a ella y, sin pronunciar palabra, la cogí por la nuca y con la nariz le acaricié la mejilla, arrastrando los labios por su piel, hasta besarla en el cuello. Todo lo que no podía hacer con su boca, lo hice en

ese punto donde había descubierto que se derretía.

Besos intensos, con una lentitud desesperante, haciendo que su vello se pusiera de punta. La giré y pegué mi pecho a su espalda. Mis manos la recorrían entera, descendí con los labios por los hombros, los brazos... Hasta llegar más abajo de la cintura. Carol no podía reprimir gemidos suaves, como su piel, y cuando empecé a bajarle los pantalones se giró. Mi boca quedó demasiado cerca de su vientre, de su ombligo... Ya no había marcha atrás. No podría tenerla entera, pero era vital para mi cordura que la sintiera, que la recorriera a placer. Respirar sobre su abdomen fue lo que me hizo desfallecer.

Carol estaba absorta, con los ojos cerrados, centrada en notar cada caricia de mis manos, cada beso húmedo sobre su piel. El rubor de sus mejillas reflejaba su deseo y cuando clavó su mirada en la mía, vi la seguridad que tenía en seguir con su maquiavélico plan. Iba a robarme una experiencia inesperada y estaba más que encantado con la decisión.

Cuando la dejé en ropa interior volvimos a la habitación, donde Ander nos había estado contemplando desde la cama, ya desnudo y masturbándose sin prisa. No me resultó una situación incómoda, no era la primera vez que me encontraba en semejante escenario.

Volví a centrarme en Carol. Retorné a los besos sobre su cuerpo, y poco a poco, las manos, entre sensuales caricias, se fueron acercando a sus senos. Los acaricié por encima del sujetador, del que me deshice con una habilidad pasmosa y mientras contemplaba el caer de este, con toda calma y firmeza, como cuando un escultor da forma a la arcilla, los tomé entre las manos, estrujé los pezones, arrancándole un gemido de placer que se intensificó cuando le clavé los dientes en el cuello. Esa parte de piel ya no me era suficiente, Carol soltó un suspiro cuando por fin notó el calor de mi boca y la tibieza de la saliva rozarle los pezones. Me perdí entre ellos, y fue cuando Ander quiso unirse al juego, arrodillado tras ella, chupando las nalgas turgentes de nuestra presa. Yo despertaba a la lujuria en cada caricia, en cada movimiento de mis manos recorriendo su cuerpo. Los nervios por fin habían desaparecido, en esa estancia ya solo se respiraba el deseo y el anhelo de hacerla nuestra.

Ahora, recordando cada penetración de Ander, cada una de mis lamidas en su sexo, cada uno de sus jadeos..., no paro de darme manotazos en la frente. ¿Cómo no pude corresponderla? ¿Cómo Gisèle, no estando presente, tuvo más fuerza que el sentimiento que albergo por Carol? ¿Cómo es posible que me arrastre de esta manera estando tan lejos como está?

Una parte de mí dice que no piense más en ello, que, haga lo que haga, no se va a enterar de nada, sin embargo, sé que no es así. No sé cómo lo hace, no sé cómo lo intuye, pero cada vez que me he acercado a alguien, el teléfono ha sonado y su melodiosa voz con su acento afrancesado me han vuelto a hacer ceder y cumplir con mi palabra.

El timbre me saca del bucle en el que estoy metido. ¿Qué hora debe ser? La luz que entra por la ventana del comedor es bastante clara, con lo que ya debe ser bien entrada la mañana.

Espero en la puerta a la visita y me sorprendo al encontrarme a Ander.

—¿Qué tal? ¿Todo bien? —lo saludo extrañado.

—Buenos días, veo que no has dormido mucho. Debería preguntarte yo a ti. —Va con ropa deportiva y algo sudado. Este hombre es un torbellino de energía, no sabe estar quieto ni un momento. Con el tute que nos dimos ayer y aún tiene fuerzas para salir a correr. Aunque quizá solo ha sido una excusa para venir a verme.

—Pasa, pasa, perdón. —Me hago a un lado para dejarlo pasar cuando me doy cuenta de que

está esperando a que reaccione.

—¿Me invitas a un café? —pregunta dirección al salón.

—Y a dos. Vamos para la cocina.

Al llegar, se dirige a la nevera y saca una botella de agua de la que da buena cuenta directamente del recipiente.

—No te importa, ¿verdad? Venía muerto de sed. El alcohol me deja deshidratado perdido. — Se excusa tras la confianza de haber «asaltado» mi nevera sin permiso.

—Estás en tu casa, ya lo sabes.

Se sienta a la mesa y se lleva la botella consigo. Yo empiezo a trastear, preparando las tazas mientras la Nespresso se calienta.

—¿Azúcar, edulcorante...? —le pregunto.

—Solo está bien. Sentirás curiosidad por saber qué hago aquí, ¿no? —Ander tan directo como siempre, sin rodeos.

—La verdad es que me sorprende, sí. —Meto la primera cápsula en la máquina y el sonido de la bomba de agua llena el silencio, algo incómodo, al menos por mi parte, que se instaura en la cocina. Ander no dice nada hasta que llevo los cafés a la mesa.

—Quiero hablar sobre lo que pasó anoche. Ya sabes que en nuestra relación todo funciona con mucha comunicación y con ensayo y error sobre límites permitidos y vetados.

—Sí, soy consciente de ello.

—Ya hemos hablado alguna vez de esto. Sé la conexión que tienes con Carol y después de ayer, quiero que ella se sienta libre de estar contigo si lo desea, pero antes quería comentarte algo. Es muy posible que cuando nos sentemos a hablar de lo sucedido ayer surja la opción de integrarte en la ecuación y Cris quiera participar en vuestros juegos. Antes de proponer nada, quiero saber en qué punto estás tú.

—Joder, directo y sin rodeos, ¿eh? —Menos mal que aún no había probado el café, me hubiera salido cual aspersionador. No me esperaba para nada encontrarme en esta tesitura.

—¿Para qué perder el tiempo? Ya sabes que soy muy práctico. —Ander ni pestañea. Es como algo natural en él.

—Ya veo, ya... —murmuro. Cabeceo y tuerzo el gesto. Necesito encontrar las palabras para declinar la «oferta» mal que me pese.

—¿Entonces...? —insiste cuando ve que no me lanzo a responder.

—No sé qué decirte, Ander. Sabéis poco de mi vida, pero créeme si te digo que sentimentalmente no estoy tan lejos de vosotros. —Ander eleva las cejas, sorprendido.

—No me lo ha parecido nunca...

—Porque no es algo de lo que esté dispuesto a hablar ni he «practicado» en Logroño. —Le aclaro. Doy, ahora sí, un sorbo al brebaje que me sabe más amargo de lo habitual.

—Ah... Bueno, no quiero inmiscuirme en tu vida, ni quiero forzarte a contar nada. Intuyo que es un tema delicado si no quieres hablar de ello. Cuando lo necesites, cuenta conmigo. Yo solo pretendo hacer feliz a mis chicas. Si ellas lo son, yo también.

—Ya... la cuestión es que no sé si estoy preparado para meterme en vuestra relación, y si lo estuviera, no sé en qué grado lo haría. —Ander frunce el entrecejo, achica los ojos, estudiándome. A veces me da la sensación de que es tan inteligente, que te puede leer hasta la mente.

—Tienes un veto —asevera. Ahora soy yo el que se queda completamente sorprendido. ¿Cómo lo ha sabido? —La capacidad de deducción de este hombre siempre me ha asombrado. Con poco que le digas, te lee de una forma casi mágica.

—Algo así, sí —consigo decir tras unos segundos en silencio.

Ander sigue examinándome, cosa que hace que me ponga muy nervioso.

—Entiendo que es un límite flexible o ayer te lo saltaste. —confirma. Esto es como estar en una tirada de cartas del tarot, aunque lo que interpreta Ander son mis ojos y no unos naipes esotéricos.

—Es un veto con concesiones. Aunque no muchas.

—Por eso no la penetraste ni la besaste... —«Jodido Ander...».

—Eso es. —Asiento cabizbajo y los ojos cerrados. Ahí está el odio ante mi honestidad en este aspecto.

—Dime si me estoy metiendo demasiado, ya sabes que mi mente va como diez años por delante de mi lengua. —Y que lo digas, Amigo. Cada día alucino más con él.

—Tranquilo, no es ningún tabú, aunque no es algo que quiera ir pregonando. Es una historia complicada.

—¿No hay manera de que puedas desvincularte? Esto no es de por vida. Es como una relación común; cuando la cosa no funciona o precisas algo más; lo hablas y lo solucionas con tu o tus parejas o lo dejas. Nadie tiene el poder de obligarte a nada.

—Ander, no es tan fácil. Dejémoslo ahí —le pido. Me muerdo los labios para paliar la rabia que bulle dentro de mí. Tocar este tema me desestabiliza. Solo Unai sabe cómo manejarme en esta situación. Solo él conoce esa parte de mi pasado presente.

—Ok, ok. No me meto más. —Hace una pausa para calmar el ambiente crispado que se ha creado entre los dos—. ¿Pensarás en lo que te he dicho al menos? Dentro de tus posibilidades, claro.

—No sé qué decirte. Ya bastante tocado estoy con lo de ayer.

—Pero no cruzaste el límite. No tienes por qué rayarte.

—No, no lo crucé, pero casi me pueden las ganas. No sé si volver a verme involucrado en una noche más hará que mis fuerzas flaqueen y ceda. —Ander niega con la cabeza, estirando los labios, en una mueca de desaprobación absoluta.

—Te he dicho que no me metería y no lo voy a hacer a no ser que me lo pidas. Aunque no veo bien tu postura. Piénsalo. Ven esta tarde a casa a tomar el café. Aceptes o no, Carol merece saber a qué atenerse.

Y es cierto. Ayer pasé la noche con ellos dos. Sentirla fue una experiencia que solo podrá mejorar el hecho de poder tenerla al cien por cien, algo que, hoy por hoy, no se puede dar. No sé si voy a poder repetirlo, y no por falta de ganas, sino por miedo a que me falle la voluntad y vuele por los aires mi determinación. Ella merece saber a qué se enfrentaría y qué puede esperar —o no— de mí.

—De acuerdo, allí estaré.



Piedras en el estómago

Carol

—¿Bueno, y se puede saber de dónde vienes tú a estas horas? —pregunta Cris, salvándome de tener otra vez la misma conversación con Ander presente.

—Ya me conoces, he salido a correr. Necesitaba sudar toda la ginebra que me bebí ayer y ya de paso, he ido a hablar con Mitxel.

Ha sido oír su nombre y ponerme en alerta.

—¿Con Mitxel? ¿Por qué? ¿Algún problema? —Hago todas las preguntas de carrerilla. Me vence la ansiedad del saber.

—Tranquila, cariño. Solo he ido a tantear el terreno. Después de esta noche, creo que deberíamos ampliar los límites que tenemos o, por lo menos, hablar sobre ellos.

—Luego dices que yo me embalo, *neni*, pero nuestro hombretón no se queda corto... —señala Cris.

—Emmm... No lo tengo claro, Ander. Quizá te has adelantado —digo algo molesta—. ¿No crees que quizá para él haya sido solo una noche desfasada, sin más? ¿Por qué no lo has hablado primero conmigo?

—Tengo clara tu postura, nena. —A veces esta seguridad con la que habla, esta forma de entendernos y de conocernos me exaspera un poco. Es así, y lo quiero tal y como es, sin embargo, hoy me molesta.

Un hormigueo nada placentero me empieza a nacer en la boca del estómago y amenaza con convertirse en un tsunami de lava furibunda.

—¿Y cuál se supone que es mi postura? —Intento controlar la voz para no gritarle, para que mi enfado no sea tan palpable.

—Carol... —quiere interceder Cris. Alarga la mano y coge una de las mías. La aprieta para que me calme y le deje explicarse.

—No, Carol, no. Que está bien que quiera que nosotras estemos a gusto y no nos coartemos en nada, no obstante, debería haber acudido primero a mí —respondo a Cris, aunque sin apartar mi mirada fulminante de Ander.

—No entiendo este enfado. —Ander niega, con las cejas arqueadas y los ojos como platos—. Lleváis meses con una tensión encima difícil de obviar y que ayer se hizo insostenible. ¿Acaso la atracción que sientes por él solo ha sido cosa de una noche? ¿Me vas a decir que no te apetece tener más con él de lo que has tenido hasta ahora?

Su tranquilidad me enfurece todavía más.

—Da igual lo que me apetezca a mí o no. ¡Antes de hablar con él, tendrías que haber hablado conmigo! —estallo de una forma desmesurada, lo reconozco.

Ander ladea la cabeza, entrecierra los ojos y pone morritos, en ese gesto tan suyo cuando analiza una situación. Sé que ahora mismo su cabeza bulle estudiando cada una de mis palabras y todos mis gestos. Me levanto con la taza de café, aún a medias, y la dejo en el fregadero solo por darle la espalda y que no siga observándome.

No tardo nada en notar sus brazos rodeándome desde atrás.

—Cariño, ¿cuál es el problema? —susurra al apoyar la frente en mi cabeza.

Cierro los ojos, cojo aire y lo dejo ir despacio. Estrecho sus brazos con los míos y me recuesto sobre su hombro.

—Ander... Sé que lo has hecho por mí...

—Todo lo hago por vosotras. ¿Tienes miedo a lo que pueda haber dicho Mitxel?

—¿Qué te ha dicho? —Me doy la vuelta para mirarlo de frente. Cris está absorta en nuestra conversación mientras da cuenta de la tostada con tomate y aceite que me he hecho para acompañar al café con leche y que debe estar más que fría.

—Esta tarde lo sabremos. Lo he invitado a tomar café.

—¿Cómo?! —exclamo otra vez fuera de mí.

Oigo el ruido que las patas del taburete hacen contra el suelo. Cris se ha levantado como un resorte para acudir a nuestro lado.

—Calma que te conozco —me dice—. Viene como muchas tardes ha venido, no lo magnifiques. —Sé que intenta ayudarme para que no colapse y para que no mate a Ander, también.

—Le he dicho que tenemos que hablar sobre nuestros límites y sopesar si los debemos ampliar para que él entre en la ecuación. Ya sabes que para mí no es problema. Falta saber lo que tú quieres, si Cris está de acuerdo y si él acepta, claro.

—¿Se lo has propuesto? —los ojos casi se me salen de las órbitas—. ¿Así como si nada?

—Como si nada no. Esto lleva tiempo fraguándose, Carol. Tenía claro que un día u otro iba a suceder. Ahora lo que tenemos que hablar es qué queréis hacer vosotras.

—Uuuuh, ¡yo contesto *primens*! —se adelanta Cris antes de que yo pueda decir nada—. Voto por que Mitxel esté con nosotros en calidad de lo que quiera ser. No me importa si Carol quiere mantener algo más que una amistad con él. De hecho, ¡a mí me apetecería probar ese *cuerpesito* rico! —canturrea a la vez que mueve los hombros simulando bailar una especie de mambo o algo parecido. Se acerca a mí y me abraza—. Carol, que a mí ya sabes que me da igual cuatro que cuarenta. ¿Tú quieres? —pregunta en tono serio esta vez.

Y ahí está el problema: ¿quiero? Que ayer me gustó es un hecho constatado, más no tengo claro que lo quiera de este modo que ellos proponen. Aunque pensar así es un tanto egoísta por mi parte, ¿no? Y tampoco sé si a él le parecería bien tener una relación casi a cuatro. Con Cris también ha tenido muy buen rollo, aunque ese *feeling* especial que he sentido con él no lo he visto con ellos. Quizá esté equivocada, a lo mejor a él le parece bien formar parte de esta relación poliamorosa que tenemos y también está dispuesto a amar a mi amiga en la misma proporción que pudiera hacerlo conmigo.

No puedo pretender que forme parte de esto «exigiendo» que no toque a Cris con la relación como la que mantengo, ¿no? «Madre mía, Carol, que te va a salir humo de la cabeza. Simplifica, a veces nos preocupamos por cosas que no llegan ni a ocurrir, así que relájate. Mitxel siempre se ha llevado bien con los tres, podríamos ser un buen cuarteto. Ya lidiarás con los celos si se llega a dar el caso de que lo veas con Cris. No puedes ser así de egoísta y menos con ella».

—Sí, no me importaría —respondo más por decir algo que vaya acorde con sus pensamientos que lo que realmente pienso. Espero que esta inseguridad que siento no se note en mi respuesta.

Cris da saltitos de alegría a la par que vuelve a sonarse los mocos. Ni enferma y hecha polvo

puede estar quieta. Ander no cesa en su escrutinio visual.

—¿Segura? Por mí no hay ningún problema en abrir la relación, aunque quiero que estés convencida. Si no, esto no funciona.

—Claro, lo estoy. —Me acerco a él, le doy un pico y me excuso de ellos alegando que necesito una ducha.



Cuando me quiero dar cuenta, el timbre suena. Hemos comido y he estado en un modo tan automático que no tengo consciencia apenas de lo que ha ocurrido desde que he entrado en el baño y ha sonado el interfono.

—Voy yo. —Ander se levanta de un salto y se dirige hacia la puerta. Un escalofrío me recorre entera.

Cada vez que pienso en anoche y en que ahora lo voy a tener delante... ¿Seré capaz de mirarlo a los ojos y no morir de vergüenza? ¿Me mirará distinto por haberme acostado con los dos a la vez? Joder, ¿por qué no me controlé anoche? «Los *gin-tonics*, Carol, la culpa fue de los *gin-tonics*». Ya, sí, y de mis ganas también, para qué negarlo. Solo espero que lo que pasó no cambie nada entre nosotros. «Que no me mire raro, por favor, que no me mire raro...».

—*Neni*, respira. Te estás poniendo morada. —Miro a Cris, que me aprieta la rodilla que no puede estarse quieta. Asiento e inhalo—. Es Mitxel, tranquila.

Pues justo por eso. Que es Mitxel, joder, ¿quién me manda a mí lanzarme a hacer nada? Resoplo, cierro los ojos e intento relajarme.

—Ya está, venga. Ya está —recito como si fuera un mantra a la par que sacudo las manos. Y no sé si se lo digo a ella o más por mí.

—Hola, chicas. ¿Qué tal? —Mitxel entra quitándose la cazadora, con porte desenfadado, como si nada hubiera ocurrido, eso hace que me relaje un poco, aunque no oso mirarlo a la cara. La vista se me pierde en el roto de sus tejanos, justo encima de la rodilla y que deja ver un trozo de piel que me hace salivar.

—¿Qué tal machote? Se te ve relajado... —saluda Cris con socarronería.

Mitxel no puede evitar estallar en carcajadas.

—No te voy a decir que no. —Si le sigue la corriente vamos mal, porque Cris se va a venir arriba y la cosa puede acabar desvariando mucho, así que decido cortar la conversación por lo sano.

—Dame la chupa, te la guardo en la habitación. —No sé si ha sido la mejor de las ideas acercarme a él para cogerle la chaqueta de las manos. Sin quererlo, o queriendo —no lo tengo claro—, nuestros dedos se encuentran y una lengua de calor me recorre el brazo. Sigo sin atreverme a levantar la mirada, cobarde de mí, me doy la vuelta y salgo del salón pitando.

No he podido alargar mi ausencia en el salón. He aprovechado para ir al baño, lavarme las manos sin que hiciera falta, solo por tener algo que hacer antes de volver y enfrentarme a «la conversación». Cuando llego, Ander y Mitxel están sentados en el lado del *chaise longue* y Cris, de cara a ellos, no ha perdido el tiempo y está enfrascada en su particular interrogatorio sobre la fiesta de ayer.

—... Pues Vicky debió de fliparlo en colores, ¿no?

—Nena, ya sabes que cuando salimos prefiero no fijarme en si nos miran o no. Odio ver en los ojos de los demás la admiración hacia mí por montármelo con dos tías a la vez, si se trata de un tío el que observa, o miradas de odio si la que nos contempla es una mujer.

—Ya, pero Vicky, que lleva la vida sirviendo copas allí, dudo mucho que os mirara mal. Seguro que se sorprendió al ver que me habías cambiado por un tío.

—Ni idea, ya te digo, no me fijé en nadie.

—Y tú, Mitxel, ¿te habías montado alguna vez un trío?

—¡Cris! —la reprendo taladrándola con los ojos. Me siento a su lado, para tenerla un poco más controlada.

—Perdona bonita, yo no estaba allí y necesito información. Tengo curiosidad.

—No, no es mi primer trío. —Las dos giramos la cabeza de golpe para centrar nuestra atención en Mitxel—. He mantenido relaciones monógamas, poliamorosas y abiertas. Soy muy flexible en este ámbito.

A las dos se nos abre un poco la boca. Mitxel nunca ha hablado de su vida más íntima. Es alguien al que se le da de maravilla escuchar, siempre dispuesto a ayudar o a dar consejo si se lo pides, un hombro en el que apoyarse cuando alguien lo necesita. Ya nos lo demostró a todos cuando Unai tuvo su episodio oscuro y tras lo sucedido con Jorge, pero me doy cuenta de que es muy reservado en cuanto a él se refiere.

—Vaya... —me oigo pronunciar casi en un murmullo.

—Esta mañana, cuando lo fui a ver, como os he comentado antes, quería saber en qué punto estaba. No es ningún secreto que tiene un vínculo especial con Carol. —Ander me mira y noto cómo me suben los colores. Parezco una quinceañera muerta de vergüenza ante sus padres cuando estos le hablan de métodos anticonceptivos. «¡Contrólate, leches!»—. Por eso, quería tener claro si, en caso de que vosotras quisierais, él querría formar parte, de alguna manera, en nuestra relación.

Se hace un silencio un tanto incómodo. Yo no sé dónde meterme. Me da vergüenza levantar la cabeza y mirar a Mitxel a la cara por miedo a leer lo que piensa, ya sea positivo o negativo, porque no tengo claro qué quiero que diga.

—A ver —empieza a decir Mitxel—, ante todo quiero que quede claro que lo que pasó ayer no fue fruto de un calentón. —Ahora sí, levanto la vista del suelo para enredarla en sus ojos que no se apartan de mí, en una mirada intensa y prolongada. Tengo que hacer un esfuerzo por tragar la poca saliva que tengo—. No sé lo que habéis hablado esta mañana tampoco...

—Yo te lo resumo —se adelanta Cris—: estamos los tres encantados de que formes parte de nuestra pequeña familia. Si tú quieres, y cuando yo ya no tenga mocos, montamos una *cenita* los cuatro en casa, así en plan íntimo. ¡Estoy deseando hincarte el diente!

—¡Joder, Cris! —Le doy un codazo para que cierre la boca. Esto de que no tenga filtro a veces es exasperante.

Me ha afectado oírle decir lo que acaba de soltar; se me han cerrado los pulmones por lo que pueda responder el propio implicado y por imaginarme la escena. No me ha gustado nada proyectar la imagen de ellos dos con los cuerpos enredados.

Mitxel se muerde el labio de medio lado, suelta una risa contenida y niega con la cabeza.

—Ya ves que con ella nunca nos aburrimos. —Ander le guiña un ojo y le lanza un beso a mi amiga.

—Lo sé, lo sé —reconoce Mitxel—. La cuestión, Cris, es que, aunque estoy muy halagado por lo que me acabas de contar, tengo que declinar la oferta. —Una piedra me cae a plomo en el estómago. Literalmente noto como palidezco. No puedo evitar pensar que, a pesar de que ha dicho que no fue un calentón sin más, para él solo he sido una noche. Y duele. Joder, si duele.

»Quiero explicarme, no quiero que os lo toméis a mal. Ahora mismo, me encuentro en un momento de mi vida en el que implicarme sentimentalmente en una relación como la que me ofrecéis no es una opción. Y aunque lo fuera, quizá no sería algo tan poliamoroso como lo que tienes en mente, Cris —explica con mucha tranquilidad y aplomo. Pero yo estoy en modo pausa, no sé cómo tomarme su comentario.

—Vaya, ¿así que solo querías catar a Carol? —Cris hace un puchero, decepcionada por el rechazo de Mitxel.

—No, ya he dicho que no solo fue sexo por sexo, sin embargo, ahora no puedo empezar nada más.

Me mira, no sé si quiere decirme algo, sin embargo, no puedo leerlo, no puedo dilucidar lo que quiere transmitirme. Solo soy consciente de esta dualidad de sentimientos que en este momento estoy sintiendo y no sé por cuál decantarme. Por un lado, he sentido alivio de que no quiera tener nada con Cris y por otro, una decepción muy grande por saber que ahora no quiere implicarse en ninguna relación, porque eso significa que tampoco quiere nada conmigo, ¿no?

Mi cuerpo acoge la noticia como si me hubiera embestido un toro. Si no me recuesto en el sofá, impactada, es porque la mirada que me dirige Ander me ancla a la tierra. Necesito respirar, necesito un poco de espacio para pensar con claridad. Aquí, con él delante no puedo.

—¿Café, té, infusión, algo más fuerte...? —ofrezco al levantarme de golpe del sillón, dispuesta a desaparecer del comedor durante el ratito que me permita la preparación de las comandas.

—Un café estará bien. —Mitxel no deja de mirarme y yo me quiero fundir un poco. Su mirada, en este momento me abrasa, me transporta a esta pasada noche y casi, solo casi, me hace percibir de nuevo el tacto de sus manos sobre mi piel. Tengo que sacármelo de la cabeza o me voy a volver loca. «No va a volver a pasar, así que ni lo pienses». No obstante, mi cuerpo va por libre y desobedece las órdenes del cerebro. Tengo que frotarme el antebrazo con disimulo para que no se me note el vello de punta. Me cuesta reaccionar y desenredar la mirada de la suya.

—¿Cris, Ander? —pregunto por fin.

—Si me haces un brebaje de esos tuyos con agua caliente, limón y miel, mi garganta y yo te estaremos eternamente agradecidas —solicita Cris.

—Yo otro café. —Ander se ha quedado en un segundo plano, analizando la escena, como siempre. Estoy segura de que se ha percatado de cada uno de mis movimientos y reacciones. Nunca le pasa nada por alto, aunque parezca que sí.

El refugio de la cocina y tener en la mente lo que quiere cada uno me da un poco de tregua para dejar de pensar en Mitxel y en la conversación que acabamos de mantener.

Pongo la segunda cápsula en la cafetera y noto una presencia detrás de mí.

—Carol... —Mi nombre pronunciado por esa voz profunda, grave, aunque casi dicha en un susurro, me tensa. «Ahora no, Mitxel, ahora no...».

Estar de espaldas me da la ventaja de cerrar con fuerza los ojos y prepararme para lo que sea que me tenga que decir.

—Dime —respondo aún sin girarme, buscando cualquier cosa en los armarios que me pillan de frente.

—Carol, mírame. —Su mano me rodea el codo, haciendo que pare en mi tarea de buscar nada y lo enfrente—. Cuando he dicho que no fue una noche más lo decía en serio.

—No tienes que dar explicaciones, te creo. No pasa nada. —consigo responder como una autómatas y con una sonrisa forzada implantada en la cara.

—Sí pasa. No quiero que lo que tenemos cambie. No quiero que te alejes de mí, ni dejes de hablarme.

—Joder, Mitxel... Me pides la luna. —Me ofusco, porque desde que lo tuve recorriendo mi cuerpo, mi alma pide más y saber que no lo voy a tener se hace muy duro.

—Sueno muy egoísta, pero ya que no te puedo tener al cien por cien, no me gustaría perderte como amiga. —Achico los ojos sin querer. «¿Al cien por cien? ¿Qué quiere decir eso?», me pregunto.

—¿Por qué no puedes tenerme? Creía que era porque no querías, que no estabas en ese punto de tu vida. —Lo cuestiono con tiento.

—Es complicado. —El tono que ha utilizado es seco, como si tuviera que creermelo lo que dice porque sí, sin intención de añadir más información. Pero yo la necesito.

—Pues explícamelo. Soy toda oídos.

—¿Quedamos para cenar, los dos solos y hablamos de esto con calma?

¿Cenar? ¿Él y yo solos? ¿Qué está pasando aquí y qué es lo que me tiene que contar? Un nudo más en mi pecho.

—De acuerdo, cenemos y zanjemos de una vez por todas este tema.

«Carol, relativiza, esto ha sido como los amores de verano, que te ilusionas, fantaseas y luego terminan. Respira, analiza y acepta. Si he podido lidiar con mi coco al aceptar tener una relación a tres, puedo asumir el hecho de tener a Mitxel como hasta ahora. Solo amigos. Olvida su piel, el calor de sus manos y la humedad de su lengua. Solo amigos y ya». Claro, qué fácil la teoría y qué difícil va a ser la práctica, amiga.



Una sonrisa apenada

Mitxel

Ya en casa recuerdo la conversación de esta tarde con la *trieja*. Ver la cara de incredulidad que se le quedó a Carol al decirles que «sí, pero no. Gracias», me dolió. Me hubiera levantado del sofá y habría ido a abrazarla. Por eso, cuando se fue para ir a preparar los cafés, no pude evitar soltar un gruñido de exasperación conmigo mismo. Me acodé sobre las rodillas y fue la mano de Ander en mi hombro lo que evitó que siguiera tirándome del pelo.

—Anda ve. Habla con ella, le irá bien.

—No quiero agobiarla, necesitará su espacio. —Lo que menos quería en ese momento era, encima, atosigarla con mi presencia. Seguro que me quería muy lejos de ella.

—Escúchalo —ratificó Cris—. Si fuera yo la que está en su lugar y te viera aparecer por la puerta de la cocina, volarían las sartenes. Pero no es el caso, y estoy segura de que agradecerá una «explicación» más personal que la que has podido darnos a todos.

No me lo pensé y fui a su encuentro. Verla *cacharrear* nerviosa me confirmó que de verdad necesitaba una conversación sincera por mi parte para entender que, aunque parezca una frase manida; no es ella, soy yo. Es por eso por lo que le he propuesto ir a cenar. No estoy seguro de si es la mejor de las ideas ni si va a entender mi postura, sin embargo, y aunque sea muy egoísta por mi parte, tenerla un rato para mí, aunque no pueda disfrutar de su piel, ya me parece un lujo.

Espero poder explicarle la situación en la que me encuentro y espero poder hacerlo sin dar demasiados detalles. No estoy preparado para hablar de ello con Carol ni para soportar la mirada de incredulidad con la que sé que me va a mirar, porque no es para menos. ¿Quién en su sano juicio estaría siéndole fiel a Gisèle? Nadie. Menos yo, que soy gilipollas.

La llamada entrante de Unai me salva de seguir dándole vueltas a lo mismo desde hace casi veinte horas.

—Dichosos los oídos que te escuchan —respondo al descolgar.

—Lo mismo podría decir, que estos trastos funcionan igual con llamadas entrantes que salientes —se carcajea Unai.

—Naaah, no quería interrumpir vuestra eterna luna de miel que, conociéndoos, seguro que os pillaba manos a la obra. No me quiero imaginar qué os pasará cuando realmente seáis marido y mujer. —Unai no puede aguantarse la risa.

—Cualquiera diría que estás celoso. ¿Acaso estás necesitado de cariño, amigo?

—Sí, del tuyo, no te jode... —me mofo de él sin miramiento—. Va, cuéntame. ¿Cómo ha ido vuestra enésima escapada? ¿Todavía celebráis vuestra pedida? —Tener de vuelta a este Unai me fascina. No me creo verlo y notarlo tan feliz. Aún me cuesta asimilar que vaya a casarse. ¡Él! Que hace poco más de un año era una sombra vegetando por esta vida. Cuánto me alegro de haber recuperado a mi verdadero amigo.

—No necesitamos motivos para escaparnos de Logroño, aunque no te negaré que las celebraciones se nos dan de maravilla. Ya te contaré.

—Uggg, no me hacen falta los detalles, gracias. ¿Cuándo volvéis?

—En dos días me tienes por allí.

—Genial... —La voz me sale algo apagada y Unai lo nota.

—¿Te pasa algo? ¿Va todo bien?

—Sí, sí, tranquilo —respondo con demasiada rapidez.

—Mitxel que nos conocemos. Estuviste muchos meses encima de mí, ayudándome a salir de mi propio infierno. Te costó la vida hablarme de Gisèle, por favor, no me dejes al margen. ¿Es ella? ¿Te ha vuelto a llamar?

—No, esta vez no se trata de ella. —Tengo que hacer una pausa, con él no hay medias tintas, tengo que contárselo, y que lo sepa, significará que Abril también estará al corriente. Es un daño colateral que debo asumir.

—¿Entonces? —Se impacienta.

—Ayer salí con Ander y con Carol. —No sigo con la explicación, quizá esperando que, con esta poca información, ya sepa lo que voy a contarle. De ilusiones no se vive, y la suerte nunca está de mi lado, así que Unai no entiende nada.

—Vaaale, y eso te tiene preocupado porque... —Deja la frase en el aire para que sea yo el que la continúe y, por fin, le cuente lo que me ocurre.

—Porque me lie con ellos. —Silencio. No hay respuesta al otro lado de la línea. Dejo pasar unos segundos, hasta creo que la comunicación se ha cortado—. ¿Unai?

—¿Te has liado con Carol? —El hecho de que haya obviado a Ander no es casualidad. Está al corriente de lo que siento y en más de una ocasión me ha aconsejado que, antes de que se me pasara por la cabeza tener algo con ella, cerrara el círculo que sigue muy abierto en Lyon.

—Sí, me lie con ella. —Suspiro—. Bebimos, estábamos los tres solos porque Cris está con gripe. Una cosa llevó a la otra y... Y se me fue la cabeza, tío. No pude aguantar más.

—Joder, Mitxel. ¿Hasta dónde te has metido en este fregado? Porque, conociéndote, como hayas cruzado tu línea, debes estar echando humo por las orejas con tus rayadas mentales.

—No me salté ningún límite si es lo que quieres saber, pero estoy mal, no te lo voy a negar. No puedo sacármelas de la cabeza, a las dos. A una por querer borrarla de mi mente y a la otra por no haber podido disfrutar de ella todo lo que me hubiera gustado por culpa de...

—Por culpa tuya, Mitxel. A estas alturas el único culpable eres tú. Si estás en esta situación es porque tú, y solo tú, no le has puesto remedio.

—¡No puedo! —salto exasperado.

—Vuélveme a contar por qué. Aún no lo entiendo. —Unai es muy pragmático. Desde que le expliqué cómo me encuentro me ha presionado para que cortara con todo. Como bien dice; cargar con la culpa tan solo te hunde en las tinieblas.

—Venga, por favor... No me vapulees más, que bastante tengo conmigo mismo. Ahora solo necesito algo de apoyo, ¿de acuerdo? —Sé que mi tono ha sonado algo irritado y espero que entienda que ahora lo que menos preciso es un sermón de los suyos.

—Está bien. Que conste que no me parece bien y me pones en una situación un poco incómoda. Sabes que tengo que contárselo a Abril, ¿verdad? Y cuando lo sepa, va a sermonearte sobre no hacerle daño a su amiga. Espero que lo tengas en cuenta. —Su advertencia me hace añadir otro grado más a mi angustia.

—Lo sé, lo sé. —Me doy golpes en la frente con la mano. ¿Por qué no me tragué las ganas

ayer? Ahora todo sería como siempre. «Claro, pero desconocerías cómo sabe su piel, cómo se retuerce buscando más placer y cómo tiembla su cuerpo al llegar al orgasmo». Mierda, joder. Tan solo de pensarlo me he empalmado.

—Y, ¿cuál es el plan? —pregunta sacándome de mis tórridos recuerdos.

—Hoy ha sido un día de locos. Por la mañana ha venido Ander a verme. Me ha ofrecido entrar dentro de su relación si a Cris le parecía bien. Lleva mucho diciéndome que no me corte en tener algo con Carol, no tiene ni idea de la situación en la que me encuentro, aunque algo ha podido dilucidar por algún comentario que se me ha escapado. Este tío es la repera.

—Madre mía. ¿Te ha propuesto formar un cuarteto tan solo por una noche?

—Eso es. Creo que está obsesionado con que sus chicas estén felices y como ve que Carol y yo... —dejo la frase a medias, porque no sé ni cómo terminarla.

—Sí, el ambiente se electrocuta cuando os juntáis, eso es innegable.

—Aaarggg, tío, no me hagas pensar en ello. —Me hormiguea la sangre al pensarla.

—¡Es la verdad! Venga, ¿qué más ha pasado? —insiste Unai sabiendo que aún me queda por contar.

—Pues que me ha dicho que no me precipitara en decir que no. Me ha invitado a tomar el café en su casa, donde ha expuesto abiertamente su ofrecimiento. —Otra vez silencio. Joder, cómo me está costando esto.

—¿Y...?

—Pues que he dicho que no, Unai. ¿Qué querías que dijera? No puedo, es imposible.

—La madre que te parió. Joder, Mitxel... ¿Cómo se lo ha tomado Carol? —pregunta con preocupación en la voz.

—Imagínate. Luego he hablado con ella a solas, le debo una explicación más profunda de la que he podido dar. He quedado con ella para cenar.

—Joder, tío. ¿Estás seguro? ¿Vas a mantener tu polla fuera de juego hoy o no lo vas a volver a lograr? —Entiendo ese punto de enfado a la perfección. Yo estaría como él en su lugar. Carol también es su amiga y no quiere que la haga sufrir.

—Mi polla no salió a jugar ayer, ya te lo he dicho, así que ahórrate el sarcasmo.

—¿Estamos susceptibles? Pues te aguantas, si no, habértelo pensado antes, machote. ¿Qué vas a decirle? ¿Le hablarás de Gisèle?

—Yo qué sé, Unai. No tengo ni idea. —Y no es cierto. Sé que, si puedo evitarlo, no lo voy a hacer.

Mi yo interior se está dando cabezazos contra la pared. ¿Cómo es posible que teniendo la edad que tengo, me vea así, sin capacidad para coger las riendas de mi vida?

—Hace un año me advertiste sobre Abril. Me dijiste que, si la iba a buscar, lo hiciera con todas las consecuencias. Ahora me toca a mí avisarte; haz lo que tengas que hacer, pero no le hagas daño. Por ella y por todos.

—Es lo único que pretendo; no hacerle daño, aunque no sé si ya llego tarde para eso. —murmuro la última parte de la frase.

—Sé sincero, es la única manera, Mitxel.

—No voy a engañarla, pero no puedo contarle toda la historia. No estoy listo —confieso al fin.

—Deberías —me amonesta—. No se merece menos. No puede pensar que fue solo una

noche, que es precisamente lo que parece.

—¿¿Crees que no lo sé?! ¿Crees que no tengo claro que es exactamente lo que ella piensa? Por eso le propuse cenar esta noche. Quiero darle una explicación para hacerle ver que no se trata de eso. —No puedo evitar elevar la voz a pesar de saber que no debo cabrearme con Unai, que tan solo quiere ayudarme, sin embargo, siempre recibe el que menos culpa tiene.

—Bueno, será mejor que colguemos. Tranquilízate. Llámame mañana y cuéntame cómo ha ido. O, si lo necesitas, dame un toque cuando llegues, no importa la hora. Estoy aquí para ti, ¿me oyes?

—Perdona, tío. Sé que solo quieres lo mejor para todos y a mí la situación me ha superado. Te llamaré, no lo dudes.

—Descuida, entiendo cómo te sientes —me disculpa haciéndose cargo—. Mira, quizá esto sirva para que pongas punto final a esa historia de mierda que tienes y que arrastras desde hace demasiado. A lo mejor no ha sido tan malo que al final te liaras con ella.

—Deja que lo dude... —musito casi más para mí que respondiéndole.

—Bueno, ya me contarás. Te dejo. ¡Ah! Y Mitxel...

—Dime.

—Polla guardadita en los pantalones.

—Capullo... —lo insulto, aunque ya no me oye porque me ha colgado el teléfono.

Miro la hora. O me doy prisa, o encima llegaré tarde.



Carol no deja de mirar a su alrededor con una expresión en la cara que me dan ganas de mandarlo todo a tomar por saco y hacerla mi cena de esta noche. Parece una niña en la cabalgata de los reyes.

—Qué derroche, ¿no? ¿De verdad hemos venido a dejar las cosas claras como amigos o me vas a pedir matrimonio?

Se nota a legua que está nerviosa. La verborrea es un efecto secundario de sus nervios. No tengo más remedio que estallar en carcajadas. Joder, es como una bocanada de aire fresco que me expande los pulmones que noto sin oxígeno desde hace tanto. Es increíble, toda ella. Su templanza ante situaciones adversas, su sentido del humor, su capacidad de asimilación. Me fascina.

—Exagerada... El dueño es cliente de las bodegas de Txema y tenemos un pelín de enchufe. Así que siento desilusionarte, pero no, no va a haber pedida de mano —ironizo para seguirle el juego y que el tono de la conversación aún no se haga muy denso y consiga calmarla.

—Vaya, ¡yo que ya me había imaginado el vestido y todo! —se ríe guiñándome un ojo—. ¿Y por qué nunca habíamos venido? Cris se va a morir de envidia cuando le diga que he estado en un lugar así.

—Iba a decir que parece tu novia, pero de algún modo, ya lo es, ¿no? —Tenerla delante, sin nadie más alrededor, como siempre hemos estado, se me hace un tanto extraño. Yo también estoy histérico y queda más que claro que no sabemos muy bien cómo enfocar esta cena. Solo eso explica la burrada que acabo de soltar.

—Mi novio es Ander, Cris es con quien lo comparto. Porque lo quiero, igual que a ella,

aunque de diferente manera. —Cuando habla de su amiga, un brillo especial le ilumina la mirada. Es su otra mitad, de eso no hay duda.

—¿Alguna vez os habéis enfadado? No por Ander, me refiero entre vosotras.

—¡Es imposible no enfadarse con Cris! Ya la conoces. Es una bomba de relojería que tan pronto te alegra el día como te crispa tanto que quisieras matarla. Sin embargo, es mi persona en este mundo. ¿No te ha pasado nunca conocer a alguien y pensar: «ya está, es ella»? —Afirmo con la cabeza, me gusta tanto escucharla que no quiero decir nada para seguir oyendo su voz—. Pues cuando conocí a Cris supe, como se sabe que cada día sale el sol, que daría mi alma por ella, igual que por Abril.

—Vuestra amistad es de admirar.

—Sí, lo es... Pero, oye, que a ti también te quiero. —Cuando se da cuenta de lo que ha dicho, abre mucho los ojos, a mí se me corta la respiración y a ella se le suben los colores. Se está poniendo más nerviosa todavía, porque traga saliva de forma compulsiva y, aunque me mira a los ojos, no los mantiene por mucho tiempo—. Co... como amigo, claro.

—Claro, claro, como amigo... —Amigo, es solo lo que puedo ser. Al menos hasta que no me deshaga de mi yugo.

Carraspeo y escondo las manos debajo de la mesa, porque ese «amigos» ha traído a mis dedos su tacto, y temo que vea en ellos el recuerdo de la piel que toqué anoche.

El camarero relaja el ambiente que se ha enrarecido en tan solo un instante. Nos canta los platos, elegimos cada uno el suyo y un principal para compartir y Carol me cede seleccionar el vino. Cuando volvemos a quedarnos solos, somos como dos desconocidos que no saben de qué hablar.

—Carol yo... —Tengo que decírselo, tengo que sincerarme con ella e intentar que nuestra relación, aunque basada en la amistad, siga siendo como hasta el instante antes de que mis labios tocaran su piel. Tengo que conseguirlo porque no tenerla ni así, me va a volver loco.

—No, Mitxel. No tienes que contarme nada —me corta negando con la cabeza, los ojos cerrados y las palmas de las manos frente a mí, como parándome también con lo que puede de su cuerpo.

—Sí, sí tengo. Porque no quiero que pienses lo que no es. Hay una explicación para que haya rechazado...

—Mitxel. No importa, de verdad. Le he estado dando vueltas esta tarde. Sé separar el sexo de algo más. No pasa nada, lo pasamos bien y es con lo que me quedo. Ahora tan solo intentemos olvidarlo y procuremos seguir como hasta ahora —admite con aparente sencillez, poniéndome el estómago del revés.

—Ya, sí, sin embargo, no es así. No fue solo sexo, al menos para mí. Te deseaba. Te deseo —rectifico dándole énfasis a la frase—. Aunque ahora mismo no puedo tener una relación contigo y menos con vosotros. Mi vida sentimental...

—Para —me pide muy seria.

—No, Carol, quiero que entiendas...

—Te he dicho que pares. —No hay rastro de su carácter dicharachero, ahora más bien parece la reina del hielo, con el rostro hosco y el ceño fruncido, hasta el punto de ni mirarme a la cara. Alargo la mano para tocarla, para intentar calmarla—. No Mitxel, no puedes hacerme esto. Si vamos a ser amigos, no me digas que me deseas porque me haces daño. No quiero más

explicaciones, ni que me cuentes qué sientes si no puedes estar conmigo y quieres que sigamos siendo amigos. Por favor, vamos a olvidarlo, hagamos como si ayer no hubiera existido y ya. — Sigue sin mirarme y la entiendo.

Presiono los labios, incómodo. Me apoyo en el respaldo de la silla, queriendo imponer algo de distancia entre los dos. Rebufo. Me rasco el cuello solo por darles una utilidad a mis manos. Y tras unos minutos en silencio para asimilar sus palabras, asiento cabeceando.

—Está bien, dejémoslo así, corramos un tupido velo y sigamos como siempre —Mi resignación es más que evidente.

—Sí, como siempre —casi susurra. Ahora sí, levanta la cabeza y me dirige una sonrisa apenada que más que tranquilizarme, me pone el vello de punta. Incluso sus ojos se han apagado. Y no, no es agradable, me sienta como una patada en el estómago.

Me maldigo por millonésima vez, a mí y a Gisèle, a quien odio más que nunca. Jodida mujer, jodidas promesas y jodida mi vida con ella, porque me pesa. Me pesa como una placa de acero macizo sobre los hombros. Porque lo que un día fue el amor más grande y vívido que había sentido, se ha convertido en un amor muerto y putrefacto que me está corrompiendo el alma. Tanto que, o me ayudan a arrastrarlo o acabará por hundirme con él.



Contener el aliento

Carol

—¡Ya estoy aquí! —Sin ser conscientes de ello, Cris y yo siempre anunciamos nuestra llegada a casa, supongo que por si nos pillamos en alguna situación más íntima de lo normal con Ander, y eso que lo podemos hacer sin problema. Los rescoldos de nuestra mentalidad monógama aún tardarán en irse.

—Qué pronto, ¿no os habéis ido a tomar algo a Menhir? —se extraña Cris.

—No, mañana hay que currar y esto no ha sido una cita. Más bien una quedada para dejar las cosas claras.

—¿Ha ido bien? —Ander lleva preocupado todo el día.

Ha estado pendiente de mí más de la cuenta y ahora me escruta buscando indicios de tristeza en mi rostro. No los va a ver. Soy buena asumiendo y aceptando cuando he madurado el supuesto problema. Me viene de familia. Mis padres son unos *hippies* que, otra cosa no, pero el hecho de relativizar problemas es algo que me han inculcado desde muy pequeña. En situaciones como esta, no puedo estarles más agradecida. «Lo que ha de estar en tu vida, estará. Si no, es que no era para ti o no era el momento oportuno. No puedes ofuscarte por lo que no tienes y debes centrarte y agradecer lo que sí», este es su mantra. Qué sabios mis padres y qué bien me viene esto ahora. Lo voy a seguir a rajatabla, como muchas otras veces, en las que hacerles caso ha sido liberador para mi mente y mi juicio.

—Sí, él tiene sus motivos y yo los acepto. Tampoco es que me haya utilizado, así que pasemos página y olvidémonos del tema.

Cris se levanta del sofá, donde estaban los dos sentados y me abraza.

—De mayor quiero ser como tú —susurra en mi oído—. Tienes una capacidad de aceptación que da miedo. —Me da un beso en la mejilla y vuelve a su sitio, recostándose sobre Ander—. Íbamos a ver si hay algo decente en Netflix. ¿Te apuntas? —Sonrío, porque Cris siempre hace que las cosas sean sencillas. Ella alucina con mi tolerancia y yo con lo fácil que hace que no le demos vueltas a un mismo tema.

—Ufff, paso, mañana quiero finalizar la organización para la exposición de la nueva colección de otoño, hablar con el amigo de Ander, para saber cómo ha ido con las fotos de los ejemplares que le mandamos, y ponerme con las redes sociales. Necesito tener la cabeza despejada para no dejarme nada importante.

—Sobre las fotos no te preocupes. Hace un rato Gus me ha escrito y me ha dicho que lo tiene casi listo, así que una cosa menos de la que preocuparte.

—¿Nos va a mandar copias del trabajo? Me gustaría ver lo que ha hecho. La verdad es que no hemos estado muy pendientes del tema y ahora me entran mil dudas al respecto. No sé si hicimos bien en hacerte caso e incluir fotos en el evento.

—Carol, relájate, es solo una exposición —intenta tranquilizarme Cris.

—Exacto. Te irá bien desconectar un poco con nosotros, has tenido un finde un tanto caótico. Siéntate aquí, venga —insiste Ander dando palmadas a su lado del sofá.

—No, gracias, necesito dormir. Hoy casi no he descansado y ahora los nervios de todo el día me están pasando factura. Me caigo de sueño y cansancio.

—De acuerdo, cariño. Ven, dame un beso, anda.

Me acerco, me tira del codo y me hace caer encima de él. Me abraza con fuerza, gesto que me reconforta. Estar entre sus brazos es como una dosis de valeriana. Su aroma fresco, a recién salido de la ducha, me templó los rescoldos de nervios que escondo. Qué bien estar en casa. Qué bien esta tranquilidad. Me alegro de que todo vuelva a ser como siempre. He reclasificado a Mitxel al estante ficticio de la amistad y ahí debe quedarse. Por el bien de mi paz mental.

Noto los labios húmedos de Ander besarme con calma la sien. Van bajando sin prisa por la mejilla derecha, deteniéndose en mis labios, que lo reciben con gozo. Picos sensuales que de golpe se convierten en algo más profundo. Una inspiración nasal de Ander, mi mano colándose dentro de su camiseta, acariciando cada músculo de su definido torso y...

—Oíd, no seáis mamones, ¿vale? Si os vais a poner *intensitos* idos a la habitación. No me provoquéis que no estoy para nada —nos riñe Cris sin siquiera mirarnos mientras pasa una peli tras otra con el mando.

Nos reímos uno en la boca del otro. Me incorporo, le doy un último pico y me separo de él.

—Todo tuyo, *neni*. Yo me voy a dormir.



La semana pasa más rápido de lo normal. La organización de la exposición nos mantiene muy atareadas. Cris aún arrastra malestar por la gripe que acaba de pasar, con lo que, al no estar al cien por cien, he tenido que asumir casi la totalidad de las tareas para la organización del evento. No me quejo, así mi mente está ocupada finalizando asuntos pendientes sin que tenga tiempo de pensar en lo que no quiero; Mitxel. Él y su tacto, él y su calor corporal sobre mí, él y su aliento en mi cuello. «Para, Carol. *Friendzone*, ¿recuerdas?». No son pocas las veces que tengo que reprenderme a mí misma para borrar de un plumazo las imágenes que me encienden y que ni siquiera el cuerpo de Ander estas noches ha podido eclipsar.

Sin embargo, el regreso de Abril de su minivaje por Portugal hace que tenga que volver a pasar por una explicación más. Y espero que sea la última. Por fin hemos podido cuadrar agendas y hemos quedado las tres para ponernos al día en nuestra cafetería habitual.

Sé que me caerá una buena reprimenda de su parte. No haber encontrado el momento para explicarle mi *affaire* con Mitxel no le ha sentado bien, como me ha recriminado infinidad de veces estos días por el chat de las *Masqueperras*. Llevo mentalizándome toda la mañana para afrontar su rapapolvo, que no se hace esperar. De hecho, empieza con el sermón sin esperar a que me sienta:

—Me podríais haber hecho una videollamada para contármelo, ¿no? Me parece muy fuerte que me haya enterado por Unai —nos riñe Abril. Bueno, por lo menos vamos a repartir las culpas.

—No me lo tengas en cuenta, por favor. Fue un finde un tanto intenso y no estaba para pensar más allá de lo que había sucedido.

—Es que me tenéis al margen —lloriquea—. Vale, ya no vivimos juntas, aunque eso no significa que me apartéis de vuestra vida.

—Que no, tonta. Que te vamos a apartar ni qué niño muerto. —Cris, que está sentada a su lado, se le acerca y la abraza—. ¿Estás celosa, Abril de mis amores? —Esta contesta con una mueca a la vez que le saca la lengua—. Es que lleváis dos meses que no se os ve el pelo, *neni*. Parecéis Willy Fogg.

—Ya, lo sé, lo sé. Aunque eso no quita el que dejéis de contarme algo tan importante como esto. ¡Con Mitxel! Sabía que se cocía algo, y como os veía tan bien con Ander, no se me había pasado por la cabeza que te liarías con él.

—Ni a ti ni a mí, me temo. Salimos, una cosa llevó a la otra y...

—Y se lo folló —termina Cris por mí.

—¡No me lo follé! —protesto, indignada.

—Bueno, un poco sí —le sigue el juego Abril la mar de divertida con la situación.

—Un *pocazo*, que no le metió la manguera, pero se la comió enterita. —Un fuego demasiado placentero me recorre la sangre al recordarlo.

—Bueno, ya. No creo que a Abril le interese lo que hicimos. —Tengo que frenarla porque ya bastante tengo con mis recuerdos como para que Cris los evoque sin dejarme olvidarlos.

—No me importa tener detalles, la verdad. Aunque lo que en realidad es importante, es saber cómo estás tú.

—Bien, asumido y digerido —ratifico, muy segura de lo que estoy diciendo. Cada vez que ha salido el tema, mi firmeza ha sido mayor. Parece que mi fuero interno necesita esta solidez para no pensar en nada más que en la palabra «amigo».

—Ya la conoces. Nuestra amiga es la maestra de la adaptación. —Cris me saca la lengua y yo respondo con una mueca. Somos como criaturas...

—¿Y él? ¿Cómo lo lleva? —se interesa, Abril, poniendo punto final a nuestras tonterías.

—Supongo que bien. Al fin y al cabo, el hecho de recular en este paso a más que dimos fue decisión suya. No lo he vuelto a ver desde el domingo. —Y lo echo de menos. Tengo ganas de verlo, aunque me da miedo cómo vamos a reaccionar cuando lo hagamos. El nudo en el estómago vuelve cada vez que lo pienso.

—¿No habéis quedado? —se sorprende.

—Nnno —digo escueta rehuyendo su mirada.

—Nuestra amiga dice que ha estado demasiado ocupada con la organización de esta noche, cuando sabes de sobra que Unai le ha puesto las cosas más que fáciles. —Frunzo los labios a la vez que los ojos, con una mirada matadora hacia Cris. A ver si se calla y deja de ponerme entre las cuerdas.

—¿Y no te contó por qué no quiere nada más? —Abril vuelve a la carga, con cara de no entenderlo del todo.

—No importa, como he dicho por activa y por pasiva, tiene sus motivos y ya. Vamos a cambiar de tema. —Veo cómo las dos se miran con las cejas alzadas y Cris termina por levantar los hombros en señal de resignación—. Lo importante: no quiero que se nos escape nada en el evento. He revisado mil veces la lista de lo que va en aparador y ahora iremos a montar. Cris, ¿le echas un ojo por si ves algo que nos hemos dejado? ¡Ah! Y me han llegado por mensajería copias de las fotos artísticas de las joyas que no van a estar en físico, pero que colgaremos en

exposición.

—¡Menos mal! El fotógrafo nos ha tenido en vilo hasta el último momento —informa Cris a Abril—. Tenía ganas de ver su trabajo.

—Uy, no sabía que habíais contratado un fotógrafo ni hecho fotos —Sorprendida, Abril, asiente afirmativamente. La idea le ha gustado.

—Fue idea de Ander. Tenía un amigo que podía hacérmolas y le mandó un muestrario que no va expuesto y que ha lucido una modelo para nosotras. Han quedado muy bien —Les tiendo las copias que saco de un sobre acolchado.

—Wow, son preciosas. En grande se han de ver genial. —Cris va pasando imagen tras imagen.

No hay ni una sola en la que salga un cuerpo entero, solo parte del busto, cuello, manos o el perfil de la modelo. Son de un gusto exquisito, parecen tomas casuales en poses aparentemente corrientes, sin pretender mostrar nuestras piezas, sin embargo, el fotógrafo ha sabido captar por completo la atención en ellas. La modelo va desnuda, aunque no hay ninguna parte comprometida de su anatomía que se entrevea. Son muy sutiles, a la vez que sensuales y con mucha fuerza.

Abril, que está sentada al lado de Cris, mira por encima las fotos, y comenta de vez en cuando alguna de ellas. En un momento dado, como quien no quiere la cosa suelta la pregunta bomba:

—¿No vas a invitar a Mitxel? —Soy consciente de que he aguantado la respiración. Las miro a las dos, alternativamente. Sus caras de: «venga a ver qué te inventas», esperan una respuesta y no tengo ninguna de peso para darles.

—¿Debería? No tiene más relación con las bodegas Magna que la amistad que lo une a Unai y por ser el jefe de sala de las cenas. No tiene nada que ver con MoonSky, no consideré que tuviera que asistir.

—Es nuestro amigo. Yo también creo que tendríamos que invitarlo. Vamos a ir todos. —se posiciona Cris.

—¡Te dije que revisarás la lista de invitados! Viste que no estaba y ¿hasta hoy no me dices nada? Ahora no me riñas.

—Lo estás evitando —me replica.

—¡Yo no estoy evitando a nadie! —Elevo la voz sin darme cuenta.

—¿Por qué te pones tan a la defensiva? —Abril no se puede quedar al margen en estaseudodiscusión que estamos empezando.

—¡No estoy a la defensiva! —vuelvo a chillar.

—¡Nos estás gritando, no digas que no! —Cris, en su línea, se pone a mi nivel enseguida.

—Venga, sin alterarnos. Tranquilas que por ahí viene Unai muy bien acompañado. Mira, lo podrás invitar de palabra, Carol. Más personal no podía ser. —Su sonrisa de satisfacción hace que me gire y me quede helada. «Mierda, mierda, mierda. Viene con Mitxel. ¿Y ahora qué hago? ¿Si me escapo al baño se notará mucho que lo rehúyo?».

—Hola, chicas. ¿Qué tal? —Tarde. Ya no hay escapatoria posible.

Unai se inclina para besar a Abril y cuando mi atención se centra en su acompañante, el tiempo se detiene. Veo cómo Mitxel se me acerca en lo que parece el gesto más lento jamás realizado. Soy consciente de su mirada, anclada a la mía, de cómo sus pupilas se dilatan,

haciendo más oscuros sus iris, de un azul intenso. Me doy cuenta de cómo inspira por el movimiento de las aletas de su nariz y de cómo entreabre la boca, por donde asoma la punta de la lengua. Su lengua... Tengo que reprimir un gemido, no sin esfuerzo.

Siento la suavidad de sus labios rozarme la mejilla. Me arde la piel que ha entrado en contacto con la suya. Cuando se separa, remueve el aire que hay entre los dos y me llega un aroma cítrico, el de su perfume; limón verde, astringente, que hace que me salive más la boca. Tengo que cerrar los ojos para centrarme, sin embargo, el rescoldo de su fragancia aún me acompaña, tiene un toque a algo que lo hace muy varonil, como a nuez moscada o a cedro. No sé, no soy muy buena nariz, pero es su olor, el de Mitxel, que se me cuele dentro hormigueándome el estómago.

—¡Ejem! —Cris se aclara la garganta y rompe el momento entre los dos, que nos giramos a la vez hacia ella—. Madre mía, ¿hace calor aquí o es cosa mía? —se burla mientras se abanica con las manos. Los chicos sueltan una risotada. Cris, una vez más, ha conseguido destensar el ambiente.

Unai coge una silla y se sienta al lado de Abril. Mitxel lo hace a mi lado y su cercanía me calcina.

Empezamos a hablar sobre el evento, miran las fotos, Mitxel hace mil preguntas sobre las joyas. Es una conversación muy normal, aunque es como si se estuviera dando en un segundo plano. Mi cerebro está pendiente de cada uno de los roces —conscientes o no—, de su cuerpo; su brazo en directo contacto con el mío, su rodilla que se acaricia con la mía, los dedos que se encuentran al comentar alguna foto. Son gestos que podrían pasar inadvertidos, de lo más corrientes en personas con la confianza que nosotros nos tenemos, sin embargo, estoy segura de que no lo son ni para él ni para mí. Me lo confirma el nerviosismo y su mirada de soslayo o cuando Unai suelta que espera no equivocarse de maridaje y dar Magna sin etiqueta.

—La que se podría liar —comenta—. Aunque a lo mejor se habla tanto de la exposición que os montáis en el dólar. —Los cinco estallamos en risas y mi mano, sin querer, se posa sobre la muñeca de Mitxel. Es ahí cuando ha dejado de respirar, y yo he sido consciente de que esta «amistad» a la que nos forzamos, nos va a costar más de la cuenta.

—¿No tenías algo que decirle a Mitxel, Carol? —Voy a matar a Abril. No sé por qué me es tan difícil invitarlo. Supongo que tenerlo en nuestra primera exposición, todavía va a ponerme más nerviosa. «Claro, seguro que es por eso, *colegui*», piensa mi conciencia.

—Eso, antes de que vinieran nos decías que... —Cris mete presión para que lo suelte y no me escaquee como sabe que pretendo.

Mitxel se gira hacia mí, con sus cejas levantadas y su cara de curiosidad.

—Ya, verás, es que, se me pasó... Había pensado, que... ¿Quieres venir a la inauguración? —Mi voz sale vergonzosa, casi mastico las palabras y soy incapaz de mirarlo a los ojos. Parece que los pellejos imaginarios de mi dedo pulgar son mucho más interesantes que el azul de su mirada. Mentira. Pero soy así de idiota.

—Claro, iré encantado. De hecho, Unai ya me invitó a principio de semana, cuando volvió de Portugal.

Mi cabeza se gira cual niña del exorcista hacia Abril. Si pudiera ser Superman, en este momento me saldrían rayos láser de los ojos y estaría fulminada, aniquilada, *caput*, para siempre. Me imagino hasta su funeral, donde yo misma grabaría su epitafio: «Aquí yace Abril, que murió

a ojos de una de sus mejores amigas por haberla hecho pasar por el momento más embarazoso de su vida».

Ella, como quien no se quiere dar cuenta, levanta los hombros, me sonrío y ¡choca la mano con Cris! Malditas...

Cambio la cara de asesina por una de niña buena y miro a Mitxel.

—Perfecto, así estaremos todos —pronuncio entre dientes, con una sonrisa impostada en la cara.

Menuda noche me espera; lidiar con los invitados, procurar que nada falle y mantener mi pose de perfecta amiga. Casi nada.



El hombre misterioso

Mitxel

Vaqueros oscuros y camisa azul celeste. Esa que hace resaltar el color de mis ojos. Soy consciente del efecto que quiero causar, no lo voy a negar, aunque sé que es algo sin sentido. No quiero nada con ella, pero quiero que se fije en mí. Parezco el perro del hortelano; no tendría que ir, pero me muero por verla.

Había realizado todos los actos previos a salir de casa para ir a la exposición, con mucho esmero; ducha, dientes, fijador, ropa... Todo hecho a conciencia por y para una sola persona a la que me he negado. Demasiadas molestias si lo que realmente quiero es tenerla lejos y a mi lado al mismo tiempo. Quien me entienda que me compre.

En un intento frustrado de mantenerme ocupado esta noche, me he ofrecido a Unai para ayudar con la gestión de los camareros que servirán el *catering* y las bebidas. Se ha negado en redondo. Sus palabras textuales han sido: «disfruta de la noche y de la compañía». ¿Cuál? Tengo claro que Carol va a estar como una peonza de aquí para allá, hablando con los asistentes y comentando cualquier incidente con Cris. No quiero ponerla más nerviosa de lo que seguro estará. Si esta mañana en la cafetería estaba histérica, situación que se ha agravado con mi presencia, no quiero pensar en lo alterada que la tendrá esta noche.

Hace dos semanas le hubiera mandado cuarenta mensajes para que se tranquilizara. Le hubiera contado alguna tontería para que se riera y soltara tensión. Ahora soy incapaz. Aunque pensándolo bien, si quiero normalidad lo tendría que hacer, ¿no? Ya, sí, ¿y qué le digo?

Me siento en el sofá, me reclino en el respaldo, resoplo desesperado conmigo mismo y esta disyuntiva en la que me encuentro. Juego con el móvil en las manos, me arden los dedos por contactar con ella. «Hazlo de una vez. Tienes que dar naturalidad a esto que has impuesto tú», me reprendo. Envalentonado, desbloqueo el teléfono y abro WhatsApp:

Yo:

¿Lista para la gran noche?

Me mantengo en línea, esperando ver los dos tics azules que no tardan en aparecer. Luego el temible «Escribiendo...», y su sencilla respuesta:

Carol:

Lista. De los nervios, pero lista .

Me la imagino por toda la sala revisando por millonésima vez algo que ya habrá dado por bueno hace tres días y me río. No lo quiere aparentar, su pose de despreocupación, su sempiterna sonrisa, haciendo ver que todo va bien, que ella está bien, no me distrae de lo que es en realidad. Porque yo la veo; la conozco y sé que su perfeccionismo no la dejará tranquila hasta que se haya marchado el último de los invitados.

Yo:

Deja de dar vueltas. Va a ser todo un éxito,
lo tenéis bajo control absoluto.

Carol:

¿Ya estás aquí? ¿Cómo sabes que doy vueltas?

Estallo en carcajadas. Me la quiero comer, ¡Dios!

Yo:

No, pero te conozco más de lo que crees.
Salgo ahora de casa. ¿Necesitas algo?

Carol:

¿Un chupito de algo muy fuerte?

Yo:

Hecho. En cuanto llegue, veré cómo complacerte.

¿Eso ha sonado a algo lascivo o soy yo? Estoy fatal; o dejo de darle vueltas a lo que digo o no podré actuar con normalidad con ella. Inspiro a la vez que cierro los ojos. Contengo el aire en los pulmones con su imagen clavada en la mente. Espiro, ha llegado el momento de irme. No veo el momento de tenerla delante.

Lo primero que hago al llegar al calao por la puerta trasera, es meterme en la sala habilitada para preparar el catering y que tanto me conozco gracias a las cenas. Unai está allí, organizando a los camareros.

—¿Tienes algo fuerte de beber que no sea vino? —le espeto a modo de saludo.

—Buenas noches a ti también. Veo que vienes fuerte —dice al inclinar la cabeza y levantar la ceja derecha.

—No es para mí, bueno, o no solo para mí. Carol está nerviosa.

—Claro, Carol. Tú no, ¿verdad?

—Venga, Unai, no me toques los... —Mi amigo suelta una risotada que hace girar a varios camareros.

—¿Qué te hace gracia? —inquiero sin pizca de humor. Él, con toda la parsimonia del mundo, respira para calmarse mientras se pasa el dorso de la mano por los ojos, quitándose las lágrimas provocadas por la risa.

—¿Te acuerdas hace poco más de un año, cuando conocí a Abril en las bodegas de Txema? ¿Y luego en Menhir, cuando le robé el primer beso?

—Sí, ¿qué? —Lo miro atento, porque no tengo ni idea de a dónde quiere llegar.

—Me pinchabas porque sabías que me había fijado en ella y se me había metido dentro sin yo quererlo. —Levanto las cejas y elevo los hombros. Sigo sin entender nada—. Pues, tío, eres mi viva imagen de aquel momento. —Me da unos golpes en el hombro, me ha dejado sin palabras. Se gira, coge una botella de tequila Olmeca Reposado de una de las estanterías y rellena un vaso de chupito. —Toma, bebe. Lo vas a necesitar para cuando salgas ahí fuera.

—¿Tan nerviosa está? —me preocupo.

—No solo por eso. —Frunzo el ceño. Tanto misterio me mata. Cojo el vaso y me lo bebo del trago. Quema, aunque es lo que necesito ahora mismo.

—Pásame otro chupito más, anda. Me voy para la sala. —Me lo tiende, lo cojo y Unai me aprieta el hombro haciendo que pare mi avance.

—Recuerdas que dijiste que solo querías ser su amigo, ¿verdad?

—Tío, háblame claro o cállate, pero no me vengas con enigmas que bastante tengo ya.

—Vale, vale, perdona. Ya te dejo ir —Se muerde los labios escondiendo una sonrisa. Me giro para salir y suelta—: ¡Suerte! —La madre que lo parió...

La sala ya está atestada de gente. El ambiente y la disposición del espacio hace que parezca muy distinta a cuando celebramos las cenas. Me cruzo con mucha gente conocida que no puedo dejar de saludar. Todos parecen entusiasmados con el trabajo de las chicas. Les ha costado «salir del armario», mostrarse y dejar de estar tras una dirección URL. Ander tuvo muy buena idea cuando les propuso esta exposición. Ya era hora que dieran más visibilidad a MoonSky más allá de la web que gestionan.

El espacio está decorado con podios situados en distintos puntos del calao, donde han colocado raíces de parra vieja que hacen de estantes para las alhajas que están expuestas. En las paredes cuelgan unos cuadros con las fotografías que hemos visto esta mañana, ampliadas. La iluminación que las enfoca, sin ser directa, les da un cariz muy peculiar que hace que, independientemente a su tamaño, no puedas dejar de mirarlas. Parece que las joyas que luce la modelo salgan de la imagen. La verdad es que son hipnóticas y te ves, casi sin quererlo, buscando un cuadro tras otro.

Es entonces cuando la veo. No entiendo cómo no lo he hecho hasta ahora cuando es evidente que destaca entre la multitud. Lleva un top de plumas negras de tirantes muy finos y una falda de corte sirena con cola y cinturilla alta que deja parte de su abdomen a la vista. Tengo que hacer un gran esfuerzo para tragar. Se me ha secado la garganta. Ahora entiendo el «suerte» que hace unos instantes me ha deseado Unai. Es sin duda la más elegante de todo el local. El peinado de aspecto mojado y hacia atrás, despeja su preciosa cara y resalta la profundidad de esos ojos oscuros que mantiene fijos en... ¿Con quién diantres está hablando con tanto entusiasmo? Me vuelve a aparecer la sonrisita de mi amigo. «Será mamón...».

Me pongo frenético; un puño imaginario me oprime el estómago y el corazón bombea a un ritmo más acelerado de lo normal. Tengo que contener la fuerza con la que sujeto los vasos y la botella que llevo por miedo a hacerlos añicos. ¿De dónde me sale este comportamiento? La he visto hablar y estar con Ander mil veces sin que me afecte así. Supongo que el problema es que ese hombre no es Ander, porque justo está detrás de ella con Cris, que lleva un vestido similar al de Carol, con plumas en la falda.

Cojo aire con fuerza para afrontar la situación y deshacerme de esta sensación de celos infundados que no van para nada conmigo. Doy la orden a mis piernas para que se muevan. Me había quedado clavado en el sitio contemplando la escena.

—Creo que las fotos hubieran quedado mejor si te las hubiera hecho a ti. —Oigo cómo le dice el misterioso hombre a Carol cuando estoy cerca de ellos—. Sin duda, vuestros collares en esta clavícula tan comestible... —Le pasa un dedo por encima mientras lo dice, haciendo que Carol haga una mueca y finja una sonrisa, cuando es más que evidente que está incómoda. Da un pasito hacia atrás, para imponer una distancia que necesita. Quiero cortarle la mano tatuada llena

de anillos a su dueño. Suficiente.

—Hola, «Bicho». Perdón por el retraso. —Me acerco a ella y le planto un beso nada amistoso en la mejilla, me recreo más de lo políticamente aceptado para la relación que se supone que tenemos y no es casualidad que me acerque demasiado a sus labios. Sí, marcando territorio—. Lo prometido es deuda, toma.

Le doy un vaso y, sin siquiera mirar a su hasta ahora acompañante, al que ignoro con deliberación, lo relleno de tequila. Carol está alucinando. Aún no ha abierto la boca ni para saludarme. Se ha quedado descolocada con mi llegada arrasadora.

—Venga, a la de tres —digo cuando yo también me he servido—. Uno, dos, ¡de golpe, Carol! —Me hace caso y sin dejar de mirarnos a los ojos, nos bebemos el contenido del chupito. Carol hace ver que el líquido no le baja por la garganta.

—¡Arde! —se queja con la voz medio tomada por el licor mientras se abanica con las manos entre risas.

—Sí, aunque es mano de santo para estos nervios que tienes. —Le guiño un ojo, aprovecho que pasa un camarero cerca y dejo los dos chupitos sobre su bandeja. La cojo por la cintura, para acercarla a mí y es hora cuando presto atención al hombre con el que hablaba, que no me ha quitado la mirada matadora de encima desde que he llegado y he acaparado la atención de Carol —. Perdona la invasión, soy Mitxel —Le regalo una sonrisa amplia y satisfecha cuando alargo la mano para presentarme.

—Gustavo, Gus. El fotógrafo de la exposición. —Me devuelve el saludo y su apretón es más fuerte de lo que debiera. Esto es una guerra entre machos alfa y, lo siento, amigo, pero no voy a perderla.

—¡Ah! Enhorabuena, unas fotos muy buenas. Me encanta como has logrado hacer resaltar la joya por encima de la sensualidad de la imagen.

—Gracias —pronuncia escueto. Se pasa la mano por el pelo, apartando el flequillo que lleva bastante largo y le da un aire rebelde que me revuelve las entrañas.

—¿Te importa que te la robe? —Sigo con mi sonrisa amable, aunque desafiante.

—Claro, sin problema. —Inclina la cabeza a modo de despido—. Carol, nos llamamos y te termino de explicar la propuesta.

—Por supuesto, hablamos, Gus. Un placer. Y de nuevo: muchas gracias, has hecho un trabajo magnífico —lo halaga.

—Si me disculpáis... —Da media vuelta y se pierde entre la gente sin esperar a que respondamos.

—¿Qué ha sido eso? —inquiere Carol estupefacta aún con mi aparición. Su gesto no es de enfado, más bien de una incredulidad divertida, así que no me preocupo demasiado por si le ha molestado mi incursión.

—Te he visto un poco incómoda cuando te ha tocado y he decidido quitártelo de encima —confieso sin tapujos—. Entiendo que haya querido hacerlo. Estás deslumbrante. —No puedo evitar repasar de nuevo su cuerpo y este vestido que lleva y que me está mortificando.

—¡Para! —Me da un golpe en el hombro para que frene—. Gracias, tú también estás muy guapo y ahora: compórtate. A ver si no voy a poder hablar con nadie.

Me sorprende su comentario. Es cierto que me han comido los celos cuando he visto a Gus con ella y más cuando le ha puesto la mano encima, sin embargo, tengo muy claro que ella puede

hacer lo que quiera con quien quiera y no soy nadie para prohibírselo.

—Perdona si te ha molestado mi actitud, te prometo que ha sido porque te he visto incómoda. Me ha parecido que no te ha gustado que te tocara y he querido ser una salida para escapar de la situación engorrosa en la que creía que te encontrabas. Si no ha sido así, lo siento. —Me pongo la mano derecha en el pecho, mostrando mi más sincera disculpa.

—Tranquilo, tienes razón. Me ha pillado desprevenida. No esperaba que se tomara esa libertad, la verdad. Te agradezco que hayas interrumpido, ¡aunque me ha sorprendido! Por cierto, ¿qué graduación tenía eso que me has dado? Un poco más y saco fuego.

—Es solo tequila —digo mostrándole la botella—. La diferencia es que este es del bueno, no lo que acostumbramos a tomar por ahí.

—Me voy a chivar a Vicky, a ver qué dice al respecto —se carcajea.

—No, no. No le digas nada que esa es capaz de echar a todo el mundo de Menhir, dejarme encerrado dentro y darme una paliza. ¡Menuda es!

Nos reímos los dos imaginando la escena, hasta que se hace un silencio a pesar de las voces que nos rodean y la música de Honeyfox cantando *Let me down slowly* de fondo.

—Déjame que devuelva la botella y me enseñas esto, venga —propongo para romper el momento tenso que se ha creado.

—Claro. Te espero.

Me doy prisa en volver. Unai ya no está en la «trastienda», debe estar con Abril en el calao, así que no tardo nada en estar de nuevo a su lado.

—Sígueme, empecemos por el principio —me sugiere—. ¿No son espectaculares las fotos de Gus? —pregunta como si nada mientras nos encaminamos a lo que parece el inicio de la exposición.

—Sí, he dicho en serio que me parecen un muy buen trabajo, aunque el artista no me guste tanto. —Carol choca su hombro con el mío, para que no siga por ahí.

—¡Hombretón, has llegado! —Cris se tira a mi cuello y me planta un pico. Incorregible esta chica. Ander, Abril y Unai, que están a su lado, se ríen de su exagerada reacción.

—Hola, «loca». ¿Contenta? —le devuelvo a modo de saludo.

—Mucho, no paro de recibir felicitaciones y el móvil no cesa de vibrar con correos de nuevos pedidos.

—Doy fe —corroborra Ander al sacar en ese momento el móvil. Me muestra la pantalla en la que aparece una nueva notificación.

—Me alegro, os lo habéis currado muchísimo.

—Bueno, yo no mucho, la mayor parte del mérito es de Carol. —No tiene ningún problema en confesar y elogiar a su amiga.

—Pues después de este sarao, solo os quedará celebrarlo, ¿no? —sugiere un enigmático Unai.

—Por supuesto. Esto lo celebramos todos, sí o sí —asevera Cris—. Hoy salimos hasta que no nos aguanten las piernas que nos hemos puesto todos de un *buenorro* irresistible.

—¡Me apunto! —salta entusiasmada, Abril.

—Peque, sí que tienes ganas de fiesta —se sorprende, Unai.

—Es que últimamente hemos estado un poco solitarios. Me apetece una salida con todos —responde muy coqueta jugueteando con uno de los botones de la camisa de mi amigo.

—Claro que sí, mi vida. Lo que quieras. —Le da un beso en los morros que se alarga y sube de temperatura demasiado, hasta que todos a la vez, y sin que nos hayamos puesto de acuerdo, los amonestamos.

—¡Eh! ¡Idos a un hotel!

—Vale, tranquilos, ya paro. Pero no me refería a ese tipo de celebración. Me refería a una cena en Magna. La semana que viene.

—¡Wo-ho!, esto se pone interesante. —Ander se frota las manos con cara de pillo.

—¿Y nosotros también cenamos o tendrás que estar supervisando? —cuestiona Abril. Desde hace un año que no ha vuelto a pisar un evento en Magna. De hecho, ninguno de ellos desde el suceso con Jorge.

—No solo voy a estar yo cenando, sino que Mitxel también irá como invitado. Nos merecemos una cena allí, sin estar trabajando. —Unai me mira con una sonrisa de medio lado. Tengo los ojos tan abiertos que no sé qué decir.

—¡¿En serio?! ¡Me apetece muchísimo! —Abril da pequeños aplausos, entusiasmada. Cris también parece estar muy de acuerdo, como Ander. En cambio, Carol, mira al suelo. No logro descifrarla.

—Ya, no te emociones demasiado que una vez lista la cena, nos tomamos una copa y nos subimos «los dos solos» —recalca muy bien esta parte—, a la habitación.

—Uuuh, esto sí que me gusta —ronronea ella. Lo besa de nuevo, sin que vuelva a ser un beso casto, con lo que volvemos a abuchearlos.

Se separan sin ganas, Abril le limpia a Unai un poco de carmín de los labios, hablan en susurros sin despegar sus cuerpos ni un milímetro.

—Qué monos, ¿verdad? —Cris apoya la cabeza en el hombro de Ander y éste le da un beso en la coronilla.

—Monísimos —responde—. Si te dan envidia podemos hacer una escapada al baño.

—Hombre, pues...

Carol y yo nos miramos, sin saber muy bien qué hacer, pero rápido ella sale airosa de la situación, amonestando a su amiga.

—Ni se te ocurra irte que aquí te necesitamos.

—Vale, vale. Solo hubieran sido..., ¿diez, quince minutos? —Mira a Ander, buscando su aprobación.

—Los que hubieras necesitado, nena. —Le muerde el labio y ahora Abril es la que protesta.

—Luego decís de nosotros, pero no os quedáis cortos, eh.

Miro a Carol de reojo, se ha ruborizado y no sé cuál ha sido el detonante para ello. Me acerco a su oído y le susurro:

—¿Empezamos con el tour? —Que mis labios rocen su oreja no es fortuito. Veo cómo la piel del brazo se le eriza. Me separo para mirarla a los ojos y al hacerlo, un casi inaudible jadeo se le escapa. Joder, quiero bebérmelo. Trago saliva. Su mirada se desvía a mi nuez, que sube y baja, la mía a sus labios, que acaba de humedecerse. Mi entrepierna da un salto. «Qué jodido estoy».

—Vamos —logra decir al fin.

Al ponernos en marcha y separarnos del resto, Unai me intercepta y me coge del brazo, haciéndome a un lado.

—Un momento, Mitxel. —Lo miro extrañado. ¿Qué querrá ahora? Lo sigo y levanto un dedo

hacia Carol para que me dé un minuto.

—Dime.

—¿Te parece bien mi propuesta? No has dicho nada.

—Me ha pillado por sorpresa. No sé si es buena idea, Unai. La cena, el calao, Magna sin etiqueta y Carol. No es que sea demasiado buena combinación para que pueda soportarlo — confieso.

—Siempre puedes pasar del vino. —Eleva las cejas repetidamente, como si fuera la mejor solución del mundo. Y quizá lo sea.

—Es una opción. Bueno, es «la opción» si quiero ir. Otra sería pasar de tu proposición.

—Esa no es viable. Quiero que vengas. Ya he hablado con Jesús, él te sustituirá.

—Dime, Unai, ¿esto es algún plan maquiavélico para terminar con mi determinación? —Mi amigo se muerde el labio y niega.

—Inocente de toda acusación, señoría. Solo pretendo que nos divirtamos.

—No sé por qué no te creo... —Niego achicando los ojos.

—Venga, no te hagas de rogar. —Suspiro profundo y al final accedo. En el fondo lo estoy deseando, aunque no tengo ni idea de por qué. No puede volver a suceder nada con ella. No, si no quiero herirla ni confundirla.

—Está bien, iré.

Voy a necesitar toda la fuerza de voluntad que poseo para superar la noche Magna y creo que voy a morir en el intento.



Nos hemos visto por dentro

Carol

No ha pasado ni una hora desde la proposición de Cris para salir de fiesta y ya me arrepiento de no haber puesto ninguna excusa. Es muy mala idea. Aún no estoy preparada para volver a Menhir y que los *flashbacks* de la semana pasada me taladren la mente. Es el solo hecho de rememorar lo que amenaza con quitarme la salud mental.

Quizá cuando terminemos de la exposición puedo poner alguna excusa y retirarme a casa, sin tentar a la suerte. «¿Pero qué suerte, Carol? Mitxel ya dejó claro que no iba a volver a pasar, así que no hay peligro. No va a dar pie a que suceda nada».

La voz de mi madre retumba en mi cabeza. Su eterna explicación sobre que, con algunas personas, la química es tan fuerte que es difícil no sentir algo más después del sexo o de cualquier situación en la que se compartan fluidos, me llega como si estuviera a mi lado. Ahora la entiendo, al fin.

No recuerdo ninguna vez que me haya pasado esto salvo, con Ander hace un año en Magna. Bueno, y hace una semana con Mitxel. Va a ser que tendría que cambiar el discurso y admitir que quizá me he enamorado más de una vez, porque sí, la semana pasada sentí cosas por Mitxel. Quizá por todo el año que llevábamos arrastras; las charlas, las risas, la complicidad... Ha sido como si viviéramos un romance de verano o algo más, aunque alargado en el tiempo.

Sin embargo, él no quiere o no puede tener nada más conmigo ahora mismo y tengo que respetarlo y olvidarme de las cosquillas que siento cuando lo tengo cerca —aunque también las siento cuando lo tengo lejos—, respetar su decisión y seguir como hasta ahora.

Qué complejo esto de enamorarse. Hasta hace un año me bastaba con vivir con las dosis de adrenalina que te remueven el cuerpo y te dan tanto gustito cuando alguien te atrae, esas que te hacen sentir más viva que nunca, más allá de un simple encuentro sexual en el que eres solo un pedazo de carne satisfactorio para el otro y viceversa. Y ahora...

—¿Qué piensa esta cabecita? —Ander me rodea la cintura desde la espalda y me besa el pelo. Reclino la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro. Suspiro y sonrío.

—Nada malo, me he abstraído un momento de nada. —Acaricio sus manos, que tiene enlazadas sobre mi barriga.

—¿Estás segura? —insiste al girarme para tenerme de frente. Refunfuño, y noto el hormigueo incómodo en la nuca que me produce la vergüenza de esta mentirijilla. Lo empujo por el hombro sin fuerzas para que deje de mirarme así, como si estuviera leyéndome la mente.

—Segurísima —ratifico en tono hastiado alargando la «i».

—Está bien. Te lo dejo pasar. ¿Quieres que empecemos a recoger ahora que ya no queda casi nadie invitado?

—No, he quedado con Unai en que vendríamos mañana con calma y nos lo llevaríamos todo.

—Por cierto, ¿qué hay de las fotos? —pregunta mirando en derredor y contemplándolas como si no lo hubiera hecho en toda la noche—. Te he visto hablando con Gus y luego ya lo he

perdido de vista. —Tiene razón, no había caído en que, después de que Mitxel nos interrumpiera, ha desaparecido.

—No lo sé. No lo he hablado con tu amigo, mañana lo llamaré. No nos ha aceptado el pago por su trabajo y me sabe mal, porque verdaderamente las fotos son espectaculares. —Subo las manos sobre su pecho y con algo de mofa le suelto—: No sabía que tenías un artista tan bueno en tus contactos.

—Soy un buen partido, ya lo sabes —responde con la sonrisa de cuando se quiere poner interesante y la de seducción que, curiosamente, se parecen bastante. Mi mirada se entretiene en su boca, con esos labios gruesos..., joder, qué jugosos. Me es imposible evitar acercarme a él y mordérselos.

Pronto, la mano de Ander se cuela entre mi pelo, me agarra de la nuca y me acerca más a él, si es que eso es posible. Sin darme cuenta, nos perdemos uno en la boca del otro y la respiración errática de su repentina excitación choca con mi mejilla.

—¿Vais a empezar la fiesta sin mí? —protesta Cris en broma.

Nos separamos a regañadientes, no sin que antes, Ander, aprese mi labio inferior y lo arrastre entre sus dientes.

—Creo que vamos a pasar de ir de fiesta —Ander habla sin dejar de mirarme, con los ojos llenos de anhelo. Alarga la mano en dirección a Cris, que la agarra sin rechistar y se deja arrastrar hacia su cuerpo.

Cuando la tiene cerca, la besa a ella como ha hecho conmigo. Nos tiene a las dos entre sus brazos y no dudo en acercarme a su cuello y aspirar su aroma, que calma mi alma.

—¿Se ha servido Magna y yo no me he enterado? —Unai rompe el momento y escuchamos las risas de Abril y Mitxel que aparecen a nuestro lado.

Ander es el primero en reaccionar con una carcajada que les saca brillo a sus ojos ambarinos. Con esta luz tan indirecta que hemos utilizado, son más miel que nunca, como si las sombras no pudieran anular ese tono tan puro, como él.

No puedo evitar mirar a Mitxel, que tampoco aparta sus ojos de los míos. Su gesto no es de enfado, ni tiene esa expresión que le he visto al principio de la noche cuando hablaba con Gus. Ahora su mirada es de aceptación. Supongo que es normal, está más que habituado a vernos a los tres juntos.

—Hace mucho que no nos hace falta —replica Cris al girarse hacia Unai—. Chicos, creo que vamos a dejar la salida para otro momento.

—¡Oh, venga! No me hagáis esto. Tenía muchas ganas de ir a Menhir... —protesta Abril mirándonos a las dos alternativamente.

—Bueno, peque, a malas podemos mantener la salida nosotros. Está claro que a ellos les apetecen más otros planes en los que no entramos. —Mira con deliberación a Mitxel con una sonrisa canalla que no se aguanta. Este mete las manos en los bolsillos de los vaqueros, se muerde el labio para contener la risa y niega a la vez que cierra los ojos, dándolo por imposible.



¿Cómo pueden haber pasado ocho días sin apenas darme cuenta? Miro hacia atrás y parece que fue hace solo unas horas que salíamos de las bodegas Magna para dar por finalizada la

exposición. La noche terminó sin fiesta conjunta, pero con una buena dosis de sexo poliamoroso en casa. Y como por arte de magia, estamos a sábado. Es como si hubiera apretado un botón y el tiempo hubiera saltado hasta llegar a hoy, a la cena en el calao y a mi reencuentro con Mitxel, al que no veo desde el evento.

Hemos estado hablando mediante mensajes. Sé por Abril que están hasta arriba en las bodegas y, además, tal y como él mismo me ha contado, ha tenido que ayudar en la organización de la cena de esta noche. Como ni él ni Unai van a trabajar, lo han tenido que dejar más atado que nunca para que los molesten lo menos posible.

El trabajo no ha sido nuestro único tema de conversación. Esta semana hemos logrado volver a tener la conexión que habíamos tenido a lo largo del año.

Mitxel:

Buenos días, Bicho. ¿Qué tal has dormido?
¿Habéis podido preparar todas las comandas?

Yo:

¡Hola! ¡Sí, por fin todas preparadas y listas para salir!

Como la cosa siga así, vamos a tener que buscar ayuda.

De momento hemos pensado en contratar a una diseñadora alemana para que nos ayude con las nuevas campañas.

Mitxel:

Vaya... qué internacionales os estáis volviendo.
Entonces la cena del sábado os irá bien para desconectar.

Yo:

Ay... la cena. ¿Tú crees que es buena idea que vayamos?
Por nosotros digo. Sé que dijimos que amigos, pero reconoce que estando juntos se nos disparan las pulsaciones (al menos a mí) y si bebemos Magna, no sé yo dónde se va a ir nuestra determinación.

Mitxel:

Me encanta que podamos hablar de esto sin rodeos ni tapujos.
Bicho, no solo se me disparan las pulsaciones contigo, pero es mejor que nos quedemos sin cruzar la línea.
No te preocupes porque yo no beberé «sin etiqueta».

Al leer el mensaje, me burbujeó el pecho. Eso quería decir que si lo probaba, se iba a desinhibir y terminaríamos liados como hace semanas, ¿no? Me sorprendí pensando en si era muy feo desear que se amorrara a la botella de Magna. Pero quise quitarle hierro al asunto.

Yo:

¿No vas a beber vino?

Mitxel:

¡He dicho «sin etiqueta»! Magna beberé, por supuesto, aunque del corriente.

Así que creo que podré contenerme contigo.

Y otra vez estaba allí el deseo de que no lo hiciera. Otra vez tuve que frenarme y volver a repetirme que era lo mejor.

Yo:

Ainsss... qué difícil es esto, Mitxel. Aunque estoy de acuerdo contigo que es bonito que podamos hablarlo abiertamente.

Venga, me pongo en marcha.

¡Pasa un buen día!

Una vez más, Mitxel me ha demostrado durante todo este tiempo en el que nuestra relación se ha estrechado tanto, que es alguien con las ideas muy claras. No lo he oído nunca hablar con dobleces y es alguien en quien se puede confiar. Todos nos dimos cuenta de eso el año pasado cuando Unai tocó fondo.

Por eso, cuando me contó que tenía la intención de no beber vino «sin etiqueta», lo creí. Es tan transparente... Me gustó que me contara los motivos que lo llevarán a no catarlo, aunque, ¿me dolió saber que se tendría que contener y no dejarse llevar si es verdad que siente lo que intenta transmitirme? Muchísimo, mucho más de lo que me hubiera gustado. Su honestidad me arruga el corazón, aunque no me quejo, lo prefiero a las evasivas.

Mitxel y yo tenemos algo y es innegable. Algo especial que me reconcome en remordimientos por dentro. Quiero a Ander y estoy enamorada de él como nunca. Sé que él, si lo hablo, no va a ponerme ninguna traba en que esté con Mitxel, pero no es eso. Es que, con Mitxel, sentimos un chispazo por dentro —sí, los dos, porque estoy más que segura de que él también lo nota—. Conectamos de una forma inhumana. Yo por lo menos lo he hecho con él más que con ninguna otra persona y eso que con las *Masqueperras* tengo un vínculo muy especial.

Tengo la impresión de que nos damos cuenta de que, si nos dejamos llevar, si seguimos acercándonos tanto, podemos llegar a ser muy necesarios el uno para el otro.

La noche en la que murió Jorge, cuando dormimos juntos, nos vimos por dentro. Poco a poco, con el paso de los días, las semanas y los meses, hemos podido dibujarnos mentalmente como en un plano; sabemos dónde están nuestros miedos, nuestras inseguridades, nuestros anhelos. Y ahora soy consciente de que hay un cajón en su interior del que todavía no tengo la llave porque yo no la he querido. Él me la ofreció para que conociera el contenido y yo la rechacé, supongo que por miedo. Preferí no indagar y aceptar que no puede estar conmigo.

Me duele no poder dejarme llevar como a los dos nos gustaría. Lo respeto, aunque no deja de fastidiarme que ese muro se interponga entre los dos y no permita que evolucionemos como creo que hubiera sido natural entre nosotros.

—*Neni*, te preguntan que si quieres milhojas de crema o tiramisú. —Abril pone una mano sobre mi brazo para llamarme la atención.

Sacudo la cabeza, para volver al aquí, al ahora, a la cena con mis amigos.

—Me planto, paso del postre, pero no diré que no a otra copa de vino. —Sin quererlo, miro al

frente, donde se ha sentado él. Está nervioso porque traga saliva de forma compulsiva tras oír mi petición y, aunque me mira a los ojos, no me mantiene la mirada por mucho tiempo.

Oigo cómo el resto se ríe, no entiendo el porqué, yo solo quiero aliviar la sequedad de mi garganta, que crece a medida que llega la hora de abandonar el privado y empezar con las copas en la sala principal. Hecho que no tarda en llegar.

Los juegos en el calao han empezado y nosotros, aunque nos lo estamos tomando con calma, ya hace rato que notamos los efectos del vino Magna sin etiqueta. Estamos sentados en el mismo sofá en el que nos soltamos la primera vez que vinimos a cenar aquí. Por aquel entonces no sabíamos lo que nos sucedía, tan solo que nos apetecía comernos y no había nada que nos impidiera hacerlo.

Esta noche somos plenamente conscientes de lo que nuestros cuerpos sienten y de lo que queremos, tan solo que yo me muero por añadir a alguien más a la ecuación. Bueno, no, no lo quiero añadir, lo quiero disfrutar yo, quiero sentirlo a él y a nadie más.

No puedo apartar la vista de Mitxel. Me es difícil no girar la cabeza para encontrarme con sus ojos, que también me escrutan sin cesar. Es cierto que no ha bebido Magna sin etiqueta, tenía una botella del reserva comercial enfrente de su plato. No le han servido ni una gota del especial.

Ander, con Cris apoyada en su hombro, me reclama atención con una caricia lenta y sensual en el muslo. Consigue su propósito, pero no más de un minuto. Prometo que, con tan solo una mirada, esta noche, Mitxel me hace arder más que si Ander me lamiera ese punto entre el cuello y el trapecio que tan sensible tengo. Tenía razón, el muy cabrito; mala combinación desinhibir mis tabúes con él cerca.

Miro a Ander, que se reclina hacia mí y aparta el pelo de mi cuello en una caricia con su nariz.

—Carol, ya hemos hablado de esto. No lo pienses más. Si te apetece, ve con él.

Después de un año, todavía me choca que mi novio me diga esto. Toda la vida teniéndome como monógama ha hecho que después de estos meses, aún no haya asimilado al cien por cien cómo es Ander y eso, si le sumo cómo me siento después de haber estado con Mitxel, hace que me plantee muchas cosas.

Giro la cara y le sonrío. Se lo agradezco, de verdad que sí, el problema no es lo que yo quiera, sino que él no quiere... Miro a Ander y pronto los ojos se desvían hacia nuestras bocas que terminan pegadas. Sus labios cálidos, suaves... Labios que me son del todo familiares y saben dónde recurrir para provocarme. Su lengua se abre paso en mi boca, que la acoge con agrado. Es un beso corto, aunque intenso.

—Ve, peque. Me encantará verte. —¿Y yo? ¿Quiero que me vea? Yo solo quiero notar la piel de Mitxel sobre la mía. Solo quiero sentirlo. Lo demás me da igual.

Me levanto como un resorte del sofá. Ander ríe de medio lado, afirma con la cabeza y me guiña un ojo para luego girarse y meter la nariz en el cuello de Cris, que en este momento habla con Abril y pronto reacciona a las caricias de nuestro novio. No sé muy bien qué hacer porque yo tengo muy claro lo que quiero, sin embargo, ¿lo querrá él? «Ya sabes la respuesta a eso, dudo que haya cambiado de opinión, ¿no?». Me invaden las dudas y el agobio, así que me dirijo al baño. Necesito refrescarme un poco para ver si así se me pasa esta confusión y vuelvo a centrarme en quien debo y no en quien no.

Al abrir para volver a la sala, me encuentro a Mitxel apoyado en la pared de enfrente, con los

brazos cruzados y la mirada fija en la puerta que acabo de abrir.

—Mitxel... —Me sorprende verlo aquí, hecho que hace que me quede clavada en el sitio.

No dice nada, da un paso hacia mí, me coge de la cintura y mi cuerpo, como atraído por un imán, se pega al suyo. Paso los brazos por debajo de los suyos y nos fundimos en un abrazo.

—Joder, Carol, necesitaba tocarte —susurra con agonía en mi oreja.

Nos apretamos mucho. No podemos separarnos. Ni siquiera nos damos un beso, tan solo nos estrujamos más, como queriendo entrar en el cuerpo del otro, aspirándonos la piel, acariciando con la cara el cuello del otro con desesperación. Oigo los gemidos de Mitxel cada vez que me respira. Pega su nariz detrás de mi oreja, inspira con fuerza y luego baja por el cuello para apresarme aún más, sin dejar de tocarme por cada centímetro de la espalda, sin dejar de recorrerme la piel que puede alcanzar en su férreo abrazo.



Jugar como es debido

Carol

—Carol, tenemos que hablar —suelta en una exhalación a la que le sigue la humedad de su lengua sobre mi cuello.

—Mixel, no puedes decirme «tenemos que hablar» ahora, no después de lamerme el cuello.

—Me separa un poco de él y me clava una mirada vidriosa que casi borra de un plumazo mis preocupaciones ante esa espantosa frase que ha salido de su boca.

—Te dije que no podía tener una relación contigo, porque...

—Luego Mixel. Después me explicas lo que te atormenta, ahora no frenes esto. Por favor...

—suplico casi agonizando, apretándolo contra mí.

Mixel une su frente sobre la mía, levanto la cara para besarlo, pero se aparta y pega su boca a mi trapecio.

—Joder... —Sus labios resbalan por mi cuello—. Me vuelvo loco, Carol. Me vuelvo loco con tu piel.

—¿Estás seguro de esto? Si me paras ahora, me muero, porque... —Jadeo al volver a sentir su lengua cerca del lóbulo de la oreja. Las cosquillas ardientes me ponen la piel de gallina y no me queda otro remedio que interrumpirme para gemir.

—Tengo las llaves de la habitación de Unai. —La confesión me deja patidifusa. ¿Le ha pedido las llaves? ¿Vamos a estar a solas? Me pongo nerviosa, sin ningún motivo, porque sé exactamente lo que va a pasar, aunque parece como si tuviera dieciocho y fuera a perder la virginidad, qué tontería, ¿verdad? Voy a sentirlo de nuevo en cuestión de minutos. Su piel contra la mía, su lengua por todo mi cuerpo. Sus manos.

Volvemos a abrazarnos con fuerza, con necesidad. Con una agonía que consume el aire a nuestro alrededor y hace que respiremos en un ambiente denso, ocupado por las ganas.

—¿Dónde está? No alarguemos esto. —Sé que mi desesperación es Magna que habla por mí. Sé que este descontrol que siento —y quiero sentir—, es fruto de las benditas hormonas del vino de Unai.

Sin hablar, me lleva hasta las escaleras que suben al despacho de las bodegas; las subimos con celeridad. Entramos y, sin apenas hablar, Mixel saca la llave de una puerta nueva para mí, no la recordaba en absoluto, y entramos en el dormitorio.

La oscuridad nos rodea. Mixel pulsa el interruptor y un techo estrellado se enciende. Reconozco la estancia por descripciones que nos ha ido dando Abril durante estos meses. Sonrío al encontrarme con el sofá.

—El sofá...

—Tántrico —termina por mí, Mixel—. Ven, estaremos más cómodos aquí.

Tira de mi mano y me lleva hasta los pies de una cama enorme, donde se detiene frente a mí.

—¿Seguro que no quieres que hablemos primero? —Suena preocupado y el entrecejo fruncido lo corrobora.

—Seguro. ¿Y tú? ¿Tienes miedo de seguir adelante? —Si dice que sí me mata. Aprieto entre

mis puños la tela de su camiseta a la altura de su pecho, conteniendo el nerviosismo que me atenaza.

—Solo tengo miedo de que volver a probar tu piel sea la droga que me haga perder el control, que al saborearte de nuevo no pueda detenerme.

—¿Por qué has de detenerte? —No sé si hago bien en preguntar, pero es que no termino de entenderlo. Estamos aquí por algo, ¿no?

—Si quieres saberlo vamos a tener que hablar —alega serio, suavizando el agarre de mis manos.

—No —respondo con rapidez y sin pensar. Soy incapaz de tener que separarme ahora de su cuerpo.

—Bien, entonces, jugamos con mis reglas, ¿de acuerdo?

—Me encanta como suena eso de jugar —replico mimosa.

—Carol, hablo en serio. Mis reglas, sin reproches posteriores, mis normas. —Asiento ferviente con la cabeza—. Está bien...

Pone sus manos en los laterales de mi cara y me mira anhelante, desviando la vista hacia mi boca. Se acerca a mí, separo los labios esperando nuestro ansiado primer beso, pero no llega. Mitxel se desvía, besa el hueco entre mi ojo y la nariz, la frente para luego volver a bajar y arrasar con mi cuello como si fuera mi boca. Me extraño, aunque sus mordiscos me excitan tanto que, ahora mismo, no cabe que me cuestione nada ni digamos ya poner sentido común al beso que no se ha dado. No cabe ni siquiera todo lo que siento, solo el deseo que me quema en el estómago y que a él le hace jadear entre bocado y bocado.

Sus manos vuelan hasta los botones de mi camisa y los van desabrochando, despacio, al compás de la suave canción que ahora me doy cuenta de que suena. Intento desprenderme de su polo, pero me aparta las manos con cariño y niega con la cabeza. No insisto, entiendo que es una de sus normas.

Una vez ha desabrochado la blusa, la desliza por mis brazos, deleitándose con el contacto de mi piel a lo largo del recorrido.

—Qué suave... —susurra—. Hueles a jardín en pleno mes de abril. Quiero que mis sábanas huelan así el resto de mi vida.

Me deshago. Trago el exceso de saliva que me producen sus palabras y aprieto los muslos buscando esa fricción que necesito cada vez con más urgencia, y más ahora que ha empezado a desabrocharme los pantalones.

Vuelvo a intentar quitarle la ropa y vuelve a apartarme las manos de nuevo, negando despacio con la cabeza. Las braguitas son lo siguiente de lo que se desprende. Se pega a mí, hace que ande hacia atrás y me tumba sobre la cama. En un movimiento presto, se coloca entre mis muslos, todavía vestido del todo. Su bragueta abultada va a dar justo en el punto de mi cuerpo que clama por ser tocado. Me arqueo.

—No es justo... —jadeo. Me incorporo y lamo la parte de la clavícula que le queda libre. Al escucharme, me frena, me empuja hacia el colchón, me apresa las manos y las sube por encima de mi cabeza, inmovilizándome.

—Has querido jugar; mis normas, Carol. —Su semblante es serio y parece hasta enfadado, no me ha entendido.

—Me refiero a que yo estoy desnuda y a ti te sobra ropa. —Mira hacia abajo y se da cuenta

de que es cierto. Sonríe, se sienta a horcajadas sobre mis caderas, haciendo fuerza con las piernas para no dejar todo el peso sobre mí.

Lo primero que se quita es el maldito polo que he empezado a odiar hace tan solo unos minutos. El pecho al descubierto atrae mis manos que parecen doler si no lo tocan de inmediato, como hace tantos días que desean. Casi no me entero y los pantalones, junto a los calzoncillos y los calcetines, desaparecen.

Cuando está del todo desnudo, vuelve sobre mí y, con un movimiento de su rodilla, abre una de mis piernas. Separo la otra de forma mecánica. Lo tengo arrodillado en medio de mi cuerpo, trato de acercarlo más a mí, no se mueve un ápice. Veo su polla cerca, tan dura, tan gruesa... me inclino hacia delante buscándola con los labios, pero me aparta, jadeando.

—Carol, no. —Casi blasfema.

—¿No quieres? ¿Esto también está prohibido?

—Tú y yo no podemos follar. Si me la chupas perderé el control, así que vamos solo a aliviarnos, ¿sí?

Mis cejas casi se pierden en el nacimiento de mi pelo. Esto no está siendo una buena idea. Voy a terminar frustrada, lo veo venir. Lo que no me esperaba es que Mitxel empezara a masturbarse con los ojos velados de deseo fijos en los míos.

—Tócate —me dice—. Muéstrame cómo lo haces. Enséñame cómo te gusta.

No me lo pienso. Sin un ápice de vergüenza, abro más las piernas y me acaricio. Mitxel suelta un gruñido y se agarra el miembro con más fuerza, su mano sube y baja a lo largo de su erección. Su respiración se vuelve errática, aunque no cesa en su movimiento, que es hipnótico.

El glándula brilla con el líquido preseminal que le sale, Mitxel pasa el pulgar por encima y sigue tocándose. Mi clítoris se contrae y mis dedos, por voluntad propia, resbalan de entre mis labios a mi entrada, en donde se pierden.

Mitxel vuelve a gruñir, sin perderse ni uno de mis movimientos. Saco los dedos de mi interior, los llevo a mi boca y me saboreo. Sus ojos se agrandan y aumenta la velocidad de su mano. Vuelvo al clítoris y me toco, dibujando círculos alrededor de él.

—Me estás matando. —Le sale un gemido que suena ronco y gutural.

—A mí me estás dando la vida. —susurro.

Necesito más contacto, tengo los pezones duros y no dudo en pellizcar uno de ellos con la mano que tengo libre. Ojalá fueran sus dientes los que lo apresaran, pero no gozo exteriorizar mi deseo por miedo a quebrantar alguna de sus normas.

Me arqueo por el deseo, me envalentono y envuelvo su cintura con mis piernas, buscando esa fricción que tanto necesito, aunque no dejo de masturbarme. Mitxel maldice e imprime más fuerza a su agarre, que no deja de subir y bajar hasta que se corre encima de mi sexo.

—Tócame. —Ahora soy yo la que se lo pido, casi le ruego.

Tras las últimas sacudidas y sin importarle que esté sucia con su polución, pasa las manos por mis muslos, hasta llegar a las nalgas que aprieta casi con saña. Ahora sí nos tocamos. Su polla roza mi clítoris y es cuando empieza un bamboleo que masajea esa zona que está a punto de explotar. Libera una de sus manos de mi trasero y vuelve a tocarse, sin esperar a recuperarse. De hecho, aún no se le ha bajado un ápice. Nuestros jadeos se entremezclan. Aprieto el antebrazo, que aún sostiene mi culo.

—¡Estoy a punto! —aviso, acelerada.

Mitxel me deja otra vez sobre el colchón, se acomoda casi tumbado sobre mí, dejándonos espacio para que podamos seguir tocándonos con libertad. Chupa mi hombro, lo muerde, gemimos acompasados. Ladeo la cabeza para mirarlo y aspiro sus gruñidos. En un acto impetuoso, alargó la mano para tocarlo y vuelve a apartarme.

—No, no hasta que hayamos hablado —se esfuerza en decir—. Cuando todo esté claro, dejaré que me toques y te follaré con la boca. —Gimo ante sus palabras, recordando su lengua entre mis pliegues.

—Por favor... —pido ondulando el cuerpo. Estoy casi al borde del éxtasis.

—No me lo pongas más difícil, Bicho. No hagas que desfallezca.

—Es que lo necesito... —gimoteo.

—Carol, por lo que más quieras, no me lo pidas... —suplica desesperado.

Me guardo las ganas, no insisto y me centro en mi placer. Ahora soy yo la que lo muerde, no sé dónde, no me importa. Solo quiero liberar la tensión que se acumula en mi cuerpo.

Aceleramos el ritmo de nuestras masturbaciones. El sonido de la humedad y la fricción de nuestros cuerpos sobre nosotros mismos le gana la batalla al hilo musical al que hemos ignorado desde que hemos entrado en esta habitación.

Lo noto, siento el hormigueo que nace en mi bajo vientre y quiere concentrarse en un solo punto. Me abro de piernas, hago fuerza sobre una de las de Mitxel, noto también su temblor, sé que va a volver a correrse cuando se gira y apunta con su verga a mi vientre. Me corro, un grito de placer se me atasca en la garganta, que no permite ni que pase el aire. Mi cuerpo convulsiona y cuando consigo respirar, noto de nuevo el líquido caliente que sale de su polla.

Increíble, sencillamente, increíble. Mitxel respira acelerado en mi hombro.

—Ha sido la hostia, Carol.

—No voy a negártelo. He tenido dudas, pero, joder, qué bueno.

—¿Creías que te ibas a quedar con las ganas? —Levanta la cabeza y me enfrenta con guasa.

—Ha habido un momento que sí. Aunque luego..., mmmm, qué bien. —Me relamo y sigo con mi explicación—: Aunque tus reglas no me han convencido. ¿Hablamos y me permites jugar como es debido?



Cuatro gramos

Mitxel

Me giro y me pongo encima de ella, me da igual pringarme con mis propias secreciones. Ya nos ducharemos juntos luego, si es que esta conversación que vamos a mantener llega a buen puerto.

Apoyo los codos sobre el colchón y, con las manos, le retiro el pelo de la cara, como si le pusiera un turbante. Necesito unos segundos, solo quiero un momento de pausa para poder estudiarla así, de cerca, sin tener que desviar la vista por miedo a que me pille observándola. Para poder enlazar nuestras miradas y disfrutar del brillo poscoital en sus ojos, del rubor de sus mejillas. Notarla en toda mi piel desnuda, cuerpo a cuerpo, sin nada que se interponga entre nosotros.

Me concentro en notar los latidos aún alterados de su corazón, en el roce de sus dedos en mi espalda, quiero tenerla así, sin que quepa un átomo entre los dos. Y no me sorprende pensar que la quiero mucho más cerca de lo estrictamente tangible. Han sido muchos meses a su lado, conociéndola y, sin que ella se lo haya propuesto —no me cabe la menor duda—, cautivándome. Es inevitable que sienta mucho más que deseo, aunque tampoco voy a negar que ahora mismo es lo que me pide el alma.

—¿Tan malo es? —musita con miedo a romper el silencio.

Apresa su labio inferior con los dientes y estoy a solo un milímetro de ser yo el que lo muerda. Me aparto como si algo me hubiera pinchado cuando me doy cuenta y farfullo incoherencias que Carol no logra entender.

—Mierda, joder. Contrólate, idiota —me reprendo entre dientes. Caigo de espaldas al colchón y me tiro del pelo, casi con desesperación.

—¿He dicho algo malo? —Carol se ha sentado de golpe y se tapa el pecho con el brazo, asustada e incómoda de repente.

—No, joder no... —Me incorporo y la abrazo fuerte. Beso su cuello y su hombro y vuelvo a su cuello. Dios, esto va a ser muy difícil, me va a ir la vida en no probar sus labios...

—Mitxel, me estás asustando. Cuéntame. ¿Qué pasa? —ruega contra mi pecho.

—De acuerdo, pero no me interrumpas, por favor. Deja que te lo cuente todo de carrerilla y luego te respondo a todo lo que necesites. —Carol asiente, con los ojos cubiertos por un velo de miedo y expectación. Inspiro hondo y empiezo —: Hace tres años conocí a una mujer en Lyon —. Me separo de ella y me apoyo en el cabezal de la cama, esto va para largo. Carol me imita, atenta a mis explicaciones.

La miro, le acaricio la cara con el dorso de la mano. Suspiro y me lanzo a recordar.

Evoco a la perfección cuando Txema me propuso ir a la primera convención de vino independiente en Lyon. Mi primer viaje solo como portavoz de las bodegas. La misma ilusión que temor por no dar la talla. Aunque el hecho de que Unai me acompañara me tranquilizaba. Él, al igual que yo iba en nombre de Txema, acudía como ya director de las bodegas Magna. Don Pedro se acababa de retirar y él había asumido el mando cuando supieron que Jon, su hermano,

no volvería de California.

Txema no tenía hijos y desde que entré a trabajar para él, me acogió como tal. Desde el primer día tuvimos muy buena conexión y cada vez la confianza en mí era mayor. Hasta que me hizo asumir roles propios de dirección, como acudir a tal evento.

Fue allí donde conocí a Gisèle. Francesa, hija de uno de los viticultores más importantes del país. Representante de la marca del vino familiar. No por nada era modelo; rubia, de pelo liso, con el peinado al más puro estilo Bob, más corto por la nuca que hacía todavía más visible su largo cuello. De tez clara, ojos verdes y labios jugosos. Mujer de piernas infinitas, cuerpo de infarto, con unas caderas que me quitaron la respiración al verla andar. Tan altiva, tan soberbia, tan... inaccesible.

Ver a Gisèle en acción era todo un acontecimiento. Cuando llegaba a algún estand, aun sin decir nada, era el centro de atención de todas las miradas; tanto masculinas como femeninas. Éramos como polillas atraídas por la luz. Gisèle era como una actriz en la alfombra roja y nosotros los paparazzi que la llamaban para que nos dedicara una sola mirada y retener la instantánea en nuestras retinas.

Y se fijó en mí. Bastó una sola caída de pestañas para que me tuviera. Una sola sonrisa para que mi cuerpo le perteneciera y con un movimiento de cabeza, mis piernas, con vida propia, se acercaron a ella.

—*Bonjour* —pronunció en un perfecto francés. Aunque claro, siendo su lengua materna, no tenía ningún mérito, ¿no? Pero en aquel momento me pareció la palabra más erótica que jamás había oído. Cómo sus dientes rozaron su labio inferior, cómo su boca se juntó para emitir una perfecta «u» que parecía querer besarme. Se me secó la garganta.

—Hola, soy Mitxel, encantado —me presenté como un autómatas. Sin ser consciente de haber dado la orden a mis cuerdas vocales para que dejaran ir sonido alguno.

—¡Oh! *Espagnol* —dijo con un marcado acento. No fui consciente de que le había hablado en castellano.

—*Oiu*. Sí —traduje al instante—. De las bodegas Txema Gotxi. —No sé por qué motivo seguía hablando en español. Dominaba perfectamente el francés, sin embargo, cortocircuité en su presencia y no me salía ni una palabra.

—Las conozco, mi padre y Txema son amigos. ¿No ha venido este año? —No sabía qué me ponía más, su mirada, con ese pestañeo lento que tenía vía directa a mi estómago, el hecho de que se mordiera el labio y luego me repasara con descaro, haciendo que mi entrepierna cobrara vida o ese acento afrancesado que le daba a nuestro idioma.

—Este año ha delegado en mí —logré decir cuando puede deshechizarme del aura que desprendía y me atrapaba sin remedio.

—Mmmm... Voy a tener que mandarle una botella de Beaujolais en agradecimiento —ronroneó al acercarse a mí con un contoneo de lo más sensual y acariciar con un dedo la fila de botones de mi camisa.

Una bola de fuego arrasó con mi cuerpo y tuve la necesidad de poseerla allí mismo. Nuestras miradas no podían despegarse y fue como si todo lo que nos rodeaba se hubiera esfumado. Mi mano apresó la suya y el pulgar dibujó sensuales círculos en su palma, como si allí se encontrara el centro de su deseo. Gisèle jadeó y el sonido de esa respiración anhelosa hizo que recobrara el control de mi cuerpo, tomara las riendas de la situación y, con una determinación que no había

tenido hasta ese momento por estar bajo su influjo, la cogí de la muñeca y la arrastré fuera de allí.

—Salgo un momento. No tardo —informé al llegar donde estaba Unai, ojiplático con la escena que había presenciado en primera fila.

—Claro, amigo. El que haga falta —respondió con guasa—. ¡Mitxel! —me llamó cuando ya habíamos pasado de largo por su lado—. Cuídate. —Vi cómo me lanzaba algo que agarré al vuelo con la mano que tenía libre. No hizo falta mirar para saber de qué se trataba. Un condón.

Sonreí en señal de agradecimiento, gesto que él correspondió con un saludo con la cabeza y alzando la copa de vino que tenía en la mano. Giré la vista, para mirar a Gisèle, que parecía divertida con la escena.

—Muy precavido tu amigo. Quizá esta noche se quiera unir a nosotros. —Las cejas me llegaron al pelo. —¿Qué? Soy francesa, tendré que hacer honor a mi nacionalidad y su más que célebre *ménage à trois*, ¿no? —Me arrancó una carcajada. Qué bien me lo iba a hacer pasar Gisèle. Cómo iba a disfrutar con ella. Y qué equivocado estaba en ese momento...

—Por mí no hay problema, aunque mi amigo no es muy fan de compartir mujer con otro hombre —aclaré para que se fuera olvidando del tema. Unai era muy activo sexualmente, pero, que yo supiera, no era muy dado a los tríos y se dejaba llevar, muy de vez en cuando, si eran dos las mujeres que lo formaban.

La llevé al hotel donde nos alojábamos, que estaba justo delante del recinto donde se celebraba el evento. No pude esperar a llegar a la habitación para asaltar su boca y probar esos labios que me tenían en llamas. Casi se los mordí con saña. La atrapé contra el espejo, le amasé los pechos sin remilgo. Gisèle enroscó una de sus largas piernas en mi cintura, así tuve mayor acceso a su sexo con mi erección, que clamaba por salir de su encierro, liberarse para introducirse en ella.

No sé cómo llegamos a la cama. Éramos lengua, dientes, saliva. Éramos mordiscos, tirones de pelo y hasta arañazos. Nos teníamos tantas ganas, la química entre nosotros fue tan potente, que salió nuestro lado más salvaje, más bonobo. Nuestros instintos más primarios.

No volví al evento. Nos pasamos la tarde follando. Paramos para pedir algo de cena rápida al servicio de habitaciones y volvimos a fundirnos el uno en el otro.

Gisèle era como una droga. Nunca había tenido un sexo tan lascivo, tan carnal y visceral. Ella no tenía tabús, con lo que estando bajo su influjo, fue fácil engancharse a ella y todo lo que la rodeaba.

Al día siguiente cumplimos con nuestro deber, ya bastante nos habíamos desmadrado el anterior, aunque nos desquitamos un poco en algún encuentro fortuito en los baños. El plato fuerte vino por la noche, cuando nos invitó a Unai y a mí al local que solía frecuentar. Decir que era un sitio liberal o de intercambio de parejas, era quedarse cortos. Entrar en él fue paralizante. Traspasar las pesadas cortinas de terciopelo rojo de la entrada fue adentrarse en un mundo paralelo, donde todo eran cuerpos entremezclados, penetraciones, mamadas, jadeos. Era ver una coreografía contemporánea de puro placer.

Unai no tardó ni cinco minutos en retirarse. No era a lo que había venido. Yo me quedé y esa decisión fue el inicio de mi perdición con Gisèle.

Al quedarnos solos me arrastró a una sala contigua a la que estábamos. Conocía a mucha gente allí que me fue presentando a medida que avanzábamos hasta la barra de bar al fondo de la

estancia. Al llegar, no vi copas ni vasos sobre ella, solo un surtido de todo tipo de drogas. Gisèle, con toda la naturalidad del mundo, esnifó una raya de cocaína que le hizo poner los ojos en blanco. Luego, con delicadeza, pasó el dedo índice por el orificio de la nariz por el que había aspirado, limpiando el resto de posible polvo blanco y mientras se acercaba a mí, se lo chupó sin dejar de mirarme y sonriendo de esa forma tan lasciva que tenía. Me besó y noté el regusto amargo del estupefaciente en su boca.

—Tu turno —me dijo. Sin cuestionar si quería, sin interesarse en si consumía o no.

Alguna que otra vez había coqueteado con las drogas. Ya había probado la coca con anterioridad, sin embargo, no era algo que me hiciera falta para divertirme, prescindía de ellas. Aquella vez, arrastrado por Gisèle me dejé llevar. Me acerqué, cogí uno de los tubos de cristal que me ofrecieron y aspiré el polvo blanco que me rascó las paredes de la nariz.

A partir de ahí fue un desfase de drogas y sexo. Ese día solo follé con ella. Fue el único día, de los muchos que siguieron a nuestros encuentros semanales, que no compartimos nuestros cuerpos cuando íbamos allí.

Nunca me enganché a los psicotrópicos, solo me enganché a ella. Quedábamos cada fin de semana, incluso algún día laborable en el que ella lograba escaparse de sus obligaciones. Respaldada por la fortuna de su familia era fácil.

Pedí a Txema que me dejara ir, según la temporada, a los viñedos de la familia de Gisèle. La excusa fue vivir de primera mano cómo era su método de trabajo, cómo procedían a la recolección y posterior tratado de la uva.

Estábamos enganchados el uno al otro y, a pesar de que al principio fue algo físico, más carnal, caí enamorado de ella sin remedio. Cuando estábamos juntos solo salíamos para frecuentar el local al que me llevó al conocernos o alguno similar las pocas veces que vinimos aquí.

No socializábamos nada, me tenía tan embelesado que no me hacía falta. Por aquel entonces creía que hacerlo era desaprovechar las horas con ella, solo teníamos tiempo de devorarnos, parecía que nunca teníamos suficiente el uno del otro. Algún viernes, al llegar a su casa, habíamos tardado dos horas en decirnos la primera palabra después de haber pasado todo ese tiempo follando como locos. Nos echábamos demasiado de menos cuando no estábamos juntos, o eso era lo que creía.

Los problemas vinieron cuando un fin de semana, en la época en que yo me había instalado en Lyon durante una temporada para estudiar el procedimiento de la vendimia, no quise ir a «la sala perversa», como yo solía llamar al antro —ahora veo que lo era—, donde me llevaba.

—¿Cómo no vamos a ir? ¿Por qué? —cuestionó con su particular acento al hablar español.

—Me apetece estar tranquilo. Vayamos a cenar y paseemos un poco. Aún no he visto la ciudad y ¡llevo viviendo aquí cinco meses!

—¿Cenar? ¿Pasear? ¡No! He quedado con Dominique. Tiene que darme cuatro gramos para pasar la semana. —Y lo dijo como si tuviera que ir al súper a comprar leche porque se le había terminado.

—¿Cuatro gramos para la semana? ¿De coca? Pero, Gisèle... —No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Estaba enganchada? Me quedé tan perplejo... Sin embargo, empecé a recordar; su aguante para lograr un orgasmo, sus frecuentes visitas al baño, su carácter nervioso, su verborrea incesante. Mierda. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¿Algún problema? Hasta ahora no he visto ninguna queja. Además, necesito follar. Estoy tan caliente que me abriría de piernas donde fuera y con quien fuera.

—Acabamos de hacerlo, Gisèle. —Y era cierto. Me asaltó al cruzar la puerta de su apartamento y lo habíamos hecho dos veces. Una en el recibidor, contra la puerta de entrada, y otra en el sofá, donde me había cabalgado sin piedad hasta dejarme seco. Tenía aguante, pero no quería recurrir a nada para alargar más. ¡Joder! Por eso muchas veces íbamos al local, para que ella pudiera satisfacer su infinita sed de orgasmos que yo no podía darle.

—Si no quieres, iré yo sola —dijo tan tranquila, recogiendo sus cosas con intención de largarse—. No pasa nada, ¿no? Ya hemos hablado de que no somos una pareja cerrada, ¿verdad?

Y lo habíamos hecho. Claro que sí. Prácticamente acabábamos de conocernos y nuestra propia situación personal nos llevó a dejar la relación abierta. Yo no quería una pareja estable en ese momento, por muy enamorado que estuviera de ella, nos separaban demasiados kilómetros y mi estancia allí era temporal. Aunque tampoco tenía la mente para nadie más que no fuera ella. Y ella pensaba lo mismo, o eso me había hecho creer.

Al final la acompañé y fue el principio de nuestro fin. Lo que hasta ahora me había parecido un lugar lleno de lujuria, donde satisfacer los deseos más viscerales, me pareció un antro de perversión. Fue la primera vez que lo vi con los ojos con los que lo debió ver Unai la primera vez que fuimos. Nunca me dijo nada, no hizo comentario alguno al respecto. Tan solo se preocupaba de que la relación que mantenía con Gisèle me hiciera bien, y como yo estaba ciego, enamorado, harto de follar y satisfecho, todo era estupendo.

Cada día que pasaba con ella la veía más desfasada, más descontrolada e ida. Cada día me pedía más; más fuerte, más duro, más guarro. Hasta que dije «basta». Se me partió el corazón, pero la dejé. Y enloqueció. Un día me llamó su padre para decirme que se había intentado suicidar. Se había colocado con toda la cocaína que llevaba encima mezclada con anfetaminas y luego intentó cortarse las venas. La encontraron en medio del salón, inconsciente, a punto del infarto.

Al despertar solo preguntaba por mí. Los psiquiatras aconsejaron que fuera a verla y así intentar estabilizarla. La vi tan mal..., joder. Me pesó en el alma. Me confesó que era adicta al sexo y que una cosa la había llevado a la otra. Que no podía vivir sin mí. Que era su ancla a la realidad de esta vida. Que quería recuperarse para estar conmigo. Y la culpa y el amor que aún sentía por ella, me pudo. Por nada del mundo quería que se hiciera daño por mi culpa. Ahí fue cuando di mi palabra.

—¿Qué palabra, Mitxel? —La voz de Carol me saca de mi ensimismamiento. Tiene la cara apoyada en mi espalda, desde donde me abraza. No me he dado cuenta de que, en medio de mi relato, me he levantado. Tengo la vista perdida en los viñedos de Magna, por donde ya despunta el sol.

Me giro, la abrazo y apoyo la barbilla sobre su pelo.

—Me hizo prometerle que la esperaría. Que, si no me tenía a su salida, no merecía la pena vivir. Me hizo asegurarle que, de estar con alguien, no la besaría ni la penetraría, porque eso le pertenece a ella. Y se lo juré.



Me matas y me revives

Carol

No quería, pero oírle pronunciar lo que era más que evidente me hace erguir, y él, que me estrecha entre sus brazos, lo nota.

—Carol, di algo —suplica agónico contra mi pelo. Pero no me salen las palabras. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que lo entiendo cuando aún no he procesado lo que me acaba de contar? —. ¿Qué piensas? —insiste.

Apoyo la frente en su pecho y, tras un sonoro suspiro, alzo la mirada y lo enfrento.

—Es que no sé qué decir, Mitxel. Me esperaba... No sé qué me esperaba. Quizá que estuvieras pasando un duelo por alguna ruptura y aún no estuvieras preparado para empezar nada con nadie. A lo mejor, que no quisieras nada conmigo porque no eres partidario de las relaciones poliamorosas. Sin embargo, esto... Esto es... No sé, de verdad.

—Lo que quiero que tengas claro es que ya no estoy enamorado de ella. —Su semblante, serio, con la frente arrugada, le da más veracidad que la solemnidad con la que lo ha dicho.

—Ya, aunque eso no te impide seguir con la promesa de que no besarás ni follarás con nadie. —No he pretendido decirlo con acritud, pero debo reconocer que la situación me supera.

—Tú y yo acabamos de follar —me suelta como si nada.

—¡Oh, venga! Ya sabes a qué me refiero, Mitxel. Es que no sé qué me estás pidiendo. No sé qué quieres de mí.

—¿En serio no lo sabes? —cuestiona indignado—. ¿Me estás diciendo que lo que se me remueve por dentro cuando te veo o te pienso es solo cosa mía? No, me niego a creerlo. —Se pone serio y con una voz insegura prosigue—. Es imposible que el palpito que noto aquí —dice al colocarse una mano en el pecho—, cuando estoy contigo y que no se va si no estás cerca, solo lo note yo. Esto es algo bidireccional, Carol. No me jodas. —Cierro los ojos con fuerza y me muerdo los labios.

»Hostia, es que te veo en todas partes y hasta todo me huele a ti. Sé que esto se fragua desde hace tiempo y empezó siendo algo físico que he podido ir capeando, sin embargo, hace unas semanas, cuando pude probar tu piel... Joder, cuando te probé todo estalló por los aires y mi contención se fue a la mierda.

—Mitxel, yo... —empiezo a decir.

—No, deja que saque todo lo que tengo dentro. Déjame seguir. —Asiento y le doy tiempo, expectante. Coge aire antes de empezar a hablar de nuevo y busca inspiración en el techo para luego continuar todavía con más convencimiento que antes—. Mira, los dos sabemos de qué va esto del amor. Tú por la relación que actualmente tienes y yo por la que tuve con Gisèle, aunque ahora, analizándolo en perspectiva, no puedo asegurar que lo fuera. ¿Estoy loco por hablar de este sentimiento por ti? Quizá sí, y quizá también esté equivocado, o no. Lo que tengo claro es que esto no lo he sentido jamás por nadie. Joder, Carol es que me matas y me revives al mismo

tiempo y... —Boqueo buscando palabras que decir, aunque no me sale nada. El talento que tiene este hombre para hacerme nudos en la garganta es de admirar —. No, no hace falta que digas nada. Hace quince minutos que te he soltado una bomba y ahora esto. Entiendo cómo puedes sentirte.

—Es que no me esperaba una declaración así. —Me sale un tono avergonzado y no puedo mantenerle la mirada.

—Si te soy sincero, yo tampoco tenía intención de hacerlo. En mi mente todo estaba controlado esta noche; no bebería Magna, os acompañaría un rato después de la cena para no ser descortés y luego me retiraría a casa. No hubiera podido soportar verte con Ander y no por celos, ojo, sino porque me hubiera volado la cabeza no poder tocarte como él. Porque te me has metido dentro y parece que solo respire si te tengo al lado, si te siento.

—Entonces, en el baño... —No entiendo nada. En ningún momento lo he provocado, ha sido él el que ha ido a mi encuentro.

—No podía más, Carol. Me picaban los dedos por tocarte. Eres superior a mí.

—Hostia, Mitxel, es que, ¿qué te digo? ¿Que no siento lo mismo? ¡Pues claro que sí! Es más que evidente que hay algo entre nosotros. Y lo he hablado con Ander, con Cris, incluso con Abril y creí que tú no estabas listo, aunque yo tampoco lo estoy para compartirtelo ni con Cris ni con Gisèle —confieso a media voz. De perdidos al río—. Pero es que después de lo que me has contado, el panorama ha cambiado por completo, porque ya no es que sea yo y mi relación poliamorosa lo que tengamos que tratar, es que tienes un veto que no sé si voy a saber llevar.

—Ven. —Tira de mí y nos lleva de nuevo a la cama. Por el camino recogemos su camiseta, que vuelve a ponerse y me pasa mi blusa. Se recuesta contra el cabezal y abre los brazos para que me acomode entre ellos—. Con Gisèle solo mantengo una promesa. No he tenido nada con ella desde antes de que ingresara.

—Sí, pero le prometiste esperarla, le prometiste... —Soy incapaz de asimilar la restricción que tiene impuesta.

—Pregunta sin miedo. Suelta todas las dudas que tengas.

Madre mía, si es que no sé por dónde empezar. Niego con la cabeza y me pellizco el labio, encontrando la mejor forma de abordar todos los interrogantes que bullen en mi mente.

—¿Sueles verla? —Es lo primero que me sale. Y lo pregunto con miedo, porque su posible respuesta me asusta.

—¿A Gisèle? —Afirmino con la cabeza, casi conteniendo la respiración—. Hace un año que no. —Suspiro sonoramente y la relajación de mis hombros es más que evidente.

—Según me has dicho, lleva un par de años ingresada. ¿Aún no se ha rehabilitado? —Este dato me lleva de cabeza. ¿Puede alguien tardar tanto en poder salir de un centro?

—No ha estado dos años seguidos metida allí dentro. Sale y entra a temporadas. Cuando cree que está centrada y preparada, abandona el centro, sin embargo, esa fortaleza le dura muy poco. Hubo veces que el mismo día de su salida volvía a frecuentar el local del que te he hablado.

—¿Cómo lo sabes? Dices que hace un año que no la ves. ¿Cómo estás al corriente de su evolución?

—Por su padre. Txema y él son muy buenos amigos y ese hombre tiene el cielo ganado con su hija. Es él quien me pasa el parte regularmente.

—¿Y no tienes más contacto con ella? ¿Antes la ibas a visitar y ahora no? ¿Por qué? —Me

siento con las piernas cruzadas como si fuera un indio. Necesito mirarlo para hablar de algo tan trascendental.

—Sí, al principio, cuando estaba estable, dejaban que la fuéramos a visitar un día al mes. Incluso le habían dejado hacer alguna que otra llamada. Con el tiempo, nos dimos cuenta de que, después de cada visita, sobre todo de las mías, volvía a las andadas. Se acostaba con otros internos sin importarle quién fuera, lo intentaba con enfermeros, celadores, guardias de seguridad... —Mixel tiene la mirada perdida en un punto indefinido entre los pies de la cama y el ventanal que tenemos enfrente.

—Vaya, lo siento. —Es lo único que se me ocurre decir.

—No, así es Gisèle. Una bomba de relojería. Alguien que ha nacido para exprimir de esa forma la vida. La última vez que la vi, me dijo que solo quería portarse bien para que la dejaran salir y volver a sentirse llena de mí. Fui con la intención de dejarla, porque cada vez más, me daba cuenta de que no tenía ninguna intención de curarse. —Apoya la cabeza en la pared y mira al techo—. Se volvió loca con tan solo insinuárselo. Se arrancó mechones de pelo de la cabeza, se arañó la cara, el pecho... No podía hacerle eso. No hubiera podido soportar la carga de faltar a mi palabra y que ella...

No termina la frase ni tampoco lo fuerzo a que lo haga. Sé a qué se refiere. Le doy unos minutos para que se tranquilice, para que se sosiegue de ese recuerdo.

—¿Y ahora cómo se encuentra? —Me atrevo a indagar.

—Parece que mejor. Ahora la dejan que nos llame más a menudo. Su padre está contento, dice que está mejor que nunca. Aunque yo no lo tengo tan claro por los temas que trata conmigo cuando hablamos —responde volviendo a incorporarse.

—Mixel, ¿qué quieres de mí? —Vuelvo a preguntarle. Apoyo los codos en las rodillas y junto las manos sobre mis labios, como si estuviera rezando, aunque inconscientemente quizá lo esté haciendo.

—Te quiero a ti. Simplemente. Ya no quiero frenarme más. Quiero estar contigo cuando y como me apetezca. Eso es lo que quiero. —Se sincera. Se acerca a mí y me coge de las manos.

—Pero como te apetezca no puede ser, Mixel —puntualizo—. Porque no vas a poder besarme ni yo voy a poder besarte a ti. No nos vamos a poder sentir al cien por cien. ¿Qué haremos? ¿*Petting*? ¿Como los adolescentes? —Sacudo la cabeza, como si así pudiera evocar una buena idea o solo un puñado de palabras para que vea cómo sería. Pero no hay más argumentos. No puedo hablar más claro.

—Sabes que hay sexo más allá de la penetración, ¿verdad? —Y esta vez vuelve el Mixel pillo, el de la sonrisa canalla y el que me produce cosquillas en el estómago—. Pero si crees, por un solo momento, que no me muero de ganas de comerte la boca, para después follarte mucho y muy fuerte, es que no entiendes nada. —Me da un vuelco el estómago y el sexo se me contrae en un espasmo de placer. La garganta seca, los oídos taponados... «¡Reacciona, Carol!»

—¡Hablo en serio, Mixel! ¡¿No poder besarte?! Voy a morir sin hacerlo. ¿Qué pareja no se besa? Bueno, pareja... ¡Cualquier rollo que tengas! —reprocho mucho más desenfadada de lo que pretendo.

—Por eso quería hablar contigo antes de habernos acostado. Porque solo tú puedes decidir si lo aceptas o no —responde ya en un tono formal, con los ojos clavados en los míos, con esa mirada intensa que hace que el corazón vaya subiendo y subiendo las pulsaciones hasta que lo

noto latiendo en la garganta y luego en la cabeza, en los oídos...

Hasta que lo siento. Siento la certeza de que pesa más el no tenerlo, que tener que controlarme. Y me deshago de una losa, un alivio inmenso se instala en mi pecho porque reconozco que, a pesar de lo que me pudiera decir a mí misma, ya sabía que mi decisión iba a ser él.

Aún no quiero pensar más allá de esta noche. Quizá mis relaciones no sean las de un cuento de hadas, pero estoy segura de esta decisión y por fin siento que lo he elegido yo, que no me he dejado llevar por nada más que por lo que me late dentro. Será complicado, lo sé, seguro que mucho más de lo que me quiero imaginar, pero no quiero pensar en el «y sí», culpándome por no haberlo intentado.

Así que, sin mediar palabra, me tiro a sus brazos que me acogen sin dudarlos. Sus manos se abren en mi espalda haciendo fuerza hasta tumbarme sobre él y después rueda hasta colocarse encima, entre mis muslos. Nos rozamos y él jadea hundiendo la nariz en mi cuello, me sube los brazos y los inmoviliza sobre mi cabeza, contra el colchón y nos frotamos de nuevo. Sonríe al dejar escapar un gemido.

—Podría correrme así, ¿sabes? Oliéndote, notándote por todas partes. ¿Estás completamente segura? No me digas que no porque me matas, Carol. Ahora me matas —suplica sobre mi pecho.

Mientras me va dejando besos aquí y allá, sobre la piel, me doy cuenta de que acabo de sentar las bases de otra relación más. Mitxel se ha convertido en mi otro vínculo y tenerlo para mí, a pesar de sus vetos, me excita y me tortura a partes iguales.

Recuerdo a Ander repetirme una y otra vez que me quitara de la cabeza las ideas preconcebidas de lo que estaba bien o mal en la cama. Así que, si he decidido en un ataque de locura, meterme en esta relación, que sé desde ya que me va a desquiciar, por algo será.

Quizá debería dejar de lado de una vez a la Carol que se deja llevar por la corriente, que navega siempre en su zona de confort con el salvavidas de sus mejores amigas, haciendo cosas que quizá no son lo que se considera lo más estándar del mundo, pero bajo el ala de quien sabe que no va a rechazar sus decisiones. Quizá es hora de arriesgarse. Sí. Será complicado, sin embargo, es lo que me apetece. Ya lloraré luego de ser el caso.



Recorriéndonos la piel

Mitxel

Pensaba que solo se me disparaban las pulsaciones cuando ella andaba cerca, pero no. Tenerla entre mis brazos me acelera el corazón mucho más.

Pego mis labios sobre su pelo, dejando pequeños besos, aquí y allá, una, dos, diez veces. Ha habido un momento en que pensaba que estaba todo perdido. Un instante donde he visto su rechazo y yo hundiéndome como el Titanic.

¿Me merezco que quiera estar a mi lado con estas condiciones? Ni de coña. Va a ser muy duro —como ella bien ha dicho— no poder besarnos. ¡Si hasta unos críos lo hacen! Sin embargo, hasta que yo no arregle las cosas con Gisèle, no puedo faltar a mi palabra, no me puedo faltar a mí.

—¿Y ahora? —pregunta sacándome de mis cavilaciones. Apoya la barbilla sobre mi pecho y me mira con una sonrisa asomando en sus labios y con los ojos brillantes.

—Ahora soy un poco tuyo y tú un poco mía y ya no tendré que esconder las ganas de abrazarte —digo sincero mientras mis manos abandonan su espalda y acarician la redondez de sus caderas.

—Primero me gustaría hablar con Ander y Cris. Sé que, que tú seas mi vínculo, no les va a importar, no tengo la menor duda, pero debo hacerlo.

—¿Tu vínculo? —Me da un vuelco el corazón, porque hablar en estos términos me recuerda a la época en Lyon y no me gusta cómo me hace sentir.

—Bueno, el otro día en casa dijiste que no querías formar parte de nuestra relación. He dado por hecho que solo querías un nexo conmigo. —Se muerde el labio y veo cómo sus mejillas adquieren un tono rosado. Intenta apartarse un poco de mí, empujando con suavidad mi pecho. No se lo permito.

—Cierto, dije que no quería una relación a cuatro —confirmo. Carol baja la mirada al suelo—. Eh, mírame —le pido alzándole la cara por la barbilla—. Esto también lo debemos hablar, ¿no? Esta vez te toca a ti. ¿Qué es lo que quieres de mí, Carol? —Cierra los ojos y coge aire con fuerza. Cuando vuelve a mirarme lo hace con determinación.

—Ya sabes que tengo una relación poliamorosa y que, de momento, no tenemos vetadas otras relaciones. —Asiento con la cabeza y la animo a que siga—. Hasta ahora no hemos tenido la necesidad o no nos ha surgido la oportunidad, no sé, de tenerlas. Siempre que hemos hablado del tema lo hemos hecho como si, de suceder, ese alguien nuevo, se sumara a nosotros tres. —Hace una pausa y vuelve a morderse el labio casi con saña, como hace siempre que está nerviosa.

—Ajá. ¿Y tú quieres que yo forme parte de vuestro trío? —Voy a parecer un capullo egoísta si me dice que sí, porque entonces seré yo el que me retire de esto que hemos empezado, a pesar de que ella ha aceptado unas normas del juego mucho peores que esas.

—No —responde categórica. Una ola de alivio me aligera el pecho—. Mitxel, puede parecer una contradicción lo que voy a decirte. Yo..., yo no quiero... —Vuelve a agachar la mirada, rehuendo de la mía, algo avergonzada.

—No quieres, ¿qué, Carol? —insto a que diga mientras un aleteo me burbujea en el estómago.

—No quiero «compartirte». No quiero verte en brazos de Cris. Bueno, ni de ella ni de nadie más. Y sé que es una contrariedad muy grande teniendo en cuenta que yo tengo pareja y que tú... —No dejo que termine. La abrazo fuerte por los hombros, pegándola a mi pecho.

—No podría hacerlo, Carol. No podría estar con otra. Ya no —confieso sobre su pelo, aliviado por su confesión, feliz de saber que esto que siento dentro no es solo mío y, por qué no decirlo, orgulloso de que no me quiera incluir en su particular ecuación.

—Pero yo estoy con Ander. Entendería que tú no quisieras...

—Os he conocido así, como aquel que dice. Cuando empecé a relacionarme más con vosotros, ya estabais los tres juntos. Es distinto.

—¿Seguro? No quiero que esto sea un problema. —Vuelve a separarse para poder mirarme —. Entendería que no quisieras que siguiera con la relación con Ander y Cris. Aunque en ese caso no sé si lo nuestro tendría mucho recorrido. Quiero a Ander.

—Lo sé y si en algún momento se me hace insoportable, lo volveremos a hablar. Carol, yo he estado en tu misma situación, y en una relación abierta. No tengo que decirte que sé a la perfección lo que son los límites, ¿no? —Levanto una ceja que junto con el tono jocoso que he empleado hace reír a Carol. Sé que no es un tema para tomar a broma, pero nos estamos poniendo muy intensos y quiero rebajar un poco la tensión. Carol chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—¡Tómatelo en serio, Mitxel! —protesta sin poder ponerse seria.

—Ya lo hago. ¿Qué más quieres que te diga? Ahora mismo no quiero pensar en ti con Ander, la verdad. Solo quiero aprovechar la noche y tenerte para mí. Mañana —levanto la muñeca para mirar qué hora es—, mejor dicho, en unas pocas horas, ya hablaremos con ellos o lo haces tú y luego yo. Como quieras y mejor veas. Ahora no. Ya hemos perdido bastante tiempo. —No le doy opción a réplica, la cojo del cuello, la acerco a mí y, conteniéndome todo lo que puedo, desvío mi boca hacia su cuello, donde descargo todas mis ganas de besarla.

Pasamos lo que queda de noche recorriéndonos la piel y es ya muy de día cuando abandonamos la habitación de Unai. Al pasar por el despacho vemos que nuestros abrigos y el bolso de Carol están sobre el escritorio. El resto del grupo deben de haberse ido ya a casa.

—¿Quedamos esta tarde? —sugiero camino a mi coche, que tengo aparcado en la entrada de las bodegas.

—He quedado con Gus. —Me mira expectante, delante de la puerta del copiloto, sin llegar a abrirla, aguardando mi reacción.

—¿Gus? ¿Qué Gus? —No entiendo su cara de «a ver cómo reacciona» ni tampoco sé a quién se refiere.

—El fotógrafo de la exposición —informa quedamente. Mierda, claro, el puto fotógrafo de manos largas—. Está trabajando en un nuevo proyecto y me ha propuesto que pose para él.

—Ah... Bien, ¿no? Y ¿te apetece? Quiero decir, que nunca has hecho nada similar. —¡Mierda! No quiero que piense que no quiero que lo haga—. Quieres... ¿Necesitas que te acompañe? —Joder, estoy titubeando y no tengo explicación alguna. El tipo este ya no me entró desde un primer momento y ahora parezco un neandertal marcando territorio.

—¡No! Ya soy mayorcita. —Se ríe de mí—. ¿Me lo parece a mí o no te hace mucha gracia?

—cuestiona levantando la ceja derecha cuál Sherlock Holmes husmeando una pista.

—Para nada. Es solo que me ha sorprendido —me defiendo sin dudar y miento, miento mucho lo sé, porque no es que no me haga gracia, es que no me gusta un pelo. No que ella haya quedado con él, sino él en general.

—Bien, mejor. —No se queda muy conforme porque me mira achicando los ojos mientras se sube al vehículo.

—Bueno, si cuando termines con él te apetece tomar algo, llámame. Ahora que empiezan a alargar los días podríamos aprovechar y picar algo por Laurel.

—Lo tendré en cuenta. —Se termina de abrochar el cinturón de seguridad y, joder, la tengo tan cerca y su boca es tan apetecible que... «Contrólate, Mitxel», me obligo, aunque me cuesta un mundo despegar los ojos de sus labios, que se ha vuelto a pintar de rojo después de la ducha que nos hemos dado en la habitación.

—¿Te han dicho algo Cris o Ander? —Sí, el cambio de tema es deliberado, quiero enterrar el deseo de saborearla.

—No lo sé, no he mirado ni el teléfono. —Abre el bolso y saca el terminal—. Tengo wasaps en el grupo de las *Masqueperras*. —Desvío un momento la vista de la carretera para mirarla con disimulo y veo que se está pellizcando el labio, conteniendo la risa según va leyendo el chat.

—No sé si quiero saber lo que te han mandado, que se te suban los colores, quiere decir que Cris ha brillado en todo su esplendor, ¿no? —Solo de imaginar las burradas que puede haber soltado hace que a mí se me contagie la sonrisa de Carol.

—Exacto, no quieras saberlo —afirma fingiendo estar escandalizada—. Uf... —suelta de repente—. Madre mía —. Se pone la mano que tiene libre sobre los ojos, y se presiona las sienes con el dedo corazón y pulgar.

—¿Qué? ¿Qué pasa, Carol? —Me preocupo por su reacción. Aprieto la empuñadura de la palanca de cambios con fuerza para frenar mi mano que se dirigía a su muslo, pero luego recuerdo que ya no tengo que reprimir ese impulso y lo hago.

—Tengo que hablar «ya» con ellos —dice. Y pone mucho énfasis en el «ya».

—¿Ha pasado algo? ¿Te ha dicho algo Cris de lo que debas preocuparte?

—Sí, me ha dicho que la próxima vez no nos va a perdonar que disfrutemos por separado, que, cito literalmente: «no quiero perderme ni una contracción de los músculos de ese culito prieto que se gasta Mitxel». —Se me escapa una carcajada y al mirar de reojo a Carol se me pasa. A ella no parece hacerle tanta gracia—. Eh, no pasa nada, lo van a entender.

—¿Y si no lo hacen? Es que es una contradicción tan grande que si me pongo en su lugar no sé lo que pensaría de mí misma. Es que es un poco egoísta, ¿no crees? —pregunta preocupada por cómo pueda tomárselo su amiga.

Me sorprende que en ningún caso haga referencia a Ander, aunque si lo paro a pensar, él será el que precisamente frene a Cris. Será el que le haga entender la postura y lo lícito de nuestra decisión.

—No adelantes acontecimientos. Tampoco le va a venir de nuevas. La otra semana ya le dije que no tenía intención de formar parte de un cuarteto —le recuerdo para tranquilizarla.

—Sí, lo dijiste, pero ahora la cosa es distinta. Ahora nosotros dos sí hemos acordado una relación y es algo que, en parte, también les afecta a ellos. —Tiene la mirada perdida en la luna delantera y se muerde la uña del dedo gordo, cavilando.

—Venga, Bicho, tranquila —Cojo la mano que tiene en la boca y entrelazo los dedos con los suyos, dejando la mano apoyada sobre sus piernas.

—Oye, Mitxel, ¿por qué me llamas «Bicho»? —se interesa de repente. Y me gusta que lo haga por dos motivos; porque le ha llamado la atención y porque he logrado distraerla.

—¿Quieres saberlo? —Mi voz se ha agravado, la miro un instante, desviando la atención de la carretera, y veo cómo aprieta las piernas. Vamos a ponernos intensos—. He pasado muchas noches, casi todas desde la primera vez que nos acostamos, en un infierno pensando en tu cuerpo. El deseo de ti ha sido como un líquido inflamable para la memoria y la mía lleva tanto tiempo ardiendo que ya no sabía cómo curarla. —Niego con la cabeza y sonrío. Noto su mirada clavada en mí y aprieta la mano que aún sigue entrelazada con la mía—. Aquella noche me clavaste tu aguijón muy profundo. Creía que eso que me inoculaste, que me hacía arder y me abrasaba, se diluiría si te tenía a mi antojo. Esta noche me ha quedado claro que tenerte no va a apagar este fuego. Este veneno que eres para mí, solo se contrarresta con más veneno. Por eso eres un bicho. Mi Bicho.

Silencio. Carol no dice nada. Tan solo he escuchado cómo cogía aire que ahora parece retener en los pulmones. Quizá mi honestidad parece desmedida, o la profundidad con la que lo he expresado, algo apasionado, sin embargo, no me voy a retractar ni a disculpar, porque soy así, ya lo debería saber, aunque ella no me conozca en este plano. Dejo que reflexione y asimile lo que acabo de confesarle. Cuando esté lista, ya dirá, si es que quiere aportar algo.

Un minuto después, se inclina hacia mí, me besa en el hombro, apoya la cabeza justo donde me ha besado y rodea mi brazo con los suyos. Giro la cabeza sin apartar la vista del camino y le dejo un beso en el pelo. Qué rápido podría acostumbrarme a esto.



La singularidad de un domingo

Carol

Cierro la puerta de casa, y cojo aire con fuerza. Joder, parece que, últimamente, este es un gesto demasiado habitual en mí.

—¡Perraca! ¡No te escondas que ya sabemos que has llegado! —grita Cris desde el interior de casa.

Entro al comedor y no veo a nadie, así que me dirijo a la cocina, donde encuentro a mi amiga sentada encima de la mesa y a Ander entre sus piernas. «Vaya, pues mucho tampoco me han echado de menos», pienso con guasa.

—Hay que ver lo verdulera que puedes llegar a ser, *colegui* —la reprendo mientras me acerco a ellos, beso a Ander en los labios y a ella en la mejilla.

—Sí, sí, lo que tú digas. Ya tardas en rajar por esa boquita.

—Cris... —la reprende Ander—. ¿Todo bien, cariño? —Sale de entre las piernas de Cris y me coge por la cintura.

—Ajá... —respondo escueta.

—Eso no ha sonado muy convincente —insiste, achica los ojos, escruta mi rostro y parece que intenta descifrarme.

—¡Para! No me estudies, Ander —pido un poco indignada.

Debido a sus altas capacidades, es demasiado observador, extremadamente curioso y tiene una enorme facultad para analizar y asociar ideas. Eso es justo lo que no quiero que haga conmigo. No quiero que me examine, ni que saque sus conclusiones que, aunque casi siempre son acertadas, no me apetece escuchar.

—Eso, deja que nos cuente ella. —Me ayuda Cris, golpeándolo en el hombro—. Venga, te preparo un café y nos pones al día.

Ander no parece demasiado sorprendido a medida que les relato la situación de Mitxel, en cambio, Cris se ha quedado tan asombrada que no me ha interrumpido en ningún momento, ni ha pestañeado.

—Joder... Menudo percal. —Es lo único que opina cuando termino de explicarles la historia—. ¿Y qué le has dicho? ¿Vais a estar juntos en esas condiciones?

—Sí, me temo que mi juicio se ha ido a hacer puñetas y he aceptado —confirmo, no sin que un pellizco de algo que no logro identificar me moleste en las tripas.

—A ver, a ver, que yo me aclare —insiste Cris—. ¿Vas a estar con él, sin que puedas darle un mísero pico? —asiento con la cabeza—. ¿Teniendo relaciones sin que te pueda penetrar? —Vuelvo a afirmar—. Tú estás loca. ¿Cómo vas a sobrellevarlo? ¡Es imposible! Y cuando te vea, o nos vea, con Ander en plena faena, ¿qué va a hacer? ¿Cruzarse de brazos y animarnos? —Cris ha ido subiendo el tono conforme iba hablando. No me extrañan todas sus dudas y sus objeciones al hecho de que le haya dicho que sí a mantener una relación tan capada. Y ahora, con su última cuestión, ha dado justo en clavo. Ha llegado al punto donde todo va a dar una vuelta de tuerca

más.

—Supongo que habrán hablado de ello y tendrán sus maneras de hacer, Cris. El sexo no siempre tiene que hacerse con penetración —añade Ander, siempre tan acertado—. Además, Carol ha hablado de su relación con ella. Todavía no ha dicho nada sobre nosotros como trío —puntualiza y no sin intención. Los dos me miran expectantes a lo que les pueda decir sobre este mismo tema.

—Pues ahí quería llegar. —Me muerdo los labios y me doy coraje para seguir—. Primero quiero saber si vosotros estáis de acuerdo en que quiera estar con Mitxel.

—Hombre, tú haz lo que quieras, pero, *neni*, piénsatelo. ¿De verdad quieres estar con él así? —me cuestiona Cris sin reparos, tan clara como siempre.

—Cris, es su decisión y la tenemos que respetar —media Ander. Luego se dirige a mí para preguntar—. ¿Habéis hablado de cómo gestionar nuestra relación o solo habéis hablado de vosotros? Ya sabes que tener otro vínculo no es problema para mí. Cris, ¿tú qué opinas? —pregunta con mucho tiento. Le pone una mano en el muslo, como queriendo contener la energía explosiva de mi amiga.

—¡Yo qué sé! Que nos diga ella en qué han quedado, ¿no? —Por una vez en la vida, Cris es coherente y no suelta la primera burrada que le viene en mente.

—Ya sabéis lo que dijo hace unos días cuando le propusiste una relación a cuatro, Ander. Mitxel no quiere formar parte de nuestra *trieja*. Solo quiere una relación conmigo.

—Mierda —salta Cris dándose un manotazo en la pierna—. Os juro que tenía cruzados los dedos de los pies para que dijeras que había cambiado de opinión y quería retozar con nosotros, aunque, pensándolo bien, sus condiciones me dejarían con la miel en los labios. —Ander la reprende con la mirada y Cris levanta las manos en son de paz—. Que sí, que sí. Ya lo sé. No nos incumbe. Solo manifiesto cómo me sentiría sin poder sentirlo dentro. Tampoco es para tanto... —Demasiado le ha durado la cordura a Cris. No puedo hacer sino que reír, porque es que le salen estas cosas de un modo tan natural y es tan cómica, que es que no te puedes ni enfadar con ella.

—No, lamento decepcionarte, *neni*. Aun sin veto, no podrías saberlo —digo cuando logro contener la risa—. ¿Cómo lo veis? ¿Cris? ¿Te parece bien?

—Joder, Carol. ¿En serio me lo estás preguntando? ¿Crees que te vetaría que estuvieras con él? ¿Quién te crees que soy? ¿La tiparraca esa de la Gisèle? —se indigna. Se levanta de la silla donde estaba sentada, con las palmas de las manos hacia arriba y los hombros levantados.

—Bueno, calma, cariño, Carol intenta ser prudente. Todavía no nos habíamos encontrado en una situación similar. —Ander la atrae hacia él con un solo brazo y le besa el pelo para tranquilizarla.

—Perdona, Cris. No quería que te lo tomaras a mal. Como dice Ander, no tenía claro cómo reaccionaríais ante la postura definitiva de Mitxel. Aunque no me quiero dejar nada en el tintero —añado antes de que se dé el tema por zanjado. Tengo que ser sincera cien por cien.

—¿Hay más? Sí que ha dado de sí la noche... —suelta Cris. Los dos vuelven a sus asientos y me miran, expectantes.

—Me refiero a que, no es solo Mitxel el que no quiere inmiscuirse en nuestra relación. Es que a mí tampoco me apetece «compartirlo» —y lo digo a media voz, hago una mueca con la cara, esperando la reacción de mi amiga, que se ha quedado en silencio, cosa poco habitual en

ella—. Lo ves muy egoísta por mi parte, ¿no? Si es así, dilo, sin problema. Lo voy a entender y hablo con Mitxel y le digo que seguimos como amigos, porque para mí vosotros sois muy importantes...

—Para, Carol —pide Cris.

—De verdad que no...

—Para —insiste.

—Pero, que si no lo ves...

—¡Carol, ya! —Ahora es Ander el que ha elevado la voz para que no siga con mi perorata—. Déjala que hable —me pide.

—Estoy alucinando mucho contigo, amiga —sigue Cris—. ¿Tan poco me conoces? Sé que siempre estoy con el disparate en la boca, que soy un puñetero payaso y parece que me tomo las cosas muy poco en serio. Pero me duele que me veas así... Me pone triste que pienses que si no puedo follarme a Mitxel te voy a prohibir a ti que lo hagas. ¿De verdad crees que no soy consciente de que lo que se ha ido germinando entre vosotros es solo vuestro? ¿De verdad te has planteado que yo pueda prohibirte estar con él? —Su semblante es triste y sus palabras se me han clavado dentro, tanto, que incluso, sin ser consciente, la palma de mi mano derecha aprieta el esternón.

Claro que la conozco, claro que sé cómo es. Como si fuera mi gemela, vamos. Aunque haya veces que el solo hecho de pensar que pueda hacerle daño, me haga dudar de mis propios actos.

Miro a Ander, que le ha pasado un brazo por la espalda y la acaricia. Pero me mira a mí, con las cejas alzadas, asintiendo. No ha hecho falta que interviniera porque pocas veces he oído hablar a Cris tan seria, tan centrada.

—Si es que no te merezco. —Me levanto y me lanzo a sus brazos, rodeándola con fuerza. Cris me devuelve el abrazo.

—Qué capulla eres... —susurra en mi oído.

—Hacía demasiado rato que no me insultabas o soltabas algún taco —respondo entre risas.

Notamos como Ander se une al abrazo.

—Estas son mis chicas —murmura.

Cuando nos separamos, me doy cuenta de que, en todo el discurso que les he soltado, Ander, al contrario que Cris, no ha parecido ni un momento sorprendido por la historia.

—Oye, Ander, ¿tú sabías algo de lo de Mitxel? —No me privo de preguntarle cuando me separo de ellos.

—Desconocía el cómo, pero no puedo decir que no supiera que tenía un veto. Tampoco sabía en qué consistía. Lo deduje. Él no me contó nada. —Frunzo el ceño, cojo aire para protestar por su falta de comunicación con nosotras, un tanto indignada, todo sea dicho, y él enseguida levanta una mano para frenar lo que quiera que fuera a decir—. No, Carol, no me lo echas en cara porque no era asunto mío contártelo. Era cosa de Mitxel y era él quien debía explicártelo cuando estuviera listo.

Ahí tiene razón, así que me muerdo los labios y asiento.

—Por esta vez te libras —advierto jocosa mientras los señalo con el dedo.

—Ven aquí, anda. —Tira de mi mano y me estampo contra su pecho. Enseguida me veo rodeada de sus brazos. Qué bien se siente una en casa.

Deposito un beso en su cuello y él me corresponde con el mismo gesto. Pronto nuestras

bocas se encuentran y nos fundimos. La cosa va aumentando en intensidad. Noto como Ander, que tiene las manos en mis caderas, me suelta. Cuando lo miro veo que está haciéndole un gesto a Cris para que se una.

—Uy, no, cariño. Estoy molida de ayer. No aguantaría otro asalto. —Me sorprende que se niegue a esto, porque pocas veces lo hace, ya sea para compartir a Ander conmigo o disfrutándolo ella sola.

—¿Os cundió mucho la noche? ¡De eso sí que no hemos hablado! —me quejo a mi amiga.

—Pues resumiendo: Abril y Unai se retiraron pronto, a nosotros nos apetecía quedarnos un poco más. Pero luego nos empezamos a calentar y...

—Y por poco nos echan. Digamos que se nos fue un poco de las manos la celebración en público —termina por contar Ander.

—Vaya, vaya... Así que no desperdiciasteis la noche, ¿no? Luego te quejas porque yo no te doy detalles. —Finjo que me indigno, pero mi voz suena a mofa, con lo que le da por reírse.

—Es que tu chisme era mucho más jugoso —se defiende.

—Claro, tendrás morro... —Y ya no sigo metiéndome con ella porque Ander me abraza por la espalda y empieza a besarme el cuello.

—Venga, Carol, déjate de explicaciones —susurra a la vez que me lame el lóbulo de la oreja. Me estremezco, me giro y rodeo su cuello con mis brazos.

—De acuerdo, soy muy fácil. Pero luego me lo contáis todo. —Alzo la voz para que Cris me oiga.

—Sí, sí. Tranquila, que luego te lo explico con todo lujo de detalles. Ahora id a la cama, y dejadme descansar, solo con veros ya me agoto. —Cris pasa por nuestro lado y se dirige al salón.

—¿Te apetece? —pregunta mimoso Ander.

—¿Tú qué crees? —respondo refregando la pelvis por su sexo, que ya noto abultado.

—Pues no perdamos más tiempo.

El resto de la mañana lo pasamos retozando en la cama, entre minisiestas, confidencias, besos y amor. Amor bonito, intenso, fiel y libre. El amor que siempre nos ha proferido Ander.



La luz de los focos

Carol

—Chicos, me voy —aviso entrando en el salón.

—¿Has quedado con Mitxel? Si que se lo ha cogido con ganas, ¿no? —se burla Cris. Se despereza y arrulla contra Ander.

—No he quedado con él, listilla —replico, aguantándome las ganas de sacarle la lengua.

—¡Es verdad! Hoy te veías con Gus —dice Ander—. Me llamó ayer para contarme lo del nuevo proyecto. Qué bien que quiera que formes parte.

—¡Cabrones! ¿Por qué no me contáis nada? ¿Qué es eso de un nuevo proyecto de Gus?

—¡No me ha dado tiempo! Entre la exposición y luego la cena en Magna.

—Y tus amoríos... —añade ella. Ruedo los ojos porque la broma le va a durar días.

—Pues eso, que vamos a tomar un café y me va a contar de qué se trata.

—Ander, al final nos quedamos sin Carol. Entre Mitxel que la quiere para ella y tu amigo Gus, nos la quitan definitivamente —expone con guasa dándole golpecitos en la pierna.

—Qué tonta eres... ¡Me voy, que llego tarde! —me despido ya camino a la puerta.

Al llegar a la cafetería donde hemos quedado, Gus ya está dentro. Tengo que reconocer que el tío es atractivo. Esas greñas peinadas perfectamente desordenadas, con el mechón que le cae estratégicamente por la frente y hace que te fijes en sus ojos verdes... Por no mencionar lo atractivo de los tatuajes que luce. Así, mientras voy a su encuentro y aprovechando que él está distraído leyendo algún mensaje o correo en el móvil, puedo distinguir los de sus antebrazos, que se prolongan por las manos, y uno que se escapa y asoma por el cuello de su camiseta.

—Hola, espero no llegar muy tarde —saludo algo tímida.

Gus levanta la vista y se le ensancha la sonrisa.

—Para nada. —Se levanta y me planta dos besos, de esos que se dan con los labios y no con los pómulos—. ¿Qué quieres tomar? Acabo de pedir una cerveza.

—Otra para mí, gracias.

Estoy un tanto incómoda. No tengo nada de confianza con él, tan solo hemos hablado, aparte de cuando Ander nos lo presentó, en las ocasiones en las que el trabajo para la exposición de MoonSky lo requirió.

»Bueno, pues tú dirás. —Rompo el hielo. Apoyo el codo en la mesa y la palma de la mano en la barbilla.

—Vamos al lío, pues, sin rodeos. —Se inclina hacia mí y me da un golpecito con el dedo índice en la nariz. El gesto, la confianza y la cercanía me incomoda un poco. Deshecho ese sentimiento. «Es amigo de Ander, Carol. Tiene que ser buena persona a la fuerza. Tranquilízate»—. Verás, como ya te conté, he empezado un nuevo trabajo basado en la sensualidad. El otro día me quedé fascinado con tu gracilidad, con cómo te mueves. —Mi cara de estupefacción debe ser un poema. ¿Yo, grácil? No soy un marimacho, pero tampoco soy de lo más femenina del mundo y esa afirmación me sorprende mucho—. Encajas muy bien en la idea

que tengo para algunas piezas y me gustaría, siempre y cuando estés de acuerdo, retratarte.

—Emm... Sssí, claro. Pero, Gus, yo no he posado nunca. No tengo ni idea de vuestro lenguaje ni sabría lo que debería hacer... —expongo nerviosa, porque él lo tiene muy claro, en cambio, yo, para nada.

—Solo tienes que ser tú. Como el tema es la sensualidad, he pensado que podrías salir con Ander. Tu rostro será el protagonista del retrato, pero interactuarías con él, y así sería todo más natural.

—¿Interactuar? Un momento. ¿Exactamente a qué te refieres? —Ay, madre, que este habla de sensualidad y a mí me está pareciendo algo pornográfico.

—Pues hablo de gestos, miradas, poses, caricias. ¡Cambia esa cara! En ningún momento se te va a ver nada que no quieras enseñar ni voy a haceros tener sexo delante de la cámara. Lo que hagáis luego ya... —Se ríe. Se echa para atrás en la silla y tira la cabeza hacia atrás. Debo de parecerle la tía más pudorosa del mundo. Dios, qué vergüenza.

—Es que no sé si yo voy a saber hacerlo —insisto. Aunque Ander esté conmigo, me voy a sentir observada y va a parecer que tengo un palo metido en el culo, fijo.

—Hagamos una cosa. Te voy a mostrar la idea que tengo con fotos que le he hecho a mi ayudante. Verás que ella es técnica en maquillaje y tampoco es modelo, la cuestión es dejarse llevar. Pensar que estáis solos, que no hay un objetivo capturando tu esencia.

Joder, ni que fuera tan fácil. Gus desbloquea el móvil, abre la galería de fotos y me enseña unas imágenes en blanco y negro, donde las sombras le dan un cariz muy enigmático a la fotografía.

Se ve una chica con el pelo corto, engominado hacia atrás, con la cabeza ligeramente inclinada a la derecha, como ofreciéndole el cuello a la otra persona que sale en la foto de espaldas. Es Gus. El tatuaje de la mano que sube en busca del cuello lo delata. Están los dos desnudos, por lo menos de cintura para arriba, que es lo que se ve, aunque a la chica el cuerpo de él le tapa los senos.

Me fijo más en su gesto; ojos cerrados, la boca medio abierta y húmeda. Puedo imaginar que antes de haber disparado la instantánea, se pasó la lengua por los labios. Su expresión es de anhelo, de excitación. Casi es como si pudieras oír el gemido que va a salir de su boca cuando Gus la toque.

Son unas fotos realmente buenas, ha logrado que un calorcito se instaure en el bajo vientre y he apretado las piernas sin ser muy consciente de ello, y eso que ha dicho que eran meras pruebas...

—Increíbles —confieso cuando termina de pasar la última fotografía de la secuencia.

—¿Te gustan? ¿Te animas, entonces? —inquiere ilusionado, esperando paciente mi respuesta.

—No sé si yo sabré...

—¡Seguro que sí! —No me deja terminar de hablar—. Venga, llama a Ander, que se venga al estudio y os hago unas pruebas. Así ves cómo funciona y te tranquilizas.

—¿Ahora? No sé si Ander va a querer prestarse a esto. —Me río más por nervios que por otra cosa.

—Si no se lo preguntamos, no lo sabremos. —Me guiña un ojo y con un movimiento de cabeza señala el móvil que tengo encima de la mesa.

Titubeante, marco su número, que no tarda en coger.

—Hola, nena. ¿Qué tal? ¿Ya has terminado con Gus? —responde al descolgar.

—No, aún estoy con él. —Me muerdo la uña del pulgar. A ver cómo le cuento que esto también lo incumbe a él—. Verás, es que me estaba contando cómo va a ir la sesión y por lo visto voy a salir yo y te necesitamos a ti.

—¿A mí? ¿Por qué? —Se oye de lejos la voz de Cris ofreciéndose por si Gus se quiere hacer fotos con ella. Me río por lo bajo.

—Dice que el proyecto trata sobre la sensualidad y que si estoy contigo podrá captar gestos y expresiones más naturales. —Gus afirma con la cabeza.

—¿Y cuándo sería? Entre el trabajo de Hacienda y MoonSky no tengo demasiado tiempo libre, ya lo sabes.

—La cuestión es que quiere hacernos unas pruebas ahora. ¿Puedes? —Levanto las cejas y miro a Gus, que está muy pendiente de la conversación.

—Imposible. Nos hemos venido a La Guardia, a tomarnos unos vinos y pasear por el pueblo.

—Vaya... Bueno, sin problema, lo hacemos otro día —digo con rapidez. Casi ha sido un alivio que no pudiera.

—Oye, ¿por qué no llamas a Mitxel? Él también valdría para ello, ¿no? —De repente un calor me sube a las mejillas. Miro de reojo a Gus que se sorprende de mi rostro sonrojado.

—¿Qué pasa? —pregunta con curiosidad. Levanto la mano para que espere y sigo con la conversación de Ander.

—No sé, ya veré. No te preocupes.

—¿Seguro? —insiste—. Si Gus tiene mucha prisa, nos podemos volver.

—Tranquilo, ahora hablo con él. Gracias, nene. Nos vemos luego.

—Hasta luego, preciosa.

Cuelgo. ¿Estoy muy mal si le propongo a Mitxel que se venga a una sesión de fotos? Así, a lo loco. Decisión *random*, que dirían ahora los de la generación Z.

—¿No puede venir? —Gus interrumpe mis pensamientos.

—No, está fuera con Cris, pero me ha dado una idea, qué no sé si te parecerá bien...

—Si es de Ander, seguro que es buena, dime. —Me alienta con la mano.

—¿Te acuerdas de Mitxel? Un amigo que te presenté en la exposición de MoonSky.

Gus achica los ojos, se esfuerza por recordar y veo claro cuando cae en quién se trata. Creo que la simpatía que le tiene Mitxel a Gus es la misma que este a Mitxel. Madre, esto no es buena idea, no.

—Ajá... —dice escueto.

—Ander ha sugerido que lo llame a él y sea el que lo sustituya. —Me aganto la respiración, esperando su reacción.

—¿Tú y Mitxel...? —Se sorprende.

—Es una larga historia. —No tengo la más mínima confianza con él, por muy amigo de Ander que sea, para contarle los entresijos de mis relaciones.

—Pensé que solo estabas con Ander. —Apoya los codos sobre la mesa y hace crujir las falanges de ambas manos apretándoselas una con otra.

Es evidente que no le gusta demasiado saber que pueda tener algo con Mitxel.

—Si no te parece bien, lo podemos dejar para otro día. Tampoco hay prisa, ¿no? —Gus me

mira con intensidad, sin que pueda lograr descifrar por qué lo hace.

—No, llámalo. Puede ser interesante.

Vuelvo a desbloquear el móvil y marco el número de Mitxel.

—Hola, Bicho. —Su saludo me hace sonreír—. ¿Ya te has quitado de encima al «manos largas»? —Tengo que contener la risa mordéndome los labios. Miro de reojo a Gus, que por suerte no puede escuchar lo que mi interlocutor dice.

—Aún estoy con él y tenemos una propuesta para ti. —Así, directa y sin anestesia. Estoy segura de que va a decir que sí.

—Soy todo oídos. Dime.

—¿Te apetece un reportaje fotográfico? —Se escucha una carcajada fuerte y tengo que separarme el teléfono de la oreja.

—¿Gus quiere hacerme fotos? No me lo creo —dice cuando se le pasa la risa.

—Más bien quiere hacérselas a los dos.

—Pásame el teléfono —me pide Gus—. Yo se lo cuento. —Dudo. Dudo mucho en dárselo, pero si Mitxel acepta tendrán que verse igual, ¿no? Así que se lo paso.

La conversación es rápida y concisa. Gus no da una información demasiado amplia y enseguida me devuelve el teléfono. Es evidente que quiere dejar claro quién es el que manda y quién va a llevar las riendas del asunto.

—¿Hola? —digo para ver si sigue en línea.

—Nos vemos en diez minutos, voy para allí. Al final me va a caer bien el «fotógrafo». Acaba de hacer que pasemos la tarde juntos —se jacta, contento.

Pues parece ser que la sequedad de Gus no le ha sentado demasiado mal.

—Hasta ahora. Un beso —me despido.

—¿Vamos tirando? —propone Gus cuando cuelgo, al levantarse—. Tengo el estudio a cinco minutos a pie. Así me da tiempo a presentarte a Ainhoa y que te vaya arreglando.

—¿Arreglando? —me extraño mientras lo imito y recojo mis cosas de encima de la mesa—. Pensé que serían solo unas pruebas.

—Y lo serán, no te preocupes. —Pone una mano en la zona más baja de mi espalda y me hace un ademán para que me adelante hacia la barra, donde paga las consumiciones y salimos.

El estudio es un local con unas vidrieras enormes, y aunque hay cortinas para que no se vea el interior desde la calle, dejan pasar una claridad espectacular. No hay paredes, es diáfano y está lleno de las típicas luces de estudio con la pantalla blanca. En una de las paredes hay un estor de color negro, que se arrastra hasta el suelo, como si fuera una alfombra. En medio una banqueta, también negra.

—¡Ya hemos llegado! —le avisa a alguien. Una chica sale de detrás de la única puerta que hay en el estudio y me examina sin disimulo.

—Vaya, Gus. Sí que es expresiva, sí —dice a modo de saludo—. Hola, soy Ainhoa. —Me da dos besos y sigue con su repaso—. ¿Estás preparada para que Gus obre magia contigo? Yo lo ayudaré poniéndote a punto.

—No sé yo... —expreso comedida.

—Acompáñame. Te daré el sostén «invisible» y prepararé tan bien tu piel que parecerá que acabas de nacer.

Se ríen al mirarse. Y es normal, porque ahora mismo es como si me estuviera hablando en

chino. Gus solo me ha dicho que nos haríamos unas simples fotos y la tal Ainhoa me está hablando de sujetadores y preparar mi piel. Muy casual no parece...

En ese momento llaman al timbre. Gus abre y Mitxel aparece en escena. Mi estómago da un vuelco. Ya no me acordaba de que ya no es Mitxel «mi amigo», es Mitxel mi... pareja. Al pensarlo el sexo se me contrae. La ayudanta de Gus lo para y evita que se me acerque.

—Joder, Gus, lo vas a petar con las fotos de estos dos juntos. Su energía es tan fuerte como el contraste de sus cuerpos. Ella tan cándida y dulce y él con esa mirada intensa y profunda. —No se corta al posarle la mano en el pecho e ir rodeándolo a la vez que va hablando.

—Ainhoa... —la reprende Gus—. No perdamos tiempo, vamos a centrarnos.

—¡Claro! —exclama como si nada—. Ven conmigo. Ahí dentro tengo preparado todo el material. —se gira, me coge del brazo y me arrastra hacia la habitación. No me da la opción de poder saludar a Mitxel. Cuando cierra la puerta detrás de mí, se gira y, divertida, suelta—: Desnúdate, nena, y confía en mí. Te voy a dejar que ni el niño de Nenuco para que ese pervertido haga maravillas tras su cámara. —Esbozo una sonrisa tirante. ¿Ha dicho pervertido? Ay, madre. Sin mucha convicción comienzo a desprenderme de la ropa.

—¿Solo la parte de arriba? —Creo que es lo que he entendido, pero prefiero confirmar.

—Hoy sí. Otro día lo que diga el maestro —me informa como si nada.

No estoy preparada para esto. Me haré estas fotos y luego le diré que esto no es para mí. Ahora ya es demasiado tarde para retractarme, ¿no?

Ainhoa me hace poner los brazos en cruz y con gran maestría coge un bote de algo que no logro identificar, pero parece un aceite que huele a rosas. Me pringa entera. Brazos, vientre, cuello, rostro y cabello, donde se entretiene pasando los dedos, apelmazándolo hacia atrás y despejándome la cara.

Me pone un maquillaje especial en los ojos, aplicando mucha sombra negra y pinta los labios de color carmesí. Cuando me dice que estoy lista, me tiende el famoso sostén invisible, que es como uno normal, sin tirantes, ni aros, que se me ciñe a la piel como si fuera parte de mi cuerpo.

Al salir, Gus ya tiene varias cámaras preparadas y Mitxel está sentado en el taburete que hay en medio del decorado. Sin camisa. Con los brazos cruzados, atento a cada movimiento del fotógrafo. Me detengo a mirarlo y babeo un poco, cómo no.

—Te entiendo, amiga. El chico está de toma pan y moja. No te va a costar nada meterte en el papel —me anima Ainhoa—. Te recomiendo que te olvides de la cámara. En cuanto pises la tela negra, Gus va a poner música. Piensa que estás a solas con ese monumento, en tu casa, o en la suya, o en cualquier *pub*. Siéntete *sexy*, sin vergüenza. Desmelénate.

Trago saliva. Dejarme llevar con Mitxel no es complicado. Lo difícil va a ser olvidarme de que tenemos dos pares de ojos más mirándonos. «Si lo llego a saber, le pido a Unai una botellita de Magna», me sorprendo pensando.

Tal y como ha predicho Ainhoa, al situarme en el decorado, una música sensual empieza a sonar. Está muy alta, tanto que no distingo los disparos de la cámara que Gus ya ha empezado a utilizar sin previo aviso.

—Ve hacia él —me ordena por encima de la música.

Le hago caso. Mitxel abre los brazos y me invita a que me entierre en ellos.

—Hola, preciosa —susurra—. Espero que esto termine pronto. Estás para comerte entera.

Me separo un poco de él y lo miro a los ojos. Me muerdo el labio inferior y espero que mi

mirada sepa transmitirle las ganas que yo también le tengo.

—¡Eso es, Carol! Fantástica expresión. ¡Dame más de eso! —grita Gus.

Al oírlo vuelvo a ser consciente de dónde estamos y mi gesto cambia.

—Carol, mírame. Olvídate de él y céntrate en mí. —Me dejo llevar por la voz de Mitxel, que supongo que ha captado lo que Gus está pidiendo.

—Mitxel, acércate a su cuello. Carol, siéntelo.

Acatamos las órdenes. Mitxel se levanta del taburete y se acerca como ha dicho Gus. Su aliento colisiona con esa zona tan erógena de mi cuerpo, hasta que la humedad de su saliva me eriza la piel. Cierro los ojos y un jadeo se me escapa de los labios. Paso las manos por debajo de los brazos de Mitxel y me agarro con fuerza de sus hombros.

No sé cuánto tiempo pasamos entre caricias, abrazos y demás. La verdad es que me ha sido muy fácil ser yo misma con Mitxel. Casi no he percibido la presencia de Gus, que ha revoloteado a nuestro alrededor, dándonos instrucciones sobre cómo colocarnos o qué ir haciendo. Ha ido jugando con la luz de los focos, emitiendo destellos o apagándolos cuando quería ensombrecer partes de nuestros cuerpos.

—Está bien, las últimas —dice de pronto—. Mitxel, siéntate en el suelo, abre un poco las piernas y flexiónalas. Carol, ponte igual, pero mirando hacia él, encaja tu cuerpo con el suyo. Pon las piernas sobre las de él.

Un minuto más tarde, cuando estamos colocados como nos ha indicado, Gus para la música.

—Bien, ahora solo quiero que os miréis, contéis hasta diez, luego desviéis la vista a los labios y os beséis. —El silencio se hace ensordecedor. Mitxel cierra los ojos y yo agacho la cabeza—. ¿Qué pasa, chicos? ¿Ahora os vais a poner vergonzosos? —Es normal que no entienda nada, ¿a quién se le pasaría por la cabeza que aún no nos hemos besado? ¿Quién se creería que no podemos hacerlo? —. ¿Chicos? ¡Venga!

Mitxel me coge de la barbilla y me levanta la cara. Enreda su mirada con la mía. Sufre. Le duele. Veo su nuez subir y bajar y niega casi imperceptiblemente.

—No pasa nada —vocalizo sin voz. Solo para que él me entienda.

—Muy bien —prorrumpe Gus—. ¡Ainhoa! Toma la cámara. Mitxel levanta. —Solo entonces deja de mirarme para mirarlo a él, con el ceño fruncido—. Si no lo haces tú lo haré yo —sentencia.

La sangre abandona mi rostro. Mitxel aprieta tanto la mandíbula que tengo miedo a que se le rompa. Noto como aprieta los puños a mis lados y a mí... a mí no me salen las palabras para poder negarme a hacerlo.



Tu nombre como si fuera un mantra

Mitxel

Le hago caso como si fuera un puto robot. Aparto las piernas de Carol y me pongo en pie, sin fijarme en nada ni en nadie, sin moverme del sitio, con la cabeza gacha.

Carol se ha quedado sentada, con las rodillas flexionadas y los antebrazos apoyados en ellas y sé que ha observado cada uno de mis movimientos. Sin embargo, yo soy incapaz de mirarla, no podría soportar ver decepción en sus ojos. Puto fotógrafo..., qué rápido ha hecho sacar nuestro punto de discordia a la luz. Porque sí, tengo claro que un beso va a ser lo que nos separe y no precisamente por haberlo dado, más bien todo lo contrario.

Gus me aparta y antes de sentarse me dedica una sonrisa petulante. Mierda de promesa y mierda de vida. Me giro con la intención de dirigirme al fondo, detrás de Ainhoa.

—No. —Oigo a Carol con rotundez. Paro mi avance y es ahora cuando la miro—. No hace falta. Vamos a dejarlo aquí. Era solo una prueba, ¿no? Pues ya es suficiente. —Parece cabreada. Se levanta y se va hacia la puerta por donde ha salido antes, dándonos la espalda a todos.

Ainhoa se encoge de hombros.

—Menudo genio tu chica. —Le da la cámara a Gus, que aún mira a Carol perderse tras la puerta—. Lo siento, jefe, tu gozo en un pozo —le dice con voz cantarina. Palmea su hombro y sigue los pasos de Carol—. Voy a darle unas toallas para que pueda ducharse y quitarse el pringue que le he puesto. Ahora nos vemos.

Abro las manos que aún tenía cerradas en puños. Agacho la mirada hasta ellas, tiemblan de la fuerza a la que las he sometido y, ahora, es como si les hubiera abandonado toda energía vital.

—¿Te apetece un whisky? —pregunta Gus como si no hubiera pasado nada al dirigirse a un carro con vasos y todo tipo de licores. Claro, qué va a saber él de mi puta vida.

—No, gracias, estoy bien. —Me obligo a disolver el nudo que tengo en la garganta con un carraspeo más violento de la cuenta. Tengo que hacer un esfuerzo para que, al mirarlo, no vea la frustración y la vergüenza en mi semblante.

—Espero que cuando estéis en la cama no tengas tantos remilgos a la hora de follar con ella —espeta de golpe con socarronería. Lo tengo de espaldas, vierte el líquido ambarino en un vaso de cristal tallado y no puedo ver su expresión, aunque no me cabe la menor duda de que es de insolencia absoluta. Cuento hasta tres o hasta diez, no sé, antes de poder responder y no ir hasta allí, girarlo y asestarle un puñetazo que le haga saltar las muelas.

—Con todo el respeto, no creo que lo que Carol y yo hagamos en la cama, en el sofá, en el coche o contra una pared, sea incumbencia tuya. —¿Se me ha ido la lengua? Sí. ¿Me arrepiento? Ni media palabra. Ha valido la pena ver su cara de asombro cuando he ido nombrando lugares que aún no he probado con ella. Pero eso él no lo sabe, ¿no?

Una sonrisa ladina aflora en mi rostro. Joder, qué bien que sienta esto.

—¿Nos vamos? —Carol sale como un miura de la habitación, pasa por mi lado, sin pararse y dedicándome una mirada seria, que no sé bien cómo descifrar—. Adiós, Gus. Estamos en

contacto —se despide escueta. Voy tras ella sin excusarme, él tampoco dice nada.

—Espera, espera. —Tengo que frenarla cuando ya está en la calle, a unos veinte metros de la entrada del local. Se detiene, de espaldas a mí. Soy yo el que avanza y se sitúa frente a ella—. Lo siento... Lo siento, Bicho, yo...

Carol cierra los ojos y apoya una mano sobre mi pecho. No insisto, le dejo el tiempo que necesita para ordenar sus pensamientos y que al final se decida a hablar.

—No es culpa tuya. No has sido tú el que me has hecho sentir mal. Lamento haber pagado contigo mi malestar.

—Sí que es culpa mía, Carol. Si yo no tuviera... —Retengo su mano entre las mías. El calor que desprende su piel se incrusta en mi esternón y lo siento como los primeros rayos de sol cálidos en primavera.

—No, no. Es ese hombre, no sé qué tiene que me hace sentir incómoda. Aunque no te voy a negar que me hubiera gustado besarte y tu bloqueo, cuando nos lo ha pedido, me ha puesto un pelín triste. —Esto es una de las cosas que más me gusta de ella. Su sinceridad, ante todo.

—Joder, Carol. —La atraigo hacia mí y la abrazo con fuerza. Con toda la fuerza con la que me comería sus labios si pudiera. Entierro la nariz en su cuello y aspiro—. Sabes que me moría por hacerlo, ¿verdad? —le digo de pronto, impartiendo todas las ganas de ella en la frase.

—¿El qué? —Se separa de mí para mirarme directamente. No sé en qué estaba pensando, porque es más que evidente a lo que me refiero.

—Besarte —asevero. Un jadeo se le escapa y vuelve al refugio de mi pecho.

No sé si pasamos mucho tiempo así, abrazados, en medio de la calzada. No me importa nada. Solo quiero sentirla y que el incidente de la sesión no haya cambiado su parecer con respecto a nuestra recién estrenada relación.

—¿Te apetece que vayamos a mi casa? Me gustaría poder hacer todo eso que hemos hecho ahí dentro sin tener cuatro ojos y un objetivo encima. —Noto la vibración de su risa en la clavícula que me provoca un estallido en la boca del estómago. Qué puta maravilla de sensación. Sería tan fácil acostumbrarse a esto.

—Claro, deja que llame a Cris y a Ander.

—¿No se enfadarán? Entre ayer y hoy, te estoy acaparando. —No sé si han hablado o no de lo nuestro. Espero que sí, y que no hayan puesto impedimento alguno.

—No. Tengo que confesarte que debería haber sido Ander el que me acompañara a hacer esta prueba, pero cuando lo he llamado, se había ido con Cris a La Guardia. Se alargan, seguro.

—Vaya, así que soy el segundo plato... —Finjo que me ofendo con la mano en el pecho como si me hubiera disparado a quemarropa. Carol levanta las manos y los hombros, con cara de fingida niña buena. Nos reímos y la intensidad de hace un momento se disipa.



—Pasa, estás en tu casa —Me hago a un lado y dejo que entre ella primero.

Siempre me ha gustado ver la expresión de las personas que ven algo por primera vez. Su curiosidad mirando por doquier, inspeccionando cada rincón.

Aunque, pensándolo bien, esta es su segunda vez aquí, pero la primera no cuenta porque fuimos casi a oscuras, directos a mi dormitorio.

Indico a Carol por dónde ha de ir y llegamos al salón. No soy de tener demasiados muebles. Mi piso tiende a una decoración minimalista y sencilla, así que el recorrido visual termina rápido. Mientras se quita la cazadora, se dirige a una estantería, donde hay un par de fotos en un marco.

—¿Son tus padres? —se interesa. Afirmo y me acerco a ella. Coge la instantánea con una mano y sonríe—. Qué joven. —Termina por decir, y la deja en el mismo sitio de donde la ha cogido.

—Dame la chaqueta, te la cuelgo en la entrada. —¿Qué nos pasa? Parecemos dos desconocidos—. ¿Te apetece beber algo? ¿Vino, agua, nada? —le ofrezco al dirigirme a la puerta que da a la cocina.

—Un vino estará bien. Tendrá etiqueta, ¿no? —me río de su comentario.

—Mi vino suele tenerla, sí. El que las hace sin, es Unai. Te has equivocado de amigo —me mofo y le guiño un ojo.

—Vaya, y yo que pensé que podrías haber cogido alguna de las bodegas. —Hace pucheros, como si saber que no tengo Magna la hubiera defraudado.

—Yo no he dicho lo contrario —apunto enigmático. Carol deja ir una exclamación de sorpresa y, joder, qué bonita está.

Me acerco a ella y, aunque no puedo separar los ojos de sus labios, la beso en la mejilla, demasiado cerca de lo que me es prohibido, con demasiadas ganas. Le rodeo la cintura con un brazo y con la mano que tengo libre la atraigo hacia mí del cuello. Carol aspira y aprieta la cara contra mis labios. Sí, los dos sabemos qué haríamos y sí, los dos sabemos que no va a pasar.

Cuando me separo y enredamos la mirada, lo puedo leer en sus ojos. Le cojo la mano y se la aprieto. No hay más que decir.

—Ven, siéntate mientras voy a por el vino.

Antes de moverse, Carol cierra los ojos, asimilando de nuevo la situación.

No tardo nada en estar de nuevo con ella, se ha descalzado para estar más cómoda, ha subido las piernas, que mantiene dobladas de lado, con una mano en el tobillo derecho, el codo sobre el respaldo del sillón y la cabeza apoyada en su mano.

—Ahora sí que estás para retrato. —Dejo las copas sobre la mesa auxiliar que hay frente al sofá y le acaricio la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Tú también te vas a volver fotógrafo? —me pincha. Coge mi mano y entrelaza los dedos con los míos.

—¿Quién te ha dicho que no lo sea ya? —le cuestiono con un toque de misterio.

—Sí, claro; enólogo, jefe de sala en las cenas Magna y también fotógrafo. ¿Me dejo algo? —Va enumerando cada uno de los empleos con los dedos de la mano que tiene libre.

—Espera y verás. —Me levanto y abro el cajón del mueble que tenemos enfrente, en el que se apoya el televisor, y saco una cámara polaroid. Me giro, se la muestro y elevo las cejas varias veces.

—No... —Se carcajea Carol—. Menudo aparato más profesional y qué callado te lo tenías —se mofa. Ríe tanto que se dobla sobre el sofá.

—¿Te estás burlando de mi equipo fotográfico? —Me voy acercando a ella despacio, con los ojos entornados, desafiándola. Dejo la cámara junto a las copas, aún intactas—. Te vas a enterar. —Me lanzo sobre ella, inmovilizándola sobre el sofá. Le empiezo a hacer cosquillas y Carol se retuerce.

—¡No! ¡Cosquillas, no! ¡Para, Mitxel, para! —Se revuelve entre mis brazos y logra escapar, pero cae del sofá al suelo. No cejo en mi empeño. Me pongo a horcajadas sobre ella y persisto con mi particular tortura.

Sigue con su risa, y joder, es que me llena por dentro. Su desinhibición, sus lágrimas de felicidad. Cojo la cámara y disparo. Tengo que inmortalizarla así, en este momento en que nada la perturba, en este momento que es más ella que nunca. Y disparo, dos, tres, hasta cinco instantáneas que voy dejando sobre la mesa.

Cuando es consciente de lo que estoy haciendo se tapa la cara, pero la mano solo le alcanza a cubrir parte de los ojos y la nariz. Su boca sigue libre. Sus labios, el objeto de mi deseo, estirados, alegres, sonrientes.

Dejo de hacerle cosquillas y Carol, poco a poco, se va calmando. Se nos enredan de nuevo las miradas y es consciente que está debajo de mí. El ambiente sube de repente unos grados y mi entrepierna cobra vida. Carol cierra los ojos un instante, asimilando la nueva situación.

Se incorpora un poco sobre los codos, despacio, como si no quisiera moverse mucho para no romper esta conexión. Como si se moviera a cámara lenta, alarga una mano y empieza a desabrocharme los tejanos. Desde mi posición, contemplo cada uno de los movimientos. Al desabotonar del todo los pantalones, el *bóxer* no puede ocultar la excitación y la dureza de mi miembro.

Me levanto sobre las rodillas, para dejarla libre. Suelto la cámara en la mesa, pero no me incorporo. Sigo en el suelo y me siento apoyándome contra el sofá, con las piernas algo separadas y las manos cruzadas sobre lo que ya no puedo ocultar.

Carol se queda frente a mí, de pie, sobre sus rodillas y me imita; se desabrocha los tejanos, toma un par de respiraciones profundas, como intentando sosegar el ritmo de sus latidos, y con lentitud, introduce los pulgares en el elástico de las braguitas. Ahora el que está cardíaco soy yo.

Aprieto los labios y, juro por lo más sagrado, que tengo que hacer acopio de toda la fuerza de voluntad para no abalanzarme sobre ella. No quiero ser yo el que lleve la voz cantante, quiero que hoy marque ella el ritmo y juguemos a su juego, aunque con mis reglas.

Me deja con la boca abierta cuando se levanta, se quita los pantalones, junto con el tanga y se sienta en la mesa, frente a mí, con las piernas abiertas, expuesta por entero, mostrándome el sexo, húmedo, brillante.

Aprieto los ojos, aunque detrás de los párpados me persigue esa imagen tan erótica, su mirada vívida, sensual, penetrante... Trago varias veces porque, la tormenta que se está desatando en mi interior, me seca la garganta.

Hago amago de acercarme a ella, pero Carol cierra las piernas, se echa hacia atrás y niega con la cabeza, sin pronunciar ni una palabra. Frustrado, me levanto del suelo, aprovecho para quitarme los pantalones y me siento en el sofá. Volvemos al duelo incandescente de miradas.

Carol, con alevosía y con una sonrisa malvada en la cara, desliza una de las manos debajo de su camiseta, noto cómo libera uno de sus pechos del sostén y se detiene sobre el pezón, lo pellizca con fuerza, cosa que la hace gemir. Siento una descarga eléctrica extendiéndose por la piel y se agudizan mis sentidos. Me muerdo el labio inferior con saña, para que mi cerebro piense en algo que no sea abalanzarme sobre ella. Pero fracaso, porque mi concentración está enfocada en soportar una excitación que comienza a resultar insoportable e incontenible.

Mi cuerpo se tensa cuando se acerca a mí. Pone una mano sobre mi hombro y me rodea la

cintura con las piernas. Se deja caer sobre mí, colocándose pegada a mi sexo.

Gemimos cuando mi miembro resbala entre los labios de su hendidura. Aun con la tela de los calzoncillos como barrera, siento como si yo también estuviera desnudo.

—Carol ... —susurro ya con poca fuerza de voluntad. Mis manos van por libre y están sobre sus glúteos.

Su respuesta es dedicarme una mirada tan cargada de necesidad que me roba el aliento. No dudo en quitarle la camiseta y, con maestría, desabrocharle el sujetador, no sin que los movimientos que esto supone nos mortifiquen aún más.

—Shhh. —Carol me hace callar y se queda quieta. Resoplo, porque esto sí que es una tortura y no las cosquillas de hace un momento. Cuesta horrores controlar mis caderas, que pugnan por moverse, sentirla más fuerte y calmar la sed de mi verga que agoniza entre sus piernas. Es ella la que se mueve, despacio, mortalmente lenta, en círculos, y me mata.

— Carol, Carol, Carol... —murmuro en una letanía, como si fuera un mantra.

—Shhh. —Vuelve a instarme a que guarde silencio presionando con un dedo mi boca.

Me levanta la cara para que la mire. Sus ojos se desvían a mis labios y se muerde los suyos. «Sí, ojalá pudiéramos, Bicho». Decimos demasiadas cosas sin decirlas. Palabras que, con toda probabilidad, no estarían mejor expresadas si las verbalizáramos.

Me incorporo un poco y entierro la cara en su cuello. Su piel está húmeda, recubierta por una fina capa de sudor. Mi camisa se me pega al cuerpo, igual que la de ella. La abrazo por la cintura y hago que nos apretemos más. La punta del glande choca contra su clítoris a través de la tela del *bóxer*. Retengo un gemido, pero un quejido brota de sus labios y llega a mis oídos como el lamento de una lucha perdida.

Ya no aguanto más y la ciño a mí si es que eso es posible, empujándola de las nalgas, que estrujo con ferocidad. Carol mueve las caderas y la humedad de su entrepierna empapa mi ropa interior, que nos separa de cometer lo que tengo prohibido.

Me pierdo en su expresión anhelante, en la mirada dilatada, rebosante de deseo, que me pide que la haga estallar. No lo pienso más, me bajo el calzoncillo y empiezo a mecernos, la subo y la bajo a mi antojo, haciendo que se deslice contra el tronco de mi polla. Carol entreabre la boca y aprovecho para meter dos dedos dentro. No tarda en lamerlos con fruición. Estamos al límite y no tardamos en corrernos. Ella grita, blanqueando los ojos y echando la cabeza ligeramente hacia atrás. Y yo me embebo de esa imagen; de la curva de su cuello, de los labios entreabiertos, de su pecho que sube y baja buscando el oxígeno que ahora le falta, del bronco jadeo cuando los espasmos finalizan.

Poco a poco va recuperando la calma. Yo estoy pringado de mi propio semen, pero me da igual. Me incorporo y apoyo la frente sobre la suya. Deposito un beso en la punta de su nariz.

Carol abre la boca con intención de hablar, pero acaba mirándome con la risa bailando en los ojos. ¿Puede haber algo mejor ahora mismo?

Sí, lo sé. Aunque ahora nos conformaremos con esto.



Intensa, alocada y sin filtro

Carol

Ahora mismo lo que me sale es abrazarlo, impregnarme del perfume de su cuello y aprisionar en uno de mis puños el pelo de su nuca, pero no me atrevo. Estamos tan sumidos en esta burbuja que tengo miedo de moverme o incluso de hablar y que explote, es todo demasiado intenso. ¿Estaré montándome castillos en el aire?

—¿Es tu móvil o el mío? —Sacudo la cabeza porque no entiendo de qué me habla Mitxel, luego, ya de vuelta a la realidad, me doy cuenta de que se oye una vibración.

A regañadientes, nos levantamos para buscar nuestros respectivos teléfonos. Soy la primera en encontrar el mío.

—Es el tuyo —aviso. Me da un vuelco el corazón porque, desde que me contó su historia, cada vez que le suena el móvil pienso que va a ser Gisèle y, no me explico bien el porqué, se me pone la piel de gallina. Dejamos de oír el zumbido—. Bueno, era —puntualizo con los puños apretados.

Pasados dos segundos vuelen a llamar.

—Unai —me informa Mitxel al localizar el terminal y mirar la pantalla. Levanta un dedo, para pedirme un segundo, a la vez que descuelga y responde. Respiro aliviada—. Hola, dime —saluda directamente.

Tiene el volumen muy alto, así que, aunque esté mal —lo sé—, puedo oír la conversación.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, tranquilo. ¿Pasa algo? —La voz de Mitxel sale con algo de preocupación.

—Nada malo. ¿Sabes quién acaba de llamarme?

—Sorpréndeme. —Mitxel se revuelve el pelo y se sienta en el sofá. Su imagen, en camiseta y calzoncillos —que lleva manchados con mucha dignidad—, hacen que me muerda el labio y me refrene de tirarme sobre él e inhalar el olor de la piel de su pecho como una adicta.

Me controlo y, simplemente, me siento a su lado de cara a él, apoyo el codo en el respaldo del sillón y utilizo mi mano como soporte para mi cabeza, que está muy atareada en empaparse, sin contención, de la imagen de Mitxel. Ahora que ya no tengo que reprimirme, aprovecho.

—Los dueños de las Bodegas Monje, de Tenerife, estuvieron la otra noche en la cena Magna. Quieren concretar una reunión porque están interesados en llevarlas a la isla. Me han ofrecido ir a verlos allí, para que así puedan enseñarme su bodega, probar el vino, etcétera.

—¡No jodas! Qué buena noticia. ¿Qué les has dicho? ¿Quieres comerciar el «sin etiqueta» fuera de tus bodegas? —Oigo cómo Unai se ríe al otro lado de la línea.

—Ya sabes que no tenía ninguna intención, aunque luego, hablándolo con Abril, he pensado que les podría suministrar botellas solo para los días de cenas y limitarlas a cuatro al año, coincidiendo con cada cambio de estación, así podríamos ir y controlar también allí las cenas.

—¿Quieres decir que estarán de acuerdo con eso? ¿Quizá quieran tener ellos el mando de esas noches? ¿Qué te han dicho? —No sé si a Mitxel termina de gustarle la idea. Tiene el ceño

fruncido y se ha acodado en las rodillas, con la mirada concentrada.

—Aún nada, es lo que quiero negociar. Pero, Mitxel...

—Dime.

—Si te llamo es porque mi intención es que se organicen y supervisen tal y como hacemos aquí. Te quiero conmigo en este proyecto. —Mitxel se yergue, me mira y eleva las cejas, sorprendido. Yo lo imito, aunque no me atrevo a decir nada ni hacer ningún gesto más.

—¿A mí? Puedes encontrar un jefe de sala que sea mucho más profesional que yo. Mis conocimientos son limitados y autodidactas, lo mío es la enología, no la hostelería, ya lo sabes, amigo. —Sonríe y cabecea.

—Déjate de historias. Te quiero allí conmigo y punto. ¿Quién mejor para explicar a los comensales qué clase de vino están bebiendo?

—Menudo peloteo, tío... —se carcajea Mitxel. Se relaja y se recuesta otra vez en el sofá. Como si fuera un gesto insignificante, posa su mano en mi pierna y empieza a acariciarme con suavidad, haciendo pequeños círculos en mi muslo. Podría parecer un gesto cotidiano, casual o sin importancia, sin embargo, supongo que por no estar acostumbrada a estar así con él, me parece un acto de lo más íntimo—. No sé qué decirte. Negócialo con ellos, a ver qué opinan y según lo que acordéis vemos cómo hacerlo. Tendría que hablar con Txema, no sé si tendría que pedir días libres para viajar hacia allí... Es complicado, no te creas.

—Naaah, déjate de historias. Haremos las cenas en fin de semana, así que el viernes por la noche podríamos salir y volver el domingo a última hora. No tendrías que perder curro y allí ya lo tendrían todo preparado, con lo que solo tendríamos que supervisar y poco más —presiona Unai para que Mitxel acceda.

—Bueno, habla primero con ellos y luego vemos —insiste Mitxel.

—La reunión es en Tenerife, me invitan a una estancia de cuatro días. —Oigo como suelta a modo de respuesta Unai.

Se me encoge un poco el pecho. Si le pide que vaya con él y Mitxel acepta y puede escaparse, estaré unos días sin verlo. Me sorprende esta sensación de echarlo de menos que siento aun sin haberse ido y teniéndolo al lado como lo tengo.

—Joder, tío, te ofrecen un negocio y encima te pagan el viaje. ¡Qué suertudo! —se queja en tono jocosos, feliz por su amigo.

—A ti también te lo pagan. Les he dicho que tú entrabas en el *pack* y no han puesto ninguna pega. De hecho, en la oferta, entran acompañantes. Teniendo en cuenta tu situación actual con Carol, he pensado que podríamos invitar a Cris y a Ander, aunque oficialmente no formen parte del equipo de «Magna sin». —Ahora soy yo la que me incorporo como un resorte. Ay, que no quiero echar campanas al vuelo antes de tiempo, pero es que ¡ya me veo tomando el sol en playas paradisíacas!

—¿Estás hablando de viajar los seis bajo el pretexto de la reunión? —acierta a preguntar Mitxel. Contengo el aliento y se nos enreda la mirada. Las dos con la misma expresión de ilusión.

—Abril, Carol, Cris, Ander, tú y yo. ¿Encuentras alguna laguna en el plan?

Lo siguiente que sucede es que Mitxel se muerde el puño conteniendo una amplia sonrisa que yo no logro reprimir, con lo que me pongo en pie y doy saltitos y aplaudo en silencio.

—Mitxel, ¿sigues ahí? —reclama Unai al no obtener respuesta.

Antes de decir nada, se me queda mirando, alza las cejas y, en silencio, me pregunta si me parece bien afirmando un par de veces con la cabeza. Obvio que el asentimiento efusivo replicando su gesto no se hace esperar.

—Es... perfecto —contesta con una voz que me ha parecido soñadora—. Ahora que en la viña se ha terminado la espergura, tenemos días de margen hasta que aparezca la floración, con lo que podría ausentarme cuatro o cinco días sin problema. Si lo hacemos coincidir en fin de semana, mucho mejor. —Tengo las manos de la boca, ocultando la sonrisa.

—Cómo sois los enólogos. Abril me ha dicho exactamente lo mismo —se mofa de él Unai.

—Es que somos gente de tierra, no como tú, don libro de cuentas... —replica Mitxel. Me aparta una de las manos para poder cogérmela—. ¿Os lo podréis montar en MoonSky? —me pregunta a mí directamente.

—¡Estás con Carol! —se sorprende Unai—. Tienes que ponerme al día, ¡cabrón! —Mitxel no le hace ni caso, espera paciente mi respuesta.

—La empresa viaja con nosotras donde vayamos. El lote de pedidos ya está organizado y los que nos pidan esos días pueden salir un pelín más tarde. Tengo que consultarlo con Cris, claro, pero no creo que haya problema —suelto de carrerilla.

Sin dejar de mirarme, Mitxel responde a su amigo.

—¿Para cuándo sacamos los billetes?



Compruebo la maleta por tercera vez, remuevo los bañadores que acabo de dejar dentro, los saco, los vuelvo a doblar y a meter de nuevo en el mismo sitio que estaban antes. Luego les toca el turno a los cajones y al armario; voy directa a ellos, abriendo y cerrando, buscando no sé qué prenda que no haya metido aún en la maleta.

—¡Por Dios, Carol! ¡Ya está! —me implora Cris—. Lo llevas todo, vamos a estar cuatro días. ¡Solo cuatro días! ¿Es necesario que lleves siete conjuntos de bikini? Luego dices de mí, pero opino que hoy a intensa me ganas de calle.

Va siguiendo mi estela, ordenando todo lo que toco y dejo desordenado donde cae.

—Nadie te gana a eso, créeme. Eres la reina de los acelerados.

—Pues como sigas así, ya te digo yo, que me vas a quitar el puesto —sentencia arrancándome otro bañador de las manos, que no sé ni dónde he sacado, para volverlo a colocar donde estaba.

Suspiro, no sé si con resignación o con desaprobación por sentirme incomprendida.

—Es que no quiero que se me olvide nada —lloriqueo dejándome caer sobre la cama.

—Bueno, pues si se te olvida algo lo compras y ya está. ¡Que nos vamos a Tenerife, no a un pueblo incomunicado en las montañas! Que digo yo que habrá tiendas.

—Ya, ya... No sé... estoy nerviosa, ¿vale? —Resoplo, me paso la mano por la frente y vuelvo otra vez hacia la maleta.

Cris resopla, armándose de paciencia conmigo. Me coge de la muñeca, antes de que vuelva otra vez a desordenar todo y me exige que la mire.

—Entiendo que puedas estar nerviosa porque este viaje va a hacer que interactúes con Ander a la vez que con Mitxel, y es algo que aún no se ha dado. Pero tienes que tranquilizarte, no hay

motivo para que te destroces los nervios de esta manera. Solo... pásatelo bien y ya.

—Lo sé, lo sé. Es que... se me hace extraño, es como que mi cabeza está en todas partes y a la vez en ninguna. No sé si me explico.

—¡Pues claro que sí, cariño! Es que la situación no debe ser fácil, ya lo hablamos en su momento cuando me dijiste lo del viaje. Sin embargo, creo que es una muy buena oportunidad para que normalices las dos relaciones y dejes de preocuparte. —Me da un apretón en el brazo, dando así énfasis a su discurso.

—¿Te acuerdas de cuando empezábamos con Ander y lo que nos costó encontrar el equilibrio? —Cris asiente, sin hablar para no cortarme y que me desahogue—. Pues esto es lo mismo, con la salvedad de que en vez de compartir a Ander contigo, me comparto yo misma con dos tíos. —Me muerdo los labios porque verbalizar lo que se me pasa por la mente ha sonado realmente mal.

—¿Y ese es el problema? ¿Que te acuestas con dos tíos y estás fuera de «la norma»? —Cris pone cara de incredulidad al principio y cuando termina de hablar, la tiene casi de enfado.

—Eso y que no sé cómo abordar esta relación en la que me he metido. Cuando estemos juntos, ¿a quién beso? ¿Se lo tomará mal Mitxel si duermo con vosotros en vez de con él? Y, si quiero pasar tiempo con él, ¿Ander pensará que lo dejo de lado? Uff, es que me va a explotar la cabeza...

—Neni, relaja la raja que te estás montando unas historias tu sola que ni la Vecina Rubia, con la salvedad de que a ti no te están quedando demasiado bonitas.

—Joder, Cris, que hablo en serio —la reprendo por tomarse en cachondeo lo que de verdad me preocupa. Ella termina chasqueando la lengua y rodando los ojos.

—Mira, Carol, por Ander ni te preocupes. Ha sido él quién te ha animado más que nadie a que te dejaras ir y no reprimieras lo que sentías por Mitxel. Y este... pues es que te ha conocido así y sabe qué tipo de relación tienes. No puede decirte nada por estar con Ander.

—Ya, si la teoría me la sé, lo malo es lo que luego me fustigo yo misma.

—¡Deja de darle vueltas al coco! Eres una tía lista, madura y con los pies en la tierra, no como yo, lo sé; soy una cabra loca y ya no me vais a cambiar a estas alturas de la vida. Lo que quiero decir es que, tú más que nadie, tienes que olvidarte de lo que se supone que está bien o mal y centrarte en lo que a ti, y solo a ti, te hace sentir bien. Olvida la sociedad, la monogamia y olvídate del qué dirán.

»¡Parece como si no hubieras aprendido nada en este año! Deja de cuestionarte por gente que ni te va ni te viene. Nos dejamos llevar por el miedo a que hablen de nosotras. Pero para a pensar en: que hable de nosotras, ¿quién? ¿Personas que no conocemos?, ¿que no nos importan y a los que no debemos nada? Así que, sácate de la cabeza esas dudas que tú misma sabes que son ilógicas.

Sí, Cris es intensa, alocada y no tiene filtro, pero a veces me deja con la boca abierta cuando suelta discursos tan sensatos como el que acaba de pronunciar. Estoy tan sorprendida que no me salen ni las palabras. Y es que tiene tanta razón que me entran ganas hasta de llorar.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —me pregunta al ver que no digo nada, aunque enseguida se preocupa al verme los ojos llorosos—. ¿Estás bien?

—Sí. —Subo la mirada al techo para controlar el llanto. «Será posible lo sensible que estoy...», pienso mientras me abanico la cara y exhalo para controlar mis emociones—. Te

quiero, amiga —declaro abrazándome a ella cuando consigo mantener a raya las lágrimas.

—Madre mía, ¿si lloras te van a salir arcoíris de los ojos? —se burla de mí—. Estamos de un ñoño...

Y otra vez ha convertido un momento difícil en una risa que a menudo consigue aligerarme el pecho.



Un fuego crepitar dentro de mí

Mitxel

Llegamos a Tenerife sur el jueves por la tarde. Al salir, un agradable ambiente cálido nos recibe. Miro a las chicas, van en fila, detrás de nosotros, y me tengo que reír. Las tres hacen el mismo gesto: elevan la cara hacia al sol y dejan ir un gemido de placer.

—Vaya tres —se mofa Ander al verlas—. Venga, chicas, que el coche nos espera. Tendréis tiempo más que de sobra para dejaros bañar por el sol.

Un chófer privado ha venido a recogerlos al aeropuerto. Lo reconocemos por el típico cartelito con el apellido de Unai con el que nos recibe. A pesar de que ahora, la era tecnológica en la que vivimos, ha sustituido el «Sr. Uribe» en papel, por una *tablet*.

El conductor nos guía hacia una furgoneta oscura con los cristales laterales y traseros tintados de negro, —como si fuéramos estrellas de rock o actores famosos que necesitaran privacidad—, y nos informa de que, tanto él como su vehículo, quedan a nuestra entera disposición durante los cuatro días que vamos a pasar en la isla.

No tardamos más de quince minutos en llegar al hotel y cuando nos asomamos a los cristales para ver dónde nos encontramos, nos quedamos de piedra.

—Jo-der —suelta Cris con los ojos como platos y la boca abierta.

Nos quedamos todos igual. No logramos emitir ni una sola palabra y solo el ruido de la puerta corredera del furgón, al abrirse, nos saca del pasmo en el que nos encontramos. El GF Victoria es más que un cinco estrellas. Tiene una fachada redondeada, con salientes ovalados, simulando las ondas que pueden hacer las nubes. Cuatro pisos altísimos que culminan en un *rooftop* de donde sobresale una piscina de paredes transparentes y agua turquesa.

—¿Los acompaño a recepción? —nos pregunta el chófer que ya espera con nuestro equipaje descargado.

—No, no se preocupe. Muchas gracias. —Unai se adelanta para estrecharle la mano y despedirlo.

—El señor Monje me encargó que les recordara que tienen una cita mañana a las diez de la mañana. El trayecto es de un poco más de una hora. Si les parece bien, les pasaré a buscar sobre las nueve menos cuarto.

—Perfecto. Aquí le esperaremos. Solo iremos mi compañero y yo —le dice, señalándome—. Por si quiere traer un vehículo más pequeño —sugiere mientras nosotros nos hacemos cada uno con su maleta.

—El señor Monje ha organizado una visita guiada privada y una cata posterior para sus acompañantes. No sé si a sus amigos les apetecerá conocer las bodegas. —Sonríe solícito, esperando una respuesta a la propuesta que su jefe le ha encargado que nos comunique.

Unai se gira hacia nosotros, preguntándonos con la mirada qué nos parece la idea. Primero a Abril, que asiente sin dudarlo y luego a nosotros.

—Si hay vino de por medio, no voy a ser yo la que se niegue —responde una categórica Cris.

—Si no os vamos a molestar, a mí también me parece bien —la segunda Carol. Me mira y eleva las cejas y los hombros, estira la boca, como si buscara mi aprobación.

Me acerco a ella y la rodeo por la cintura. No es ni medio normal esto que me despierta por dentro. La aprieto contra mí y la beso en la sien.

—Que no nos separemos en estos cuatro días es lo que pretendo, Bicho —susurro sobre su pelo. Alza la cabeza para mirarme y sus labios se curvan despacio en una sonrisa. *Esos labios...*

No la he tenido a mi lado en el vuelo hacia aquí. Se ha sentado con Cris y Abril. La tenía justo delante, la veía a través del espacio que quedaba entre asiento y asiento y me he encontrado más de una vez absorto en su perfil, en su boca cuando hablaba, en las arrugas que se le forman en los ojos cuando ríe de verdad. ¿Se puede echar de manos a alguien teniéndolo enfrente?

—¡Pues decidido! Ya tenemos plan para mañana —acaba por sentenciar Ander, que me guiña un ojo al decirlo y me saca de esta nube en la que me encuentro.

Una vez despedimos al conductor, nos dirigimos a recepción, andando los metros que nos separan de la entrada, bajo un techo metálico con perforaciones en forma de hojas gigantes.

Al entrar, nuestro asombro continúa; un *hall* enorme, de techo infinito, amplio, decorado con pequeñas palmeras por doquier, combinadas con suelos de mármol y madera. En el mostrador, que me parece poco más que parte de una nave espacial, nos reciben tres trabajadores, con una sonrisa espléndida y una amabilidad casi extrema. Me flipa el jardín vertical que tienen detrás de ellos. No sé cuánto costará pasar aquí una noche y no me sorprendería que se acercara a las cuatro cifras, porque el lujo es palpable, mires por donde mires.

Check-in. Facilitamos los DNI, escuchamos con atención las indicaciones y los horarios de bar, restaurante, terraza, piscina y *spa*.

—A petición del Sr. Monje, les hemos preparado la bañera hidromasaje de cada habitación, por si se quieren relajar un poco después del viaje y antes de la cena. —Wow, es más que evidente que el dueño de las bodegas quiere hacer puntos con nosotros. No me voy a quejar, porque nos está tratando de maravilla y no soy yo el que tiene que hacer negocios con él. Estoy aquí como soporte para Unai, pero si fuera él, quizá me sentiría un poco presionado. Si luego la reunión no sale bien, sé que a mi amigo le va a saber mal decirle que no, con todo el despliegue que ha organizado para nosotros.

Llega la hora de la entrega de llaves. Seis personas, tres habitaciones.

No he hablado de cómo vamos a dormir con ellos, y a ellos me refiero a la *trieja*.

Cuando el recepcionista nos tiende las tarjetas de acceso a las habitaciones, nos da una a cada uno, puesto que hemos sido nosotros quienes han facilitado los datos, mientras que las chicas se deleitaban con cada rincón del vestíbulo del hotel.

—¿Cómo vais a dormir? —Es Unai el que saca el tema, quiero pensar que con interés, sin embargo, no me pasa desapercibido el tono burlón que ha querido disimular mordiéndose los labios. Esta situación lo tiene más que divertido a mi costa.

—Como quiera Carol —responde sin dudar Ander—. Y Mitxel, claro. Aunque no creo que pongas problema a que duerma contigo, ¿no? —Tuerce la comisura de la boca y me da un codazo amistoso.

—Emm... no, claro. Lo que ella quiera. —Y por dentro estoy deseando que diga que pasará estas noches conmigo, aunque si quiere estar con ellos, no me quede más remedio que acatar su decisión. Es su relación con Ander y tengo claro que él es, de momento, su primera relación.

—¡Chicas! Ya tenemos las llaves, vamos. —Ander nos moviliza hacia los ascensores, aunque cuando nos reunimos con ellas, me coge del brazo para que no avance. Unai enseguida lo entiende y se pega a Abril, a la que abraza por los hombros y dirige hacia los elevadores. Nosotros nos rezagamos un par de metros y Ander aprovecha el corto trayecto para hablar con Carol.

—Cariño, tenemos tres habitaciones dobles. Estoy seguro de que las camas serán *king size*, con lo que no habrá problema en que podamos dormir los tres juntos. —Carol, asiente, atenta a lo que le cuenta—. Aunque tú decides si prefieres dormir con Mitxel.

Se detiene en seco, y con ella también lo hacemos nosotros. Gira la cara de inmediato y me mira, con los ojos abiertos y sin pestañear. Me veo aguantando la respiración. No me atrevo a hacer ningún gesto ni media palabra. No quiero presionarla, quiero que se sienta libre de decidir lo que a ella le apetezca. La espera parece hacerse eterna.

—*Neni*, no me jodas. —Rompe el silencio, Cris—. Teniendo habitaciones de sobra y pudiendo dormir con Mitxel, ¿no me hagas pasar calor por tener que estar como sardinas! —La amenaza con un dedo en alto.

—Sí, lo mejor es que duerma con él, ¿no? —cavila más para sí misma que para el resto—. ¿A ti te parece bien? —pregunta a Ander con cautela.

La respuesta de este es abrazarla y reírse.

—Joder, pequeña, parece mentira... —Es lo único que le dice antes de besarla.

Aparto la vista de ellos. Joder cómo duele. Y no son celos en sí. El problema es que me maldigo por no poder hacer yo lo mismo.

Cris llama mi atención con un codazo.

—Me debes un mojito, amigo —me dice bajito para que la pareja no nos oiga—. Te acabo de alegrar las noches, ¡y lo sabes! —No me queda otra que reírme y asentir—. Carol no tenía dudas en aceptar. —Se pone seria para decir esto último. Me coge del antebrazo y me da un apretón para dar énfasis a sus palabras—. Está pasando por una fase de aceptación ante la nueva situación. Dale tiempo para que sepa gestionarlos a los dos.

—Tengo todo el tiempo del mundo —murmuro con los ojos clavados en Carol, que se ha separado de Ander para venir hacia mí.

—¿Me aceptas como compañera de habitación? —me plantea, bromista, con los brazos abiertos.

—Deja que lo piense —la pincho. Oigo cómo exclama, indignada. La agarro del brazo y la atraigo hacia los míos, emulando lo que ha hecho hace un momento Ander, con la salvedad de que yo no puedo probar su boca, tengo que conformarme con su frente. Y me está matando.

—¡Parejas, el ascensor ya está aquí! —reclama Unai, que, por el rubor en las mejillas de Abril, tiene prisa por llegar a la suite.

Subimos todos a la vez. Como todo en este hotel, el espacio es más que suficiente para que quepamos todos con las maletas incluidas. Una vez en la planta, la sensación de que el corazón se me va a salir por la garganta se agudiza. He intentado imaginarme la situación al llegar a la estancia mientras subíamos, pero la bruma de la euforia que me palpita en el pecho me ha invadido, y no me deja pensar con claridad.

La emoción de las expectativas hace que casi no me entre aire en los pulmones mientras enfilamos el pasillo enmoquetado de gris perla y buscamos entre los números de las paredes la

que nos corresponde a cada uno.

Tengo que forzarme a respirar profundo para tranquilizarme. «Es ella, por el amor de Dios. Siempre has estado más que cómodo a su lado, serénate, joder».

—Esta es la nuestra —anuncia Ander. Son los primeros en encontrarla—. ¿Quedamos para luego o nos llamamos? —nos pregunta antes de abrir la puerta.

—Depende de cómo sea esa bañera y la *suite* que nos han preparado, colega. —Unai se carcajea de su propio comentario, Abril se parapeta detrás de su hombro y Cris se ríe con él con escándalo, así tal cual es ella.

—Perfecto, pues nos llamamos entonces. —Ander da un par de pasos, se acerca a Carol y se despide de ella con un pico. —Hasta luego, cariño.

Ella levanta la mano, a modo de despedida, y seguimos nuestra búsqueda cuando se adentran en su cuarto.

La nuestra es la última. Al fondo del pasillo, junto a unas vidrieras con vistas a la Playa del Duque, una cala paradisíaca, desde donde podremos ver atardecer. Me pellizco la camiseta, para separarla de mi cuerpo antes de acercar la tarjeta al mecanismo *contactless* que nos abrirá la puerta.

Menuda estancia. Es casi más grande que mi comedor y cocina juntos. Nos encontramos con una cama enorme y a sus pies, junto a la pared, una bañera ovalada y completamente a la vista, llena de agua hasta arriba con pétalos de rosas rojas.

—La leche... —alucina Carol dando vueltas sobre sí misma y mirando todo anonadada—. ¿Bañera han dicho? ¡Si parece una piscina! —exclama al acercarse. Se siente en el borde y mete la mano dentro para comprobar la temperatura del agua—. Buah, está estupenda. —Gira la cabeza por encima del hombro en mi dirección. Levanta la barbilla y las cejas y me dedica una pequeña sonrisa que me deja claro sus intenciones.

Me muerdo el labio, porque, joder, ¿acaso me voy a oponer? Ni muerto. Estar en este paraíso, en esta habitación, con ella, tan rematadamente guapa... Es que ahora mismo dudo de hasta poder mantener una conversación coherente. No cuando solo enredando mis ojos con los suyos, siento un fuego crepitar dentro de mí.

—Entonces, ¿llamamos para decir que nos reunimos más tarde? —Es todo cuanto consigo decir. Y ella estalla a carcajadas, con la cabeza hacia atrás, mostrándome la piel de su cuello, que no tardo ni dos segundos en lamer.

Y lo que pasa a partir de ahí es fácil de adivinar. Las maletas se quedan junto a la puerta, donde las hemos dejado al entrar, la ropa vuela y nosotros nos sumergimos en la bañera.

El agua. Maldita y gloriosa agua. Tener entre tus brazos a alguien a quien desees mientras estás en un jacuzzi no está entre las cosas que ayudan a no romper un juramento.

Lo fáciles que son los movimientos empeoran, como poco, la situación. Tengo a Carol a horcajadas sobre mí. Se arquea ladeando la cabeza y tengo que hacer acopio de toda la voluntad que tengo para que no juntemos nuestros labios.

El cuello es mi única vía de escape. Su piel es deliciosa. Cierro los ojos con alivio, por haber podido aguantar, una vez más, no comérmela. Dejo que sus uñas se arrastren a través de los mechones húmedos de mi pelo.

—Un beso, por favor... —me suplica—. Solo uno te lo prometo, lo necesito, Mitxel...

—Carol, no me lo pidas, no puedo. No me hagas esto. —Me aprieto a ella, casi queriéndome

fundir en su cuerpo.

No me dice nada, tan solo un suspiro para luego notar sus labios en mi oreja. Nos damos todo el catálogo de besos que nos están permitidos, o que yo le permito a ella, más bien. En el cuello, en los hombros, en el pecho. Con los labios apretados, o con labios semiabiertos, haciendo del acto algo un poco más húmedo. Mordiscos. Lengua. Su mano tanteando disimuladamente entre mis piernas y yo frotando mi erección contra ella. Mis dedos índice y pulgar apresando uno de sus pezones. Gemidos. Jadeos. Se nos va de las manos: sí. El calentón va a más, claro. Pero no falto a ninguna de mis promesas.



Saltar al vacío

Carol

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a hacer que te supliquemos para que nos cuentes si ya ha faltado a su palabra o no? —Resoplo, porque Cris no me da un momento de tregua. Con lo a gusto que estaba en esta terraza, con vistas a las viñas y al mar, con una copa de vino en la mano y una tabla de quesos con una pinta estupenda...

La miro fijamente mientras le doy un sorbo al vino, lo paladeo, tal y como nos ha sugerido hace tan solo un minuto Abril, y me recuesto en el respaldo de la silla.

—¿Vas a contestar o no? —presiona con desespero.

—Yo no me quiero meter, pero también tengo curiosidad, *neni*. Que pasar toda la noche juntos sin...

—¿Sin qué? —pregunto con socarronería—. Porque te aseguro que en esa cama enorme que tenemos en la habitación se ha hecho de todo menos dormir —confieso como la que no quiere la cosa.

—¡Uy, uy, uy! ¡Desarrolla eso ahora mismo! —exige Cris. Arrima la silla a la mesa y apoya los codos, dispuesta a prestar toda la atención del mundo.

—Chicas, no hace falta que entre en detalles; sexo: mucho. Besos en la boca: cero. Penetración: cero —resumo, y espero que con esto les sea suficiente.

—Ostras, Carol, de verdad que no sé cómo no te vuelves loca —dice Abril con un tono con el que casi parece que me dé las condolencias.

—Si no pudiera comerle la boca a Ander me daba un chungo. Ya no digamos tenerlo dentro... —coincide Cris—. Ciertamente, tiene que gustarte mucho.

—No creo que la palabra sea «gustar», Cris —responde por mí, Abril—. Están enamorados, los dos, porque ha de ser igual de difícil para él. Les ha de compensar sobremanera el esfuerzo titánico que están haciendo los dos.

—Eso es —confirmo—. A veces me da la sensación de que va a mandar todo a freír espárragos y se va a lanzar a por mi boca. Luego, su mirada hambrienta cambia, es solo una décima de segundo, sin embargo, se le cruza un destello de honradez y lo hace recular. —Me muerdo el labio y dejo que mi mirada se pierda otra vez en el paisaje. ¿Hasta cuándo lo podremos dominar? A mí el autocontrol se me está agotando a pasos agigantados.

Cris y Abril, se quedan en silencio durante unos instantes, no sé si analizando lo que les acabo de contar o dándome espacio, aunque Cris enseguida replica.

—No es solo honradez lo que lo hace recular; es Gisèle. Me sabe mal decirte esto, pero no es que tengas una relación con Ander y con él, es que también la tienes con Gisèle, porque sin conocerla, está interfiriendo de manera más que directa y conviviendo con vosotros.

—Amén, Cris. —Abril levanta la mano y Cris se la choca—. A veces eres un desacierto absoluto y otras, como ahora, me dejas alucinada con tus razonamientos más que acertados.

—¡Cabrona! —se queja la aludida—. Que no siempre vivo en el país de baldosas amarillas,

eh...

En ese preciso instante, aparecen nuestros chicos, con lo que no me da tiempo a decir nada más, aunque la aseveración de Cris ha calado en mi mente y ha plantado una semilla que no tardará en dar su fruto.

Unai le pidió a Ander que los acompañara bajo el pretexto de que, como él es ajeno al negocio y es tan observador, podría estar pendiente de cosas que a ellos se les podrían escapar por estar atentos a la reunión.

—Qué bien estáis por aquí, ¿no? —saluda Unai cuando llega a nuestra altura. Le da un beso a Abril y acerca una silla a su lado.

—No nos podemos quejar, no —responde a la vez que le pasa el pulgar sobre los labios y le limpia un poco el carmín que le ha dejado.

Mitxel se sienta a mi izquierda y me guiña un ojo a modo de saludo.

—¿Todo bien? —dice bajito cuando se acerca a mi oído y deposita un beso detrás de la oreja.

Ander nos da un pico a Cris y a mí, que me sabe a poco, antes de situarse entre nosotras. ¿Estoy falta de labios? Sí, definitivamente.

—¿Qué tal el maridaje del queso? —se interesa Unai. Le quita a Abril la copa de vino blanco que estábamos tomando y le da un sorbo—. Mmmm, no está mal. Tiene una acidez muy correcta y el color amarillento es también muy limpio —asevera levantándola y mirándola al trasluz.

—¿Cómo ha ido la reunión? —le pregunta mi amiga recuperando su copa de nuevo.

—Bien, nos han parecido muy serios y van a estudiar la propuesta de que seamos nosotros los que dirijamos las cenas. Les ha parecido bien hacerlas coincidir con cada estación del año.

—¡Genial! Así que tenemos viajes asegurados —celebra Cris aplaudiendo.

—Bueno, por lo menos Abril, sí, que será la mujer del dueño. ¿Nosotras qué tenemos que ver con Magna? —la cuestiono con sorna.

—Joder, Carol, qué manera de quitarme la ilusión —protesta con un mohín en la cara.

La mañana pasa entre viñas, donde nos dan de comer platos típicos canarios que nos parecen una delicia. En más de una ocasión, Mitxel me ha preguntado si estoy bien. Y lo estoy, lo que pasa es que ser consciente de lo presente que está Gisèle siempre entre nosotros, me ha afectado más de lo que creía.

Tras despedirnos de los dueños de las bodegas, con los que Unai y Mitxel ya no tienen más compromisos, volvemos al hotel y quedamos en vernos en la terraza para refrescarnos un poco en la piscina.

—Bicho, en serio, dime si he hecho algo mal o he dicho algo que te haya molestado. No estás normal, no me has dirigido casi la palabra y te noto muy distante. —Mitxel me coge de las manos e impide que me escabulla al armario, donde tenía pensado entretenerme eligiendo bikini y eludiendo un poco su presencia, hasta que lograra deshacerme de esta sensación que tengo desde la conversación con las chicas.

—Nada, de verdad. Es solo que quizá me está costando un poco adaptarme a estar con Ander y contigo —medio miento.

—Carol, háblame, por favor. Siempre nos lo hemos podido decir todo. —Su tono de súplica me mata. Me muerdo los labios y bajo la cabeza, buscando en mi mente el lugar que he abandonado esta mañana en la cata y al que quiero volver.

—No te preocupes, de verdad. Estoy bien. Estaré bien.

Una llamada en su teléfono me salva de su réplica. Aunque otra vez, como siempre que le suena, se me atora el oxígeno en la garganta por si es ella; la que, estando a kilómetros, está cada vez más presente entre nosotros.

—Es Txema, tengo que cogerlo —dice con fastidio. Respiro de nuevo.

—Tranquilo, me cambio y te espero arriba, ¿de acuerdo?

«Carol, estáis en el puñetero paraíso, en un hotel de lujo, déjate de tonterías y disfruta de su compañía», me reprendo camino al baño con un bikini en la mano que he cogido a boleto de la maleta.

Llego a la azotea aún renegando de mí misma. Mitxel todavía habla con Txema y me he subido despidiéndome con la mano y, con gestos, diciéndole que lo espero arriba.

—Uy, te noto un poco alterada. ¿Ha pasado algo? —Abril, para mi avance cuando me dirijo a la piscina tras dejar las cosas sobre una tumbona cualquiera. Cris la escucha y se acerca, preocupada, a nosotras.

—Pfff, no sé qué decirte, Abril. —Me masajeo la frente, desesperada.

—A ver, cuéntanos, ¿qué pasa? —insiste.

—Pues... que no estoy segura de que esto vaya a salir bien. No estoy segura de que Mitxel sienta lo mismo que yo siento por él. Me han entrado mil dudas con nuestra conversación de esta mañana, porque, si realmente me quisiera igual que yo, le importaría tres pepinos la puñetera promesa, ¿no? —me sincero de golpe, terminando mi discurso con un sonoro suspiro, como si verbalizarlo me hubiera aligerado un poco el pecho.

—Carol, no —niega, Abril—. No considero que sea así. Conozco a Mitxel y estoy segura de que no tiene nada que ver en lo fuerte que pueda quererte. Es que él es así de honesto y tienes que aceptarlo tal y como es.

—No sé... —logro decir.

—¡Señor, dame paciencia! Al final me vas a hacer creer que no puedo hablar nunca en serio porque si no la cago. ¿Cómo te planteas que no puede quererte? ¿Tú has visto cómo te mira? Joder, verlo comerte con los ojos, ¡me afloja las piernas hasta a mí! ¡A mí! Esto es muy fuerte. Megafuerte —maldice Cris negando, dejándome por imposible—. ¡¿Y lo que dice?! ¿Tú te has parado a escuchar lo que te dice? Si me lo dijera a mí, ya me veo enrollando las piernas alrededor de su cintura para que me embistiera en cualquier rincón oscuro.

—¡Cris! —la reprende Abril.

—¡Qué!

—¡Eres una burra! —segundo yo.

—Ay, amiga, no, soy sincera, que es distinto. Y no es que esté salida, que ya sabes que nuestro hombre nos tiene bien servidas, pero no finjas que no harías lo mismo si pudierais.

Y no puedo negarlo, porque a mí, ganas no me faltan, lo que sobran son promesas.

Me voy a la piscina, a ver si la ingravidez y el frescor del agua consiguen despejarme un poco y centrarme de una vez. Y no es eso lo que lo consigue. Lo logra la misma persona que me ha tenido todo el día alterada: Mitxel.

Lo veo bajar las escaleras de la piscina, con la mirada fija en mí. ¿Puede alguien parecerte más arrebatador cada día? Es como si hubiera hecho un pacto con el diablo y cada día fuera más guapo. Lleva el pelo desordenado, con las puntas disparadas, señal que se ha pasado las manos por los mechones con energía. El bañador tipo *bóxer* se le ajusta demasiado bien a la cadera y los

pectorales... Es que es como un puto dios griego.

Trago saliva con disimulo. No es solo su físico lo que me deja sin aliento, es ese halo de magnetismo que me atrae, esa energía pura, que parece que me zarandea.

—¿Puedo abrazarte? —Me sorprende. Ni me he enterado de que ya estaba frente a mí. Me rodea la cintura con los brazos, automáticamente, mis piernas se enredan en la suya y enlazo las manos en su nuca.

Pegamos frente con frente y nos respiramos. Me aferro a él fuerte, muy fuerte y en un instante me veo apoyada en una de las paredes translúcidas de la piscina.

—Hola —susurra acariciando mi nariz con la suya.

—Hola —murmuro—. ¿Me perdonas? —Fijo mis ojos en los suyos y nos quedamos unos segundos así, reconociéndonos.

—No hay nada que perdonar, Bicho.

Siento la necesidad de pegarme a su piel. Muero por notar la aspereza del vello de su pecho en el mío, así que lo abrazo, con desespero, y Mitxel me corresponde y jadea en mi oído, apretándose en la espalda, recorriendo con ansia cada centímetro de piel que encuentra.

Cada segundo que pasa, esa necesidad va tornándose en algo mucho más visceral. Es el deseo de dos personas que llevaban mucho tiempo jugando al tira y afloja, dos seres que se gustan y que quieren deshacerse entre los brazos del otro.

En este instante, enterrada entre sus brazos y borracha de su aroma, desaparece todo aquello que queda fuera de los márgenes de esta piscina. Ni siquiera me importa que puedan vernos desde fuera.

No cabe Ander, ni Cris, ni la complicación de nuestra relación. No hay amigos. No caben los errores. Solo la necesidad de él.

Jugamos a tocarnos, lamemos y mordemos nuestra piel. Dejo que me maneje a su antojo, que me estruje el pecho, el culo, que chupe la humedad de mi cuello. Tiro de su pelo casi con saña, buscando unos labios que nunca alcanzo. Jadeamos, pero no nos decimos ni una palabra porque sobran las explicaciones.

Mitxel me lleva a otro nivel. Es como si pulsara teclas que me calientan como nunca nadie lo ha logrado. Y a pesar del anhelo que sentimos, lo hace lento, recreándose en cada porción de mi cuerpo, como si hacerlo deprisa fuera a profanarme.

—Eres una jodida locura —jadea contra mi hombro—. Eres como el vértigo que se siente al saltar al vacío desde un avión. —Me quedo a medio camino de chuparle el cuello.

—¿Lo has hecho? —pregunto enderezándome para mirarlo.

—¿Saltar en paracaídas? Sí, hace unos años, en Bilbao.

—Hagámoslo juntos. —Me da un momento de enajenación, donde bajo veinte grados la calentura que llevamos encima, para proponerle una locura absoluta.



La puerta del avión se abre, el aire se agolpa en mis oídos y hasta se hace difícil respirar. Me maldigo por enésima vez haber sugerido hacer paracaidismo y maldigo a Mitxel por escucharme y no tardar más de treinta minutos en contratar un salto en tándem para los dos en Gran Canaria y comprar los vuelos en Binter de ida y vuelta.

—Marcaré una cuenta atrás con los dedos —me chilla el instructor—. Cuando cierre el puño, déjate llevar y saltamos.

Asiento por inercia, porque estoy tan cagada de miedo que no puedo pensar. El monitor, atado a mi espalda, me empuja hacia el borde de la puerta. Miro con terror a Mitxel, que no para de reírse de mí.

—Te veo abajo, «bicho». Confía en mí, te va a gustar —me asegura elevando la voz todo lo que puede.

Un toque en el hombro llama mi atención y veo tres dedos frente a mí. Mierda, la cuenta atrás: tres, dos, uno... Cierro los ojos, dejo el cuerpo laxo y saltamos. Vacío, caemos a la nada, aunque de una forma controlada que, contra todo pronóstico, me hace sentir segura.

Es tal la impresión que siento que, en un primer momento, no me sale ni el grito que tengo encallado en la garganta, aunque no pasan más de tres segundos en que deje sordo al chico que tengo pegado en mi espalda. A pesar de lo que hace un instante pensaba, no es un chillido de pánico, sino de éxtasis absoluto. Pensaba que, al saltar, sería como caer en picado, sin control. Nada más lejos de la realidad, ¡esto es genial! Es como flotar, como si de verdad pudiera volar.

Sinceramente, se me encogió muchísimo más el estómago subida en el Dragon Khan, de Port Aventura, que saltando de un avión. ¡Increíble! Y esta sensación de libertad es... maravillosa. Nunca me lo hubiera imaginado, jamás habría pensado que me sentiría tan ligera, tan feliz, tan llena de energía.

No tardo en seguir las instrucciones que nos han dado antes de subir al avión: flexiono un poco las piernas, abro los brazos, frente a mí, en un ángulo de unos noventa grados y disfruto de las espectaculares vistas que nos ofrece la isla.

—Voy a desplegar el paracaídas —me avisa el instructor. Una sacudida, un tirón y dejamos de estar en horizontal.

Veo a Mitxel a lo lejos, que también planea ya.

—Cuando te avise, flexiona las piernas y haz el movimiento de correr, ¿de acuerdo? —Esto sí que me da miedo, pero todo va sobre ruedas y conseguimos tocar tierra sin problema.

El monitor me desengancha y la adrenalina me quema las venas, tengo los nervios arañándose el esófago, pidiendo salir en forma de grito. Cuando me veo suelta, corro hacia Mitxel, que ya viene veloz hacia mí.

—¡Qué puta pasada, Carol! Ha sido alucinante. ¿No has sentido la libertad absoluta? —me grita, acercándose a mí con la sonrisa más genuina, gloriosa y real que le he visto hasta ahora.

Cuando estamos a menos de un metro le salto encima y mis piernas abrazan su cintura a la vez que mis brazos se enganchan a su cuello. Me hace rodar y chillamos emocionados. Al parar, aún entre risas, no sé si es por esta emoción que me llena los pulmones, por haber compartido el momento con él o por... ¡Yo qué sé!, pero es más de lo que mi autocontrol puede soportar. De lo que quiere soportar. No besarlo en estas circunstancias duele demasiado.

Sin pensarlo, lo cojo de la nuca, en mitad de una de sus carcajadas, y estampo mis labios con desesperación contra los suyos.

Y todo desaparece.

Todo menos nosotros.

Todo menos nuestros labios unidos.

Besar a Mitxel no es como lo había imaginado. Es infinitamente mejor. Bestial, diría. Una

jodida pasada que me hace estallar el pecho en mil pedazos. Aunque la emoción dura poco, muy poco.

—¿Por qué lo has estropeado? —balbucea al separarse de mí con los ojos vacilantes.

La sonrisa le ha desaparecido de la cara. Me deja, despacio, en el suelo y ni espera a que le responda. Se da la vuelta y se aleja de mí, dirección al hangar.

No corro hacía él. No intento disculparme. Solo toco mis labios intentando alargar su sabor, grabándomelo en las papilas gustativas.

No, no me arrepiento de haberlo hecho, ni de haberlo estropeado, como él ha dicho, porque solo oigo el bum-bum de mi corazón acelerado que desea que ese beso robado se repita de nuevo, todos los días de mi vida.



Desprendiendo pavesas

Mitxel

Entro en el vestuario como una exhalación y doy un portazo. Sé que estoy solo porque hoy éramos los únicos clientes que la empresa tenía a esta hora de la mañana.

—¡Joder, joder, jodeeer! —grito colérico.

Me doblo por la mitad y me tiro del pelo, gruño como un puto perro rabioso. Voy hacia las taquillas y la mía, donde he guardado mis pertenencias, es la elegida para que descargue contra ella golpes furiosos una y otra vez, hasta que la palma de mi mano se resiente y protesta. Solo cuando noto el dolor, me dejo caer en el banco que tengo enfrente, derrotado.

¿Incomprensible mi reacción? Posiblemente. Y no dejo de preguntarme: ¿cómo lo ha podido fastidiar todo así? ¿Por qué ha tenido que besarme? Cuando he notado sus labios sobre los míos ha sido como encontrar tu lugar en el mundo, como dar con aquella palabra que se te resiste y por fin encuentras, como entrar en una bañera de agua caliente cuando fuera hace mucho frío. Por eso no me he podido apartar, por eso he correspondido a su beso y he devorado su boca.

Y es justo eso lo que me martiriza; haberla recibido y no haber tenido fuerza de voluntad para apartarla, haber faltado a mi promesa.

Me arranco la ropa, porque a esto que estoy haciendo no se le puede llamar desvestirse, y me meto en la ducha. No espero a regular la temperatura del agua. Dejo que me caiga helada, aguanto estoicamente los aguijonazos que parecen cada uno de los chorros que impactan sobre mi piel. Es una tortura mucho más llevadera que la que me está profesando mi propia mente.

Es como si me hubiera desdoblado; soy dos Mitxel distintos: uno que se flagela por faltar a su palabra y otro que se regodea en el sabor de Carol, en el tacto mullido de sus labios y en la suavidad de su lengua, sensaciones que hacen que mi polla dé un respingo y reclame más, mucho más.

Tengo que hablar con ella, debo dejarle cristalino que lo que ha pasado no se puede repetir. Tiene que jurarme que no va a volver a hacerlo, no podré estar con ella si tengo miedo de que vuelva a intentarlo. Porque si pasa otra vez, no voy a parar y no será solo la promesa de no besar a la que falte. Así que, lleno de esta determinación, salgo de la ducha y no tardo nada en salir del vestuario.

Al abrir la puerta, la veo. Tiene la cabeza apoyada en la pared, con la barbilla elevada y los ojos cerrados. Se incorpora de inmediato cuando oye la puerta cerrarse.

—Hola —susurra con cautela.

—Hola. —Mi tono ha sonado más seco de lo que pretendía.

—Mitxel yo... —empieza a decir dando un paso para acercarse a mí.

Levanto la mano y la corto. Carol no solo se calla, sino que se detiene, me contempla, suplicante, aunque deja que hable. Y lo hago, sin atreverme a mirarla directamente. No podré decirle lo que pretendo si lo hago, porque enredar mi mirada a la suya, hará que no pueda mantenerme firme ni controlar ese sentimiento que me sube de la boca del estómago hacia la garganta y que me haría «volver a pecar».

—No se puede repetir —pronuncio con los labios apretados, el tono cargado de firmeza y la piel de los brazos de gallina, porque no, es imposible que pueda desprenderme de la conexión que, estoy seguro, ella ha sentido igual que yo al mirar de nuevo su boca.

A pesar de ello, la culpa me pesa más que las ganas que tiene mi cuerpo de ella. Y Carol lo nota. Sé que si la hubiera dejado hablar, se habría disculpado, me habría pedido perdón de mil maneras distintas. Su voz hubiese dicho que no, pero su cuerpo me dice lo contrario. Lo que puedo leer en él, es que libra una guerra por no abalanzarse otra vez sobre el mío. Lo noto en la fuerza que hace contra ella misma para no romper la distancia de seguridad que nos separa.

Carol asiente con la cabeza, agacha la mirada y aprieta los labios.

—Claro, por supuesto. No volveré a hacerlo —asegura. Luego, levanta la vista, con una determinación que no tenía hasta ahora—. Pero no me pidas que te diga que me arrepiento, ni que lo siento, porque te estaría mintiendo. Lamento que te hayas enfadado y haberte puesto en esta situación en la que creo que te encuentras. No tenía ningún derecho a hacerte sentir culpable, sin embargo, entiéndeme. Lo necesitaba —declara sin titubeos y muy segura de sus palabras, con los hombros cuadrados y la cara alzada, avalando la firmeza de su discurso.

Su determinación es un mazazo más. Una clara evidencia de lo «defectuoso» de nuestra relación, de lo que hago que aguante por mí. Es un saco más sobre mis hombros, que ya no soportan más peso del que ya sobrellevan.

—Lo entiendo —murmuro sin fuerza y sin saber qué más añadir—. Vamos o perderemos el vuelo de regreso a Tenerife.



Llegamos al hotel, dejamos el poco equipaje que llevábamos en la habitación y nos dirigimos a la terraza. Es increíble que, estando en esta isla, nuestros amigos prefieran disfrutar en las hamacas en vez de hacer algo de turismo, aunque, pensándolo bien, volveremos cuatro veces al año, tendremos tiempo de sobra para conocerla, pero seguro que en este hotel no nos alojaremos.

—¡Hombre! Ya vuelve la parejita aventurera —saluda Ander, que parece un tanto achispado. El resto se gira y nos jalea, eufóricos. Menuda fiesta que han tenido en nuestra ausencia.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Abril cuando llegamos junto a ellos.

—Bien... —Carol responde escueta, sin mucho entusiasmo.

—Uy, ¡eso ha sonado a que os habéis rajado! —exclama Cris, tronchándose de la risa.

—No, hemos saltado como dos campeones. —Rodeo a Carol por los hombros, el primer gesto cariñoso que le hago desde «el arrebató». Ella se envarra un poco, sonríe con algo de timidez y se separa de mí en cuanto puede para dejarse caer en la tumbona de Ander, que, no tarda en tenerla entre sus brazos.

Cierro los ojos un momento, menudo último día nos espera. No sé cómo reconducir esto ni cómo hacer para que la culpabilidad deje de taladrarme.

—Voy a por una bebida. ¿Queréis algo? —Es la excusa perfecta para ausentarme un instante e intentar reordenar mi cabeza una vez más.

—Te acompaño —se ofrece Unai, que no ha dicho nada desde que hemos llegado y se ha mantenido atento a la situación. Supongo que ha visto la cara que llevo y, como me conoce como un libro abierto, sé que sabe que algo ha pasado. Así que cuando me dejo caer en el taburete de la

barra del bar de la piscina, me pregunta, directo y sin rodeos.

—¿Me lo cuentas?

—Pfff... No sé ni por dónde empezar. —Me paso la mano por la cara con vigor. Para despejarme o aclarar las ideas, no sé.

—¿Habéis discutido? ¿Te ha llamado Gisèle y se lo ha tomado mal? ¡¿Qué?! —me interroga un tanto impaciente.

—Nada de eso. Hemos estado más que bien, hemos saltado, hemos disfrutado de la caída y cuando hemos llegado a tierra, no sé si llevada por el subidón de adrenalina, se ha abalanzado sobre mí y me ha besado.

Silencio.

Cejas arqueadas.

Mirada escudriñando mi cara, mi gesto, la expresión de mis ojos.

Asentimiento.

—Entiendo —dice Unai, finalmente.

—¿Sí? ¿Lo entiendes? Porque la verdad es que hay momentos en los que no lo hago ni yo. — Unai apoya una mano en mi hombro y lo aprieta.

—Amigo, conociéndote, debes tener hasta marcas en la espalda de la flagelación a la que te estás sometiendo —sentencia, sin equivocarse ni un ápice.

—Cómo lo sabes... —afirmo entre dientes.

—Pues te estás equivocando, Mitxel. Ahora piensas que has faltado a tu palabra, que has roto tu promesa y que tu máspreciado honor se ha ido al traste, pero no es así.

—Venga, Unai. No seas condescendiente conmigo, tío —protesto algo cabreado.

—No lo soy —se defiende—. Escúchame. Tú no has hecho nada. Según me has contado, ha sido ella la que lo ha hecho. Ha sido un beso robado. No lo has buscado, no lo has provocado, no lo has empezado. —Unai busca mi mirada, para asegurarse de que estoy entendiendo cada una de las palabras que me está diciendo.

—No, pero sí que lo he correspondido. Ha sido solo un momento, un instante, unos segundos; sin embargo, lo he hecho —le explico desolado.

—¡Joder, Mitxel! Eres humano, te ha besado la mujer de la que estás enamorado. ¿No ves que es normal que lo hayas hecho? ¡No eres una máquina! Sientes, respiras, vives. Eres una persona. No te martirices así —casi me implora—. Ha sido un lapsus y ya.

Medito sus palabras, quizá es porque estoy tan saturado que necesito creer que mi amigo lleva razón. Necesito dejar de sentir que algo me estrangula y no me deja coger aire con normalidad. Así que asiento y le doy la razón.

—Sí, quizá tengas razón —asevero a media voz.

—¡Pues claro que la tengo! Venga, fuera culpa y a disfrutar, que nos queda nada y menos en este edén. ¡Dos chupitos de tequila! —grita al camarero, llamando su atención con dos dedos alzados.

A esos dos, les siguen dos más. Luego pido dos mojitos, uno para mí y otro para Carol, y nos dirigimos junto al resto.

—Menos mal, ya pensábamos que se os había tragado la tierra —protesta Cris—. Hemos pedido al camarero algo para picotear y... quizá nos mates, Unai, pero hemos convencido a Abril para que te robe unas botellitas de Magna «sin». De esas que tenías en la maleta por si te pedían

los de las bodegas. —Unai mira a su prometida, que se encoge de hombros y pone cara de no haber roto un plato—. ¿Te hace una copita?

—Madre mía, esto se va a caldear de mala manera —niega en respuesta mi amigo—. Solo te digo que, cuando nos pongamos tontos, nos vamos a la habitación sin rechistar —le pide a Abril.

—Claro, yo encantada —lo secunda esta, por encima de las risas de Cris y Ander, que han entendido a la perfección que Unai no está dispuesto a tener sexo delante de ellos.

Cris le acerca una copa que Unai acepta encantado. Me doy prisa en dejar en la mesa auxiliar que nos han puesto entre las hamacas, los dos mojitos que acabo de pedir y, ante el estupor de todos, intercepto la copa de mi amigo antes de que este beba y, sin pensarlo, le doy un sorbo.

Se hace el silencio. El grupo al completo ha enmudecido y me miran con cara de asombro. Unai me palmea el hombro y niega con la cabeza mientras no puede evitar una carcajada.

Yo solo tengo ojos para Carol, que está tan estupefacta que ni parpadea.

—Si con Magna puedo pasar sin besarte, lo tendré chupado el resto del tiempo —digo a modo de explicación. Ella tan solo asiente, traga saliva como puede y mira de reojo a Ander, que palmea su muslo, se levanta y se sienta junto a Cris, para dejarme el sitio a mí, que acepto sin pensar. Cuando la tengo al lado, rodeo su cintura, la atraigo a mí y la beso en la sien.

—Estás loco —susurra sin que el resto lo oiga.

—Lo sé, pero necesito hacerlo.

—¿Y si no lo logras? ¿Y si me besas? O peor, ¿y si llegamos a hacerlo? ¿Qué pasará luego? —cuestiona preocupada—. No es buena idea, Mitxel. No vas a aguantar la culpa.

—Qué poca confianza en mí, ¿no? —digo con fingida indignación.

—A los hechos me remito —responde rápida.

—*Touché*. Aunque te recuerdo que no he sido yo el que te ha besado. Has sido tú. Yo aún no he sucumbido a tus encantos. —Vuelvo a dejarla noqueada y yo, para celebrar la victoria, choco mi copa con la suya y le doy un buen sorbo al vino, que ahora sí, me sabe a gloria.

La cosa no tarda en caldearse, tal y como ha predicho Unai. Ellos han sido los primeros en irse. Nosotros cuatro lo hemos hecho poco después, aunque no a nuestras respectivas habitaciones. Ander ha propuesto seguir la fiesta juntos y yo, aún me pregunto por qué, he aceptado.

No sé si ha sido buena idea venir a su habitación, ni beber Magna, ya puestos. Me está costando la vida no comerme la boca de Carol, pero aún no he sucumbido y creo que lo voy a lograr.

Soy consciente de que tendría que haberme negado a terminar los cuatro juntos en la misma estancia, pero tenía prisa, no quería perder tiempo en poner excusas porque su maldita piel me llama, me atrae, me embruja a hacer locuras, y ninguna más grande que esta.

Nada me llena más que tenerla entre mis brazos, porque nosotros no nos tocamos, nosotros colisionamos desprendiendo pavesas del fuego que nos arde dentro. Y contra eso sí que no puedo luchar.

Así que aquí estoy, lamiendo su cuerpo como un puto desesperado, impregnándola de mi saliva como si tuviera que marcarla.

Ander y Cris están en el otro sofá, mucho más avanzados. Él se hunde en ella y Cris arquea el cuerpo para que las acometidas ganen profundidad. Jadea, igual que lo hace Carol, cerca de mi oído y esa música que es escucharnos a todos disfrutando del sexo, me traslada a otro tiempo, a

otra sala.

Cuerpos sudorosos, gemidos de placer, choque de pieles, gritos desprendidos de un orgasmo. Pechos, manos, piernas, lenguas, pollas. Éramos un nido de cuerpos entremezclados. Mi cabeza no podía ni contar cuántas personas había en aquella habitación.

Gisèle, que estaba de cuatro patas frente a mí, se dio la vuelta y me besó. Su saliva amarga, su nariz con restos de polvo blanco, las pupilas dilatadas... Su expresión de lascivia, con la mandíbula desencajada.

No, no quiero volver a eso, no quiero volver a vivirlo, no con Carol. No quiero compartirla con nadie más, no a ella. Y esta realidad me parte en dos, porque su situación dista mucho de lo que yo necesito.

En este momento solo yo la estoy disfrutando, sin embargo, los recuerdos me atraviesan y hacen que me separe de su cuerpo.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa? —Carol me mira con el ceño fruncido y la respiración entrecortada.

—No puedo, así no.

Es lo único que consigo decirle antes de levantarme y salir de la habitación.



Huir de esto

Carol

—Mixel, ¡Mixel! —grito en vano. Me incorporo con rapidez y me quedo a medio camino de la entrada. Se ha ido.

El amortiguado portazo resuena en mí como si lo hubiera hecho con un estruendo, retumbando en cada rincón del edificio.

—¿Qué ha pasado? —Ander llega a mi lado, sigo como una estatua y sin dar crédito a lo sucedido.

Veo que me rebasa y asoma medio cuerpo al pasillo. Tanto él como Cris están completamente desnudos, con lo que no puede salir al completo.

—Carol. —Cris llama mi atención con una suave caricia en el brazo.

—No sé... Estábamos... Yo... —¿Qué le digo? Si es que no sé qué ha ocurrido en realidad. Lo tenía sobre mí y de pronto, se ha levantado como una exhalación y ha desaparecido.

Creí que habíamos llegado a salvar el día. Es cierto que me sorprendió con su decisión de tomar Magna «sin» y así probar su fuerza de voluntad para conmigo, pero lo vi tan dispuesto que no insistí en que no lo hiciera.

El vino nos hizo efecto muy pronto. Llegamos los cuatro más que excitados a la habitación, Mixel y yo solo pensábamos en pegarnos el uno al otro, quería notarlo en cada poro de la piel, se hacía difícil esperar a que abrieran la puerta para devorarnos.

Pronto la necesidad se convirtió en algo más visceral y caímos enredados en el sofá. Ni siquiera nos interesó saber dónde estaban Cris y Ander, el ansia era indomable y desapareció todo aquello que quedaba fuera de nuestros cuerpos. Mi ropa voló en un suspiro y era como si lo único que importara fuera deshacernos en un orgasmo. No había enfado ni defraudes. No había errores ni besos robados. Solo la necesidad de nosotros.

—Tengo que ir a buscarlo. —Reacciono de golpe, me giro y recojo el vestido que veo en el reposabrazos del sofá.

—Estará en vuestra habitación. El pasillo es largo y no lo he visto. ¿Tienes la llave? —pregunta Ander, preocupado.

—Sí, en el bolso —miro en derredor. No tengo ni idea de dónde puede estar. Estoy tan en *shock* que no logro concentrarme.

—Toma. —Cris, con mucha dulzura, me lo tiende—. Llámame con cualquier cosa, ¿sí? Sea la hora que sea. —Me abraza y se me escapa un sollozo que no sabía que estaba conteniendo en la garganta.

Cuando me suelta, Ander toma el relevo.

—Habéis tenido un día muy movido. Ten paciencia con él, ¿de acuerdo? —Me pasa las manos por la espalda, arriba y abajo, tratando de tranquilizarme, pero esta vez no lo logra.

Afirmo en silencio, me deja un beso en la sien y me suelta.

Camino a la puerta, recojo la camiseta de Mixel. Menos mal que era lo único que se había

quitado y todavía conservaba los pantalones. Quizá, tal y como se ha ido, no le hubiera importado recorrer el hotel desnudo.

Enfilo el camino hacia nuestra habitación. Tengo una sensación extraña en el cuerpo. Parece que tengo superpoderes, oigo la vida seguir sin mí; niños chapoteando en la piscina, las ruedas del carro de la mujer de la limpieza que asoma por la esquina, música que suena tras la puerta de una de las habitaciones. Pero a la vez, es como si tuviera los oídos taponados y escuchara en tecnología *Dolby Atmos* los latidos de mi corazón, palpitando en las membranas de mis tímpanos.

Me paro frente a la puerta, estoy aterrada por descubrir qué voy a encontrarme tras ella. No sé si es la energía que se cuela por la rendija o es sugestión mía, pero se me eriza el vello de la nuca.

Tengo la tarjeta cerrada tan fuerte en la mano que los bordes se me clavan en la palma. Levanto el brazo para acercarla a la cerradura y me tiembla el pulso. ¿Qué puede haber pasado? ¿Por qué me estoy comportando como si yo hubiera hecho algo malo?

Como si fuera una película, me pasan por la mente todas las acciones que hemos hecho hasta el momento de su huida: bajamos del ascensor, la fiesta particular con Magna en la terraza, Mitxel robando la copa de vino a Unai, él desapareciendo con su amigo y dejándome sola con Ander, Cris y Abril.

—¿Ha ido bien? —me preguntó esta última un tanto preocupada después de mi escueta respuesta cuando llegamos de nuestra escapada *express*.

—Pfff, no sé qué decirte —suspiré—. Hemos saltado y ha sido una de las cosas más fantásticas que he hecho hasta ahora.

—¿Entonces? —se interesó Ander.

—Lo he besado. Cuando hemos aterrizado, me he lanzado sobre él y, no sé si ha sido por la emoción del salto o qué, pero lo he hecho.

—¡Alabado sea el señor! —exclamó Cris al dejarse caer de la tumbona en la que estaba sentada junto a Abril, de rodillas al suelo y elevar las manos al cielo—. Ya era hora. Demasiado has tardado en hacerlo. Yo no hubiera aguantado ni tres horas.

—¿Qué dices, Cris? —la amonestó Abril—. No creo que haya hecho bien. Carol, cariño, me sabe mal decírtelo, pero es así. Mitxel te contó desde el principio sus límites y al aceptar tener una relación con él, los debías respetar —sentenció un poco enfadada.

—Estoy con ella —secundó Ander—. Tú, mejor que nadie, sabes lo que es tener una relación a tres. Sabes lo importante que son los acuerdos, lo que se acepta y lo que no. Besando a Mitxel has hecho que faltara a su palabra y eso, no solo puede perjudicar en su culpabilidad, como supongo que está pasando, sino también en la confianza contigo.

Lo sabía, entendía bien lo que me decían y a pesar de ello seguía y sigo sin arrepentirme.

—¡Oh, venga ya! Pero si ni siquiera tiene una relación al uso con esa tal Gisèle. Hace más de un año que no se ven. Lo que tendría que hacer es llamarla o ir a ver y mandarla a to...

—¡Cris! —la cortó Abril antes de que soltara una barbaridad.

—Uff —se exasperó—. Sabéis que tengo razón, aunque me hagáis callar. —Se cruzó de brazos, indignada.

—A ver... —Presioné el lagrimal de ambos ojos con el índice y el pulgar de la mano

derecha. Luego, lancé una mirada a la piscina de paredes acristaladas, como si allí estuvieran las palabras que necesitaba para explicarme—. He sido muy egoísta, es cierto. Debería haber refrenado el instinto que me ha llevado a darle el beso, sin embargo, en mi defensa diré que no ha sido una cosa premeditada, ha surgido así y no me arrepiento.

—¡Claro que sí, *neni*! Yo estoy contigo —me defendió Cris.

—Estáis muy equivocadas, las dos. —Nos señaló Abril con el dedo, muy seria.

—¿Sabes qué, Abril? —le preguntó Cris—. Que un día, nuestra amiga se va a morir. —Los tres abrimos mucho los ojos por su macabra afirmación, aunque no osamos decir nada porque no sabíamos por dónde nos iba a salir nuestra amiga—. Más tarde o más temprano, pero pasará. Y cuando llegue el momento —se giró hacia mí, se acodó sobre las rodillas, encajó un puño dentro del otro y los apoyó sobre la boca. Me miró con una seriedad nada habitual en ella, que me dejó el corazón encogido—, verás la película de tu vida ante tus ojos. Recordarás este momento que acabas de vivir y que yo sé qué te ha hecho más bien que mal. Y sonreirás.

»En otras circunstancias te diría que pasaras de Mitxel, pero la verdad es que no puedes permitirte huir de esto, porque él no es cualquier cosa para ti. Y si no das un paso, aunque sea ese minúsculo, como el que acabas de dar, te vas a arrepentir toda tu vida. Porque a la gente que se quiere así se la lleva encima por las buenas y por las malas; como si fuera una prolongación de tu propio cuerpo, pero no te la sacas de dentro ni con agua hirviendo.

Y contra el argumento más sensato de la amiga más loca que tenemos, ninguno de los tres tuvimos nada que decir. Con lo que se dio la libertad de seguir con su turno de palabra, esta vez, con la desfachatez de siempre.

—Y ahora, Abril, haz el favor de bajar a tus majestuosos aposentos y robarle un par de botellitas de Magna sin etiqueta a tu futuro marido. Sería una lástima que no las aprovecháramos en este viaje, y se ha quedado el día ideal para una pequeña fiesta particular.

El resto de los acontecimientos me traen aquí, delante de la puerta que aún no he sido capaz de abrir. Y aún me pregunto el porqué, ya que, no he hecho nada que lo haya podido molestar, no soy yo la que tiene que pedir disculpas, sino explicaciones.

Con esta nueva determinación, acerco la llave al dispositivo electrónico, oigo el característico ruido de la cerradura al abrirse y la luz verde parpadear, señal que me da paso para empujar la puerta y entrar en la estancia.

Está todo en silencio, cosa que no sé por qué me extraña. Tal y como debe estar Mitxel, dudo mucho que haya venido aquí a escuchar música a todo trapo.

Me adentro sigilosa y lo veo sentado en el borde del colchón, de espaldas a mí, con la vista perdida en el paisaje que divisamos desde el ventanal de la habitación.

Rodeo la cama y me pongo frente a él.

—Mitxel. —No hay pregunta, ni dulzura, ni tanteo. Más bien sequedad en la voz. Haberme dado cuenta de que lo sucedido no tiene nada que ver con el beso y que no soy yo la que tiene que ir con tiento, me dota de esa seguridad con la que he pronunciado su nombre.

No dice nada, tan solo coge aire, lo retiene y me enfrenta la mirada.

Silencio. Solo me observa con la culpa y la desesperación nadando en el fondo de sus ojos. Me doy cuenta de que lucha por dominar esas sensaciones, igual que yo intento con toda mi voluntad no estirar los dedos para acariciarlo. Debe ser él el que nade y salga del pozo en el que se ha metido. No puedo tenderle una mano sin saber antes de qué lo estoy salvando. Necesito que

me lo cuente.

En mi mente, todo razonamiento eclosiona salpicando todo pensamiento de un intenso y oscuro desasosiego que aparta de un empujón todas y cada una de mis determinaciones, casi debilitando los muros de contención que he construido antes de entrar al dormitorio. Pero consigo mantenerme firme, paciente a su explicación.

—Es culpa mía —exhala al fin.

—¿Culpa tuya el qué? ¿Te explicas, por favor? —Pongo los brazos en jarras para que no note que me tiemblan las manos y necesito carraspear para modular mi voz.

—Lo permití, a pesar de saber que esto me iba a enterrar en arenas movedizas, a pesar de ser consciente de que respirarte, abrasarme con el calor de tu cuerpo, me llevaría al infierno, no quería estar en ningún otro lugar. —En sus palabras hay dolor, ira y, a la vez, una ternura infinita. Guardo silencio porque sé que aún no ha terminado con su exposición.

Mitxel se levanta y se dirige a la ventana, apoya el antebrazo en el cristal y deja la cabeza descansar sobre este.

—Hace un año no tenía ninguna necesidad. Gisèle me llegó a absorber tanto que no pensaba en sexo y mucho menos en enamorarme de alguien. Entonces apareciste tú. Vestida como una puñetera diosa, asustada por no saber lo que te depararía cenar en el calao de Unai. Pero tu mirada... Hay tanta fuerza en tus ojos... —dice girando la cara hacia mí—. Luego, semanas después, la noche en la que Jorge se mató, acabaste de romperme el alma. Tú, tan tierna, tan cabal, tan transparente.

»Mi intención no era enamorarme de ti. Mi mente no estaba preparada para ello, aunque mi corazón va por libre.

»Si pienso en los últimos meses, lo único que ha merecido la pena eres tú. Hasta ese momento, yo simplemente pasaba los días, vivía sin ganas porque una mujer me las arrancó de cuajo y las sostiene estrangulándolas. —Mitxel se acerca a mí, y sin apartar su mirada de la mía, pone la palma de la mano en mi mejilla, acunándola, y la respiración se me acelera.

—Hace un momento, cuando estábamos en la habitación de Ander y Cris, cuando nos he visto a los cuatro follando, jadeando, lamiendo... Mi mente se ha trasladado al tiempo con Gisèle y no, no puedo pasar por esto otra vez —termina por declarar, agachando la cabeza, aun sin soltarme.

—¿Qué quieres decir, Mitxel? No te entiendo —pregunto confundida.

—A que no te puedo compartir. A ti no. Soy consciente que pedirte es lo más egoísta que pueda haber, más sabiendo el esfuerzo que te pido al no poder besarme o sentirme dentro, pero es que no puedo revivir esa sensación. Me mata.

—¿Me estás pidiendo que rompa la relación con Ander y Cris? —inquiero un tanto alucinada a la vez que una bola de ira me crece en el estómago y amenaza con salirse del pecho—. No puedes hablar en serio. ¡Me has conocido así! Sabes que tengo una relación poliamorosa —protesto enérgica. Aparto de un manotazo su mano y me separo unos pasos de él.

—Te he dicho que no era justo, soy consciente de ello, te lo repito —replica dando un paso hacia mí.

Levanto una mano para que no siga. No, no puede pretender que acepte los putos vetos que me tienen consumida y yo tenga que dejar a Ander.

—La respuesta es no. No lo voy a dejar, Mitxel. Y sí, me parece más que egoísta que tan

siguiera lo insinúes. Tú no haces nada por arreglar tu situación. Acepta así la mía. Lo siento. Ten clarísimo que no voy a hacer nada por cambiar algo de mi vida para que tú no sufras. Tengo la relación que tengo y así va a seguir. Lo tomas o lo dejas— advierto sin titubear ni un poquito. Ya le he concedido más de lo que es estrictamente indispensable y soy consciente de que he tenido más paciencia con él y sus circunstancias de lo necesario. Pero hasta aquí. No voy a ceder más terreno, por aquí sí que no voy a pasar.

—¿Y si no puedo? —pregunta alzando la barbilla, desafiante.

—Entonces tenemos un problema —respondo sin achantarme un ápice.

Nos miramos, analizando en los ojos del otro el grado de certeza de nuestras palabras. No reculo en la dureza de mi mirada. Pronto se da cuenta de que tiene la batalla perdida conmigo.

—No pretendo ponerte entre la espada y la pared, Carol. Solo intento que entiendas cómo me siento. —Afloja el tono rudo, incluso relaja el cuerpo que tenía en tensión hace un momento.

—¿A no? A mí no me lo ha parecido. —Mi indignación es patente. No me cabe en la cabeza que tenga la desfachatez de «insinuar» lo inaguantable de mi situación cuando la suya no es, ni mucho menos, más fácil que la mía.

—Bicho... —Se mesa el pelo, desesperado. Espero que entienda que la ha cagado a lo grande—. Entiende cómo estoy, me ha venido todo a la mente. Lo he pasado muy mal con esta historia y no puedo volver a lo mismo.

No, no vamos bien.

—Es que no es lo mismo. Yo no voy por ahí follando con unos y con otros. Yo tengo una relación estable que respeto como la que más. Bueno, en teoría ahora tenía dos... —Me cruzo de brazos como si lo necesitara para proteger mi corazón, porque de todo lo que me podía haber esperado sobre las causas de su actuación hace un rato, esto es lo que ha conseguido que me duela hasta el aliento.

—Solo quiero que entiendas que la situación que se ha dado esta tarde no se va a repetir. Tienes razón en que no puedo pedirte exclusividad, pero sí puedo negarme a practicar sexo grupal. Cuando intimemos, lo haremos los dos solos. Tú y yo y nadie más. ¿Esto sí puedo pedírtelo? —ofrece casi como una súplica. Sus palabras parecen caer de rodillas frente a mí, disculpándose por su comportamiento.

Tengo la oportunidad de parar esto, de decir que no me interesa, que mejor que sigamos como amigos y no complicarme la vida. Pero Cris tiene razón, una vez más, y esto que siento por él, no puede evitarse. Esto que hay entre los dos es para siempre.



Mi alma en mil pedazos

Mitxel

Me doy cuenta de que Carol es así. Cuando se siente ultrajada, no grita, ni se sube por las paredes, ni contraataca enumerando uno a uno tus defectos hasta dejarte sin armas, como podía hacerlo Gisèle. Carol, permanece en silencio hasta que escuchas el eco de tu propia voz y tú solito te das cuenta de que lo que acabas de decir es una barbaridad como la copa de un pino. Te haces pequeñito y no tienes más remedio que recular y pedir perdón, como me toca hacer ahora a mí.

La he cagado a lo grande y otra vez ha pagado ella mis mierdas de recuerdos que me llevan derecho al agujero más oscuro que pueda haber.

Ya me lo ha dejado caer: «tú no haces nada por arreglar tu situación». Ahí está el gusano que la está carcomiendo y va a terminar por pudrir este sueño en que ahora mismo vivo.

Pero es que lo pienso y me falta el aire al imaginar que mi decisión pueda suponer que alguien se haga daño. Yo sí que me sentiría un egoísta al dejar colgada a Gisèle con sus neuras, sabiendo que, si voy a verla y le digo que ya no hay un nosotros y que nada me ata a ella, aunque ya haga tiempo que no tengamos relación alguna por su situación, cumpla sus amenazas — porque en el fondo sé que lo son—, y cometa una locura. Pero ahora estoy aquí, con Carol y es en ella en quien debo centrarme.

—¿Me perdonas? Me he comportado como un cretino. —Intento volver a acercarme a ella, mi piel la reclama.

—Un poco bastante —asevera aún seria, con los brazos todavía cruzados sobre su pecho, señal de rechazo absoluto.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo por la Playa del Duque? Nos vendrá bien que nos dé un poco el aire.

Me mira, analizándome de nuevo. Veo en sus ojos el sopesar de la decisión; si rendirse para siempre conmigo o poner fin a nuestra segunda discusión en un mismo día, y seguir a mi lado. Qué desastre...

—De acuerdo —aprueba al fin. Deja que me dé una ducha rápida y nos vamos.



Andamos en silencio. No se tardan más de diez minutos en llegar a la playa, un auténtico placer para la vista, con aguas turquesas que nada tienen que envidiar a las que pueda tener el Caribe.

La voy mirando de vez en cuando, ella tiene la vista fija en el paisaje, ausente, pensativa, hecho que me permite recapacitar en el recorrido que hemos tenido.

Carol pasó de ser una conocida a una amiga. Con el paso de las semanas, se convirtió en alguien imprescindible, me enamoré de ella y al final es mi amante. Aunque si lo paro a pensar, no es lo más importante que representa en mi vida; Carol es la pieza que da cuerda a mi alma. El

fragmento que perdí —o me robaron— hace unos años y ha hecho que mi corazón vuelva a latir.

Me doy cuenta, y es algo que en realidad me asusta, porque sin ella, el órgano que bombea mi sangre se paralizará, se secará y se convertirá en cenizas sin que nada ni nadie pueda resucitarlo. Estaré vacío, muerto en vida, como un mísero vampiro.

Esto me lleva a plantearme que no va a aguantar mucho más así, porque cada beso que le niego es un paso más que se aleja de mí. Tras la discusión en la habitación, me ha quedado más que claro que, para ella, cada vez que rechazo sus labios, es como si eligiera a Gisèle y no a ella.

Cabeceo sacándome este runrún de encima.

—Gracias por perdonarme —digo para romper este silencio que me martiriza.

Nuestros brazos se rozan sin querer cuando alguno de los dos se inclina hacia el otro, consciente o inconscientemente.

—Dicen que después de la tormenta siempre llega la calma, ¿no? —responde con una elevación de hombros, aún con la vista perdida en el mar.

Me giro hacia ella en cuanto llegamos al mirador que, para mi sorpresa, está desierto. Se me ha formado un nudo en la garganta. No soporto estar así con ella.

—¿Me ignoras para castigarme? —Utilizo un tono bromista, en un intento de rebaja la tensión que aún hay entre nosotros.

Suspira, se muerde el labio y baja la mirada para levantarla con determinación.

—Tenía que ignorarte para calmarme y procurar que entiendas que esto no puede volver a suceder —se sincera—. Mira, creo que no tengo que explicarte cómo funciona una relación abierta o poliamorosa, porque ya has pasado por esto. Yo acepto tus límites, tú aceptas los míos.

—Estamos de acuerdo —la secundo sin pensármelo. Doy un paso hacia ella, que no se aparta. Buena señal. Doy otro más y ya no puedo aguantarme más las ganas de tocarla, así que alargo la mano acaricio su rostro, que inclina siguiendo mi gesto.

—Es que, estoy cinco minutos a solas contigo, solo cinco minutos, y ya no puedo mantener el enfado —se queja burlona. Aprovecho para abrazarla, fuerte, casi con ansia—. No sé si asustarme de esto, pero es que no tengo claro que sentirme en casa entre tus brazos sea bueno.

—Bicho... —La beso en la sien, una y otra vez. En la mejilla y algo más cerca de la comisura de la boca, jugándomela, sí—. Te quiero, joder.

Levanta la cabeza y me mira sorprendida por mi repentina declaración, casi tanto como yo, que no he sido consciente de verbalizar esas dos palabras que son más reales y sinceras de lo que imaginaba.

—¿Cómo sabes que me...? ¿Que me... quie...res? —balbucea. Los ojos le brillan y el color canela de los iris, parece oscurecerse—. ¿Y si solo soy una atracción? ¿Alguien que te hace sentir bien y con el que tienes química? —Entiendo que esté en esta tesitura justo después de la tarde que hemos tenido.

—Porque nunca estoy saciado de ti. Cuando te dejo en casa, me voy a la mía con un hueco profundo en el pecho, donde se instala una añoranza tremenda porque, es un día más que pasa, un día más que no he podido... —Me quedo sin palabras, hago un gesto con la mano intentando atraer el término exacto que describa esto que siento, y aunque lo encuentro, no son lo bastante fieles—, tenerte al cien por cien.

Ahueco su rostro con mis manos y espero a que encuentre valor para mirarme a los ojos, pero en cuanto hace contacto visual conmigo, me deshago. La abrazo otra vez fuerte, temblando tanto

o más que ella y tengo más que claro el motivo.

—Abrázame más fuerte. Quiero sentirte en todas partes, para cuando ya no estés —le suplico desesperado.

Y así nos quedamos hasta perder la noción del tiempo.



La vuelta a casa se hace dura. Han sido solo cuatro días de desconexión, pero han parecido semanas.

El trabajo ha empezado con fuerza y tanto en el laboratorio como en el campo vamos a destajo.

—¿Qué tal lo llevas? —me pregunta Abril en uno de los descansos en los que coincidimos en la cafetería.

—¿Puede ser ya veintiuno de junio y volver a Tenerife para preparar la cena Magna allí? —respondo lloroso, dejándome caer en un taburete, frente a ella.

—Ay, compañero, ¡que para eso aún quedan casi dos meses! ¿Tienes nostalgia de esos días?

—Tengo nostalgia de dormir todos los días con ella —me sincero sin vergüenza.

—Por favor... ¡Qué mono! Estás hasta las trancas. —Cabeceo afirmando sin remedio—. Y... Oye... No quiero meterme, pero, si realmente la quieres tanto, ¿por qué no arreglas lo que tienes con Gisèle? —Mucho ha tardado en sacarme el tema.

Sé, desde hace tiempo, que Unai la había puesto al día y, Abril es tan prudente que nunca, jamás, me había mencionado nada. Hasta ahora. Es normal, es su amiga la que está sufriendo esto conmigo y es lógico que quiera lo mejor para ella y para mí, que ya no soy su simple compañero de trabajo.

—Es complicado. Aunque cada vez tengo más claro que, más temprano que tarde, haré un viaje para remediarlo. —Lo digo a media voz, con la vista perdida en el café que tengo delante y que remuevo, aunque nunca lo endulzo.

—Será una decisión de lo más acertada. Carol no va a aguantar mucho más así, ¿lo sabes? No tendría que estar diciéndote esto, porque es como traicionarla un poco, o demasiado, no sé. Pero os aprecio a los dos y quiero que seáis felices, y juntos lo sois mucho.

No respondo, solo alargo la mano y aprieto las suyas.

—Gracias, Abril —susurro.



Poco antes de terminar la jornada laboral, recibo un wasap de Carol. Habíamos quedado en vernos esta tarde. La tenía que pasar a buscar por su casa, pero se han truncado los planes.

Carol:

Mitxel, estoy en una sesión de fotos con Gus.
Se nos ha hecho un poco tarde y saldré en una hora
más o menos. ¿Paso yo por tu casa?

A estas alturas no voy a negar que Gus me tiene asqueado. Desde que hemos llegado de Tenerife la ha tenido más que ocupada. Como Ander ha podido ir con ella, estoy más o menos tranquilo y no, no se trata de celos. Es otra cosa que no sé ni cómo explicar. Una energía oscura que me ha llegado de él cada vez que hemos coincidido, un palpito malo, aunque quizá sean cosas mías.

Yo:

Tranquila, te espero en casa entonces.
Un besazo, Bicho.

Llego a casa, me doy una ducha y me pongo cómodo. A estas horas ya no creo que salgamos a ningún sitio. Propondré que cenemos aquí, tranquilos, así disfruto un poco de ella en soledad, que pocas ocasiones tenemos.

Me siento en el sofá, dispuesto a hacer un poco de *zapping*, y me llega otro mensaje. Seguro que es ella informándome de que ya viene hacia aquí.

Ojalá hubiera sido eso. En contra, veo un wasap de un número desconocido, que me remite un vídeo.

Abro la aplicación, entro dentro del chat y solo leo, a pie de archivo: «Ahora ya sé qué te tiene enganchado a ella. Está deliciosa».

En este momento ya no soy dueño de mis actos. Veo cómo el índice, con vida propia y a cámara lenta, se acerca a la esfera con el triángulo en medio y pulsa encima. El vídeo empieza a reproducirse y a mí se me para el corazón.

La veo a ella, Carol, desnuda, en medio de una cama con sábanas de seda negra que hacen que su piel resalte y cada curva de su anatomía no pase desapercibida. Solo veo cuerpos enredados, manos acariciándola en cada centímetro de su piel. Carol jadea, extasiada.

Quiero desaparecer, quiero fundirme ahora mismo y que se me trague la tierra. No puede ser. Ella no. Pero las imágenes no dejan duda alguna. Es su rostro, es su cuerpo, no hay margen para equívocos.

Boqueo, tengo que presionarme el pecho porque parece que me esté dando un infarto. El móvil se me escapa de entre los dedos y cae, con un ruido sordo, sobre la mesa auxiliar. El vídeo sigue reproduciéndose y los gemidos de toda la gente que se ve, inundan el comedor. Me levanto del sofá, temblando, sin poder apartar la vista de la pantalla en la que, de repente, el tío que estaba entre las piernas de Carol, chupando con fruición su clítoris, se gira, mira a la cámara y sonríe: Gus.

Doy un paso hacia atrás, o lo intento, porque choco con el sillón y caigo de bruces sobre él. «No, no, no, ¡no!». Soy incapaz de distinguir en si lo pienso o en si lo grito en voz alta. Estoy fuera de mí, absolutamente desquiciado. «Otra vez, no. Ella no me puede hacer esto». Me dijo que «ella no iba por ahí follando con unos y con otros», palabras textuales. ¿Y esto qué es lo que

significa? ¡¿Qué cojones es esto?!

El timbre me saca del bucle en el que me encuentro, disminuye el volumen de los jadeos de los protagonistas de la película que se magnifican en mi mente y que, ahora no tengo dudas, Gus me ha mandado.

No soy consciente de que he abierto la puerta y Carol está en el recibidor.

—Mítxel. ¿Estás bien? —«¿Estás bien?», pregunta. ¿Se puede estar bien cuando tu alma ha explotado en mil pedazos? ¿Se puede estar bien cuando la persona a la que le has entregado tu vida te traiciona de esta manera tan vil?

—Eh, amor. ¿Qué ocurre? —repite. Posa una de sus manos en mi nuca, se acerca a mis labios y giro la cara en el último momento, antes de que su boca roce la mía. Le cojo la muñeca de la mano que me toca la piel con fuerza, alejándola de mí, aunque no me muevo. Ella tampoco. La miro de reojo, y veo su cara de confusión.

—¿Es Gisèle? ¿Te ha llamado? ¿Habéis discutido? —Gisèle, dice. Ojalá se tratara de eso. Ojalá.

—¡Mítxel! Me estás preocupando. —Su voz se quiebra y los ojos se le empañan de lágrimas.

La suelto y, todavía sin pronunciar palabra alguna, me dirijo al comedor. Carol me sigue, con paso lento, totalmente confundida.

Rodeo el sofá, recupero mi teléfono, que ya ha terminado de reproducir el maldito vídeo, lo desbloqueo, vuelvo a ponerlo y se lo tiendo.

—Explícame esto, ¿quieres?

Con manos temblorosas, Carol coge el teléfono y los ojos se le abren de par en par al ver las imágenes. ¿Tan bien sabe fingir? ¿O es que le ha sorprendido que la estuvieran grabando en plena orgía?

—¿Qué...? ¿Quién te ha mandado esto? Yo no... ¡Esta no soy yo! —termina por exclamar, como si estuviera fuera de sí.

—Carol, ¡no intentes mentirme en la puta cara! Eres tú, no cabe duda —mascullo entre dientes. Los aprieto tan fuerte que tengo miedo a rompérmelos.

—¡No soy yo! —grita. Tira el teléfono en el sofá y da un paso hacia mí.

—Ni te acerques. —La freno—. No se te ocurra tocarme. ¿Hoy también has tenido tarde de perversión? ¿Por eso te has retrasado? —pregunto con inquina. Tengo los puños apretados, tan fuertes, que me estoy clavando las uñas en las palmas de las manos. Me da igual, el dolor mitiga en parte la presión que no me deja respirar con normalidad.

—Mítxel... —Espira mi nombre, incrédula—. Yo no soy esa. No haría algo así. Me conoces —se defiende con un tono desesperado.

—¿Entonces qué es esto? ¡Dímelo! ¿Cómo explicas que aparezcas tú entre cinco tíos teniendo sexo con ellos? —inquiero, sin templanzas, crispado.

—No lo sé, pero te prometo que no soy yo. —Cuadra los hombros y su actitud cambia de repente. Clava en mí una mirada fulminante que casi me hace daño físico—. Sé que es difícil que puedas creerme ahora mismo, que la imagen de esta persona que se ve te haya recordado a tu pasado y por eso estoy pagando tu desprecio hacia mí. Pero no tengo por qué engañarte.

»No tengo explicación para esto, solo mi palabra de que no soy yo. Me encargaré de denunciar, si hace falta, la difamación de mi imagen falsificada en este burdo montaje. Sin embargo, no estoy dispuesta a que me trates de esta manera sin que ni siquiera me hayas dado un

voto de confianza. Lo has dado por supuesto, sin más, y te has equivocado, Mitxel. Mucho. —Se le quiebra la voz, aunque no llora, y preferiría ver lágrimas en sus ojos que la emoción tan honda e intensa que le cambia la cara.

—Hace poco, te dije que yo no era ella y que no iba a consentir que me trataras como si lo fuera —prosigue—. Hasta aquí he llegado. No puedo más con esto. No me merezco que me quieran a medias, como tú haces conmigo, Mitxel. Cada día que pasa, me da más la sensación de que estoy bajo la sombra del que ha sido tu gran amor y que yo soy alguien secundario, alguien casual que te encontraste un día sin querer y con el que estás cómodo. —No me puedo creer lo que está sucediendo. Mi rostro ha mutado de la ira, la rabia y los celos a una cara de sufrimiento y miedo. Porque sé lo que va a venir ahora. En el fondo, lo estaba esperando desde hace días. Dejo que siga con su discurso sin cortarla—. Y eso es muy injusto. Te prometo que lo he intentado. Le he dado mil vueltas a nuestra situación, intentando autoconvencerme de que podríamos con esto, de que tarde o temprano, actuarías para luchar por nuestra relación.

»Pero esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. Ya no puedo más. Me niego a ser la parte que sufre y por muchas vueltas que le dé, siempre acabo perdiendo. No quiero esto para mí.

»Lo siento Mitxel. Así no puedo seguir. Mientras sigas atado a Gisèle, yo no tengo cabida en tu vida, así que, cuando te decidas, llámame.

Acto seguido, da media vuelta y la puerta de entrada la engulle. Me he quedado tan bloqueado, que no me he dado ni cuenta de que se ha ido. Es como si se hubiera desvanecido en el aire. Mis más oscuros presagios se han hecho realidad: la he perdido.

Vuelvo a notar el dolor sordo y agrio en las costillas, en el pecho y en la garganta. Un dolor que se me agarra con fuerza y me impide respirar del todo.

Caigo de rodillas, apoyo los puños en el suelo y exploto. Este sufrimiento me retuerce las entrañas, me calcina por dentro; grito, encolerizado, para poder sacármelo de encima.



Asumir que todo está roto

Carol

No sé cómo salgo de su portal, no sé cómo llego a mi coche, que no recuerdo ni dónde tenía aparcado. Solo soy consciente de dónde me encuentro cuando un sollozo, que me ha salido del alma, me trae otra vez a la cruda realidad.

Me noto el corazón bombeando con frenesí, en el pecho, en los oídos y en el centro de la garganta. Mis respiraciones son superficiales y rápidas, tengo que calmarme o me va a dar un ataque de ansiedad.

Sujeto el volante con las manos y me inclino hacia delante, hasta apoyar la frente sobre los nudillos. Tiemblo, me castañean los dientes y pestañeo una y otra vez, para evitar que me caigan las lágrimas que pugnan por salir. Desenfoco la vista, como si así pudiera borrar de mis retinas las imágenes dantescas que emitía el móvil de Mitxel, como si, de esta forma, pudiera transformarlas en un vídeo dulce, de algo que se pareciera a los días que habíamos pasado en Tenerife.

Me parece inverosímil haber terminado el día así. No me puedo creer que Mitxel haya reaccionado de ese modo. Entiendo que le cueste creer en mi versión, puesto que el vídeo es tan real... Pero ¡joder! ¿Es que no me conoce nada? ¿No ha podido dudar ni un poquito de que esa no podía ser yo? Tiene tan metido dentro el carácter y la forma de ser de Gisèle que, cualquier acción por mi parte, siempre termina en comparación con ella.

Cuando he sabido qué le pasaba, he pasado de la preocupación a la rabia y a la impotencia; esperaba que se calmara y que me pidiera alguna explicación, que me tratara con algo más de afabilidad y no con esa inquina y odio que le he visto en la mirada. Y así, no. Así no puedo.

Una parte de mí está paralizada; la otra lucha por mantenerse centrada, poner en funcionamiento el coche y llegar a casa. Ahora mismo solo pienso en conseguirlo y meterme bajo las sábanas para huir del mundo entero.

Consigo meter el coche en el *parking* y al bajar, tengo que contener una arcada. Me apoyo en la puerta e inspiro varias veces. Presiono los labios con el dorso del puño, como si así pudiera evitar vomitar lo poco que he comido hoy. Logro contenerme y me yergo, dispuesta a avanzar. Es en el primer paso cuando vuelve a sucederme lo mismo que en el hotel de Tenerife, cuando me dirigía a la habitación en busca de Mitxel; soy yo, pero me siento desdoblada, como si mi parte no corpórea levitara a mi alrededor.

El silencio ensordecedor del aparcamiento se cierne sobre mí y lo siento como una bola que se me expande en el pecho e irradia un dolor intangible, aunque lo noto hasta en cada molécula de mi ser. Es un daño que me asfixia, me araña por dentro con garras afiladas, desollándome.

El sonido del primer paso sobre el cemento retumba en mi cabeza, luego el siguiente, y así, uno detrás de otro. Oigo el zumbido de los fluorescentes y el parpadeo de los que están a punto de fundirse. El tintineo acascabelado de las llaves dentro de mi bolso, la respiración de mi cuerpo...

De lo siguiente que soy consciente es de cerrar la puerta de casa a mi espalda; me apoyo en ella. Todo está en silencio, así que Cris y Ander no deben haber llegado todavía. Ander me acompañó a la sesión de fotos de hoy y me dijo que luego iría a tomar algo con Cris.

Me dejo resbalar hasta quedarme en cuclillas, jadeando mientras las lágrimas que ya no reprimo caen por mis mejillas, sin consuelo. No sé cuánto tiempo estoy así, solo que tengo las piernas entumecidas y tengo que levantarme para que circule la sangre y no se me duerman.

Llego a mi dormitorio, no me molesto en desvestirme, me meto directa bajo las sábanas.

Así me encuentran Ander y Cris.

Así les doy el susto de sus vidas.

—¿Neni? —me llama Cris asomando la cabeza por la puerta de la habitación—. ¿Ya duermes? ¿Te encuentras bien? —Soy incapaz de responderle porque el llanto me ahoga.

—¿Carol! ¿Qué pasa? —En dos zancadas llega a la cama y se sienta a mi lado—. ¡Ander! —grita al ver que lloro más al tenerla a mi lado.

—¿Dime? —Oigo cuando se asoma a la habitación, y en menos de dos segundos está junto a Cris—. Shhh, cariño. Cuéntanos, ¿qué ha pasado? ¿Te has peleado con Mitxel? —Llanto y más llanto. Dejo ir todas las lágrimas que he reprimido desde que he visto el vídeo y cortado con Mitxel.

Ander y Cris no dicen nada más. No me presionan, tan solo se tumban uno a cada lado y me acarician. Me acompañan en mi lamento sin necesidad de palabras vacías.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que me tranquilizo un poco y puedo hablar.

—Mitxel tenía un vídeo —empiezo a contar—, donde, aparentemente, aparecía yo en una orgía.

—Espera, espera. ¿Tú? ¿En una orgía? —se extraña Cris—. Tiene que ser una broma, ¿no? —Y vuelvo a llorar con fuerza, como si fuera una niña pequeña que ha perdido su peluche favorito. Como si hubiera suspendido el examen más importante de mi vida o como si, el hombre del que estoy enamorada, no me conociera nada. Y el simple comentario de mi amiga me lo corrobora.

—Expíciate, nena —me pide Ander. Ahueca una mano en mi nuca y con el pulgar, me limpia las lágrimas que me bañan el rostro.

—Es que no sé de dónde ha salido, bueno sí, tengo la certeza de que ha sido Gus el que se lo ha mandado porque él también sale en el vídeo. Mira a cámara y se ríe. Con malicia, Ander. Tenía una sonrisa malévola en la cara.

—Hijo de puta... Me pidió el teléfono de Mitxel cuando hemos terminado la sesión de esta tarde. Ahora vuelvo. —Se levanta con rapidez y tiene prisa por salir de la habitación.

—¿Dónde vas? No le digas nada, no tenemos la certeza de que haya sido él. —Intenta detenerlo Cris.

—Necesito ver el vídeo. Voy a llamar a Mitxel —informa ya saliendo del dormitorio.

—¡No! —chillo al incorporarme en el colchón—. Por favor, Cris, ve y dile que lo deje estar. Se acabó. Qué más da ya. —Cris se levanta con la intención de seguirlo, aunque no me doy cuenta de que se detiene a medio camino porque me abrazo las piernas y entierro la cabeza en las rodillas. Quiero hacerme pequeñita, pequeñita y desaparecer.

—Yo también quiero verlo. ¿Y por qué dices que se acabó? ¡¿Os habéis peleado por eso?! —Ahora cae Cris y su indignación en la voz, aun sin saber de qué habla, ya es patente.

Levanto la cabeza y la miro. Me muerdo los labios y cierro fuerte los ojos. Es tan injusto...

—Sí. Mitxel ha recibido el archivo justo antes de que yo llegara y cuando me ha visto estaba colérico. Ni te imaginas cómo se ha puesto, Cris. Estaba fuera de sí, acusándome de... de...

—De ser una casquivana como su «querida» Gisèle —termina por mí con inquina.

—Eso es —murmuro sin fuerza.

—¡Hijo del mal! ¡Cabronazo! ¡Me cago en su puta madre! —blasfema al levantarse de la cama y patear cada vez que suelta alguna lindeza—. Dime que por lo menos ha dudado, que te ha preguntado antes de nada. —Tiene las fosas nasales abiertas, la cara enrojecida y los puños apretados a los lados del cuerpo. Niego, dejando correr ríos de agua salada sin intentar ya ni pararlos con las manos—. Ven aquí.

Corre hacia mí y me abraza con fuerza. Entierro la cara en su cuello y me dejo ir; saco toda la tristeza, la impotencia y la pena de saber que el hombre del que me he enamorado como de ningún otro, se me ha caído del pedestal. Me ha defraudado de tal manera que es como si algo se me hubiera hecho añicos por dentro.

—No podía seguir así, Cris. No podía consentir que me quisiera a medias, siempre a expensas de hacer algo que le recordara a Gisèle y se le cruzaran los cables. Lo quiero, lo quiero muchísimo, pero no puedo estar con él sabiendo que tiene un vínculo tan fuerte con otra persona, aunque ni se vean. ¡Imagínate! —sollozo con fuerza. Me da igual que se me caigan los mocos, escupir babas mientras hablo o estar más destrozada que nunca. Lo que le acabo de decir a Cris, ha sido como asumir que ya está todo roto.

—Te entiendo, *neni*. Has hecho bien. —Me besa en la sien y vuelve a aferrarse a mí. Ella también llora—. ¿Tan poco te conoce? —protesta, más que pregunta.

Eso mismo pienso yo. ¿Tan poco me conoce que no se ha planteado que tiene que ser un montaje? ¿Tan cegado está?

—Ya lo tengo. —Ander entra de nuevo como una exhalación y sulfurado. Tiene la vista clavada en la pantalla de su móvil y la mano que tiene libre, se cierra en un puño sobre su flequillo. Niega una y otra vez. Aprovecho que Cris se ha levantado para ir a su lado, para volver a esconder la cabeza entre mis piernas.

—¿Qué te ha dicho Mitxel? —le pregunta Cris a media voz, como si no quisiera que yo me enterara, aunque están muy cerca y la habitación, grande, no es.

—Más bien pregunta qué le he dicho yo. Estaba bastante tocado, aunque me ha dado igual. Hoy, por lo menos, no se merecía ningún miramiento. Mañana ya veremos. —Me encojo más al oír su explicación. No quiero que nadie se enfade con nadie. Esto es cosa de dos y no me gustaría que afectara al grupo.

—Déjame ver el puto vídeo. —Cris le arranca el teléfono de las manos y la habitación se inunda de jadeos—. Joder... ¿Quién cojones ha hecho esto? Da el pego que te cagas —suelta en un momento dado—, aunque conociéndote, es imposible que seas tú.

—Carol no se mueve así. Es su cara, quizá el cuerpo se le parezca, pero no es ella. No termina de tener su mirada ni su expresión cuando está excitada —la segunda Ander. Se ha situado detrás de Cris y está volviendo a ver el dichoso corto. Le va señalando cosas mientras habla, pero yo no quiero saber nada.

—Tienes que hablar con Gus. Has visto cómo mira a la cámara. Esto lo ha hecho él, seguro. Tenía a Mitxel entre ceja y ceja porque se quería trajinar a Carol y ella no le prestaba atención.

Levanto la cabeza de golpe. ¿Ha maquinado esta mezquindad solo por despecho? Quizá sí que se me ha insinuado estos días, aunque no le he seguido demasiado el juego y, a decir verdad, tampoco ha ido a cuchillo a por mí. ¿Qué quería conseguir con que Mitxel montara en cólera?

—Será lo primero que haga mañana. Sé que estará en su estudio, me lo ha dicho esta tarde, así que no tendré problema en localizarlo y que me dé explicaciones.

—¡Es que lo tendríamos que denunciar! Esto es suplantación de identidad. Se lo ha mandado a Mitxel, pero ¿quién te dice que no haya hecho otros y los tenga para vete a saber qué fin? —expone Cris muy enfadada.

Sus elucubraciones me asustan. ¿Sería eso posible? ¿Puedo estar pululando por la red como una *porn star*?

—Calma fiera. Primero deja que vaya a ver qué me cuenta y luego vemos que hacemos — intenta tranquilizarla Ander.

Se sienta junto a mí y me abraza.

—Entiendo que estés molesta por esto, pero ¿por qué Mitxel también estaba hecho polvo? — pregunta con suavidad.

—Lo he dejado. —¿Por qué no puedo parar de llorar cada vez que lo verbalizo?

—El muy mamarracho le ha saltado al cuello cuando la ha visto, acusándola de haberlo engañado. Ni se ha planteado la opción de que no fuera ella —resopla Cris.

—Bueno, es que las imágenes son realmente buenas. Tienes que fijarte mucho para darte cuenta de que no eres tú —me dice. Una bola de ira me sube por la garganta.

—¿Lo estás defendiendo? —Me crispo y me separo de él de inmediato.

—Eso. ¿Qué chorradas estás diciendo, pimpollo? —Cris se indigna como yo.

—No, no es eso. Escuchadme. Solo digo que, si no se ha fijado, puede habérselo creído y con su historial...

—¡Ahí está el problema, Ander! ¿No lo ves? —salto enfurecido—. Yo. No. Soy. Gisèle — siseo—. Es injusto que tenga que pagar por todo lo que le recuerde a ella. ¡Estoy harta! No es una excusa eso de «su historial». ¡No me vale! Si tan mal está con su situación, que haga algo para solucionarlo. Mis padres no me educaron para permitir que nadie me pise. Se acabó.

—Olé mi niña —aplaude Cris.

—Amor... —Ander se levanta a mi encuentro y vuelve a arroparme con sus brazos—. No pretendía defenderlo, solo intentaba ponerme en su lugar. —Me mece, acariciándome el pelo—. Y tienes razón, tú eres Carol y nadie más. Es un error que Mitxel no lo vea.

—No es que no lo vea. Es que la «franchise» esa lo tiene tan cogido por los huevos que no ve más allá de su polla.

—¡Cris! —la amonesto. Pero otra vez me ha hecho aflorar una sonrisa.

—¿Qué? Alguien tenía que decirlo y se dijo. Punto. Y otra cosa te digo: esto que tengo dentro —informa palmeándose el pecho—, lo tengo que sacar. Ya se puede preparar Mitxel, porque se me va a caer la lengua con todo lo que le voy a decir.

—Cris que nos conocemos. Deja que ellos arreglen sus cosas —advierde Ander con un tono demasiado paternal.

—No hay nada que arreglar. Lleva años así, no voy a ser yo la causa por la que rompa con ella —expongo más triste que nunca. Mitxel se me ha metido muy adentro, es una lástima que el sentimiento no sea recíproco.

—Eso está por ver —responde, enigmático, Ander—. Quizá esto haya sido el detonante que lo haga reaccionar.

—Más le vale si quiere conservar sus hu...

—¡Cris! —la reñimos a la vez, Ander y yo.

—¡Joder! Es que no dejáis que me exprese. Sois peor que la Inquisición.

—Venga, dejemos descansar a Carol, anda —ordena Ander—. ¿Estarás bien? ¿Quieres que te prepare algo de comer? ¿Una infusión? —Se agacha para que sus ojos queden a mi altura. Y su sonrisa consigue que se me temple un poco el alma que hace horas que se ha congelado.

—No, gracias, cariño. No me entra nada. —Le regalo una caricia en la cara y vuelvo a tumbarme en la cama.

—¿Quieres que duerma contigo? —Ahora es Cris la que se ofrece al echarse encima de mí y darme un abrazo de oso.

—Me aplastas, amiga —exagero mi tono de voz, como si de verdad tuviera dificultades para respirar—. No te lo tomes a mal, pero prefiero estar sola. —Prodigo una mirada triste, lo sé, sin embargo, ahora mismo no estoy para fiestas, por mucho que ella sea un chute de vitaminas constante.

—Está bien, te perdono. Siempre y cuando me prometas que no te revolcaras en la miseria. Ya has llorado suficiente, amiga. —Me da una cachetada y se acerca a Ander.

—Ven a la cama si te sientes sola. Estamos aquí, contigo, para ti —se ofrece Ander con cariño.

—Lo sé. Gracias, amor.

Me doy la vuelta, me acurruco y doy las gracias en silencio por tenerlos. Por sentirme tan arropada y querida en este momento tan duro en el que me encuentro. Y no es solo que me apoyen, es que me respetan. Saben entender mi dolor, comprenden que es particular y único. Sin juzgarlo, sin analizarlo ni menospreciarlo; sí, tenerlos, es una gran suerte.



Lo que era obvio

Mitxel

Han pasado ocho días. Ciento noventa y dos horas sin ella, y aún me duele el estómago cuando pienso en su ausencia. No ha disminuido ni un ápice, al contrario. No sé en qué momento la dejé entrar en mi pecho, en mi sangre. Llevo días convencido de que me cuesta tanto remontar porque ella es mi aire y si no la tengo, no se me llenan los pulmones.

El vodka ya no me sirve. Bueno, Unai, que casi se ha mudado a mi piso, no me deja ni acercarme a la botella. Me tiene controlado como si fuera un niño chico que no sabe lo que hace. De lo que no se da cuenta es de que soy más consciente de todo que nunca.

—Mitxel, tenemos que hablar. —Unai, sentado en el borde del sofá, utiliza un tono muy severo.

—Si fueras una mujer me preocuparía. Pero la única que puede decírmelo ya se ha largado de mi lado, así que no me asustas —replico. No me molesto ni en incorporarme. Estoy reclinado sobre el respaldo, con el culo corrido hacia la punta del sillón y el brazo sobre los ojos. Me molesta hasta la claridad que se cuela por la ventana.

—Escúchame —exige, autoritario—. Esto se tiene que terminar.

—Uff, Unai, no, por favor. Déjame, quieres, no eres mi madre. —Me levanto del sofá. Necesito una ducha y no quiero que me sermonee.

—No, siéntate. —Para mi avance cogiéndome de la pierna, ya que él todavía sigue sentado—. Quiero que hablemos en serio de tu situación —termina por decir.

—No estoy de humor. —Vuelvo a intentar irme y vuelve a impedírmelo.

—Siéntate. Vas a escucharme, quieras o no.

—Los coj...

—¡Que te sientes, Mitxel! —grita ya sin paciencia.

Y no me extraña, en estos días en los que he estado más que irascible, le he soltado más borderías de la cuenta, y él las ha encajado con una entereza que he dejado de merecer hace mucho. Además, lo conozco como nadie y de poco me va a servir ponerme de culo. Sé cuándo no piensa darse por vencido, y hoy es uno de esos días en los que no dejará que me vaya hasta que no haya tomado «la decisión».

—¿Cuándo vas a solucionar esto, Mitxel? —Directo, sin anestesia.

—Unai, te lo ruego... —protesto hastiado. Echo la cabeza hacia atrás y suelto un exabrupto de desesperación.

—Te he dejado margen. Te he dado unos días para que te revolcaras en la pena. Y ya es suficiente, ¿no crees?

—Nunca será suficiente. He metido la pata hasta el fondo, Unai. A lo bestia. —Vuelvo a cabrearme conmigo, por no haber visto más allá de lo que quería ver, por no darle la opción de explicarse, por no creerla... Pero, sobre todo, por no elegirla a ella.

—No voy a preguntarte nada que no haya hecho antes ni voy a alargar más esta

conversación. Piensa bien tu respuesta, aunque estoy seguro del sentido de esta. Voy a ser muy directo contigo, ya está bien de miramientos. ¿La quieres? Y no estoy hablando de atracción, de cariño o de estar a gusto con ella. Hablo de amor, del de verdad, del que se te clava con uñas y dientes. —Unai está serio, me mira sin titubear y espera una respuesta inmediata por mi parte.

No tengo que pensarlo mucho, hace tiempo que sé la respuesta, pero soy un puto cobarde que no ha hecho más que esconder la cabeza bajo tierra para no enfrentarse a la realidad.

—Más de lo que nunca hubiera imaginado. —Se me quiebra hasta la voz al pronunciarlo.

—Entonces, ¿qué coño estás haciendo? ¿Por qué te cuesta tanto decidirte? No estarás donde debes y quieres estar hasta que des un paso adelante y te enfrentes a Gisèle.

—¿Te crees que no lo sé? ¿Crees que no he pensado en ello una y otra vez? —vocifero exasperado. Me fastidia que todos sepan lo que he de hacer y que me traten como a un puto crío que no actúa.

Unai me mira, se muerde la lengua y asiente, casi de manera imperceptible, con la cabeza.

—En la mente se corrompen las ideas si no las pones en práctica, y parece que las tuyas se han descompuesto de tantas vueltas como les has dado. No pienses más. Espabila o será demasiado tarde —dice sin más.

El timbre me libra de tener que responderle. Tampoco sabría qué decir, porque me ha dejado sin palabras.

Abro el portal sin preguntar quién es, suponiendo que será Abril, que viene a buscar a Unai. Al ser sábado, quizá quieran ir a comer fuera y aprovechar el finde. Abro también la puerta del piso y vuelvo con mi amigo que sigue tal y como lo he dejado.

El silencio que se ha instaurado entre nosotros no dura demasiado tiempo.

—¡Tú! —Nos giramos los dos de golpe al oír el grito que da Cris y nos levantamos en el acto.

Me quedo de piedra al verla. Es de las pocas personas que esperaba que me visitaran.

—Dos cosas te voy a decir —prosigue con tono agresivo al acercarse al sofá donde estoy sentado—. Una: más de una semana, Mitxel. Ocho putos días te he dejado de margen para que recapacitaras, para que asumieras cómo de enorme ha sido tu cagada e intentaras solucionarlo. Ander ha hablado contigo, Unai ha hablado contigo, Abril ha hablado contigo... ¿¡Es que tengo que venir yo a zarandearte para que espabiles!?

»Dos: Te odio, ¿me oyes? En este momento eres la persona más *non grata* que tengo en el mundo. Me caías muy bien, hacías feliz a mi amiga. Nunca la había visto tan contenta como estando contigo. Ahora..., ahora está hecha polvo por culpa de tus mierdas mentales y de tu indecisión. ¿Quieres hacer el puto favor de mover ese culo prieto que tienes y solucionar lo tuyo con Gisèle?

»Y por último...

—Eso son tres cosas, ¿no? —murmura Unai que se lo está pasando pipa ante la escena que está montando Cris y viendo mi cara que cabalga entre el estupor y el miedo.

—¡Cállate, Unai, que no estoy para hostias! —lo riñe Cris. El aludido hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera y le pide perdón levantando una mano. A mí, me da tiempo de tragar la poca saliva que tengo para hidratar la garganta—. ¿Por dónde iba, joder? ¡Ah sí! Una última cosa voy a decirte, guapito de cara. —Coge aire antes de seguir hablando, cosa que crea una expectación terrorífica ahora mismo—: «Cocodrilo que se duerme, es cartera». O lo que

viene a decir: tú mismo, Mitxel, la vas a perder. Carol tiene una paciencia infinita, pero cuando dice basta, es para siempre.

Se da la vuelta y se va como una exhalación, sin opción a réplica.

Clavo la vista al suelo como si lo quisiera atravesar. Las últimas palabras de Cris me han fulminado como si me hubiera caído un rayo, y es que eso es lo que es ella. Un huracán, un puñetero fenómeno natural que llega y descarga miles de relámpagos y truenos que se te cuelan por las grietas del pecho y lo hacen explotar. ¡*Boom!* Tocado y hundido. Cris ha sido la hostia a mano abierta que me hace reaccionar.

Miro a Unai, que se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—Secundo todo lo que ha dicho, amigo. Yo no lo podría haber expresado mejor.

Me dejo caer, rendido, en el sofá, dándole vueltas al «cuando dice basta, es para siempre». ¿La habré perdido ya?

—Tengo que hablar con ella. —La convicción que siento es como una revelación cósmica. Como cuando ves algo tan obvio que te das manotazos en la frente por no haberlo hecho antes, por haber estado tan ciego todo ese tiempo.

—¿Con quién? —pregunta Unai, descolocado.

—¿Con quién va a ser? ¡Con Carol, joder! —respondo con indignación, como si fuera algo elemental que me refiera a ella y a nadie más.

—Perdona, es que tienes varios frentes abiertos, no es tan obvio saber de quién hablas. Te recuerdo que no es la única con la que tienes una conversación pendiente —rebate, molesto. No lo culpo. Mi irascibilidad tiene que ser difícil de soportar, y su paciencia no es infinita.

—Tengo que pedirle perdón. Tengo que decirle que la creo, que sé que la del vídeo no es ella. Es imposible que sea ella, ahora lo sé.

—Mejor tarde que nunca, amigo —apostilla indulgente, aunque con un deje en la voz que me ha sonado a un «ya era hora», como si la estupidez me hubiera poseído y no me permitiera ver lo que era más que evidente para ellos.

—¿Has visto el vídeo? —Me lo cuestiono por primera vez. Habla como si tuviera conocimiento de causa y hasta ahora no me lo había planteado. Luego caigo en que Abril lo tiene porque me suplicó que se lo enviara. Quería analizarlo, me dijo—. ¿No has dudado de que no era Carol? —le increpo. Si fuera su mujer la que protagonizara la escena, seguro que no hablaría con tanta soberbia.

—Sí, me lo enseñó Abril —confiesa. Se muerde los labios y agacha un momento la mirada, como si le diera vergüenza reconocerlo—. Tengo que decir que, en un primer momento, me sorprendió reconocerla en esa escena, y justo por ese mismo motivo, sospeché.

»Carol siempre ha sido fiel a su relación. Y lo digo en singular porque solo le conozco esta que mantiene ahora mismo con Ander y Cris. Bueno, añadido dos, por la que tiene contigo.

—Tenía... —susurro. Se me quiebra la voz por tener que hablar en pasado.

Unai no me escucha o, por lo menos, hace ver que no me ha oído.

—Durante este tiempo, y a pesar del carácter poliamoroso que los une, y lo abierto que es Ander en este aspecto, no la hemos visto buscar ningún otro vínculo, ningún otro lío si me apuras. Solo ha tenido algo contigo y, amigo, seamos sinceros, oportunidades ha tenido. Cuando hemos salido de fiesta, más de uno hubiera estado dispuesto a tirarle la caña, lo que pasa es que ella no estaba por la labor.

—O sea, que soy el único energúmeno que no se ha cuestionado que fuera ella. —Me doy cuenta del motivo por el que lo di por hecho. Gisèle hubiera protagonizado sin problema el vídeo. Gisèle, sí, la mujer que me exprimió y me adentró en un mundo de sexo desenfrenado y sin control. Ella, pero no Carol. Me enerva que mi historia sentimental pasada afecte tanto a mi vida presente.

Otra vez Carol ha pagado por algo que no le pertenece.

—No he querido decir eso —se escuda Unai—. Sin embargo, los hechos son los que son. Me parece bien que quieras hablar con ella, aunque, también deberías romper con tu pasado. ¿Entiendes lo qué te digo? —Arquea las cejas, en espera de una afirmación que no tardo en darle.

—Sí, pero ahora mi prioridad es Carol. Tiene que saber que lo sé. Que creo en ella y pedirle que me perdone por ser tan gilipollas. —Me acodo sobre las rodillas y me paso las manos por el pelo, desesperado ahora por haber perdido todos estos días sumido en mi propia autocompasión.

—Pues a por ella, amigo. No voy a decirte que te lo va a poner fácil, pero si de verdad la quieres, olvídate de tu pasado y demuéstrole que la eliges por encima de todo. —Me da una palmadita en el hombro que por fuera podría interpretarse como amistosa cuando en realidad es que es pura condescendencia.



¿Puede el alma estar enferma?

Carol

—¿Cómo estás, peque? —Ander asoma la cabeza por la rendija de la puerta de mi habitación.

Desde que lo conozco he sabido que era muy buena persona, sin embargo, estos días me ha demostrado que es mucho más. Nunca había conocido a alguien tan empático —para lo bueno y para lo malo, todo sea dicho—, alguien que respete tanto a los demás y no intente banalizar el momento personal de nadie. Es, simplemente, maravilloso.

—No puedo decir que bien con estos ojos rojos e hinchados, ¿no? —respondo con sorna. Me sueno los mocos por millonésima vez. Tengo la nariz irritada, como si estuviera pasando por una gripe, aunque sin tenerla.

¿Puede el alma estar enferma?

—¿Te parece que hablemos? —ofrece con tiento. Entra en la habitación y se acerca a la cama, de la que he hecho mi búnker estos días.

Cuando llega a mi lado, me acaricia el pelo, que tengo hecho un desastre, y me coloca un mechón rebelde detrás de la oreja.

—¿De qué, Ander? Ya lo hemos dicho todo un millón de veces. Por más vueltas que le demos, siempre terminamos en el mismo punto: Mitxel es esclavo de su pasado no tan pasado, y no voy a permitir que me releguen a un segundo puesto en el que no quiero estar. Si quieres hablar sobre Gus, ya sabes la respuesta. Esta guerra la tengo que lidiar yo, no quiero que me «saques las castañas del fuego». Cuando esté mejor anímicamente y me sienta con fuerzas, iré a hablar yo misma con él y, llegado el caso, lo denunciaré.

—Ya, sé que no te vas a dejar doblegar. Eres muy tenaz, Carol. Sé que tienes las ideas muy claras, y tanta personalidad, que prefieres estar sufriendo como lo estás haciendo a conformarte con algo que crees que no mereces. Y ya te lo he dicho en varias ocasiones: tienes toda la razón del mundo en querer que te quieran sin reservas.

»Por lo que a Gus se refiere... Te respeto, aunque no se me van las ganas de ir a buscarlo. —Alargo la mano para coger una de las suyas y se la aprieto, le sonrío, aunque sé que la mueca que me sale no logra transmitir el agradecimiento que siento hacia él y su forma de cuidarme, por el soporte incondicional que me da.

Ander aprovecha el acercamiento para sentarse en la cama, frente a mí.

—De lo que pretendo hablar es de nosotros. —Y lo dice con una sonrisa tierna en los labios. Como si me hubiera propuesto prepararme una taza de caldo. Él siempre tan directo. ¿Para qué andarse con rodeos?

Cuando proceso la frase me pongo en alerta.

—¿De... nosotros? —Mi voz sale de la garganta con dificultad, quebrada. Arrugo la frente y, sin ser consciente, me llevo una mano al pecho. ¿Puede haber más ansiedad en el cuerpo de alguien?

—No, cariño, no te asustes. —Se cierne sobre mí y me abraza. Me aferro a él, como si fuera

un flotador salvavidas.

—Cuando tu pareja te dice «tenemos que hablar», buen augurio no se prevé —le confieso sobre el pecho, donde noto vibrar mi propia voz—. No sé si estoy preparada para esto, Ander. —Restriego la frente contra su cuello, Ander agacha la cabeza y nuestras mejillas coinciden, se acarician y se miman. Me empuja con delicadeza hasta que su nariz roza la mía. Su boca entreabierta me atrae como si fuera polen y yo una abeja que lo necesitara para existir, pero no llegamos a besarnos.

—Siéntate, aquí, ven. —Nos arrastramos sobre el colchón para apoyarnos en el cabecero de la cama, ladeados, para quedar frente a frente.

Ander me mira con un cariño infinito y parece que voy a infartar porque el corazón me bombea tan rápido que lo noto hasta en el cielo de la boca. No sé si podré aguantar esta conversación que preveo intensa.

—Sabes que te quiero. Estoy enamorado de ti prácticamente desde que nos conocimos. —Acaricia mi mejilla y me limpia una lágrima tonta que se me ha escapado.

Afirmo con la cabeza, porque no me sale la voz. Tengo que morderme el labio para intentar parar el tembleque de la barbilla, de la que no tengo ningún control.

—Y sé que tú también me quieres —añade cuando se da cuenta de que no puedo ni hablar—. Hemos tenido una relación a tres muy buena. Al principio ibais como pollo sin cabeza por no estar acostumbradas a los límites y permisos que un vínculo como el nuestro supone, pero os hicisteis enseguida con el rol.

»Si algo he tenido claro desde siempre es que el amor no tiene que tener ataduras y sí mucho respeto.

Ander sigue acariciándome. No me ha soltado en todo el discurso y su mirada, dulce y brillante, me encoge por dentro. Me descoloca su declaración y no logro dilucidar la finalidad de esta, me ha despistado por completo.

—Lo que pretendo decirte —prosigue—, es que amar no significa solo cuidar de tu o tus parejas; no todo es conexión, atracción y confianza. También hay libertad. —Ander hace una pausa, con una mirada más fija a la mía que nunca. Intenta transmitirme algo que ahora mismo mis neuronas son incapaces de captar y procesar.

—Carol, te amo. Te quiero con toda mi alma. Y justamente por eso, tengo que dejarte ir. —Doy un bote y me yergo. Mi mente, hasta ahora embotada, se despeja de repente y no da crédito a lo que acaba de escuchar.

—¿Qué...? ¿Qué pretendes decirme, Ander? —pregunto con auténtico pavor.

—Mi vida... —Cierra los ojos y niega con la cabeza, como si le costara horrores seguir hablando—. Sé que me quieres y yo sería feliz contigo hasta que me hiciera muy viejito y dejara este mundo. Estás bien conmigo y con la relación que compartimos con Cris. Estás cómoda, adaptada a nosotros, sin embargo, con Mixel hay más. De él estás realmente enamorada y es con él con quien debes estar.

—¿Cómo? ¿Qué tonterías...? ¿No te has enterado de que lo he dejado? —exploto furiosa de repente. Me levanto de la cama y doy vueltas por la habitación, como un tigre encerrado—. Esto no puede estar pasándome, esto no puede ser real —murmuro con las manos en los ojos, como si no ver hiciera que todo lo que he escuchado hace unos segundos desapareciera.

—Carol... —Noto como Ander me coge de las manos para que le preste atención—.

Mírame. —Hago un esfuerzo por enfocar la vista hacia él, aunque las lágrimas me impidan verlo nítido—. Solo te doy la libertad para que, en el momento que sea, si tú quieres, estés con él. Quizá ahora no te des cuenta, entiendo que en este momento estás sufriendo con el distanciamiento que has impuesto, sin embargo, hace ya muchas semanas que esto es así. Y ojo, que no te lo estoy recriminando; el estado natural entre tú y Mitxel es que seáis una pareja monógama. Por lo menos de momento. Habéis conectado a tantos niveles que no necesitáis nada más, a nadie más.

»No te quiero privar de tener una relación como la que mereces, por eso te digo que vas a tenerme siempre. No te voy a soltar de la mano en la vida, pero como tu mejor amigo. Doy un paso al lado y me quedo en la misma línea que Cris. Siempre por y para ti, aunque desde la amistad. Es lo que necesitas, peque.

—No, no, no. Ander, yo te quiero... —Me abrazo a él, ya sin reprimir los sollozos que salen fuertes de mi garganta.

—Lo sé, cariño, lo sé. Aunque a él lo amas. Y me parece bien. Solo quiero que seas feliz.

Soy incapaz de añadir nada más. Me fallan las fuerzas y se me doblan las piernas. Caemos los dos de rodillas al suelo, aunque permanecemos abrazados, no sé durante cuánto tiempo.

«Quiero que seas feliz», ha dicho. Algo que me demuestra lo que me quiere, cuatro palabras que me abrazan con fuerza, porque sé que tiene razón. Hace semanas que solo soy una compañera de piso con ellos porque estaba centrada únicamente en Mitxel, al que he dejado para elegirme a mí por encima de todo. En este caso tengo que hacer lo mismo, tengo que ser coherente con mis sentimientos y conmigo misma. Aunque ya no esté con Mitxel, debo abandonar esta *trieja*.



No sé qué hora es, ni tampoco en qué día vivo. Todo sucede como si estuviera atrapada en el día de la marmota. Veo la luz del sol hacerse clara por la mañana y perder intensidad a medida que se adentra el atardecer. Es lo único que me guía para saber si es de día o de noche.

—¿Se puede? —Abril llama con cautela a la puerta y es Cris la que la abre de par en par sin esperar respuesta por mi parte.

—Claro que se puede, solo faltaría. Ni que la habitación fuera propiedad privada y la vigilaran unos perros asesinos.

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco, estoy tan acostumbrada a sus meadas fuera de tiesto, que ya nada de lo que diga me sorprende.

—No está de más ser educada, ¿no crees? —la reprende Abril con un empujón de hombro. Mantienen una guerra para ver quien entra antes.

—¡Quita! —La empuja Cris, entre risas. Se tropieza con sus propios pies y casi cae de bruces al suelo.

—¡Llegué primero! —Abril salta sobre la cama y, por ende, sobre mí.

—¡Auch! Qué daño. Me has clavado el codo en el muslo —me quejo. Encojo las piernas y me siento, recostándome sobre el cabecero.

Cris llega a los segundos y se deja caer como un peso muerto.

—¿Qué llevas ahí? —pregunto al ver que sostiene un bol en las manos—. Acabo de comer,

no me apetece nada.

—No es comida, «guapita de cara». Es pepino en rodajas, para desinflamar los ojos. Ya está bien de regodearse en la miseria. Vamos a tener sesión de *spa*. Llevas más de una semana como un fantasma; ves pasar los días tendida en la cama, con la vista perdida, y no arrastras los pies más allá del baño a no ser que te dirijas hasta la cocina para bufar y no comer nada después.

—Debería ponérmelos en el corazón. ¿Crees que serviría? No le sienta bien haber roto con sus dos vínculos en un corto espacio de tiempo —suspiro, abatida. Aunque confieso que, que Ander me haya dejado, no me duele tanto como lo hace Mitxel. No sé si es porque estoy bajo su mismo techo, porque lo tengo igual que antes, aunque sin besos... No sé. Pero él es mucho más sufrible.

—¿Cómo llevas eso? —Se interesa Abril. Me acaricia una pierna, como si así pudiera atenuar lo implícito en la pregunta.

—Mejor de lo que habría pensado, la verdad —me sincero.

—Sois los dos unos cabrones. Esa conversación la tendrías que haber tenido conmigo. Si es que soy como un cero a la izquierda en esta casa... —Cris se hace la indignada, pero no está enfadada.

Cuando supo por Ander que me había hecho ver que nuestra relación a tres no tenía ningún sentido, vino a verme y, sin decir nada, me abrazó, sin más, y me aseguró que, si me sentía mal al tenerlos a los dos bajo el mismo techo, volveríamos a buscar piso juntas y ya vería a Ander cuando tocara. ¿Es eso amistad o no?

—Venga, no te hagas la ofendidita que tampoco te has quejado demasiado por tener a Ander para ti sola —espetea Abril—. Además, estamos aquí para animar y sacar de esta cueva a Carol. Así que ya puedes ir levantando los huesos de este colchón y meterte en el baño —me apremia, como si fuera la señorita Rottenmeier.

—No os quejéis, que, por lo menos, me he duchado todos los días —protesto sin ninguna intención de moverme del sitio.

—Cierto, pero ya está bien de regodearte en las penas, señorita... —avisa Abril al apretarme la mano—. Me has ayudado más veces de las que puedo recordar a vencer mis temores y a valorarme; ahora llega mi turno. En esto consiste la amistad, en ir alternando los papeles. Ayer era yo la que estaba en el suelo, hoy soy la que te levanta a ti. —Tira con fuerza de mi mano, haciendo que me incorpore—. Vamos a intentar que estés decente y te vas a ir a hablar con el innombrable —sentencia, refiriéndose a Gus. Eleva las cejas hasta el nacimiento del pelo y abre mucho los ojos, esperando alguna réplica por mi parte que sé que no tendrá miramientos en rebatir.

Me sorprende, porque es normal que quieran animarme y sacarme de la habitación, pero lo de Gus ya son palabras mayores.

—Sí, amiga. Tienes que plantarle cara a ese tiparraco. Tendrías que haber ido el primer día y haberle partido las piernas, cortado la polla a cachitos, como Lorena Bobbitt, o arrancado los huevos de cuajo. Ya le has dado demasiados días de tranquilidad. Así que vamos a ponerte rompedora y vamos a ir a pedir explicaciones.

—¿Cómo que «vamos a ir»? No, no, de ninguna manera. Voy, pero sola. —Tengo claro que es mi guerra y soy yo la que tiene que ir a hablar con él y saber el motivo del montaje y el envío del video a Mitxel.

—¿Me vas a privar del placer de decirle de todo? —sigue protestando.

—Cris... Si quiere ir sola, respetémosla —media Abril, algo exasperada con nuestra amiga, hasta blanquea los ojos y resopla.

Cris se levanta de la cama y abre los brazos, en un gesto de lo más teatral, para dar énfasis a sus palabras.

—¿De verdad quieres que vaya sola a ver a ese pirado? A mí no me parece buena idea. Este tío no es de fiar y ya no es por ponerlo en su sitio, es por estar con ella.

—Bueno, eso lo tendré que decidir yo, ¿no? A veces habláis sin tener en cuenta que estoy presente. —Es algo que siempre me ha molestado mucho. Aunque las tres tendemos a hacerlo. Hace un año, cuando Abril estaba destrozada por cómo la trató Unai, se lo hacíamos constantemente. Pero cuando eres tú la ignorada, la cosa cambia. Ya no hace tanta gracia.

—A ver, neni, piénsalo. Te acompañamos, tú le cantas las cuarenta y nosotras solo hacemos bulto, te lo prometo. No abriré la boca, aunque me hierva la sangre —suplica Cris. Pone los dedos índice de las manos en forma de cruz y se los besa.

—Eso podríamos hacerlo, sí —la secunda Abril—. Respetaré tu decisión, aunque piensa en lo que ha dicho Cris, un poco de razón sí que tiene.

Miro a una, miro a la otra y así estamos durante unos segundos, o minutos, no sé, estoy tan fuera de mí que no tengo noción del tiempo. Ni Cris ni Abril dicen nada, tan solo esperan a que tome una decisión; a que las mande a pasear o a que acceda y las deje acompañarme.

—Está bien, pesadas. Venís conmigo —accedo al fin.

—¡Sí! —chilla Cris, emocionada—. No te hubiera perdonado que me hicieras perder la cara que se le va a quedar a Gus cuando lo machaques. Porque no le vas a dejar ni respirar, ¿verdad? —me presiona Cris para que le retuerza el pescuezo.

—Bueno, ya veremos. —Es lo único que logro decir, ya que, he accedido muy rápido a salir de mi refugio y enfrentar a la persona que ha hecho que todo estallara por los aires, aunque no tengo ni idea de qué voy a decirle ni cómo.



Eso no es arte, es crueldad

Carol

La galería de arte se encuentra en el corazón de la ciudad, en una calle bulliciosa y llena de vida. Su fachada de cristal moderna y elegante atrae la atención de los transeúntes curiosos, quienes se detienen a admirar las obras expuestas en el escaparate. Sí, al contrario de cuando vine a hacer las fotos, ahora los cristales no están cubiertos por cortinas y se ve el local entero desde fuera.

La exposición de Gus está en marcha y ya hay algunos cuadros colgados. Al entrar en la galería, los cuatro nos quedamos estupefactos. Ander también ha insistido en acompañarme, así que parecemos Leónidas y su legión de espartanos en busca del malvado Jerjes.

Al entrar, nos recibe una atmósfera cálida y acogedora. Las paredes, en un tono muy claro, actúan como un lienzo en blanco, permitiendo que las fotografías exhibidas cobren vida y se conviertan en el centro de atención. Son instantáneas llenas de sensualidad, casi insolentes.

—Madre mía, será un capullo integral, pero no se puede negar que, fotos, sabe hacer. —Cris, igual que el resto, alucina con los pocos lienzos que hay colgados.

Andamos poco a poco, como si estuviéramos en un lugar prohibido y temiéramos que alguien nos descubriera. Aunque pensándolo bien, la puerta estaba abierta, pero no se podía entrar... ¡Bah! Me importa muy poco que le moleste que hayamos profanado su santuario. Mucho peor se ha comportado él y, como bien me dicen todos, ya es hora de poner los puntos sobre las íes. Toca pedir explicaciones a un ataque directo y deliberado contra mi persona.

Nos detenemos delante de uno de los cuadros en donde estoy sola y de cuerpo entero, sentada en el suelo, abrazándome las piernas que tengo cruzadas y encogidas frente a mi pecho. Un arrebató de vergüenza me asola. Es muy grande, muy intenso y estoy muy desnuda. Aunque no enseño nada, la expresión de mi cara y la pose de mi cuerpo son como si revelaran todo.

—¿Cuándo has hecho estas fotos? Pensé que en todas salías acompañada —pregunta Abril, sin apartar la vista del lienzo en blanco y negro.

—Sí, vine acompañada a todas las sesiones, pero en alguna ocasión posé sola —respondo sin fuerza, abducida por mi propia imagen.

El cuadro monocromático nos tiene a todos pasmados, y ninguno de los cuatro podemos apartar la vista del retrato donde se plasma mi mirada desafiante, con una expresión que Gus supo captar; mi disputa interior entre la inseguridad de lo que estaba haciendo y mi determinación por hacerlo lo mejor que sabía.

La iluminación realza cada detalle y textura de mi piel. Los focos, ubicados con una estrategia muy estudiada, crean sombras sutiles que añaden profundidad a la imagen, creando una experiencia visual cautivadora para los espectadores que contemplen la fotografía.

Como si fuéramos autómatas, giramos sobre nosotros mismos, escaneando las paredes en busca de más retratos. Pronto nos damos cuenta de que los cuadros están colgados aquí y allá, hay huecos entre unos y otros porque la exposición todavía no está completa, pero están organizados de tal manera que se intuye que, aun siendo fotos muy diferentes, cuentan una sola historia; el relato que Gus le ha querido dar a mi persona: el de una mujer atrapada entre dos

hombres.

Mi mirada se detiene en el cuadro del fondo. Es algo más grande que el resto y en él se nos ve a Mitxel y a mí, mirándonos con intensidad y anhelo. Recuerdo perfectamente el momento en que fue tomada la instantánea: Gus le pidió a Mitxel que me besara y él se bloqueó.

El recuerdo es tan doloroso que me mareo. Voy a trompicones hacia uno de los bancos que hay dispersos por la sala, para poder contemplar las obras con calma, y me desplomo encima.

—Peque, ¿estás bien? —Ander aparece veloz a mi lado y me pasa una mano por la espalda. Parece mentira que, con lo inteligente que es, me pregunte semejante estupidez, porque es evidente que no, no lo estoy.

—Dame un momento, solo un momento —murmuro con los ojos cerrados, concentrándome en las inhalaciones profundas que me obligo a hacer para calmarme.

—Carol, si no estás preparada para enfrentarte a él, venimos otro día. Quizá te hemos presionado mucho —dice Abril en tono de disculpa.

—Claro, mi amor. Volvemos cuando tú quieras. —Ander me atrae hacia él y me abraza. Me da un beso en la coronilla y suspira.

Cris se pone de cuclillas frente a mí y apoya los brazos sobre mis rodillas.

—Neni, dime la verdad; ¿es por la conversación que has de mantener con Gus o por lo que has visto? —Hace un gesto con la cabeza en dirección al cuadro donde aparece Mitxel. Me incorporo y la miro, mientras se me aguan los ojos—. Vale, no hace falta que respondas. Tómate el tiempo que necesites y cuando estés preparada, vamos a buscar al «artista».

Asiento y vuelvo a cerrar los ojos, dejando que la suave música ambiental que flota en el aire y crea una atmósfera relajante, haga efecto en mí y me calme.

Mis tres acompañantes se mantienen en silencio, alerta a mis reacciones y atentos a mis necesidades.

Cuando el tsunami de los sentimientos que me han hecho tambalear al volver a ver a Mitxel, aunque solo sea en una fotografía, se aplaca, estoy lista para lo que he venido a hacer.

—Vamos, terminemos con esto —les digo al mismo tiempo que me levanto con ímpetu.

Con paso firme, me dirijo a la única puerta que se entrevé en toda la sala y en donde sé que se encontrará Gus. No espero a nadie, ni doy ninguna explicación, al igual que no dudo ni un instante en abrirla sin siquiera llamar.

Allí lo encuentro, en pleno calentón, con Ainhoa. Ella sentada en el borde del tocador que utiliza para hacer sus maquillajes, con las piernas abiertas y Gus entre ellas, devorándole el cuello, con una mano amasándole un pecho y con la otra entre sus piernas.

Cris carraspea, con toda la intención de interrumpir el momento y hacer patente nuestra presencia.

Ainhoa abre los ojos de golpe, él se gira con cara de cabreo. Le hemos interrumpido el polvo, aunque al reconocernos, el gesto le muta a uno de suficiencia, con una sonrisa ladeada que me hace hervir la sangre, la barbilla algo alzada y los ojos entornados. Se limpia los labios de babas y, con calma, se abrocha los botones superiores de la camisa que dejaban ver una parte de sus pectorales torneados y tatuados.

Doy un paso al frente, dejando atrás a mis amigos. Quiero que le quede claro que es conmigo con la que va a rendir cuentas, que ellos no van a intervenir para nada, aunque el soporte moral esté ahí.

Cuando quiero hablar, la voz me tiembla con ligereza.

—No creo que tenga que explicarte el porqué de mi vista, ¿verdad?

Gus en ningún momento se ha parecido sorprender al verme. Pero finge que así es cuando habla. Menudo hipócrita está hecho.

—¡Carol! Cariño, qué ilusión verte por aquí. ¿Has visto que ya tengo media exposición colgada? ¿Te ha gustado? —Hace el amago de acercarse a mí, con los brazos abiertos y con la intención de besarme o abrazarme o vete a saber qué. Lo detengo de inmediato estirando un brazo para que no dé ni un paso más.

—No estoy aquí para disfrutar de tus fotografías —espeto con voz tensa—. Estoy aquí para que me expliques con qué finalidad manipulaste imágenes mías y creaste ese vídeo.

El pulso me retumba en las sienes. Crispo los puños, esperando su respuesta, aunque sé de sobra que ninguna explicación va a cambiar el curso de mi historia con Mitxel. El vídeo solo fue la culminación a una situación que ya no podía sostener.

—Oh, eso... Bah, ¡fue una tontería! Un simple experimento artístico. —Intenta evadir mi exigencia con un gesto despreocupado con la mano—. ¿De verdad te molestó? Pues perdona, porque no era mi intención ofenderte. —Eleva los hombros y pone cara de no haber roto un plato en su vida.

—Hijo de puta... —Oigo cómo murmura Cris.

Ladeo un poco la cabeza y levanto hacia el lado la mano para que se calme y me deje a mí.

—Un experimento artístico... —repito con incredulidad—. ¿Crees que es arte suplantar mi identidad, hacer un montaje pornográfico y enviarlo, ni más ni menos al que sabías que era mi novio? ¿Esa es tu ética profesional? —No puedo evitar ir elevando el tono de voz conforme formulo las preguntas. Las suelto de carrerilla, sin respirar, y noto la carótida hinchada y las pulsaciones martilleando en sus paredes.

Gus se cruza de brazos y adopta una actitud defensiva, aunque al hablar, su tono de condescendencia y suficiencia me sulfura.

—No lo entiendes, Carol. La fotografía es un medio de expresión, y a veces eso implica empujar los límites. Entiendo, y no espero, que no todos estén de acuerdo con mi visión artística. —Y lo dice como si realmente creyera lo que está diciendo. Como si pensara que cualquier explicación que me dé, hará que me trague el verdadero motivo de sus intenciones.

Siento una oleada de frustración y las uñas se me clavan más en las palmas de las manos.

—No se trata de tu visión artística, Gus. Se trata de mi vida y de mi dignidad. Has violado mi privacidad y has pretendido exponerme de una manera humillante enviando ese vídeo a Mitxel porque sabías cuál iba a ser el desenlace al hacerlo. ¿Pretendes justificar eso bajo el pretexto del arte? Déjame que te diga que nada tiene que ver con tu vocación, sino con tu actitud tirana y ruin. —No puedo evitar que se me escape una mueca de asco al terminar.

Sin embargo, tengo claro que, diga lo que le diga, tal y como veo que es este hombre, no le va a molestar ni un ápice. No voy a conseguir que me cuente cuál fue su finalidad real, porque quiso malmeter entre nosotros de esta manera, aunque Cris y Ander me hayan dicho alguna vez que puede que quisiera ocupar el lugar de Mitxel.

Gus intenta disimular la risa que se le escapa girando la cara hacia Ainhoa, que se ha mantenido en un segundo plano todo este tiempo, sentada sobre el tocador, atenta a los acontecimientos.

—¿Debo entender que mi inocente vídeo ha hecho que el paraíso se tambaleara? ¡Oh! ¿No me digas que Mitxel se lo tomó a mal? —Se pone una mano en el pecho y la otra en la boca, con una fingida culpabilidad que sé que está muy lejos de sentir. Eso hace que una bola de algo oscuro e hirviendo se haga a cada segundo más y más grande, suba de mi estómago hasta mi pecho, ascendiendo por el esófago, dejándome sin voz, aunque roja de ira.

—Lo que haya pasado o no entre ellos no es de tu incumbencia. —Ander da un paso al frente, se sitúa a mi lado y me abraza por la espalda, dejando una de sus manos sobre mi hombro derecho. Pronuncia las palabras que sabe que ahora mismo soy incapaz de articular—. Carol solo quiere saber el motivo de tu miserable y asquerosa creación.

»Me dan ganas de partirte la cara, «amigo», y si no lo hago es porque respeto mucho a esta mujer —dice estrechándome un poco—, y me suplicó que no lo hiciera. Ojalá no nos hubiéramos vuelto a cruzar. Qué bien me has sabido engañar y qué poco has valorado los años que nos unieron.

Gus tan solo se encoge de hombros y suelta una risa en forma de jadeo. Es inútil que sigamos con la conversación, a este tío le repatea lo que le digamos.

Saco fuerza de no sé dónde para terminar con esta charla absurda.

—Mira, Gus, haz lo que quieras, pero ya puedes ir quitando mi imagen de ahí afuera y ni se te ocurra difundir ni una sola de ellas en ningún medio. Quiero que elimines todos mis archivos. Sé que te vas a pasar mi petición por el forro de los cojones, aunque desde ya te advierto que esto no se va a quedar así. Ten por seguro que, si no soy yo la que te hace borrarlos, va a ser un juez el que lo haga.

Sin parpadear.

Sin titubear.

Con la barbilla erguida y muy segura de con lo que lo estoy amenazando. Porque eso es lo que es, una amenaza en toda regla.

—¡Ah! Y otra cosa, Gus; explorar nuevas formas de expresión no implica dañar a personas —digo para finalizar, con voz firme—. Eso no es arte, es crueldad.

Lo evalúo fijamente, sopesando su reacción. Después de un momento de silencio tenso, asiente con la cabeza, sin perder la actitud chulesca que ha mantenido durante la conversación.

—Espero que lo hagas. Recuerda que tus acciones tienen consecuencias. No puedes jugar con la vida de las personas en nombre del arte.

La discusión ha llegado a su fin, pero me da la impresión de que esto no ha terminado.



El cuerpo también recuerda

Carol

—¡Soy tu fan, *neni*! ¡¿Cómo has podido hablarle con esa contundencia y sin perder los estribos!? Es que me postro a tus pies —exagera Cris, haciéndome una reverencia con los brazos y casi de rodillas frente a mí.

Una vez fuera de la galería, he empezado a andar, sin rumbo, seguida de mis amigas.

—¿Qué dices, Cris? ¿De qué ha servido venir a pedirle explicaciones? Es el tío más déspota que hay, deberíamos de haber tenido claro que no se iba a achantar, que no nos iba a dar ninguna explicación a su manipulación. ¡Soy idiota! —Me exaspero agarrando el pelo que nace en mis sienes, me doblo por la mitad, con la intención de hacerme pequeña y desaparecer de este mundo.

—Ha servido para dejarle claro que, por muchos días que hayan pasado, tú no olvidas, y que, en cualquier caso, no va a quedar impune si se atreve a difundirlo —asevera Abril, en un acto de hacerme conciliar con nuestra decisión de venir a hablar con Gus, aunque su cara refleja una contradicción que se asemeja a esta sensación que tengo dentro. Un runrún que, lejos de desaparecer, ha crecido exponencialmente. No se ha extinguido, no he conseguido aniquilar esa «deuda pendiente» que tenía con Gus porque él, muy lejos de sentirse amenazado, ha dado a entender que lo que hizo fue por algún motivo que se me escapa, y con toda la intención del mundo.

—Ahora, el paso que deberías dar, ya que estamos, es ir a hablar con Mitxel —suelta Cris, así como si nada.

—¿Cómo? —No soy consciente ni de haber reaccionado porque la propuesta me ha pillado totalmente desprevenida.

—Lo que oyes. Debes ir y explicarle que has hablado con Gus, que ha reconocido que todo es un montaje, que tenga claro que la ha cagado mucho.

—Cris, no la presiones, por hoy ya ha tenido suficiente —comenta Ander. Tiene claro que lo que he vivido hace un momento me ha llevado casi al límite.

—Es verdad, ha sido duro, pero es una puerta que debía cerrar, y la de Mitxel también es un círculo que tendría que finiquitar. Para bien o para mal, debe poder seguir con su vida y no lo podrá hacer a menos que también hable con él y se defienda como es debido. —Me sorprende tanto como a Ander, por la expresión de su cara, que Abril haya apoyado la propuesta de Cris.

Este se gira hacia mí y me mira con gesto interrogante. Como queriendo hurgar en mi mente para saber si estoy en condiciones de enfrentarme a mi punto más débil.

No lo tengo claro. En la galería casi me da un síncope con solo ver su foto. No quiero ni pensar qué podría suceder de tenerlo frente a frente.

—Lo que tú elijas estará bien, amor. No te sientas presionada —comenta Ander.

—Sí, sí, es presión con todas las letras. Además, te aseguro que va a estar fino, fino —declara Cris, con sus salidas habituales y muy segura de lo que está diciendo. Miedo me da.

—¿A qué te refieres? ¿Qué has hecho ya? —No me molesto en ocultar mi tono de alarma. Hasta se me ha ido el color de la cara.

—¿Yo? Nada... Solo lo he ido a visitar esta mañana para decirle unas cuantas cositas —suelta como si estuviera hablando del tiempo. Se mira las uñas, haciendo ver que lo que ha dicho y hecho, no tiene la más mínima importancia.

—¡Cris! ¿Por qué has hecho eso? —la amonesto. Aunque no me da tiempo a más porque Abril sale en su defensa.

—No la culpes, Carol. Los dos necesitabais un empujón y nosotros solo queríamos ayudar. Contigo ha funcionado porque no has dudado en ir a hablar con Gus. Con Mitxel, en cambio, no tenemos la certeza.

La última frase me impacta. El hecho de que Abril tenga dudas de que Cris no lo haya hecho reaccionar, me afecta. Sí, me está cabreando mucho pensar que le importa todo un comino.

Mi amiga, para lo bueno y para lo malo, es muy clara, avasalladora, me atrevería a decir. Estoy segura de que la conversación mantenida no habrá sido nada agradable para Mitxel. Me juego lo que sea que Cris le ha dejado muy claro lo que opina sobre él, su comportamiento y cómo me ha hecho sentir.

Conforme lo pienso, se me instaura una bola de fuego en el pecho que explota y se expande con velocidad, lamiéndome las venas como si fuera lava de un volcán. «No ha intentado llamarme, no ha venido a buscarme... ¿Tan poco le importo?», pienso. Tengo que mordirme la mejilla por dentro y hacerme daño para que se me pasen las ganas de llorar, pero son lágrimas de rabia y frustración, no de pena.

Al final estallo, aunque no chillando ni despotricando sobre él, sino con una única determinación.

—¿Sabéis qué? Que tenéis razón. No es justo que alguien vaya creyendo que la del vídeo soy yo. No me importaría si fuera la opinión de una persona que no conozco, pero no es el caso. Y, aunque el hecho de que vaya a hablar con Mitxel y le cuente que he ido a pedirle explicaciones a Gus, y que este ha admitido que ha manipulado las imágenes no va a solucionar nada entre nosotros, me quedará mucho más tranquila. —Doy media vuelta y empiezo a andar.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —Ander corre detrás de mí y cuando me alcanza, me frena cogiéndome del brazo—. ¿Estás segura de que es buena idea? ¿Estás «entera» para hablar con él? —pregunta preocupado—. No quiero que este arrebato de furia que te ha entrado te pase factura luego. Primero eres tú, ¿me oyes? Que le den viento a Mitxel si aún no ha sabido darse cuenta de la verdad.

—Tengo que hacerlo, Ander. Si no, no podré curarme las heridas, no podré seguir adelante y, créeme, lo necesito. Ojalá fuera distinto, ojalá él me hubiera elegido a mí, pero visto lo visto, no es así, con lo cual, tengo que quitármelo de la cabeza y arrancármelo de la piel. No me queda otra. ¿Me entiendes? —Se me ha quebrado la voz conforme iba confesando cómo me siento. Pero es Ander, él más que nadie puede comprenderme.

—Ven aquí, anda. —Me refugio entre sus brazos y me aprieta fuerte contra él. Es increíble la naturalidad que le hemos dado al cambio de rol entre nosotros y lo mucho que respeta la decisión, que justo tomó él, de ser solo amigos.

—A ver si voy a tener que ir y marcar territorio... —espetea Cris con guasa—. Os recuerdo que vosotros dos ya no tenéis derecho a roce y por lo que estoy viendo, ¡de esto hay mucho en

este momento!

—¡Cállate, Cris! —Oigo cómo la riñe Abril, seguido de un golpe sordo que seguro ha sido un manotazo—. Es lo que necesita ahora. A veces, un abrazo te da la fuerza que precisas para seguir adelante.

—Pues si fuerza es lo que requiere, fuerza es lo que va a tener.

Acto seguido noto una sacudida y alguien que casi se cuelga de mi espalda y me rodea con los brazos.

—Estoy contigo, *neni* —me dice al oído y con una voz dulce, nada típica de Cris.

Segundos después es Abril la que se suma al abrazo-piña y terminamos por colapsar la acera.

—¿Esto es eso que se regalan abrazos? —Oímos que nos pregunta una viejecita que se apoya en un carro de la compra y que quiere pasar por nuestro lado.

—No —le responde Cris—, pero si usted quiere uno, yo se lo doy.

Sin dejar que la pobre mujer responda, Cris se abalanza sobre ella y casi la desmonta, pobrecita. Aunque la anciana, lejos de quejarse, se ríe y le sigue el gesto, con una cara de felicidad que nos llena a todos.

—Venga, que te acerco a casa de Mitxel, queda lejos andando. —Se ofrece Ander, sin permitirme que me separe de su cuerpo.



Aprovecho que un vecino sale para colarme en el portal. Subo por las escaleras, así me doy tiempo a pensar, a estructurar en mi mente qué voy a decirle y cómo lo voy a hacer.

Ahora no me parece tan buena idea haber venido porque, ¿de qué le va a servir mi palabra diciéndole que la del vídeo no soy yo cuando ya lo hice en el momento en que lo recibí? ¿Ha cambiado algo para que ahora me crea? «Mierda, no he hecho bien tomando esta decisión», pero cuando termino de pensarlo ya estoy en su rellano. Soy incapaz de alargar la mano y tocar el timbre, así que me quedo aquí plantada, frente a la puerta, como una estatua, imaginando que él está ahí dentro. Tan pocos metros de separación física y tantos kilómetros de distancia entre nuestras almas.

No, me voy. Es él el que ha de venir a pedir explicaciones o a disculparse, en caso de haberse dado cuenta de que no soy yo la protagonista de la cinta.

Antes de deshacer mis pisadas escaleras abajo, no puedo evitar apoyar la palma de la mano en la puerta, como si así lo estuviera tocando a él. Cierro los ojos y descanso la frente en la misma hoja de madera, cojo aire con fuerza; quizá sea la última vez en mucho tiempo que lo tenga tan cerca.

Todavía no me explico cómo Mitxel me afecta tanto, por qué me aflige que no me quiera como debería.

—No se trata de que no puedas darme un beso, o de que no te acuestes conmigo. O por lo menos eso no es lo que de verdad me importa —me sorprendo diciéndole a la puerta—. Lo que me duele es que, por mucho que me he esforzado, nunca he conseguido tenerte. Nunca he llegado a ti. Hay una barrera, como esta puerta que ahora nos separa, que me cierras cada vez que hemos dado un pequeño paso más. —Mi propio sollozo me asusta. Me llevo una mano a la boca, para acallar el ruido que pueda haber hecho. Yo misma me he asustado tanto que tengo el

corazón latiendo desenfrenado.

—Si te dejaras ir, si me demostraras que realmente ya no te une nada a ella, como me has dicho tantas veces, si te dieras cuenta de que ser fiel a tu palabra ya no tiene ningún sentido, si lo que dices es cierto...

La puerta se abre y, de repente, estoy frente a Mitxel. Tengo que dar un pequeño paso hacia delante para recuperar el equilibrio, aunque al levantar la vista y enredarla a la de él, parece que lo vuelvo a perder.

Nos separa un metro y medio, a lo sumo, y puedo olerlo desde aquí. Su aroma, como otras tantas veces, me crea un nudo en el estómago y otro en la garganta que baja con rapidez para instalarse en pleno esternón, justo detrás de la unión de las costillas, comprimiendo los pulmones, haciendo que no pueda llenarlos del todo de aire. No solo el cerebro tiene memoria. El cuerpo también recuerda. ¿Cómo voy a poder sacármelo de dentro algún día como le he dicho hace un rato a Ander? Es que no voy a poder...

Mitxel no ha dicho nada en estos minutos que llevamos frente a frente. O puede que hayan sido segundos, no lo sé. Ahora mismo no tengo el control de nada. No sé si me habrá escuchado o si está sorprendido o enfadado de haberme encontrado aquí.

Tiene los ojos vidriosos, no sé si afectado —a mal— por verme o por querer abalanzarse hacia mí y estrecharme entre sus brazos. «Por favor, que sea la última opción, por favor», me sorprendo deseando.

Sin embargo, el gesto le muda a otro más trágico. Una expresión de dolor tan profunda que me golpea en pleno plexo, como el puñetazo directo de un boxeador, haciendo que pierda la respiración, expectante a la reacción que pudiera tener en cualquier momento.

Estoy tan nerviosa que respiro de forma entrecortada. Me fijo en que él también lo hace. Su pecho sube y baja con rapidez, se marca bajo la camisa blanca que lleva, que hace que el azul celeste de sus ojos resalte más.

En un momento dado, hace el amago de dar un paso, pero se detiene, se agarra tan fuerte al borde de la puerta, que mantiene abierta, que parece que vaya a atravesar la madera con las uñas. Se aferra a ella como si fuera el salvavidas que lo escudara de arrojarle sobre mí.

Me mira, analizando mi rostro, que navega entre el asombro y la emoción de volverlo a tener delante. Supongo que no sabe si acercarse o no. Es normal, no tiene ni idea de en qué condición estoy aquí. Está claro que no esperaba encontrarme.

De pronto, sacude la cabeza, se muerde el labio superior y, sin que me dé tiempo a asimilarlo, estoy entre sus brazos. Retrocede unos pasos, los justos para hacerme entrar en su casa, aunque sin soltarme, y cierra la puerta. Su espalda colisiona contra una de las paredes del recibidor, no soy consciente de cuál, porque mis sentidos solo pueden atender al tacto de su cuerpo. Me aferro a su cintura, tan fuerte que creo que le hago daño al clavarle las yemas de los dedos. Mitxel sisea, pero no es un quejido de dolor, o no del dolor malo, por lo menos. Es un gemido de desesperanza, de no tener bastante con esto. ¡Y cómo lo entiendo! Lo quiero apretar tanto y tan fuerte, que quiero atravesarlo. Quiero meterme dentro de él y no salir nunca.

Mitxel hunde la nariz en el lateral de mi cuello, me aspira y empieza a regarlo de besos que me queman como si tuviera los labios en llamas. Tiemblo contra su cuerpo porque no sé cómo gestionar este torrente de sensaciones que me abruman de pies a cabeza.

Puede que me hubiera imaginado alguna que otra situación al venir aquí, pero ninguna de

ellas, barajaba esta posibilidad. Este momento en que Mitxel se deshace contra mí.

Me pongo de puntillas para poder estar más cerca de él. Elevo los brazos y le rodeo el cuello.

—Carol... —jadea con agonía—. Joder, no podía estar un minuto más sin verte. ¿Esto es real? Salía hacia tu casa.

Me recorre la espalda con caricias enérgicas, casi desesperadas. Me peina el pelo, para volver a descender por mi columna vertebral hasta más allá de donde la espalda pierde su nombre. Me estruja las nalgas, pegándose a él, pero no es nada sexual, o yo por lo menos no lo siento así; es una forma de acercarme a él, de tenerme más pegada a su cuerpo.

—No puedo más —sigue hablando. A mí no me salen las palabras, no todavía—. No puedo más, Carol... —Y su confesión se me antoja como una rendición con él mismo.

Empieza a darme besos por el pelo, por la cara, por el cuello... Besos que crecen en intensidad y que me sobrepasan. ¿Qué está ocurriendo? ¿En qué momento he pasado de venir a ponerle las cosas claras, a terminar abrazada a él?

—Mitxel, tenemos que hablar —consigo pronunciar al fin, aunque sin dejar de corresponderle a cada uno de los besos que ha ido repartiendo por la piel que tengo libre de ropa.

—Sé que no eres tú la del vídeo —confiesa entre beso y beso. En el cuello, en la oreja, en el trapecio... Ha zanjado con una frase el discurso que yo le pudiera dar—. Me he flagelado desde el día después de que te marcharas de casa.

—¿Y por qué no has venido a buscarme? —sollozo, recordando lo que he sufrido estos días.

Se endereza y me acuna la cara con las manos y yo bajo las mías a su cintura. Me mira fijamente a los ojos para pronunciar sus siguientes palabras.

—Porque hasta que no se ha ido Cris esta mañana de casa, después de soltarme un buen rapapolvo, no he sido consciente de que tienes razón. No puedo estar contigo si no voy a estar al cien por cien. No es justo para ti que siempre anteponga a otra persona que ya no pinta nada en mi vida y con la que tengo una conversación pendiente. Pero ahora, más que nunca, tengo claro lo que es prioritario para mí.

No me atrevo a preguntar qué es por miedo a que la respuesta no sea la que quiero escuchar, sin embargo, Mitxel, no tarda en sacarme de dudas.

—Lo único que quiero es a ti, solo a ti. Sin nadie más que se interponga entre nosotros.

Trago saliva. Se me aguan los ojos y parece que el latido que retumba en mi carótida vaya a romper sus paredes. Soy consciente de cómo Mitxel, sin soltarme la cara, se acerca a mí. Arrugo la tela de su camisa en un puño, expectante, nerviosa e impaciente por lo que creo que va a hacer.

Mitxel se humedece los labios, se acerca a los míos y, por fin, me besa. Despacio. Como si no quisiera que nadie se enterara de lo que está haciendo.

Inspiro con fuerza y lo abrazo para estrecharlo contra mi cuerpo a la vez que le devuelvo el beso. Esta vez lo disfruto más. Esta vez es consentido, deseado y... perfecto.

Entreabrimos la boca, despacio, recreándonos en la sensación de paladearnos por primera vez de verdad, y el efecto es como pisar la arena cálida de la playa el primer día de verano. Estoy segura de que él, al igual que yo, siente este agradable calor que cada vez se hace más intenso y me abrasa de arriba abajo, incontrolable, desmesurado, anhelado.

Pronto la suavidad del beso se torna ansiosa. Mitxel me agarra el pelo y lo aprieta en su puño, tira de él y hace que eche hacia atrás la cabeza, momento que aprovecha para saquear la piel de mi cuello.

No me quedo atrás. Aprovecho para desabrochar los botones de su camisa y tironeo de ella, haciendo que él se mueva y se aparte lo suficiente para poder quitársela y dejarlo desnudo de cintura para arriba.

Mitxel parece estar ensimismado mimando con la boca los puntos secretos del cuello y el escote que me doblan las rodillas, pero nada más lejos de la realidad.

—Vamos a mi habitación —propone en ese momento.

Ni me acordaba de que estábamos en el recibidor. Pero no me da tiempo a pensar en nada. De golpe, tira de mí y en un instante, caigo de espaldas sobre el colchón de su cama.

«Dios, ¿de verdad está pasando esto? Si es un sueño, por favor, ahora no me despiertes». Aunque sé de sobra que no lo es y de lo que tengo miedo es de que a él, como siempre le ha pasado, se le cruce el *flash* de Gisèle y se maldiga por haberse dejado llevar. Así que, antes de encontrarme contra el muro de siempre, me incorporo y me doy prisa en desabrocharle el cinturón. Las manos casi no me responden de los nervios que me asolan, mis movimientos son torpes y descoordinados, sin embargo, logro mi objetivo. Para mi sorpresa, Mitxel se quita los pantalones sin titubear, se sube a la cama, apoyando las rodillas y me inmoviliza al sentarse a horcajadas sobre mí. Se inclina y vuelve a buscar mi boca que le ofrezco con mucho gusto, cada vez más enajenada por la presión de sus labios y las caricias de sus manos, que ahora mismo están ocupadas con mis pechos.

—Adoro tus tetas —reconoce al retirar una de las copas del sostén y meterse un pezón en la boca.

Así es él; tan masculino, con esa barba oscura y cerrada que ensombrece la piel de su mentón, con esas pestañas negras y espesas que hacen aún más claro el color azul de sus iris. Con esa sonrisa descarada. Siempre tan educado en público, para luego, soltarme un «adoro tus tetas» de forma descarnada y lasciva. Mitxel es las dos caras de una misma moneda. Un caballero de día y el hombre sin tabúes que te susurra guarradas mientras te come la boca.

El resto de ropa vuela. En un momento dado estamos piel con piel. Yo con las piernas abiertas para él, y él refregándose conmigo.

Alzo las caderas y Mitxel se encaja dentro de mí, sin que tenga que rogárselo, aunque haya estado a punto de hacerlo, porque ya no podía aguantar más ni las caricias ni los besos ni la espera infinita.

Me agarro de sus hombros y hago un esfuerzo titánico por no cerrar los ojos. He esperado tanto este momento que no quiero perderme nada. Ni una sensación, ni un gesto, ni una mirada... Y me cuesta horrores no hacerlo, porque mi cerebro me pide que blanquee los ojos al sentirme llena de él, me pide que me rinda al placer de tenerlo por fin dentro.



Controlar la ira

Mitxel

Te prometo que cuando he venido solo tenía la intención de decirte que Gus me había confesado que manipuló el video «como un mero experimento artístico». Nunca se me hubiera pasado por la cabeza que podríamos haber terminado como lo hemos hecho.

Ha sido tan perfecto, te he sentido tanto, que me va a costarirme de tu lado, pero tengo que hacerlo, porque te conozco y sé que, cuando despiertes y seas consciente de lo que hemos hecho y de que has faltado a tu palabra, volverán los remordimientos y las culpas.

Te quiero. Mucho más de lo que pueda admitirme a mí misma. Sin embargo, el motivo por el que me alejé de ti hace unos días sigue estando ahí y, hasta que no se vaya, tengo que priorizarme yo. ¿Lo entiendes?

Por eso me voy, te dejo dormido y me fallan las fuerzas para salir por esa puerta y dejarte atrás.

Siempre tendré el recuerdo de esta tarde-noche que me has regalado. Gracias por elegirme por una vez.

Carol

Releo una y otra vez la nota que me he encontrado sobre la almohada donde debería haber estado ella. Me la sé de memoria, pero reseguir el trazo de su letra, es como sentirla más cerca.

«Ya está bien de revolcarte en la miseria. Actúa de una vez», me ordeno a mí mismo.

Unai ha venido en cuanto lo he llamado, después de leer la carta de Carol. Necesitaba explicarle lo que había pasado, lo que había hecho y, sobre todo, necesitaba decirle que no me sentía culpable. Que no había remordimiento, en eso Carol se equivoca. Ella me ha curado, ella me ha quitado el yugo de encima.

—¿Por qué no la llamas y le cuentas lo que me acabas de decir? —propone Unai, supongo que harto de este silencio en el que nos encontramos.

—¿No has leído la carta? No va a estar tranquila hasta que no arregle las cosas en Francia. No serviría de nada que le hiciera promesas que ella sentiría como vacías.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —presiona para que, de una vez por todas, tome una decisión.

—Tengo que ir a Lyon —murmuro exteriorizando lo que era obvio para todos y no tanto para mí, hasta hace bien poco—. Tengo que ir, ya —repito mucho más alto y convencido, dando un golpe con la mano abierta al sillón del sofá.

—Ya era hora, Mitxel. Ya era hora. —Unai me palmea en el hombro y sonrío. Como si por fin volviera a verme.

—¿Crees que la tendré cuando todo se haya arreglado? ¿Será demasiado tarde para ella? —Me aterra pensar que la pueda haber perdido para siempre, que se plantee el hecho de si le compensa estar conmigo o no.

—No lo sé, amigo, aunque siempre podrías luchar por ella si realmente merece la pena, ¿no?
—Unai se sienta en la mesa auxiliar, frente a mí, y apoya las manos en mis hombros—. Mitxel, paso a paso. Primero, sincérate con Gisèle, habla con ella y hazle entender que lo vuestro, hace mucho tiempo que no tiene sentido. Luego vuelve y haz lo imposible por recuperar a Carol, como tuve que hacer yo con Abril, ¿te acuerdas? —Agacho la cabeza y afirmo.

—No te voy a decir que va a ser fácil, porque te lo vas a tener que currar mucho. No solo con ella, sino también con Cris, que ya has visto cómo está, y con Abril, que, aunque sea tu amiga, está dolida por cómo han ido las cosas.

—Haré lo que haga falta por volver a tenerla. Si tengo que saltar de otro avión, esta vez sin paracaídas, lo haré. No puedo perderla. A la mierda Gisèle y a la mierda mis miedos por enfrentarme a ella y a sus amenazas.

Me sorprendo cuando se me expande el pecho y entiendo, con esta simple conclusión, que quiero a Carol más que nunca. La quiero porque, por más días que pasen sin pena ni gloria, Carol lo es todo; es mi día, mi noche, mi universo. Carol es mi absoluto. Todo empieza y acaba con ella, aunque no esté a mi lado ahora mismo. Porque siempre está en mi pensamiento.

Unai me palmea el muslo, satisfecho de que por fin tome las riendas de la situación.

—Te ayudo a buscar vuelos. No quiero que te retractes de nada de lo que acabas de confesar. Pillaré el que más pronto salga. —Saca el móvil, abre la aplicación Skyscanner y empieza a teclear.

Ya es un hecho; Gisèle y yo vamos a volver a vernos las caras.



Ya no recordaba que la sensación de entrar en este centro no es como la que tienes al entrar a un hospital; no hay olor aséptico ni suelos vinílicos ni predomina el color blanco. El centro Morreu es una mansión de lujo. Y ojo, que no digo «igual que», afirmo que «es» una mansión de lujo, porque así se describe en su propia web y en cualquier entrevista, artículo o anuncio que haga.

Una recepción que roza lo ostentoso y que ya quisieran los Ritz para ellos. Techos altos, alfombras persas, sillones orejeros y grandes ventanales me dan la bienvenida.

El hombre sentado tras el mostrador me regala una amplia sonrisa cuando me ve. «Jean Gusteau. Enfermero», reza la placa que lleva colgada en la chaquetilla, aunque parece más bien el relaciones públicas del lugar.

—Buenos días, caballero —me saluda con un exquisito y educado francés—. ¿Puedo ayudarle?

Doy dos pasos para acercarme más a la repisa, me agarro al borde con las dos manos, como si no hacerlo supusiera que me fuera a caer redondo. Me aclaro la garganta antes de empezar y me humedezco los labios que, de pronto, noto reseco. Mi francés se ha oxidado bastante, aunque no tendré problemas para comunicarme con el enfermero.

—Buenos días, muy amable. Vengo a visitar a Gisèle Leroux.

—¿Ha concertado cita con anterioridad? —pregunta mientras teclea, ya sin mirarme.

—Sí, llamé hace dos días. —El siguiente paso tras la reserva del vuelo fue llamar a la clínica. Esta vez no hablé con el Sr. Leroux, no quería intermediarios, así que no sabía en qué condiciones se encontraría Gisèle. Por un momento tuve miedo de que se hubiera desestabilizado

otra vez y no le permitieran las visitas, pero no era el caso.

—¡Mitxel! —Mi nombre, chillado de lejos, hace que me gire. Lo hago con los ojos cerrados, inspiro con fuerza, hinchando el pecho y preparándome para volver a estar delante de ella y de su influjo.

Cuando los abro, la veo plantada delante de las puertas de un ascensor en el que no había reparado antes, justo en la otra punta de la recepción, que no es precisamente pequeña.

Junta las palmas de las manos y las pone, a modo de rezo, delante de la boca. Levanta los hombros y se le achican los ojos al ensanchar la sonrisa, emocionada y contenta, supongo que de volver a verme.

No sé si el enfermero me habla o no, porque ahora mismo solo oigo el bombeo de la sangre en mis oídos. Tengo las pulsaciones tan aceleradas que parece que cada latido se nota en una vibración en la tela de la camisa que llevo.

Gisèle se decide a andar hacia mí y yo hago lo propio, no obstante, su efusividad contrasta con mis pocas ganas de volver a verla.

Sorteo los sillones que encuentro a mi paso, dejo atrás a lo que supongo que serán otras pacientes que yacen leyendo o hablando entre ellas. Es como si me encontrara en un plano espaciotemporal diferente, como si esto no estuviera pasando en mi mundo o en mi vida. Como si no fuera parte de mi existencia; nada más lejos de la realidad.

—¡Mitxel! Mi amor... cuánto te he echado de menos. —Gisèle se tira a mi cuello, colgándose, literalmente, de mí. Cruza las piernas en mi cintura y se aprieta contra mi cuerpo.

Pongo las manos en su cadera, más por inercia que por querer tocarla. Hago un poco de fuerza, intentando separarla y termina por estirar las piernas y deslizarse poco a poco sobre mí. Esta reacción desmedida me ha pillado por sorpresa.

No recordaba lo alta que es. Estoy acostumbrado a Carol, que aunque no es baja, me llega por el hombro y es como más manejable. Gisèle se me hace grande, en todos los sentidos.

Cuando me doy cuenta, me está repartiendo besos por el cuello, la oreja, las mejillas... Al llegar a los labios me aparto con brusquedad, a pesar de que me tiene la cara cogida con las dos manos.

—Vaya —responde a mi gesto, extrañada—. Veo que no has venido porque tuvieras ganas de verme... —Arquea una ceja y me escudriña con la mirada. Intenta descifrar mi rostro, pero estoy tan bloqueado ahora mismo, que debo tener cara de póker.

—Hola, Gisèle —consigo decir al fin, aunque sin mucho entusiasmo. Me ha salido una voz entre dientes, casi susurrada. Me meto las manos en los bolsillos del vaquero, por darles alguna utilidad, y me separo de ella, dando un paso hacia atrás—. Te veo bien. —Fuerzo una sonrisa para empezar esta conversación con buen pie. La conozco y sé que, si se pone a malas, voy a salir de aquí peor de lo que he entrado.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal —sugiere al morderse una uña y balancear los hombros, coqueta—. Veo que le echas horas al gimnasio. —Me repasa de arriba abajo y me siento violento. Parece que me esté desnudando con la mirada. Tiempo atrás, si estuviéramos en casa, ya estaríamos follando contra cualquier pared—. No sabes cómo me pones con esas greñas. —Alarga una mano y enrosca un mechón de pelo de mi nuca en su dedo índice. La agarro de la muñeca, con firmeza y la aparto.

Me pregunto si tendrá controlada su adicción o solo está aquí para estar tranquila y arruinar un poco a su familia. Cada mes que pasa encerrada en este centro cuesta unos treinta mil euros. Se lo pueden permitir, porque tienen muchísimo dinero, pero si no lo va a aprovechar, es como abrir una ventana y tirar un dineral por ella. Aunque eso a Gisèle no le importe.

—¿Podemos hablar en algún lugar tranquilo? —La miro sin pestañear, directo a los ojos, ya sin moderar mi temple. No he venido aquí a pelar la pava. He venido para poner mi vida en orden y eso pasa por zanjar mi relación con ella.

—Claro, para qué un poco de interés en mi persona, ¿no? Vienes después de más de un año y con exigencias. —Le ha cambiado el humor y su tono ya es severo, supongo que entiende el motivo de mi visita.

Nos dirigimos al ala oeste, que queda más próxima a donde nos encontramos. Gisèle va algo más avanzada a mí y aprovecho para mirarla. No ha cambiado nada: el mismo peinado que alarga aún más su cuello esbelto, los dos lunares en el lateral, como si fueran el mordisco de un vampiro y que tantas veces lamí...

Lleva un vestido vaporoso, muy primaveral, que vuela tras ella en cada paso vigoroso y seguro que da. Camina erguida, con las manos cogidas bajo el pecho y los labios estirados en una sonrisa falsa que puedo ver de perfil cuando saluda, afable, a varias mujeres que nos cruzamos por el pasillo. Es como si el lugar fuera suyo; inclina la cabeza y baja los párpados con una condescendencia tal que parece como si el resto estuviera a su servicio.

Siempre ha tenido esa aura de realeza y sofisticación que hace que caigamos rendidos a sus pies. Pero ahora yo ya soy inmune a ella. Solo veo su lado oscuro y perverso, la parte libidinosa de una mujer egoísta y manipuladora que ha sabido doblegarme y tenerme a su merced a pesar de la distancia.

Gisèle tuerce a la derecha y entramos en un salón con una de sus paredes totalmente acristaladas. En el otro extremo, una librería que se extiende de lado a lado y de arriba debajo del tabique.

Más sofás orejeros, mesas auxiliares frente a ellos, columnas de yeso romanas, de las que cuelgan algunas plantas que le dan un toque de color a la estancia, decorada en tonos blancos, crudos y dorados.

—¿Te apetece un Rooibos? —Su voz resuena por la sala y me hace volver a la realidad.

—No, gracias. Estoy bien. —Me subo un poco los pantalones tirando de la pernera y me siento en uno de los sofás que tengo cerca.

Gisèle me mira, perspicaz, desde el mueble donde disponen de una tetera eléctrica, tazas y platos de porcelana, una bandeja con galletas de té y otra con lo que supongo que es el surtido de las infusiones.

Observo su ceremonial para prepararse la tisana, todo muy elegante, casi diría que con gestos sensuales. Gisèle me lanza miradas que pretenden ser cautivadoras, me recuerdan a aquellas que me dedicaba cuando nos conocimos. La diferencia es que yo ya no soy el mismo y encima la conozco. No tienen ningún efecto en mí.

Se acerca removiendo el líquido al compás de cada paso que da; un pie detrás de otro, con el movimiento ondulante de sus caderas, como si estuviera desfilando en un pase de modelos.

Se sienta frente a mí, cruza las piernas por los tobillos y las ladea. Apoya el plato con la taza en los muslos y cuadra la espalda.

—Tú dirás —dice con una sonrisa impostada en la cara.

Joder, cómo empiezo esta conversación...

—¿Cómo te encuentras? ¿Cómo te sientes? —me intereso solo por calmar un poco la tensión que ahora mismo hay entre los dos.

—Vaya, ¿de verdad te importa? —Eleva una ceja y parpadea un par de veces más rápido de lo normal.

—Gisèle, podemos mantener esta conversación como dos personas adultas y civilizadas o ponernos como energúmenos. Aunque si eso es lo que buscas, te advierto que no estoy por la labor. Si lo quieres poner difícil, adelante, pero no seré yo el que te siga el juego. Ya no.

—Vaya, veo que las nuevas «amistades» —y hace el gesto de comillas con una de sus manos — te han cambiado mucho —suelta a modo de respuesta.

Y ha dado tanto en el clavo, que caigo en la cuenta de que lo sabe. No sé cómo, pero está al corriente de Carol. Gisèle no dice nada en balde. Cuando habla es con conocimiento de causa.

—¿Cómo te has enterado? —escupo entre dientes. Me cabrea infinito que, aun con contacto cero, sepa de mi vida con tanta precisión.

—*Mon amour*, ¡el mundo es un pañuelo! Y por este centro pasan miles de personas. Estamos segregados; en un edificio convivimos las mujeres, y en el del fondo, los hombres. Tooodos tenemos la misma adicción —explica haciendo un abanico con el brazo—. Así que nos las ingeniamos para escaparnos y encontrarnos. Aunque no te voy a negar que en las habitaciones de mis compañeras he pasado grandes ratos —confiesa con la voz sugerente.

Lo dice con naturalidad, sin importarle que sea yo a quien se lo está confesando. No quiero montar una escena, no quiero saltar por los aires como de verdad me gustaría hacer, mandarla a la mierda y chillarle que no tiene vergüenza ni nunca la ha conocido.

Trago saliva para hacer bajar la bola de fuego que pugna por escapar por la boca.

—No te quieres curar, ¿verdad? No entiendo por qué haces que tu familia se gaste tanto dinero aquí si sigues igual —termino por reprocharle. Me da igual con quién se acueste y lo que haga para hacerlo. No me molesta en absoluto. Ya no es de mi incumbencia. La verdad es que me sorprende no sentir... nada, absolutamente nada. Ni un pellizco de celos.

Lo que me enfurece es haberme comido la cabeza por mantener la palabra que le di. Por haberle sido fiel en ese sentido cuando a ella le importaba tan poco. Por haberla priorizado a la mujer que verdaderamente lo merecía.

Me molesta lo idiota que he sido respetándola. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? ¿Cómo no me he dado cuenta antes de que puso unos vetos que ella no pensaba respetar? ¡Si es que soy gilipollas!

—¿Cómo lo voy a dejar?! ¿Has visto este sitio? Estoy mejor que quiero y la mar de atendida. En todos los aspectos, ya me entiendes.

—Estás muy mal Gisèle —mascullo con los dientes apretados. Estoy haciendo verdaderos esfuerzos por no saltarle encima.

Aunque en realidad me da lástima. Es una pena que, una mujer tan válida como ella, esté desperdiciando su vida así.

—Dime algo que no sepa, querido —se carcajea.

Respiro. Una, dos, tres veces. Cierro los ojos y me concentro en un punto concreto: el del plexo solar. El espacio entre el esternón y el estómago; la posición exacta donde nace y se

alimenta mi ira hacia ella.

Consigo mantener la compostura. Me da igual que me vea así, controlando los nervios. Sé que le divierte y busca que explote. Cada vez tengo más claro que lo va a conseguir, pero será la última vez, porque cuando ya no logre controlarme, me va a dar igual lo que salga por mi boca. Aunque aún no ha llegado el momento. Necesito respuestas.

—No te desvíes del tema. ¿Por qué me da la impresión de que conoces demasiado de mi vida? —reconduzco la conversación hacia lo que verdaderamente me interesa y que me llevará a zanjar mi relación con ella.

Gisèle ni se inmuta, ladea una sonrisa, se lleva la taza de té a los labios y le da un sorbo al brebaje. Luego, deja la taza en una mesa que tiene al lado y se alisa la falda del vestido.

—Ya te lo he dicho, aquí he conocido, y conozco, a mucha gente. De todas partes, hasta de La Rioja. Personas con caché y reconocimiento que han dado la vuelta al mundo mostrando su arte y plasmando la belleza de sus creaciones en fotos.

Silencio.

Su mirada torva, maléfica, perniciosa.

Su sonrisa sardónica.

Una corriente helada me recorre la espina dorsal y me pone la piel de gallina a su paso. Se me eriza hasta el pelo de la nuca.

No puede ser. ¿Hasta ahí han llegado sus tentáculos? Es imposible que...

—Gus —murmuro al cerrar los ojos, más para mí que para ella.

—¡Bravo! —exclama exultante, con un aplauso—. Si es que es normal que me fijara en ti. ¡Qué listo es mi niño!

Aprieto los dientes tan fuerte que me preocupa que puedan romperse. Las uñas se me clavan en las palmas de las manos. Tendría que habérmelo imaginado. Ese hombre tenía una única finalidad: separarme de Carol. Y no porque él quisiera ocupar mi lugar, sino porque era Gisèle la que no quería que estuviera con ella.

Tiro del poco autocontrol que tengo para que me lo confirme.

—¿Por qué, Gisèle? ¿Por qué has tenido que malmeter de esta manera? —la increpo con la máxima calma que puedo encontrar ahora dentro de mí.

—Gus vino a visitarme hace unas semanas. Me habló de un nuevo trabajo con no sé qué empresa de bisutería. Una cosa llevó a la otra y saliste tú por ahí en medio. Pensaba que eras alguien de palabra, que teníamos un acuerdo. Yo me curaba y tú me esperabas, pero no. El bueno de Mitxel estaba rehaciendo su vida con una... mujerzuela de tres al cuarto.

—No te pases, Gisèle. No le llegas ni a la suela del zapato a Carol —gruño como un perro rabioso, como el animal que va a saltarle a la yugular en breve. No voy a consentir que diga nada malo de ella. Hasta aquí hemos llegado.

—Pues será que a mí me cuesta verle el encanto —dice sin darle importancia al quitarse una mota de polvo inexistente del hombro.

—Y qué más da. No todo el mundo está hecho para apreciar un carácter sosegado como el suyo. Tú eres más de alguien visceral y carnal, ¿no? —ironizo.

—Y tú no, ¿verdad? —contraataca de pronto. Se echa hacia delante, como una serpiente a punto de abalanzarse sobre su presa—. ¿Tú sí estás hecho para ese carácter?

—Es evidente que sí, o no seríamos amigos —respondo en el mismo tono, quizá con cierta

chulería. Por fin una reacción que le ha afectado. Veo que Carol no le es tan indiferente como pretende. De hecho, no hubiera urdido este plan si no fuera así.

—¿Carol y tú habéis tenido algo? —inquiére, cabreada.

—¿Algo como qué? —No voy a darle información gratuita. No quiero hablar con ella de este tema más de lo estrictamente necesario.

Al venir aquí, tenía miedo de hacerle daño y que pudiera cometer una locura. Ahora veo cuán equivocado he estado durante todo este tiempo. Cuánto me he martirizado por ella, cuando ha hecho lo que le ha venido en gana aquí dentro. Sin respetarme —aunque no me importa—, pero, lo que más me fastidia, es que lo ha hecho sin un ápice de remordimiento y eso me vuelve a llevar a pensar en todas las veces que he dañado a Carol por no faltarla a ella.

—No sé, dímelo tú. Gus me ha informado que estabais muy unidos, pero el muy cretino no sacó demasiada información sobre vosotros. Aunque el video que hizo... Qué bien me lo pasé grabándolo e imaginando cómo te iba a afectar verla a ella follar con tantos tíos, una vez, Gus, lo manipulara con IA. ¿De verdad no me reconociste en él? Cariño, ¡qué decepción! Mi querido artista me dijo que era muy creíble, pero tenía la esperanza de que al verlo, me reconocieras, como cuando íbamos al local y nos pasábamos la noche follando con todos.

Los fotogramas del vídeo se me aparecen.

Jadeos.

Cuerpos enredados.

Una mujer entre varios hombres

Y la imagen de Carol se desvanece y es Gisèle la que la sustituye; su boca, sus pechos, sus piernas, su sexo.

¿Cuál es la pena por matar a alguien en Francia?



La confesión en bandeja

Mitxel

Tengo que crisar los puños para no ponerme a chillar. Intento frenar el bombeo desenfrenado de mi corazón. Debo tranquilizarme porque, de no hacerlo, me levantaré y la ahogaré con mis propias manos.

Quiero gritarle tantas cosas que no me sale ninguna. Todas se colapsan en el esófago, bullendo y aglutinándose como si de una olla a presión se tratara.

Gisèle me mira con esa sonrisa de muñeca rota, esa que pretende ser preciosa, pero que en realidad da miedo. Y no se detiene en sus pesquisas. Añade una vuelta de tuerca más al tema.

—Venga, dímelo: ¿sois o habéis sido pareja? ¿Os habéis liado, o habéis tenido un romance? ¿Sois *follamigos* o eres su puñetero amante? A eso me refiero, Mitxel. —El tono de voz, que ha empezado irónico, ha terminado con un punto de cabreo que me hace sonreír.

Me ha puesto en bandeja la confesión por la que he venido a visitarla. Me ha abierto la puerta a que suelte de una vez este yugo que me ata a ella. No se ha dado cuenta, pero las tornas se han girado y ahora soy yo el que va a salir vencedor de este encuentro.

Me ha buscado y me ha encontrado. Ya no me importa si le hago daño o no. Ya no me preocupan los miramientos para con ella.

—Sí. A todo. Carol es mi amiga, mi pareja y mi amante. Me he liado con ella las veces que me ha sido posible y ten por seguro que, cuando vuelva a casa, voy a seguir con ello de todas las maneras posibles. Sí, Carol y yo tenemos un romance, somos más que *follamigos* porque soy su pareja. ¿Contenta? —suelto, casi sin respirar.

Y es a la que cojo aire cuando una sensación de bienestar me atraviesa el cuerpo, me llena los pulmones y me sosiega el corazón. ¿Cómo he podido tardar tanto en hacer esto? Es como si hubiera cogido la fuerza necesaria para librarme del pie que me pisaba, del peso de mi palabra, que ahora me doy cuenta de que no servía de nada.

—Lo sabía —musita Gisèle frotándose los muslos. A medida que iba soltando mi discurso, ha bajado la cara, como si no pudiera soportar mi presencia, y ha terminado por clavarla en el suelo.

Que se joda. Hace diez minutos me hubiera arrepentido de mi reacción, pero después de lo que ha confesado, no.

Me levanto y doy dos pasos hacia ella. Quiero que me escuche bien, que tenga toda su atención en mí y que se dé cuenta, de una vez por todas, de que ya no soy aquel Mitxel al que manipulaba a su antojo.

—Pues si lo sabías para qué preguntas. —Levanta la cabeza y se queda sorprendida de verme tan cerca o quizá no esperaba esta reacción—. ¿Creías que te diría que Carol no es nadie? No, Gisèle, no. Carol lo es todo, me oyes, todo —recalco para que le quede bien claro, y ya sin un ápice de arrepentimiento.

—Claro, ella está allí y no está loca como yo. Es un *win-win*. Alguien de quien te has enamorado, que parece corresponderte y mira, encima, hace que te quites un problema de encima

—dice mordaz. Como si ella fuera la víctima de la situación.

—Gisèle, no juegues a esto porque ya no me puedes ganar. Tú no estás loca. Tienes una adicción y si de verdad te lo propusieras, podrías recuperarte. Aunque me has dejado más que claro que nunca lo has pretendido —suelto sin tapujos.

Y no sé lo que deduce, porque al oírme, se levanta y se acerca a mí. Doy un paso atrás. No quiero que me toque.

—¿Si lo hago volverías conmigo? —Su pregunta me deja noqueado. ¿De verdad no está entendiendo nada? ¿En serio pretende intentar seguir jugando conmigo?

Cierro los ojos y niego. Exasperado, diría.

—No, Gisèle, no voy a mentirte, ni a ser considerado contigo ni a hacer esto más fácil para ti. Nunca, ¿me oyes? Nunca en la vida volvería contigo.

»Si pudiera dar marcha atrás, no me acercaría a ti en aquella convención. No te dirigiría la palabra ni dejaría que tu influjo me embrujara.

»No debí permitir que me manipularas de la manera en la que lo has hecho todos estos años. No debí creer que podrías curarte y, mucho menos, serle fiel a la palabra que di.

»Ahora me doy cuenta de que lo que sentía por ti no era amor. No tengo ni idea de lo que fue, pero ahora soy consciente de que no estaba enamorado de ti, aunque creí estarlo.

»Carol me ha abierto los ojos al respecto. Ella y el amor que me regala sin pedir nada a cambio y que nada tiene que ver con lo que tú me llegaste a dar en su día. Es generosa, atenta y comprensiva. La quiero. A rabiar. Y tardaré mucho en perdonarme no haberla correspondido por tu culpa.

»Has sido un clavo en la suela de mi zapato. Doloroso, incómodo y odioso. Pero ahora te acabo de arrancar. Tú y tu amigo Gus habéis jugado a un juego que habéis perdido, porque gracias a vosotros, me he dado cuenta de quién eres realmente.

»No te quiero en mi vida, no quiero saber nada de ti. Voy a volver a casa y no te voy a pensar ni un solo momento más, porque todas mis neuronas solo tienen un nombre: Carol. Ella y nadie más. Y ten por seguro que voy a luchar por estar con ella y a entregarme al cien por cien, sin ningún freno, sin ningún reparo. —Mi pecho sube y baja, como si hubiera hecho una carrera de cien metros lisos.

Mi mirada, furiosa, está clavada en la de Gisèle, que me contempla como un ciervo asustado cuando ve su final inminente frente a los faros de un coche.

Sin embargo, en un momento dado, achica los ojos y se queda pensativa.

—¿Luchar por ella? ¿No estáis juntos? —Se le abren los ojos, como si hubiera encontrado un resquicio de esperanza.

¿De todo lo que le he dicho se ha quedado solo con eso? ¿Hasta ahí llega su desequilibrio?

—¿Por qué? —insiste, impaciente.

No soy alguien dañino, no me consideraba rencoroso hasta ahora. Pero es que con ella no puedo tener ni un mínimo de miramiento. Quiero ser claro y conciso, aunque llegue a ser cruel.

—Por ti —confieso sin más.

—¿Por mí porque me quieres? ¿O por mí, por mi «lastre»? —presiona, agresiva. Siempre ha sido así. Nunca se ha dado por vencida hasta salirse con la suya.

—Gisèle, por favor. El papel de víctima no te pega nada. Así que déjate de historias.

—Vaya, ahora te tendré que pedir perdón...

—No seas sarcástica. De verdad que no quiero hacerte daño, pero mucho menos quiero hacérmelo a mí. Llámame egoísta si quieres, aunque bien sabes que no lo soy. Estoy enamorado de Carol y no te estoy pidiendo permiso para poder estar con ella, no sé si te has dado cuenta.

»No, no te quiero Gisèle. Ni ahora ni en un futuro ni nunca. Quiero estar lo más lejos posible de ti y olvidarme de todo tu mundo. Se acabó. No te debo nada. ¿Lo entiendes?

Gisèle se me queda mirando, con los ojos entornados. No se rinde, nunca le ha gustado perder.

—Vamos, no te pongas tan gallito que estoy segura de que tu promesa tampoco te ha costado tanto —me provoca. Sabe dónde buscarme y me encuentra. O me dejo encontrar porque tengo muchas ganas de pagarle con la misma moneda.

Joder, estoy harto de ella y estoy harto de rendirle cuentas.

—La verdad es que no. Y nos sabes lo bien que me sentó traicionarte. Besé a Carol, por supuesto. La besé mucho. Y la penetré. Le hice el amor como nunca te lo hice a ti, y follamos, también. ¿Eso es lo que querías saber? ¿Es lo único que te importa?

»Lo hice porque entendí que ella es más importante que esas palabras vacías que hace tanto dejaron de tener sentido. La quiero y no la voy a perder —confieso cabreado.

Los dos estamos crispados, con los cuerpos rígidos y los brazos pegados a nuestros costados. No he sido consciente de que he elevado el tono de voz y un celador se acerca a la sala, se nos queda mirando e interviene por si Gisèle necesita ayuda.

—¿Todo bien *mademoiselle* Leroux? —pregunta sin apartar la mirada de mí.

—Sí, Gabrielle, tranquilo. Solo hablamos. —Le dedica una sonrisa falsa, el conserje parece creerla y se va, no sin antes pararse a contemplarme, como si me amenazara sin hablar: «Ve con cuidado, te estoy vigilando», parece decirme. Lo que no sabe es que no soy yo al que tiene que controlar. Aquí la peligrosa es ella.

Cuando volvemos a quedarnos solos nos mantenemos un instante en silencio, analizándonos, sopesando el paso que va a dar el otro. Es Gisèle la que rompe el mutismo.

—¿Y ella? ¿Te quiere a ti? —Me observa con fijeza, como si quisiera atravesarme y leerme el pensamiento. Sin miedo, como te miran las mujeres cuando saben que no han hecho nada malo y no tienen de lo qué avergonzarse porque quien la ha cagado has sido tú. Aunque ella no es que no haya hecho nada malo, es que en ningún momento ha hecho nada bueno.

Cojo aire para responderle, pero se me avanza y levanta la mano para que no hable.

—Ya, ahora dirás que no puedes hablar por ella, pero ¿qué crees que siente por ti? Olvida que soy yo, imagina que soy Unai y que estáis en el calao tomando una copa de vino, que estás a solas con la persona en quien más confías y con la que puedes abrirte porque sabes que no habrá consecuencias.

—¿Por qué quieres que responda a eso? ¿Por qué quieres hacerte daño, Gisèle? —Me martirizo yo más que ella, pero es que herirla no ha sido en ningún momento mi plan y parece que ella solo busca eso.

—Porque no quiero que esto termine en vano. No soy una pérfida, Mitxel. Tenía claro que tarde o temprano iba a perderte. Por lo menos que sea con alguien que te merezca, que valga la pena.

¡Ja! ¿Y pretende que ahora me crea este papel de amante despechada? Que no es una pérfida, dice... Claro, por eso no ha pretendido malmeter en mi vida con el video que creó Gus.

Ya nada de lo que diga me afecta. A mí ya no va a volver a engañarme más, no obstante, me voy a permitir regodearme en mi respuesta.

—No dudes de que es así. Me lo ha demostrado cada día desde hace un año. Carol es alguien con la que puedo compartir bromas y mandar las preocupaciones a la mierda; alguien que tiene motivaciones, aspiraciones y que está deseosa de hacer y probar cosas nuevas, como tirarse en paracaídas. Carol es ese alguien con la que siento que no pierdo libertad, sino que sumo muchas otras cosas. Carol es «la persona», «mi persona».

Levanto el mentón, desafiante, sin dejar de mirarla a los ojos. He podido ver en ellos un destello de dolor, hasta de rabia. Ella se lo ha buscado, aunque no puedo evitar sentirme mal por ello.

Me muerdo los labios y estoy a punto de disculparme, de decir algo para suavizar la situación, cuando Gisèle habla.

—Ya veo. En fin, qué se le va a hacer. No siempre se gana en esta vida. —Se encoge de hombros y da dos pasos atrás, vuelve a sentarse para tomar la taza y darle un sorbo a su contenido.

Ahí está Gisèle: fría, calculadora, mala, dañina... Pero ahora ya no soy el mismo. Ya no soy el Mitxel que se hubiera fustigado al escucharla. Me da igual su postura de indiferencia. Lo he visto en sus ojos, he sido testigo de que, saber lo que Carol me hace sentir, lo que ha despertado en mí, eso que ella nunca ha logrado, le ha dolido.

Hace ver que nunca he sido más que un juguete en sus manos y quizá así sea, sin embargo, ya no me importa. Allá ella con su vida, allá ella con sus decisiones. Yo me bajo de su carro para siempre.

Con parsimonia, me alejo de ella.

—Me das pena, Gisèle. Tienes todo de tu cara para tener una vida de lujo y eliges... esto —digo abriendo los brazos y abarcando el salón—. Qué te vaya bien. Hasta nunca.

Doy un paso, luego otro y me alejo de la persona que más daño me ha hecho en la vida. Me aflojo uno de los botones del cuello de la camisa, me estoy asfixiando y me falta el aire. Quiero salir de aquí cuanto antes. Aunque de repente, recuerdo algo y reculo un poco.

—Por cierto, Gisèle. Dile a tu amigo el fotógrafo que borre todas las fotos que pueda tener nuestras o nunca más volverá a apretar el disparador de una cámara. Y voy muy en serio. Hazlo o hablaré con tu padre y le contaré todo lo que me has confesado esta tarde. Estoy seguro de que estará más que encantado de cerrarte el grifo.

»No es un farol, te lo advierto. Dejadnos en paz y eliminad todas las fotos y videos que tengáis o te verás de patitas en la calle en menos de lo que te imaginas.

No dice nada, sigue con la taza en la mano, aunque el pulso le tiembla un poco. Se la vuelve a llevar a los labios, para disimular el temblor en su pulso y, antes de beber, asiente, sin añadir ni una palabra más.

Me giro y salgo del salón. No hay adiós que valga. No es necesario a estas alturas, ni tan solo merece la pena pronunciarlo.

Solo cuando salgo de la mansión respiro tranquilo. Subo al coche que he alquilado para poder moverme por aquí y me dejo caer sobre el volante, con los antebrazos en la frente.

«Libre, Mitxel, por fin libre. Ahora sí puedes ir a por ella».



La melodía de Carol

Mitxel

Subir al avión es como poner el broche final a esta etapa de mierda que me ha hecho vivir Gisèle.

Los latidos de mi corazón me rebotan con fuerza en el pecho cuando me siento en la plaza que tengo asignada. He sido de los últimos en subir. No quería estar esperando una eternidad aquí sentado porque los nervios me comen por dentro y no puedo estar quieto.

No tardamos en despegar y, mientras las asistentes de vuelo dan las instrucciones pertinentes para saber cómo actuar en caso de emergencia, me entretengo mirando por la pequeña ventana del avión que me lleva de regreso a casa.

A medida que las nubes se extienden como un lienzo sobre el cielo, mi mente bulle con pensamientos tumultuosos, todos centrados en ella, en Carol. No saber cómo va a reaccionar cuando hable con ella me tiene histérico.

Me pongo los auriculares y reproduzco, en modo aleatorio, la *playlist* que escucho sin cesar desde que leí su nota. Como si el karma quisiera reírse de mí, o no, quizá es que tan solo quiere infundirme ánimos, suena *La Salvación*, de Arde Bogotá. Y mientras la voz ronca de Antonio García, el cantante del grupo, me dice que «Tiene que haber una salida», el suave zumbido del motor se mezcla con la música que resuena en los cascos, acentuando esta atmósfera cargada de emociones que me envuelve.

Ahora mismo, la distancia que nos ha separado durante estos días me parece un abismo y a medida que el avión se acerca a su destino, la expectación y la ansiedad crecen en mi interior. Intento tranquilizarme al repasar mentalmente las palabras que voy a decirle, ensayando cada declaración, cada explicación en mi mente, como si fueran las líneas de un guion perfecto.

El señor que va a mi lado se queda mirando mis manos que aprietan el reposabrazos y revelan la tensión que siento. Sonríe y asiente, seguramente pensando que tengo miedo a volar; nada más lejos de la realidad. Es el desasosiego por saber si el próximo encuentro con ella cambiará nuestras vidas, para bien, espero, lo que me tiene así de agitado.

Su imagen no se me va de la cabeza y no puedo evitar sonreír al pensar en ella, y alucino con la forma en que mi corazón late más rápido cada vez que Carol aparece en mi mente. Si tuviera un monitor Holter puesto, los resultados serían desastrosos. ¿He dicho ya que estoy nervioso? Sí, lo estoy; tengo un batiburrillo de sensaciones dentro que no me dejan casi ni respirar. La alegría por sentirme libre, por volver a ella y poder entregarme al cien por cien, se mezcla con la incertidumbre y la vulnerabilidad al pensar que Carol pueda haber pasado página. De que pueda llegar a ser demasiado tarde.

Y cuando creo que el pesimismo me va a ganar la partida, Carol vuelve a aparecer: su risa, sus ojos centelleantes y la manera en que su presencia ilumina mi mundo. El recuerdo de momentos compartidos en todo este año, sobre todo en estas últimas semanas, se entrelaza con la anticipación de lo que está por venir y refuerzo el pensamiento positivo, en creer que va a salir bien, que el final será estar con ella. Cierro los ojos y permito que esta emoción y el placer de

volverla a sentir entre mis brazos me cubra como una cálida manta.

El viaje se me pasa en un suspiro. A medida que el avión desciende hacia la pista de aterrizaje, el puño que me constriñe el estómago me aprieta aún más. La incertidumbre y la esperanza se funden en mi pecho, creándose un frenesí indescriptible. El destino está a solo unos kilómetros de distancia, y con cada segundo que pasa, mi determinación crece. No me permito achantarme. «Lo más complicado ya pasó, esto debería ser la parte fácil», me repito.

El anuncio de que el avión está a punto de aterrizar me saca de mis pensamientos. El pulso a mil, otra vez, latiendo al ritmo de la particular melodía que parece haber creado para Carol, una sinfonía que espero compartir con ella en persona.

Mientras me mentalizo para el reencuentro, una certeza me guía: este viaje no solo marca el regreso a casa, sino el inicio de un nuevo capítulo donde espero darlo todo.

Unai me espera con una sonrisa en la puerta de las llegadas.

—¿Cómo ha ido? —Así es como me saluda al encontrarnos.

—¿No me ves más delgado? Porque te prometo que me he deshecho de cuarenta kilos, por lo menos —correspondo con una sonrisa que no me cabe en la boca.

—Se te ve bien, amigo, se te ve bien —corrobora con un abrazo de oso y unas palmadas fuertes y secas en la espalda.

La verdad es que parece que he vuelto siendo otro. Gisèle retenía una parte de mí que ha regresado y es como si anduviera por la vida con gafas graduadas, con una nueva visión después de tanto tiempo.

Nos separamos y al mirarnos a los ojos nos sonreímos.

—Ha sido más fácil de lo que creí —confieso en voz en baja—. Cómo me arrepiento de no haberte escuchado y no haberlo solucionado antes.

—Bah, no te hagas mala sangre. Lo has hecho cuando te has sentido preparado y ya está.

Un carraspeo me hace girar.

—¿Para mí no hay abrazos? —me recrimina Abril—. ¿Voy a tener que ponerme celosa?

—¿Qué...?

—Venga, ¡no te hagas de rogar! —Sin dejarme terminar de hablar, se abalanza sobre mí y me estrecha la cintura.

—¿Cómo es que también has venido? ¿No te daba palo el palizón de coche para ir y volver?

—Nah, nos vinimos ayer. Hemos aprovechado para hacer turismo *gastro-barítico* por Madrid.

—Qué bien vivís —digo entre la envidia insana y la mofa. Abril aún me tiene abrazado y yo le correspondo. Hasta nos mecemos un poco.

Aparte de ser la novia de mi mejor amigo, también ha sido un gran apoyo y me ha demostrado que está ahí para lo que necesite. A pesar de que Carol es su amiga del alma, no me ha dejado de lado, manifestando así que a mí también me considera parte de su vida.

A los segundos, se separa un poco de mí y me mira con dulzura, con un brillo en los ojos que hacía semanas que no me dedicaba.

—Me alegro de que por fin lo hayas hecho, Mitxel. No sé qué pasará con Carol, pero solo por ver la tranquilidad que se lee en tu cara, ha merecido la pena.

Es inevitable que ese «no sé qué pasará con Carol» se me clave en el pecho. La incertidumbre por saber si es demasiado tarde se aviva. ¿Y si en verdad la he perdido?

Abril debe ver el terror que me produce ese pensamiento en los ojos.

—¿Entiendes que se ha sentido como si no importara? ¿Cómo si ella no fuera tu prioridad? —me azuza. Vaya, una de cal y otra de arena. Ella, al igual que Cris, tampoco se guarda nada.

—Se lo voy a compensar todos los días de mi vida. Si ella me deja, claro —termino por confesarle.

Los ojos le bailan y la sonrisa se le ensancha, como si fuera ella la destinataria de mis palabras.

—Vas a tener que ganártela, amigo— apostilla con una profunda inspiración tras recomponerse.

—Lo sé, lo sé... —Me llevo una mano a la nuca y miro al cielo, dejando ir un suspiro.

—Pues suelta a mi mujer y volvamos a casa. No tienes tiempo que perder ni yo ganas de que sobes más a Abril.

Esta se tapa los agujeros de la nariz con una mano tratando de contener las carcajadas. A mí se me escapan, directamente.

—¿A casa de las chicas, pues? —pregunta Unai cuando se nos pasa la tontería.

—Con la directa puesta, amigo —asevero más seguro que nunca.



Al llegar a la puerta, respiro hondo y toco el timbre. Unai y Abril se mantienen en un segundo plano detrás de mí. No se han querido perder nada de lo que pueda suceder a partir de ahora.

Después de unos segundos interminables, la puerta se abre con lentitud, o quizá, la ansiedad que siento presionándome el pecho hacen que tenga esa sensación. Cris me recibe con una expresión seria, aunque con un atisbo de suspicacia en los ojos. Ya es mucho que me haya abierto el portal cuando le he dicho que era yo al llamar al interfono.

—Hola, Cris —saludo, intentando mantener la compostura.

Me examina con una ceja arqueada. Me mira de arriba abajo y finalmente responde.

—Mixel... ¿A qué debo el honor de tu visita? —cuestiona con ironía.

Inhalo, profundo, antes de responder.

—Necesito hablar con Carol. Es importante. —Directo y sin rodeos. No tengo ni quiero perder más el tiempo.

Cris se cruza de brazos, mantiene una expresión de escepticismo. Desvía la mirada hacia su amiga, y yo me giro por si Abril le hubiera hecho algún gesto. Pero se mantiene con la cabeza gacha, cosa que no impide que vea que se está mordiendo la sonrisa. «Será...».

—¿Importante? ¿Puedo preguntar por qué de repente decides aparecer aquí con tanta urgencia? Han pasado unos cuantos días más y no has dado señales de vida, amigo —inquiere con un tono de voz que deja patente que está más que molesta conmigo.

Titubeo y siento la presión aumentar. No me lo va a poner fácil, nada fácil.

—Es sobre Gisèle —digo finalmente, decidido a revelar la verdad—. Vengo de Lyon, de hablar con ella y zanjar el vínculo que teníamos. Necesito contárselo a Carol. —Mi voz sale casi como una súplica, sin embargo, a estas alturas de la película ya no me importa que pueda parecer una debilidad. Lo único que quiero es verla y decirle todo lo que tengo dentro.

Al contrario de lo que podría pensar, Cris frunce el ceño al escucharme.

—No veo cómo eso le pueda importar a ella. —Cris deja ir esta frase, tan lapidaria para mí que hasta me corta la respiración.

Oigo cómo Abril ahoga un pequeño grito de espanto y Unai rebufa.

—Cris, venga, déjalo entrar —media mi amigo. A mí no me salen las palabras, me ha dejado totalmente noqueado.

Unai me aprieta el hombro, y el simple gesto, me infunde ánimos.

Me armó de valor y miró a Cris con fijeza a los ojos.

—Porque estoy aquí para decirle que la quiero, sin reservas, sin vetos, sin remordimientos. Quiero estar con ella y necesito decírselo ya.

Un silencio incómodo llena el espacio entre nosotros antes de que Cris suelte una risa sarcástica. Aunque no añade nada más.

Me muerdo el labio, consciente de que la situación es complicada. Me he portado como un capullo con Carol y es normal que Cris esté de uñas conmigo.

—Lo siento si no lo he hecho antes. Tienes razón en que he tardado demasiado, pero es la verdad, no quiero pasar más tiempo sin ella —sigo explicándome.

Cris achica los ojos y me mira con desconfianza. Dejo ir un jadeo, mis hombros caen y mi gesto es de súplica absoluta. Algo en mi expresión parece llegarle y relajar la pose. Después de tomarse su tiempo, en el que no ha parado de examinarme, suspira y parece que cede. Abre la boca para hablar cuando aparece Ander con un pantalón de punto caído en la cintura, sin camiseta y secándose el pelo con una toalla.

—Amor, ¿qué haces en la puerta? —pregunta sin fijarse que soy yo el que está al otro lado del umbral—. ¡Oh, Mitxel! No esperaba verte por aquí —confiesa sin tapujos.

—Ha venido a hablar con Carol —le explica Cris, aunque sin apartar la mirada de mí, como si no se quisiera perder ni una sola de mis reacciones.

—Pero si Carol no está... —se extraña Ander.

—¿Cómo que no está? —me extraño. ¿Por qué Cris no me lo ha dicho desde un principio? Le pido explicaciones con la mirada, sin pronunciar una palabra.

—Es que hace unos... veinte minutos —informa mirándose el reloj de la muñeca—, que ha salido hacia la estación de tren.

—¿Estación de tren? ¿Por qué? ¿Dónde va? —Mi nerviosismo va en aumento. De todas las posibilidades que había barajado, esta no la había contemplado para nada.

—Sí, es que se va a...

—Se vuelve a Barcelona —corta Cris a Ander—. Necesita cambiar de aires y se va a pasar una temporada con sus padres.

—¡No, no, no! —Me tiro del pelo y doy vueltas sobre mí mismo.

Abril y Unai están como estatuas, flipándolo como yo. Supongo que ellos tampoco sabían nada. Ander se ha quedado mudo, tiene las cejas perdidas en el nacimiento del pelo y mira a Cris anonadado. ¿Quizá Carol les había dicho que no me dijeran nada y Cris se lo ha pasado por el forro?

No estoy para pensar en eso ahora. Tengo que darme prisa si quiero verla antes de que coja ese tren. Y estoy más que convencido de hacer todo lo posible por disuadirla de la idea de irse. No puede volver a Barcelona, no puede dejarme aquí.

—¿A qué hora sale el tren? —pregunto con premura, ya con un pie en el peldaño de bajada.

—En menos de una hora —me informa Ander.

—Vamos, Mitxel, te llevamos —Abril me espolea para que empiece a bajar las escaleras.

—¡Esperad, vamos con vosotros! —grita Ander entrando a la carrera en casa, supongo que para terminar de vestirse.



Todos los besos que no nos dimos

Mitxel

Noto el aire denso, o quizá es la angustia, que paladeo, amarga, en la garganta.

Unai vuela con el coche y llegamos en un suspiro a la estación. Bajo cuando aún ni lo ha detenido. Cada paso que doy resuena en mis oídos como un eco insistente de mis propios pensamientos inquietos. La premura de llegar a tiempo se entrelaza con un desasosiego que me pesa en las costillas, como si una tormenta de emociones amenazara con desencadenarse en cualquier momento.

Corro por el vestíbulo, con mil ojos por si la veo en alguna parte. El tiempo parece estirarse y encogerse a mi alrededor, distorsionando la realidad. Cada rincón de mi mente está ocupado por el murmullo constante de preguntas sin respuesta con respecto a la huida de Carol de Logroño y la tensión que aumenta con cada paso que doy. ¿Llegaré a tiempo? ¿Seré capaz de expresar lo que siento antes de que el tren parta y se lleve consigo la oportunidad de que nuestras vidas cambien?

Oigo las pulsaciones en los oídos, marcando el compás de mi angustia. Cada inhalación es un esfuerzo consciente por contener la tormenta que crece dentro de mí. La incertidumbre se me enreda en el estómago, creando un nudo apretado que parece imposible de desatar. Solo ella tendrá la habilidad de aflojarlo.

Los rostros apresurados de los transeúntes a mi alrededor se vuelven borrosos, irrelevantes en comparación con la urgencia que siento. Mis ojos son como un escáner con la orden de reconocerla a ella.

Cada metro que avanzo parece que me acerque tanto como me aleja de la certeza de estar con ella. Me da la sensación de que el reloj en mi muñeca avanza con una velocidad despiadada, recordándome el tiempo que se me escapa entre los dedos.

Estoy tan nervioso que no doy con la vía desde donde sale su tren. Las líneas en el panel informativo se me amontonan.

—Es la 4, Mitxel. ¡Corre! —Ander, a mi espalda me apremia.

Solo me da tiempo de girarme y sonreírle a modo de agradecimiento. Veo, de refilón, al resto llegar a la carrera cuando yo salgo disparado hacia mi destino.

La preocupación no solo reside en la urgencia de encontrarla, sino en la duda, el miedo al rechazo, la esperanza y el deseo. Un revoltijo de sentimientos que se entretejen en una danza caótica, haciendo que cada respiración sea un esfuerzo por mantener el equilibrio en medio de la incertidumbre.

Al llegar al lugar indicado, el sonido distante de un tren resuena en mis oídos. Me detengo un instante, buscando con desespero a Carol entre la multitud. El desasosiego alcanza su punto máximo cuando no la encuentro, hecho que alimenta la inquietud que bulle dentro de mí.

Cada segundo que pasa me sume más profundamente en un mar de inseguridades, pero no

puedo permitirme ceder ante el desaliento. El tiempo se convierte en una fuerza impulsora, me promueve a seguir adelante, a enfrentar lo desconocido y a luchar por ella.

En este momento de caos emocional, mientras el tiempo avanza inexorable, hago un esfuerzo titánico para aferrarme a la chispa de esperanza que aún brilla dentro de mí; una llama frágil pero decidida que guía mis pasos hacia un futuro incierto.

Y entonces la veo; un chico se agacha para abrocharse los cordones de las zapatillas y Carol aparece detrás de él como de la nada. Distraída, ojeando el móvil y más guapa que nunca.

—¡Carol! —grito. Mi voz resuena sobre el estruendo de la estación. Mis piernas se mueven con más rapidez, impulsadas por el anhelo de alcanzarla a tiempo.

Ella gira la cabeza al escuchar su nombre. Sus ojos se agrandan y se lleva una mano al pecho. No está lejos y puedo distinguir el destello de ilusión en su mirada, hecho que hace redoblar mi propósito. Siento la adrenalina fluir por mis venas.

—Mitxel, ¿qué...? ¿Qué haces aquí? —pregunta, su voz mezcla la incredulidad y la alegría.

Me esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas. No sé por dónde empezar.

—Vengo de Lyon —suelto sin más, con la intención de acercarme un paso más a ella, aunque sin poder hacerlo. Me quedo clavado en el sitio. Si alargo el brazo la podría tocar, pero la distancia me parece enorme.

La sorpresa que todavía perdura en el rostro de Carol se transforma en curiosidad. Tomo un respiro profundo antes de continuar, lleno de determinación.

—Ya no hay Gisèle que se pueda interponer entre nosotros. Ya no hay vetos, ni contención, ni remordimientos que valgan. Me ha costado, no te voy a decir que ha sido fácil, pero lo he hecho. Por mí, pero sobre todo por ti.

—No es mi culpa que hayas tenido que tomar esa decisión. Es algo que deberías haber hecho por tu cuenta hace mucho y lo sabes. Yo solo he sido el detonante que te faltaba... —La voz se le apaga con la última frase y mata un poco el tono de enfado con el que ha empezado a hablar.

—Claro que es culpa tuya. Lo es porque si no te hubiera conocido, seguiría con mi vida, esperando un milagro, esperando a que ella se curara —planteo con simplicidad, y hasta yo me maravillo de lo cierto de mis palabras—. Si no existieras, yo habría seguido pensando que quería a Gisèle sin excepciones, sentiría que la estoy traicionando aun sin saltarme sus vetos, por hacerte un hueco en una vida que nunca voy a compartir con ella. Si no existieras, todo lo que hago sería una forma burda de entretenimiento, una manera de matar el tiempo hasta poder estar contigo. El problema de todo eres tú. Y por más que me lo niego, por más que he intentado negarlo —musito al acercarme a ella y atreverme a ahuecar su rostro entre mis manos—, todos se dan cuenta de que te llevo dentro.

—Mitxel... —jadea con la garganta atorada.

Me sube una oleada de calor desde el estómago hasta la punta de las orejas. Me late todo el cuerpo, como si hubiera enfermado de golpe; pero no, así se siente el subidón de adrenalina, así es como reacciono después de soltarle lo que me estallaba en la garganta.

Carol ladea la cara para que encaje mejor en una de mis manos y cierra los ojos. Suspira, se muerde los labios; no me pierdo ni uno de sus gestos. Y vuelve a suceder. La asfixia en el pecho. La sensación de vacío en el estómago. La necesidad de tenerla todavía más cerca, de olerla, de besar ese hueco entre su oreja y el trapecio, cerca de su cuello donde sé, a ciencia cierta, que sus

gemidos vibran más.

El tren que tiene que coger abre las puertas y yo me quiero morir. No quiero que se vaya, no quiero que suba y se aleje de mí. No ahora que ya nada puede separarme de ella.

—Mixel... — murmura, buscando mis ojos con los suyos.

Tengo miedo a una negativa, estoy cagado por si me rechaza, así que no la dejo seguir.

—Lo sé, hemos pasado por mucho, en poco tiempo, pero ya está, se acabó, ¿me oyes? No podía dejar que te fueras sin decírtelo. Por favor..., ¿puedes darme la oportunidad de demostrarte cuánto significas para mí?

Carol se queda muda, y a mí se me retuerce el estómago. Si tengo que rogarle lo haré. Voy con todo y aunque tenga que ponerme delante del tren para que no pueda salir, no dudaré en hacerlo.

—No te vayas, por favor... —Lo único que quiero es que esté aquí, conmigo, compartiendo cada instante que ella me quiera regalar.

—Tengo que irme, tengo que...

—Te quiero. Te quiero como nunca lo he hecho con nadie —susurro ya sobre sus labios. Cierro los ojos y jadeo—. Me vuelves loco cuando me miras. —Inspiro hondo sobre su cuello para llenarme de ella—. Quédate, Carol. Quédate conmigo. Llevo meses imaginando lo que sería tenerte como te tuve hace cinco días. Y hacerlo realidad fue una puta pasada. —Cuelo una mano por debajo de su camiseta y abarco casi todas las lumbares con una mano. La aprieto y atraigo hacia mí—. Eres mi única prioridad. Nada ni nadie volverá a ser más importante que tú. Te lo prometo.

—Pero es que me esperan en Alemania. Tengo que visitar a la diseñadora de joyas para preparar la próxima temporada —me explica a modo de excusa. Y no entiendo nada...

Oigo risas que se intentan disimular detrás de mí y me giro, despacio, hasta encontrar la cara de circunstancias de Cris.

—Perdón, yo solo quería ponerle un poco de emoción al reencuentro —se disculpa para luego taparse la cara contra el pecho de Ander, que ríe ya, al igual que el resto a mandíbula abierta.

Serán cabrones...

—¿Dónde creías que me iba? —pregunta Carol, extrañada de la situación.

—Cris me dijo que te volvías a Barcelona.

Veo sus hombros subir y bajar, y la mano tapando una risotada, que es incapaz de acallar.

Al final me contagia y tampoco puedo controlarme. Se me escapa una carcajada nerviosa y rompo a reír con ella.

Parecemos dos locos en plena crisis lunática y cuando por fin nos calmamos, permanecemos observándonos, con una sonrisa en los labios y el cuerpo flojo.

Carol se coloca un mechón de pelo tras la oreja y mis ojos se oscurecen mientras siguen su gesto.

Sé queda atrapada en mi mirada, directa y traviesa.

—Entonces... ¿Me esperarás? —inquire un poco avergonzada.

—Hasta cuando te haga falta —respondo sin dudar un segundo.

—¿Y será sin excepciones? —pregunta, dudosa.

—Soy todo tuyo, como debió ser siempre. —Solo me falta abrirme el pecho y ofrecerme en

carne y hueso.

—¿Para siempre? —Le tiembla la voz y se le aguan los ojos.

—Hasta que te dé de todos los besos que no nos dimos —susurro ya sobre su boca.

—¿Y cuando se terminen?

—Es imposible que el infinito termine. Y ese es el número que tengo pendiente por darte.

Sus labios me buscan, me encuentran y cuando se rozan, cierro los ojos. Temblando. Sonriendo. Volando alto, muy alto.

A veces, dejar que suceda lo que te dicta el corazón y no la razón es lo correcto, y Carol lo es. Siempre lo ha sido.



El punto que cierra el círculo

Carol

—Joder, ¿quién te manda irte hoy? —protesta Mitxel sin casi despegar sus labios de los míos—. Necesito tenerte en casa y apretarte entre mis brazos hasta que te fundas en mí. —Y lo hace. Me estrecha fuerte, aspirando el olor a flores que suele desprender mi pelo.

Hasta que me quejo cuando me hace daño.

—¡Auuu! Que me cruje, ¡bestia! —protesto, aunque mi risa floja le rebota en el pecho—. Si me hubieras llamado o escrito estos días te lo hubiera dicho —le recrimino con guasa.

—Señora, ¿va a subir al tren? —Un revisor se asoma por la puerta del vagón en el que en teoría tengo que subirme. Me cuesta horrores asentir, soltar el cuerpo de Mitxel y agarrar el asa de mi maleta.

—Sí, ya voy —respondo, sin dejar de mirarlo.

Es él el que agacha la cabeza, rompiendo la conexión. Rebufa y se mesa el pelo con desesperación.

—¿Cuándo vuelves? —La pregunta le sale desesperada. Vuelve a cogerme de la cintura para atraerme más a él—. Necesito explicarte lo que ha pasado en Lyon, con calma. Quiero que lo sepas todo.

—¿Qué quieres decir con «lo que ha pasado»? —Su expresión me asusta. Apoyo una mano en su pecho y lo empujo para poner distancia entre los dos.

—Señora, lamento interrumpir la despedida, pero salimos ya —apremia el revisor.

—Sí, ya suben, no se preocupe. —Unai es quien le contesta—. Toma, amigo, tu maleta. Te he mandado por WhatsApp los billetes en primera. No quedaban otros. Así vais juntos y tienes tiempo de contarle tu encuentro con Gisèle.

Tanto Mitxel como yo nos lo quedamos mirando estupefactos. ¿De dónde ha salido esa maleta? ¡Ah! Claro, me ha dicho que viene de Lyon, pero no creí que fuera literal. Qué locura...

—Gracias, Unai, te debo otra. Y esta, muy gorda. —Mitxel se abraza a su amigo que le corresponde con sonoras palmadas en la espalda.

Miro a las chicas, que los contemplan emocionadas, y cuando se dan cuenta de que las observo, me hacen una señal, las dos a la vez, diciéndome que nos llamamos luego para ponernos al día. Asiento, aún digiriendo que Mitxel se viene conmigo, por lo menos hasta Barcelona.

—¿Vamos, Bicho? —Mitxel me tiende la mano y da un paso hacia el vagón. No me salen las palabras, debo parecer medio lela sin saber reaccionar.

Era verdad que la salida era inmediata, ya que el tren ha arrancado tan solo cerrarse las puertas tras nosotros. Tenemos que hacer algún que otro equilibrio al pasar de vagón en vagón debido al traqueteo del convoy, y mientras encontramos nuestros asientos, el ambiente se carga —al menos por mi parte—, de una tensión que solo se puede disipar a través de las palabras y la explicación de Mitxel. Lo que tenga que compartir conmigo sobre su encuentro con Gisèle me tiene intrigada a la par que nerviosa.

Al fin llegamos al primer vagón, dejamos las maletas en los estantes, cerca de la puerta de salida, y nos sentamos uno al lado del otro, donde el silencio es como un compañero más, esperando paciente a ser roto.

Es junio y ya hace calor; el aire acondicionado en el vagón está alto. Un escalofrío me hace estremecer, aunque tengo dudas de si es por el frío o por esta situación *raruna* que se ha creado desde que hemos subido.

Mitxel se coloca de medio lado y sus ojos me buscan con una intensidad que no había visto en mucho tiempo. Me siento tensa, esperando a escuchar lo que tiene que decir. El vaivén del tren parece marcar el ritmo de mi corazón que me late con fuerza en el pecho.

—Creo que antes he dicho algo que te ha descolocado. Quizá he utilizado mal las palabras y quiero que sepas..., bueno, quiero que estés tranquila. Entre Gisèle y yo no pasó, absolutamente, nada.

Su voz, ahora, suena diferente cuando habla de ella, más profunda y segura. Mi mirada se encuentra con la suya, y en esos ojos encuentro una sinceridad que no puedo ignorar. Siento una mezcla de ansia y miedo mientras asiento, invitándolo a seguir.

—Adelante, te escucho.

—Cuando la vi... —Hace una pausa y agacha la cabeza, no sé si buscando sus siguientes palabras o para esconder algo—. No sentí nada. Por eso no debes preocuparte. Sigue igual, Carol. No ha cambiado. Está metida en ese centro dejando pasar los meses, los años. Haciendo que su familia se gaste una fortuna mientras ella no pretende curarse de su adicción. —Mis labios se entreabren, pero Mitxel levanta una mano para que le deje seguir—. Cuando me contó cómo se las ingeniaba para montar sus fiestas sexuales con otros internos e internas, me di cuenta de lo absurdo de mi miedo para con ella, y el pánico a poder perderte aumentó. Fui consciente de lo irracional que había sido manteniendo y pensando que, si faltaba a la palabra que le di, sería perjudicial para ella y su salud mental.

»Nunca ha pretendido cambiar, ni mucho menos respetarme, aunque eso es lo de menos. No me molestó que no lo hiciera, me molestó el hecho de haber sido yo el idiota que sí lo hizo. —Traga saliva y se queda esperando a que diga algo, no obstante, a mí, las palabras se me atascan en la garganta. ¿Mitxel realmente está diciendo que no debió de ser fiel a su promesa? El nudo en mi estómago se deshace un poco, pero aún queda un rastro de escepticismo.

—Entonces, ¿me estás diciendo que no te molestó que te traicionara? Yo me la hubiera comido allí mismo. ¿Sabes el daño que nos ha hecho esa mujer?

—Sí, sobre todo a ti, colateralmente. Pero lo que quiero decir es que lo que me cabreó no fue ella, sino yo mismo. Como te digo, tendría que haberme dado cuenta mucho antes de que su intención no era cumplir con los vetos. No fue un *fair play*, y eso es lo que más me afectó. —Sostiene mi mirada, y en sus ojos encuentro una determinación nueva, una que hace que no me quede más remedio que aniquilar las pocas dudas que pueda tener versus a él, sin embargo, me resisto.

—¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado para que decidieras cortar con ella después de tanto tiempo? —insisto sin ser muy consciente de a dónde quiero llegar o qué quiero escuchar.

—La visita inesperada de Cris cambió mi perspectiva. Su bronca fue el *click* que necesitaba. Me di cuenta de que podía perderte si no remediaba mi situación con ella. Eres lo que quiero, Carol. No podía seguir viviendo con miedo. Quiero estar contigo, sin reservas.

La vulnerabilidad en sus palabras me llega de una manera que no esperaba. Sus manos encuentran las mías, y el calor de su contacto me hace recordar encuentros pasados.

—Entiendes que tengo que estar cien por cien segura de lo que me estás contando, ¿verdad? ¿No vas a dudar de tu decisión? —insisto como una kamikaze, como alguien dispuesta a quemarse a lo bonzo si lo veo dudar.

Mitxel se acerca, sus ojos buscan los míos con sinceridad.

—Carol, sé que cometí errores cuando iniciamos nuestra relación, pero estoy dispuesto a demostrarte que ya nada es como hace una semana. Quiero que confíes en mí. No te voy a decir que todo irá como la seda, porque tendremos otros problemas que nada tengan que ver con terceras personas, pero cuando surjan, lucharemos juntos para superarlos. No quiero que tengas dudas sobre lo que siento, porque lo siento todo por ti.

Mis ojos se desvían por un momento de los suyos, necesito digerir este hervidero de sensaciones que se me han desencadenado dentro. Voy a claudicar, pero Mitxel se me adelanta de nuevo.

—Antes de que digas nada, quiero que sepas algo más. —Mi mirada se encuentra con la suya de nuevo, y me doy cuenta de que la inseguridad no solo está en mí, sino también en él.

—Dispara —exijo, aunque muy dentro de mí, me estoy arrepintiendo de esta determinación momentánea.

—El vídeo de Gus.

¿Cómo? ¿Por qué saca ahora este tema? ¿No habíamos saldado ya esa cuenta?

—S-s-í, ¿qué pasa con él? —pregunto con cautela.

—No solo fue idea del fotógrafo. Gisèle me contó que conoció a Gus en el centro de rehabilitación hace unos meses. Suele ir a visitarla, y un día, salí yo en la conversación cuando él le explicaba a ella el formato de su nueva exposición.

»Gisèle no iba a permitir que yo dejara de ser su fiel lacayo, así que fue ella la que protagonizó el vídeo que nos mandó, y Gus lo manipuló con IA.

—¡Grandísima hija de puta! —exclamo. Hasta me levanto un momento del asiento, para volver a sentarme de inmediato; esto ya es lo último que me quedaba por oír de esta mujer.

Los viajeros sentados al otro lado del pasillo nos miran, sorprendidos y les pido disculpas por mi salida de tono.

Estoy alucinando, para mal. No solo me relegó a un segundo plano en mi relación con Mitxel, sino que urdió un plan para separarnos con un *deepfake* en toda regla. Si hubiera estado allí cuando lo confesó, se hubiera quedado sin pelo.

—Le exigí que le dijera a Gus que borrara, no solo el vídeo, sino todas las fotos que nos hizo. La amenacé con ir a ver a su padre y contarle el «maravilloso proceso de rehabilitación» al que se estaba sometiendo. Espero que cumpla.

Madre mía, quiero a este hombre, de verdad que sí, pero en este momento le gritaría por ser tan buena persona y tan crédulo, sobre todo por eso.

—¿De verdad piensas que tu amenaza surgirá algún efecto? —Chasqueo la lengua y ruedo los ojos—. Mira, cuando fui a ver a Gus para exigirle explicaciones y me confirmó con toda la desfachatez del mundo que había manipulado las imágenes como un mero «experimento artístico», tuve claro que, por lo menos a él, le importa bien poco lo que pueda llegar a decirle o con qué amenazarlo. Estaba barajando la posibilidad de denunciarlo; con lo que me acabas de

contar, lo tengo más claro que nunca: voy a hacerlo. En cuanto vuelva a Logroño, lo primero que haré será ir a la policía. —No sé si lo he dicho más para mí que como explicación hacia él, en todo caso, la determinación es firme. No sé si a ella la voy a poder incriminar, pero Gus no se va a ir de rositas.

Mitxel, que ha estado muy atento a lo que le decía, asiente.

—Haré la demanda contigo.

No puedo evitar sorprenderme.

—¿Y Gisèle? ¿No te afecta que a lo mejor tengamos que denunciarla también? —inquiero. Parece que lo esté poniendo a prueba; nada más lejos de la realidad. Solo quiero que esté seguro de lo que dice.

—Te repito que lo importante eres tú, eres mi máxima prioridad. Si Gisèle y Gus han jugado con fuego, que se quemen. Ellos se lo han buscado. —Sus dedos acarician suavemente los míos, y siento un cosquilleo reconfortante—. Entiendo que tengas tus dudas en lo que te digo después de lo que te he hecho pasar estas semanas, pero dame la oportunidad y te demostraré que no hay barreras, no hay límites más allá de los que nos queramos poner nosotros, nadie más. Estaré contigo, para ti, y siempre a tu lado. —Coloca una mano debajo de mi barbilla, con suavidad, me alza el rostro para que vuelva a mirarlo, como si el paisaje efímero que pasa al otro lado de la ventana pudiera esperar mientras nos enfrentamos a nuestros propios horizontes emocionales.

Cada palabra suya resuena en el vagón, y siento cómo esa promesa se convierte en el punto que cierra el círculo, nuestro propio círculo, y el suave traqueteo del tren se convierte en la banda sonora de esta declaración. En este instante, no hay lugar para dudas ni temores, solo la certeza de un amor que se ofrece por completo.

¿Qué puedo decir ante tal declaración si es lo que he esperado desde el principio? Aunque no puedo evitar que me dé una sacudida de vértigo al pensarlo. Mixel y yo, sin nadie más que se interponga. Es como haber alcanzado una quimera. Pensé que nunca se atrevería a dar el paso y ahora, aquí está, brindándome su corazón en bandeja, sin reservas, sin «peros», sin murallas contra las que colisionar una y otra vez.

No me lo pienso más; después de estos minutos que sé que se le habrán hecho eternos por su mirada de súplica, me acerco a él y le rodeo el cuello con los brazos.

—Sí, quiero. Sí, a todo — declaro en un murmullo. Mis ojos no se deciden entre los suyos o su boca.

—Joder, Bicho —suspira con alivio—. Creí que me ibas a decir que no.

El vagón se desdibuja como si de una pintura al óleo se tratara. Sonrío, le rodeo la nuca para acercar más su rostro al mío y lo beso lentamente antes de hablar contra sus labios.

—No voy a negarte que ayer, esa hubiera sido la respuesta. —Mixel abre los ojos, entre sorprendido y asustado—. Pero tengo que confesarte que desde que me dijiste que tienes infinitos besos por darme, no podía decirte que no.

No sé cuánto rato estamos besándonos una y otra vez con la timidez de un par de adolescentes que están descubriendo el amor; besándonos despacio para no acabar nunca, para prorrogar el momento de la separación; besándonos lento con la esperanza de que el tiempo se acompase a nuestro ritmo y el mañana no llegue jamás.

No puedo decir cuánto rato ha pasado, solo que noto los labios pesados, hinchados, y que me saben más a él que a mí misma. Es la mejor sensación que he tenido en tiempo, una huella que

Mitxel me ha dejado impresa y que no quiero que termine nunca.

EPÍLOGO 1



Mitxel

—Dios, necesito una ducha con urgencia —se queja, aunque sin mostrar demasiadas ganas de moverse de mi lado.

La he ido a buscar al aeropuerto después de dos semanas separados tras nuestra apresurada reconciliación. Como es viernes, he reservado un hotel en Madrid y pasaremos el fin de semana aquí, lejos de todos, para poder tener, por lo menos, dos días a solas.

—A mí me parece que hueles de muerte. —Me doy media vuelta en la cama, de donde no hemos salido en horas, y hundo la nariz entre sus pechos, aspiro con fuerza, suelto un ronroneo y con una rapidez que la deja a cuadros, por cómo abre los ojos, le atrapo un pezón con los dientes.

—Huelo a sexo. Y del sucio. —Sé que intenta picarme, pero abre las piernas para permitir que me acomode sobre ella; me deja claro que, en realidad, no le importa en absoluto su olor corporal.

—¿Has dicho sucio? —inquiero con una fingida voz de indignación—. Hueles a recién hecha el amor —la corrijo ronroneando, mientras muevo las caderas para refregarme contra ella—. Además, la culpa es tuya por haber estado tantos días fuera —le recrimino, mimoso.

—¡Oye! Eso no es justo, tenía una reunión de trabajo. Te dije que vinieras conmigo.

—Claro, y que Txema me despida, ¿no? ¿Sabes la de kilómetros que hice en un día? Lyon–Madrid, Madrid–Logroño, Logroño–Barcelona y vuelta de madrugada a Logroño. Tuve complejo de Willy Fog, la verdad.

—Ya, Unai no pensó en que no tenías más días de permiso. Pero lo hizo con buena intención.

—Ni él ni yo. En ese momento solo veía poder estar más tiempo contigo —susurro entre beso y beso—. Por eso te he hecho el amor así, porque te tenía demasiadas ganas.

—Pues déjame decirte que lo haces de una forma un tanto... potente. A este paso voy a necesitar ir a la farmacia para que me den alguna pomada para la irritación vaginal —se queja, aunque no le hago ni caso.

—Bicho, yo te hago el amor hasta mirándote. —Soy consciente de que mis ojos se han incendiado de repente y mi sexo vuelve a cobrar vida.

Nos fundimos en uno de esos besos que le debo; intenso, profundo, sin restricciones.

—Joder, Carol... —Pronuncio su nombre como si lo paladeara, como si me esforzara por retener el sabor del mejor vino que hubiera probado nunca.

Y ya no importa nada más. Su petición de ducha queda relegada a un segundo o tercer plano, porque desde que volví de Lyon, mis esfuerzos se centran en hacerla sentir como si solo existiera ella en el mundo. Bueno, ella y su boca jugosa; ella y mis ganas de que esto no termine nunca.

Sus piernas se entrelazan en la parte baja de mi espalda, yo le sujeto las muñecas con firmeza sobre el cojín y aprovecho el movimiento de mi cuerpo al inmovilizarla para ondular sobre ella. El jadeo que se le escapa me excita casi tanto como la sensación de notar mi miembro, ya

dispuesto, entre sus piernas.

—Más... —me pide con voz ronca.

—No tengas prisa, porque te lo voy a dar todo. Siempre —respondo encendido, mientras voy dejando un reguero de saliva por el lateral de su cuello, hasta que alcanzo el punto justo entre el trapecio y la oreja que la hace gemir, extasiada.

Le suelto las manos para poder abrazarla, Carol aprovecha al verse libre para hundir los dedos entre el pelo de mi nuca. Resoplo despacio, deshaciéndome sobre su cuerpo. El sonido de nuestras voces se pega a las paredes, fundiéndose con ellas. La quiero tan cerca en este momento que se me olvida que estamos «haciendo el amor».

Cuando se corre lo hace sujetándose a mí, con la nariz enterrada en mi cuello, igual que hago yo, aspirando ese perfume increíble, de rosas o flores, no sé, que se mezcla con el de su piel.

Dejo que recupere el aliento y sigo con el movimiento ondulante que me lleva al éxtasis; con la boca entreabierta y el ceño fruncido, sin apartar los ojos de los suyos, me dejo llevar, subiendo y bajando sobre su cuerpo. Abro la boca cuando empiezo a correrme, pero no me sale sonido alguno. Doy bocanadas de aire, despacio, tratando de retener el placer y alargarlo.

Carol me destroza, me azota, me hace ser más consciente que nunca de cada poro de mi piel, y a la vez me hace sentir etéreo. Tan a la merced de las sensaciones que me provoca... Porque jamás he sido más consciente de todo los estímulos y sentimientos que me produce.

Las palabras se amontonan en mi garganta sin poder salir y todas me dejan en la boca su sabor; el de sus besos, el de su piel... El sabor de estar por primera vez en mi vida enamorado de verdad.

Y es tan grande esta emoción que no quiero que desaparezca de mi organismo, porque tenerla a mi lado es como una droga; los sentidos se me agudizan cuando está conmigo. Su olor, su tacto, su simple visión, me llena por completo los sentidos, hasta el del gusto, porque, aunque no la esté besando, mis papilas gustativas la paladean.

Es como estar en un trance sensorial: me hormiguea la piel del cuerpo entero sin tener que tocarla, el estómago me ruge hambriento de ella, saber que respiramos el mismo aire hace que se me dilaten las fosas nasales.

No quiero que su huella desaparezca de mí ni un solo segundo, es por eso por lo que las palabras toman forma antes de ser consciente de que las estoy pronunciando, sin haberlo meditado demasiado, pero seguro de que es algo que necesito con urgencia.

—Múdate a mi piso, Carol. No quiero privarme de tenerte así todas las noches —le pido atrapando su mirada con la mía.

—¿Cómo? —Sus ojos se agrandan y las cejas se pierden en el flequillo.

—Que vivamos juntos. Tu relación con Cris y Ander ha dejado de ser romántica, y de verdad, necesito compartir cada momento que tenga libre contigo.

—¿Cada momento libre? ¿No me vas a dejar ver a mis amigas? —se mofa, no sé si por los nervios que le produce mi proposición o porque está haciendo tiempo para pensar en cómo declinar la oferta. Se me encoge el estómago al barajar la última posibilidad. Deseo con todas mis fuerzas que estemos en el mismo punto.

No le respondo, me quedo en silencio. La miro absorto fantaseando con este sueño repentino.

—¿Vas a hacer que me levante y me ponga de rodillas, como si te estuviera pidiendo matrimonio? —digo al fin, al ver que se ha quedado enganchada a mi mirada.

Espero tres, cuatro, seis segundos y sigo sin respuesta, así que no me lo pienso. Me separo de su cuerpo, hecho que hasta me duele físicamente, y me planto, desnudo, como mi madre me trajo al mundo, en mitad de la habitación, hinco rodillas y, estirando los brazos hacia los lados, repito.

—Carol, ocupa mi piso. Cambia en él lo que te dé la gana; los muebles del salón, el dormitorio o la cocina, lo que quieras. Invade el baño con tus potingues y lléname la nevera de tu «leche de avena». Te cedo todos los estantes de mi armario para que quepa tu ropa, hasta los cajones de mi mesita de noche si quieres. No me importará en absoluto tender la colada y encontrarme tus tanguas, de hecho, estoy deseando ocuparme de ellos. Quiero que llenes mi triste despensa con la comida que más te guste, pero que lo hagas porque antes los dos lo hayamos apuntado en la lista de la compra.

»Quiero que ...

Carol salta de la cama, se arrodilla frente a mí y me tapa la boca mientras se ríe con la emoción bailando en sus ojos.

—Si no te callas, no voy a poder decirte que sí, que me voy a vivir contigo— declara e, inmediatamente después, me besa.

Primero me quedo en blanco, sin saber reaccionar. Tardo solo un segundo en suspirar, aliviado, y besarla de vuelta con un nudo de ansiedad en el pecho.

Nunca voy a tener suficiente de esto. Por mucho que sus besos me calmen, por mucho que sean eficaces para paliar mi sed de ella; mi piel, que la tiene memorizada, la exige sin fin y soy más consciente que nunca que yo, de Carol, nunca voy a tener suficiente.

EPÍLOGO 2



Carol – *Seis meses después*

Cualquier otro sábado, de haberme despertado yo sola tan pronto, o con ayuda de alguna alarma horrible que se me hubiera olvidado desactivar, habría desayunado y me habría vuelto a la cama. Pero ni estoy sola, ni puedo pasar de la despedida de soltera de Abril que nos ha llevado más de un dolor de cabeza organizar, por culpa de la agenda de todos.

Oigo el sonido de la ducha y cómo Mitxel tararea *Me gusta la vida* de Funambulista. Se me escapa una sonrisa, me encanta verlo así de suelto, sin reprimirse.

No lo dudo ni un segundo y voy de puntillas hasta el cuarto de baño, como si con el ruido del agua me pudiera escuchar. Cuando entro, se me seca la garganta ante la imagen que tengo delante; la mampara transparente me permite contemplar su cuerpo, distorsionado por las gotas de agua salpicadas en el cristal: sus hombros torneados, que se tensan al pasarse las manos por el pelo al enjabonarse, su pecho definido, los oblicuos que no me canso de reseguir con los labios a la que tengo oportunidad...

Me da envidia no poder ser el agua que resbala sobre su cuerpo y cae por sus muslos robustos.

—¿Quieres que me gire y me haces un repaso por detrás? —Mitxel interrumpe mis pensamientos, que cada vez se volvían más lascivos, con socarronería. Ni me había dado cuenta de que me estaba mirando.

—Oye, pues no te digo que no, así sigo disfrutando de ese cuerpazo que gastas.

El baño se llena de su carcajada. Me da igual que se ría, mientras lo hace yo sigo con mi particular inspección.

—Creo que Cris, a veces, te posee —se pitorrea, aunque me da el gusto y se da la vuelta para que le pueda contemplar el culo respingón que me dan ganas de morder como si fuera un melocotón de agua.

Han pasado muchos meses desde que nos conocemos en la intimidad, pero es que, cada vez que lo veo desnudo, me sorprendo de lo bueno que está. Es como si me pusieran el mejor pastel de queso delante para que comiera a placer hasta reventar.

—¿A qué esperas para meterte conmigo? —me azuza.

No me lo pienso dos veces, me deshago de una patada de las zapatillas, pero antes de que pueda desprenderme de la camiseta, oigo la puerta de la habitación abrirse.

Estamos en una casa rural, a las afueras de Logroño, hemos querido alquilar algo para poder estar juntos todo el fin de semana. Abril y Unai se casan en dos semanas, en California, en esa playa tan significativa para él y donde le pidió matrimonio a ella. Será una boda ibicenca, en *petit comité*; los padres y la abuela de ella, el abuelo de él y nosotros. Estamos como locos por coger

el vuelo y librarnos de este frío invernal que tenemos este diciembre en La Rioja.

Exhalo, desesperada, porque no tengo ninguna duda de quién ha entrado sin molestarse en llamar a la puerta.

—¡Mierda! Tendría que haber esperado dos minutos más y os hubiera sorprendido en plena faena —se lamenta Cris al dirigirse hacia donde nos encontramos.

Encima tiene el descaro de no disimular el haber querido pillarnos. La risa de Mitxel vuelve a rebotar por las paredes del baño al oírla, sin embargo, a mí no me hace ni pizca de gracia.

La fulmino con la mirada, aunque ella no se da por aludida.

—Oye, no te pongas así que por lo menos te has alegrado la vista. Y menudas vistas, *neni*... —Silba haciéndole un repaso a Mitxel, que no tiene ningún pudor y no hace ni el amago de taparse—. ¿Necesitas que te frote la espalda, chato? —se ofrece de forma sugerente. El otro aún se ríe más y yo me cabreo, no por el buen rollo entre ellos, sino porque no he podido disfrutar de la ducha como quería.

—A ver, tú —le digo a mi amiga al apartarla y cerrarle la puerta en los morros—. ¿Venías por algo o solo por fastidiar un poco? —inquiero. Me cruzo de brazos esperando que responda.

—Chica, que mal te sienta un polvo fallido... Ni que esta noche hubieras estado en dique seco. Que esta casa será todo lo rural que quieras, pero las paredes parecen de papel.

La madre que la parió. ¡Será descarada!

—Cris, al grano. —Empiezo a perder la paciencia.

—Vale, vale... Solo venía para preguntarte si al final vamos a disfrazar a Abril o no.

—¿En serio? —Esta mujer me desespera. Mucho—. Cris, lárgate ahora mismo. Ya hablaremos de esto más tarde. —La agarro del brazo y la saco de la habitación a la fuerza.

Segundos después, Mitxel sale, con una toalla anudada a la cintura y con el pelo húmedo.

—Venga, Bicho, no te enfades —pide al acercarse y cogerme por la cintura—. Tampoco teníamos tanto tiempo. He quedado en diez minutos con Unai y Ander.

Hago un puchero, vamos justos, lo sé, pero cada momento sin aprovecharlo me parece un desperdicio.

—Bueno, pues me voy a duchar sola, qué remedio. Ya me apañaré yo misma con lo que has empezado tú sin querer... —Me deshago de sus brazos y ando, sensual, hacia el baño, soltando, tentadora, la camiseta que llevaba puesta para dormir al suelo y quedándome desnuda. Giro la cabeza y le dedico una sonrisa picarona.

—¡Oye! ¡Eso no vale! —refunfuña con voz lastimera, encorvando los hombros y dejando caer los brazos hacia delante, frustrado por no poder explayarnos como nos gustaría bajo el agua.



—Brindo por nosotras, por Logroño, que nos ha unido más si cabe, por nuestros chicos, que nos tienen satisfechas, y por el juez bien parido, que le ha metido un *puraco* al gilipollas de Gus y le ha anulado el permiso comercial. A ver ahora cómo se gana la vida el tiparraco ese —exclama Cris, voz en alto y de pie, frente a la mesa. Le da igual que el restaurante esté abarrotado de gente y que ahora nos miren. No tiene vergüenza ni nunca la ha conocido.

La fiesta de esta noche es conjunta, pero hemos querido ir a comer hombres y mujeres separados.

—¡Eso! A la mierda Gus —la segunda Abril, a la que ya se le notan los zuritos de tinto que nos hemos tomado antes de almorzar.

—¡Bah! Ni lo mentéis —las riño—. Ese tío no se merece ni un solo segundo en nuestros pensamientos. Lo denunciarnos y se ha hecho justicia, fin de la historia. Si no se hubiera dejado llevar por la mala pécora de Gisèle, no le habría pasado nada. Lástima que ella se fugara a Bruselas y no podamos extraditarla. Por lo menos me queda «la tranquilidad» de saber que ya no puede vivir de rositas. Se le ha terminado el chollo de la rehabilitación.

—Ya, qué rabia. Pero a todo cerdo le llega su Sanmartín. Mira si no a Gus. Todavía no entiendo cómo Ander no se lo comió por los pies —apunta Abril. Niega casi imperceptiblemente con la cabeza y tiene la vista perdida en el mantel blanco de la mesa.

—Es que mi *nene* es un señor —se enorgullece Cris.

—Y hablando del rey de Roma —contraataco, cambiando drásticamente el tema de conversación—. ¿Cómo lleva esta pseudo monogamia en la que os encontráis desde que Ander me dejó? —He conseguido captar la atención de Abril, que se endereza en la silla, incluso la acerca más a la mesa y apoya la barbilla en sus manos entrelazadas, para prestar la mayor atención a la respuesta de nuestra amiga.

—¡Ah! Pues... Bien... Normal... No sé... —titubea sin saber muy bien que decir y, de repente, más insegura que nunca. Me saltan las alarmas.

—¿Qué pasa, Cris? ¿Estáis bien? ¿Tenéis problemas con este tema? —Ahora me arrepiento de haberlo sacado. No quiero para nada que este día resulte triste o doloroso para ninguna de las tres. Es un día para disfrutar a lo grande y darlo todo.

—No, no, estamos bien. Muy bien, de hecho. La cuestión es que... —duda, se queda callada y se muerde el labio inferior.

Madre mía, Cris, callada y sin palabras, ¿dónde se ha visto esto?

—¡Cris! Me estás poniendo nerviosa. ¡¿Qué pasa?! —me exaspero.

—¡Eso! Suéltalo ya que estamos pensando lo peor —me segunda Abril, con los ojos abiertos como una lechuza.

—Joder, si es que no me puedo callar la boca... Luego si Ander se enfada será culpa vuestra.

—¿Enfadarse, por qué? —preguntamos Abril y yo a la vez.

—Pues porque... ¡Joder! Pues porque hemos conocido a alguien mediante una APP y esta noche, en la cena Magna veremos cómo cuajamos.

Las dos soltamos una exclamación de asombro, demasiado alto, ya que varios comensales vuelven a girarse para mirarnos.

—¡Mala pécora! ¿Y cuándo pensabas contárnoslo? —me quejo, indignada, porque se haya guardado semejante información.

—Ander me dijo que no contara nada porque no sabemos cómo encajará con nosotros y con la pandilla. No queremos romper la armonía que tenemos y preferíamos asegurar qué tal va, antes de contaros nada.

—Vale, vale, pero a lo importante: ¿es él o ella? —Ahí Abril ha estado avispada. Le da igual que no haya dicho nada hasta el momento, solo quiere saber de quién se trata.

—Es él —responde con la sonrisa más ancha que le he visto en tiempo.

—¡Acabáramos! Así que estás tan contenta... —la increpo—. Luego decías de mí cuando me lée con Ander y Mitxel. ¡Por fin sabrás lo que se siente al estar... completamente rellena! —

estallo en carcajadas, que pronto se les contagian a ellas.

—Uf, no te creas, que estoy nerviosa, eh. ¿Y si no me gusta? ¿Y si no nos entendemos? — cuestiona tan insegura que no parece ni ella.

—Pues si no estás cómoda, lo dices y a otra cosa mariposa —indica Abril, como si ella supiera más del tema que ninguna otra.

—Vaya, ¿te ha dado lecciones Ander? Porque él está la mar de tranquilo, bueno, como siempre y yo estoy histérica.

—¿Y cuándo no lo estás, *neni*? —digo con guasa—. Venga, brindemos por esta noche, que va a ser apoteósica.

—¡Chinchín! —voceamos las tres al hacer entrechocar nuestras copas de vino.



Por la noche, después de pasar por una *pelu-mani-pedi*, nos dirigimos a las bodegas Magna, que no están muy lejos de la casa que hemos alquilado. Unai quería que celebráramos allí la fiesta, el mismo lugar donde empezaron los dos, donde se dieron el primer beso «consentido» y donde se reconciliaron tiempo después.

Unai ha montado un espacio especial, reservado solo para nosotros. Esta vez solo se sirve Magna sin etiqueta. Es la primera vez que lo voy a probar con Mitxel. No nos hace falta —o eso creo—, ya que, desde su viaje a Lyon, donde dejó atrás todas sus reservas, no hemos tenido ningún tipo de restricción en el plano sexual. Ya veremos qué nos depara la noche, porque lo que te hace este vino, no tiene nombre.

La cena pasa entre risas, anécdotas y cachondeo por el disfraz que Cris se ha empeñado en ponerles a los novios: a él ha pretendido vestirlo como si fuera un abridor de vino, con un espiral colgando de su cintura que, evidentemente, Unai se ha negado en redondo a llevar. Abril, en cambio, nos ha seguido el rollo y la tenemos disfrazada de racimo de uva. Sobre el vestido negro que lleva, le hemos colgado globos morados y un tocado en forma de hoja de parra; está un poco incómoda para cenar, pero está divina. Así no se le podrá acercar nadie cuando empiece la fiesta. Aunque me temo que cuando el vino empiece a subir, estos dos desaparecerán a la fantástica habitación de Unai.

Miro alrededor, estamos los seis sentados en una mesa redonda, cada una tiene al lado a su pareja. Es increíble la familia que hemos formado; miro a los novios, que se hablan ahora mismo entre susurros cariñosos y acaramelados. Qué mal lo pasaron, pero qué bien que les va ahora.

Al lado de Unai está Ander que habla con Mitxel sobre la caída de las hojas de las vides y el final del ciclo anual de estas. Este Ander es un pozo sin fondo ávido de información. Aunque no ha dejado ni un momento de acariciar la mano de Cris, sentada a mi lado, y que está más callada y distraída que nunca.

—Cris —llamo su atención susurrando para que nadie más nos oiga—. ¿Ya has visto al susodicho?

—¡Calla! —Se pone nerviosa y mira de reojo a Ander, que sigue distraído hablando con mi chico—. Vendrá luego, cuando termine la cena. No me pongas más histérica de lo que estoy. — No para de mover la pierna, en un tic convulsivo que no puede frenar.

No entiendo por qué está tan alterada, quizá es porque compartir a Ander conmigo le

resultaba «natural», pero ahora, involucrarse en un trío del que no conoce al tercero en discordia, hace que le salgan las inseguridades que pocas veces le vemos. «Ay, amiga, ¿ahora entiendes mis rayadas cuando empecé mi aventura con Mitxel?», pienso sonriendo por dentro.

Al llegar los postres el ambiente empieza a cambiar. Se nota el efecto Magna en nuestros cuerpos, que se relajan y piden contacto con el dueño de sus deseos.

Las miradas cruzadas con Mitxel no se hacen esperar. «Necesito tocarte», pretendo transmitirle. «Me sobra toda esta gente y la mesa libre de cubiertos», me dicen sus ojos, que desprenden fuego.

Su pierna no tarda en rozarse con la mía. Con disimulo, escondo una mano bajo la mesa y la apoyo sobre su muslo, donde empieza un camino lento hacia su entrepierna. Mitxel tiene que disimular el respingo que da. No tarda en imitar mi gesto, apresa mi mano y, lejos de apartarla, la guía para que frote donde más le gusta.

En un momento dado, se inclina un poco hacia mí y, con la mano que le queda libre, me acaricia el mentón, se acerca a mí y me roza el lóbulo de la oreja con la punta de la lengua.

—Creo que vamos a pasar de la fiesta, señorita. Tú y yo nos piramos a la casa rural para disfrutar del subidón —me susurra para que nadie más lo oiga.

No voy a ser yo la que se oponga, aunque me sepa mal no poder saciar la curiosidad por saber quién será la cita de Ander y Cris.

—Chicos, la cena ha terminado. Quien quiera puede unirse a la fiesta final. Mi futura mujer y yo —dice Unai, alargando la mano para que ella se levante como él—, nos retiramos. Ha sido un día inolvidable. Gracias por organizarlo y gracias, Cris, por haberte contenido al hacerlo. —Nos reímos todos, menos ella, que rueda los ojos y saca la lengua, divertida—. Siento haberte boicoteado el disfraz —se disculpa—. En pocos días seguimos con la gran celebración. No veo el momento de darle el «sí quiero» a esta mujer. —Se lleva la mano de Abril a los labios y la besa. A ella los ojos le brillan de puro amor.

Rompemos todos a aplaudir y poco a poco nos vamos levantando.

—Nosotros también nos vamos, Cris —la aviso antes de salir del reservado.

—¡Cabrona! ¿Me dejas sola ante el peligro? —profiere. Tiene un punto de miedo en la mirada, aunque prevalece el velo de deseo instado por el Magna.

—Para lo que vas a hacer esta noche, no nos necesitas para nada, *neni*. Ahora sí, ¡mañana quiero que me lo cuentes todo! —exige Abril, que se acerca como puede a nosotras—. Malditos globos... —protesta—. Unai se va a desesperar por no poder meterme mano tan solo al cerrar la puerta. Y como tarde mucho en explotarlos, mañana os mato.

Nos reímos y terminamos abrazadas, aunque a ella nos cuesta un poco llegar con los «airbag» que lleva.

—¡Suerte, amiga! —le deseamos a Cris antes de que desaparezca entre la gente que se congrega en medio del calao.

—¿Nos vamos? —Mitxel me tiende la mano y tira de ella para estamparme contra su cuerpo. Hunde la nariz en mi cuello y aspira—. No sé si vamos a tener que hacer una parada antes de llegar a casa —. Me dice en el oído, soltando un gemido.

Cuando salimos es noche cerrada, está todo oscuro y, aunque la noche es gélida, no hay ni una nube, el cielo está despejado.

—¡Mira, una estrella fugaz! —prorrumpo con ilusión. Cierro los ojos y pido un deseo.

Cuando los abro, Mitxel me está contemplando con fijeza.

—¿Qué?! —exclamo, feliz, con una sonrisa que no puedo borrar de la boca.

—Tranquila, tu deseo se va a cumplir, una vez detrás de otra —dice tras unos segundos en silencio.

—¿Y cómo sabes lo que he pedido? —ronroneo al acercarme a él y rozar su nariz con la mía.

—Porque conozco ese brillo que tienes en la mirada, Bicho. ¿Preparada para que se cumpla una primera vez? —Me echo a reír y él me imita.

Se inclina para darme un casto beso en la boca, el contacto apenas dura un segundo, sin embargo, cierro los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, Mitxel sigue cerca de mi rostro, desvió la mirada hacia sus labios, que humedece antes de volver a besarme, esta vez, ladeando la cabeza y buscando el baile de nuestras lenguas.

Siento la piel arder y suelto el bolso de mano que llevo para poder rodearle la nuca con las manos. Hundo los dedos en sus greñas y lo atraigo hacia mí, suspiro contra su boca antes de devolverle el tercer, el cuarto, el quinto beso con la respiración contenida.

Mitxel presiona mi espalda con las yemas de los dedos, que al principio solo había posado delicadamente sobre la tela. Me da un pequeño mordisco en el labio inferior que me provocó un estremecimiento tan placentero que se me escapa un jadeo.

—Carol... —pronuncia mi nombre con su particular paladeo—. Hagamos que esto sea eterno —lo dice como si fuera el deseo a la estrella fugaz que ha pasado hace unos instantes.

—Nunca me cansaré de esto, me oyes, porque como bien me dijiste hace unos meses, estoy preparada para recibir «todos los besos que no nos dimos».

¡Gracias por haber leído esta novela!

Tu valoración como lector/a es muy importante. Si te ha gustado mi historia, te estaré muy agradecida si me la dejas en Amazon, Goodreads o cualquier otra red social. Solo tienes que darle a las estrellitas y, si te apetece, dejar una reseña   .

Agradecimientos

Esta vez, permite que me anteponga a todas las personas a quien quiero agradecer su ayuda y apoyo. Me voy a dar las gracias a mí. Sí. Porque este libro no ha sido fácil. Me lo ha puesto muy difícil y no he desistido. Estoy orgullosa de mi perseverancia. Al final lo conseguí y espero que hayas disfrutado del resultado.

También quiero darles las gracias a todos y a cada uno de los personajes que aparecen esta novela. Ha sido un año muy duro y gracias a ellos, los baches en el camino han sido más llevaderos.

A mi familia, como no. Por estar ahí y no protestar en demasía con mis ausencias *escritoriles*. A mis padres por alentarme siempre a seguir dándole a la tecla a pesar de todos los obstáculos del camino. Os quiero mil.

Cómo no, a Patri (@akara_wind), por aguantar todas mis chapas, mis bajones y mis impostores. Por acompañarme en este camino y por ser la mejor “Moji” del mundo mundial. El resto ya lo sabes, *neni*.

A Maca (@macaoremor) y a Montaña, mi Mon (@montanarodriguezm_ o @loscaprichosdemon. A la primera ya no sé qué decirle, porque como cero-beta no tiene precio. Tiene un don especial para exprimirme hasta que la escena le convence. Qué grande es tenerte a mi lado y que quieras acompañarme en este sueño.

Mon... ¿qué te digo? Eres el mayor descubrimiento como cero que hay en este mundo. Me has ayudado lo más grande en esta historia y tu visión y análisis exhaustivo me tiene flipada. Millones de gracias a las dos.

Elenas de mis amores... (@volamosentreletras, @librospuntosymas). ¿Qué haría yo sin vuestro calorcito? Sois amor puro, no hay gracias suficientes que dar para agradecer el apoyo que me habéis brindado durante el proceso de esta historia.

A mi lectora 1: Rafi (@rafi_lechuga), que voló al leerlo entero y me pasó un feedback bestial. ¿Te unes al equipo de ceros?

A Vane, mi rubia. Mi “fiel fan” como dice ella. Qué bien me han ido nuestras quedadas y nuestras charlas profundas sobre lo dura que es la vida de madre (jajaja). Y qué desfogue con nuestras catas de vino y queso. ¿Para cuándo la próxima?

Y a ti que, aunque en último lugar, no eres menos importante que el resto. Sin ti, esto no tendría sentido, así que gracias, gracias, gracias por leerme y alentarme a seguir creando historias.

Sobre mí

Soy Saray Gallardo Cabrera. Vivo en Sabadell, ciudad donde nací un frío 8 de febrero de 1978, junto a mi marido y mis dos hijos. Me considero una persona familiar, aunque el día a día me absorba y no me deje estar con los míos tanto como quisiera.

Estoy enamorada de la Costa Brava. Tengo la suerte de tener una casita en un pueblecito costero donde procuramos escaparnos todos los fines de semana que podemos. Justo es allí donde empecé a escribir esta novela.

Me apasiona leer. Desde que aprendí a los cinco años, me recuerdo con un libro en las manos. Leo en todas partes, hasta lavándome los dientes. Un libro es casi lo primero que entra en mi maleta cuando viajo —otra de mis pasiones, aunque ahora no pueda viajar tanto como quisiera—. Siempre me ha gustado sumergirme en los mundos que se encierran tras las páginas de una buena novela y, sinceramente, nunca imaginaré que ahora sería yo la que hiciera soñar a otros.

Me acuerdo de que, a los dieciséis, cuando me tocó elegir qué rama estudiar en el instituto, escogí ciencias puras. Mi madre me repitió hasta la saciedad que me estaba equivocando, que lo mío no eran las ciencias. Que no me daba cuenta, pero que escribía muy bien y que las letras era lo que realmente me gustaba. «Amor de madre», pensé. ¿Quién hace caso a sus padres a esa edad? Pues eso, yo seguí a lo mío. BUP y COU en ciencias puras, una carrera de ciencias, a la que siguió otra mixta, para terminar estudiando una tercera de letras puras. Moraleja: haz caso siempre a los padres, nadie nos conoce mejor que ellos.

¿Qué puedo contar sobre mi faceta de literaria? No puedo decir que he querido ser escritora desde siempre, porque mentiría, ya lo habéis leído antes.

A lo largo de la vida he ido escribiendo cositas, pero para mí, sin la intención de que fueran algo más o que algún día se convirtieran en libro.

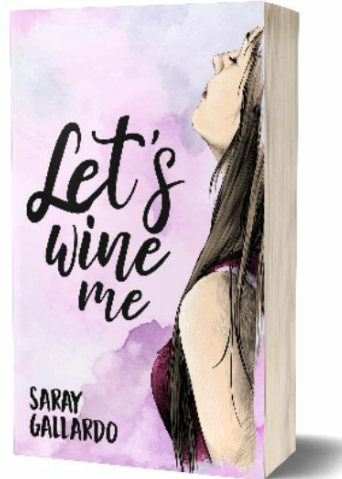
El verano de 2021 tuve la necesidad de plasmar en papel lo que dos personitas me estaban chillando en la cabeza. Recuerdo perfectamente abrir un Word en blanco y notar un cosquilleo en los dedos, como si me estuvieran pidiendo a gritos que los dejara teclear. El resultado fue mi primera novela: *Let's wine me*, de la que aún sigo enamorada.

Con esta nueva historia, he vuelto a volcar toda mi ilusión. Espero, de corazón, que la hayas disfrutado igual (o más) que la primera.

Si has llegado hasta aquí es porque ya has terminado la novela. Escíbeme por Instagram a @saraygallardo_autora, me encantará comentarla contigo.

OTRAS PUBLICACIONES

LET'S WINE ME



Abril nunca da un paso en firme hasta estar completamente segura de lo que quiere. Sin embargo, un acontecimiento trágico hará que se dé cuenta de la realidad en la que vive, coja por fin las riendas de su vida y empiece a vivir una nueva etapa donde volverá a ser ella misma. ¿Qué sucede cuando conoces a alguien que parece hacerte retroceder en cada logro que has conseguido? ¿Qué pasa cuando esa persona nubla tu juicio y despierta una atracción sin límites?

Unai ha dejado de ser él mismo. El pasado lo ha sumido en la oscuridad. Vaga por un desierto árido en el que se niega a sentir más allá de la espiral de culpa en la que está inmerso. Vive por y para sus bodegas. ¿Y si un oasis inesperado aparece en su vida? ¿Podrá controlar las emociones y los instintos más primitivos que pueda desatar en él?

Un cruce de vidas, un encuentro casual, una cena muy singular y una botella de vino. ¿Pueden dos personas con miedo a sufrir curar sus heridas? ¿Puede el poder de la atracción ser suficiente para que confíes en alguien?

Atrévete, sírvete una copa y deja que la intensidad y la lujuria de este vino también corra por tus venas.

Mi vida entre engaños



Hola, soy África y este es el principio de mi nueva realidad o el fin de mi mediocre existencia, según se mire.

¿Conoces el dicho: «En tan solo un segundo todo puede cambiar»? Doy fe de ello. Cuando creía que había cogido las riendas de mi vida, se desmoronó cual castillo de arena arrasado por el mar.

Empezar de cero, confiar en los demás, en ti... es complicado, sobre todo cuando se trata de amor, así que lo primero que tuve claro fue que no volvería a enamorarme jamás (como si lo hubiera estado antes...). Sin embargo, no contaba con conocerlo a él.

«Él» soy yo, Darel. Mi intención no era herirla, ni siquiera involucrarme, solo pensaba en hacer que descubriera toda la pasión que le faltaba en su vida, pero la cagué.

¿Podrá África perdonar de nuevo? ¿Será posible que vuelva a confiar en alguien?

Adéntrate en su mundo y vive con ella su periplo entre el amor, la pasión y... el engaño.

Amor bajo cero

(A cuatro manos con Akara Wind)



Desde que tienen memoria, Emma y Levi han sido vecinos, aunque no es hasta el instituto cuando se hacen inseparables.

Levi se convierte en el refugio al que Emma acude cada vez que las tormentas en su hogar parecen interminables; él es su puerto seguro.

Detrás de su amistad, ambos esconden sentimientos demasiado fuertes; emociones que ocultan para no perderse el uno al otro. Una conversación que ella nunca debió escuchar y una distancia física demasiado tangible los obliga a seguir caminos diferentes.

Sin embargo, cuando el destino une a dos almas, da igual el tiempo que pasen separadas. Al final, sus vidas se volverán a encontrar.

¿Podrán ser sinceros el uno con el otro después de tanto tiempo? ¿Saldrán a la luz sus sentimientos, conduciéndolos a un destino inesperado hacia el amor?

Amor bajo cero es una conmovedora historia sobre segundas oportunidades, amistades profundas y la fuerza del amor verdadero, que nos recuerda que, a veces, el camino hacia la felicidad es impredecible y lleno de sorpresas inesperadas.